

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
SISTEMA DE ESTUDIOS DE POSGRADO

**EL PAPEL DE LOS NARRADORES COMO SUJETOS RECONSTRUCTORES DE
LA MEMORIA INDIVIDUAL Y COLECTIVA EN CUATRO OBRAS DE LA
POSGUERRA GUATEMALTECA**

Tesis sometida a la consideración de la Comisión del Programa de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura para optar al grado y título de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura

IVANNIA BARBOZA LEITÓN

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, Costa Rica

2020

Dedicatoria

Dedico el trabajo de tesis a mi hija Angélica,
a mi madre y a mi padre.
Gracias por el apoyo brindado durante estos años.

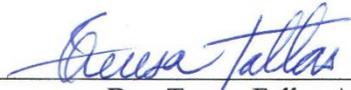
Agradecimientos

Agradezco profundamente el aporte de Valeria,
por ser quien, en los primeros pasos,
estuvo en el bosquejo de lo que hoy es esta tesis.
A Patricia por impulsarme a hacer los estudios de doctorado,
a Teresa por terminar guiando el último producto.
A Álvaro por ser parte paciente del comité asesor,
a Jacqueline por el apoyo administrativo
y, finalmente, a todas aquellas personas
que me impulsaron, a pesar de mi procrastinación,
a terminar lo iniciado.
A la Universidad Rafael Landívar en Guatemala,
así como la Universidad de San Carlos,
por el soporte bibliográfico y de pasantía
que permitió el desarrollo del trabajo investigativo.

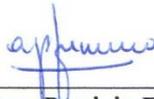
"Esta tesis fue aceptada por la Comisión del Programa de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura de la Universidad de Costa Rica, como requisito parcial para optar al grado y título de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura".



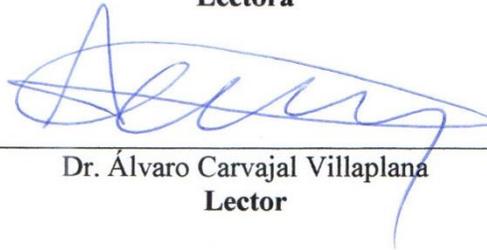
Dr. Dorde Cuvaradic García
Representante del Decano
Sistema de Estudios de Posgrado



Dra. Teresa Fallas Arias
Profesora Guía



Dra. Ana Patricia Fumero Vargas
Lectora



Dr. Álvaro Carvajal Villaplana
Lector



Dra. Roxana Hidalgo Xirinachs
Directora

Programa de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura



Ivannia Barboza Leitón
Sustentante

Tabla de contenidos

Contenido

| | |
|--|-----|
| Dedicatoria..... | ii |
| Agradecimientos | iii |
| Hoja de aprobación | iv |
| Resumen..... | vii |
| Lista de tablas..... | ix |
| Lista de abreviaturas | x |
| Introducción | 1 |
| Tema..... | 5 |
| Definición y justificación del problema de investigación..... | 5 |
| Objetivos | 9 |
| Objetivo general..... | 9 |
| Objetivos específicos..... | 10 |
| Estado de la cuestión | 10 |
| Acerca de la memoria como hecho social..... | 10 |
| Acerca de la literatura centroamericana | 15 |
| Acerca del <i>corpus</i> | 18 |
| Marco teórico..... | 27 |
| Interrelaciones de la memoria | 28 |
| Sobre narratología | 36 |
| Marco metodológico..... | 41 |
| Capítulo I. (Re)construcciones de una patria fracturada | 47 |
| Volver al pasado con las heridas de hoy | 51 |
| Arrastramos vivencias de un pasado muy profundo | 73 |
| Capítulo II. Crónicas de un pasado angustioso | 88 |
| Los recuerdos vienen con nosotros | 89 |
| Siglo XX: de la Reforma Liberal a la primavera democrática | 119 |
| Tres décadas convulsas | 126 |
| Década de 1980: diez años de un abismal horror..... | 136 |
| Década de 1990: en construcción de la paz..... | 143 |

| | |
|---|-----|
| Capítulo III. Memorias: nación, ciudadanía y sentido..... | 153 |
| El pasado se explica desde el presente..... | 153 |
| Una generación transmisora del pasado | 174 |
| Yo asumo el presente como mejor me parezca..... | 179 |
| Memoria: voluntad e interpretación | 186 |
| Conclusiones | 196 |
| Referencias..... | 206 |

Resumen

El título de esta tesis es *El papel de los narradores como sujetos reconstructores de la memoria individual y colectiva en cuatro obras de la posguerra guatemalteca*; las obras elegidas son *ConPasión Absoluta* (2005) de Carol Zardetto, *Insensatez* (2005) de Horacio Castellanos, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* (2009) de Francisco Goldman y *El material humano* (2009) de Rodrigo Rey Rosa. La selección de las obras se basa en que dan cuenta en la primera década del siglo XXI de la posguerra en Guatemala, luego de la Firma de los Acuerdos de Paz en 1996.

El análisis tiene su base en la memoria como proceso narrativo y ficcional que permite a los narradores tejer simultáneamente la memoria nacional y la memoria personal. Asimismo, muestro cómo se manifiesta en la construcción literaria del *corpus* elegido la incorporación de textos de gran peso histórico como lo son el *Informe de la Recuperación de la Memoria Histórica REMHI* (1998), la *Memoria del Silencio* (1997) y el Archivo Histórico de la Policía Nacional (AHPN), que fue descubierto en el 2005.

El abordaje teórico proviene de la memoria como elemento social e histórico a la vez que individual, pero con las implicaciones que esta conlleva. Es decir, aunque la voz narrativa que se reconoce en las cuatro obras resulte, por momentos, muy particular y alejada de los hechos de violencia que se muestran, termina por incorporarse en la esfera de lo colectivo pero difumina su presencia en la ficción que conforma también el tejido textual. El análisis del discurso es el sustento metodológico en el que se reconoce la fragmentación, la multiplicidad y las estrategias de las que se han valido los narradores para relatar los acontecimientos de las obras. Convergen en las memorias recursos intertextuales, polifonía y el uso diverso de otros textos que, como aportes, condensan los discursos dispersos en la mente de los narradores.

El resultado de esta investigación muestra que la narrativa de posguerra en naciones como Guatemala es un lugar común en la literatura centroamericana, pero no por ello ajeno a las presiones sociales de la violencia, el duelo y el olvido como parte del sistema que pretende difuminarlas en la historia nacional y colectiva. Por eso el *corpus* seleccionado es un aporte para pensar en las fragmentaciones colectivas e individuales que se mueven con la soltura que la inmediatez les proporcionó, en la renovación de la escritura del pasado que lograron realizar los narradores hallaron otras formas de relatar(se) e inscribirse en hechos de violencia que algunos de ellos no experimentaron.

Finalmente, en estas reescrituras del pasado, hay una continuidad intergeneracional, ya sea por un acercamiento decidido o por accidente, pero que, para el caso de la historiografía literaria centroamericana posiciona ejercicios asociados a la memoria colectiva e individual. Es además, una revaloración de la memoria que le reconoce el espacio a la violencia instaurada como motivo literario en Centroamérica.

Descriptorios

LITERATURA CENTROAMERICANA; MEMORIA; HISTORIA; POSGUERRA GUATEMALTECA; PROCESOS DE PAZ; FICCIÓN; NARRATIVA DE POSGUERRA.

Abstract

The title of this thesis is “The Role of the Narrators as Reconstructive Subjects of the Individual and Collective Memory in Four Guatemalan Post-War Works” [El papel de los narradores como sujetos reconstructores de la memoria individual y colectiva en cuatro obras de la posguerra guatemalteca]; the selected works are *ConPasión Absoluta* (2005) by Carol Zardetto, *Insensatez* (2005) by Horacio Castellanos, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* (2009) by Francisco Goldman and *El material humano* (2009) by Rodrigo Rey Rosa, as they appear in the first decade of the XXI century, after the Peace Treaty of 1996 was signed.

The analysis is based on memory as a narrative and fictional process that allows the narrators to weave the national and personal memory simultaneously. Moreover, I explore how the literary construction of the selected corpus incorporates texts of historical importance, such as the *Informe de la Recuperación de la Memoria Histórica REMHI* (1998), *Memoria del Silencio* (1997) and the Archivo Histórico de la Policía Nacional (AHPN), discovered in 2005.

The theoretical approach departs from memory not only as a social and historical element, but also individual, with the implications it entails. That is, although at times the narrative voice recognized in the four works appears particular and detached from the violence that is depicted, it finally incorporates into the collective sphere, its presence just blurred by the fiction that makes up the textual fabric. Discourse analysis will be the method by which I identify the fragmentation, the multiplicity and the strategies employed by the narrators to recount the occurrences in the texts. The convergence of intertextual resources, polyphony and the diverse use of other texts contribute to condense the unfocused discourses in the mind of the narrators.

The result of this research demonstrates that the Post-War narrative in nations such as Guatemala is a common ground in Latin American literature, but not indifferent to the social pressure of violence, mourning, and oblivion as part of the system that seeks to blur them in the national and collective history. That is why the selected *corpus* is a contribution to think about the collective and individual fragmentations that move with the ease that immediacy provided them; in the renovation of the writing of the past achieved by the narrators, they found ways to recount and inscribe (themselves) in acts of violence some of them did not experience.

Finally, in these re-writing of the past, there is an intergenerational continuity, either by a conscious approach or by accident, but that, for the instance of the Central American literary historiography, provides exercises associated with the collective and individual memory. It is also a re-appraisal of the memory that recognizes the place of violence established as a literary motif in Central America.

Keywords

CENTRAL AMERICAN LITERATURE, MEMORY, HISTORY, GUATEMALAN POST-WAR, PEACE PROCESS, FICTION, POST-WAR NARRATIVE.

Lista de tablas

| | |
|--|-----|
| Tabla 1. <i>Coordenadas espacio-temporales y de sentido para los narradores</i> | 70 |
| Tabla 2. <i>Clasificación de las memorias en ConPasión Absoluta</i> | 90 |
| Tabla 3. <i>Elementos intertextuales en ConPasión Absoluta y Fruta amarga</i> | 102 |
| Tabla 4. <i>Clasificación de las memorias en Insensatez</i> | 106 |
| Tabla 5. <i>Clasificación de las memorias en El arte del asesinato político</i> | 109 |
| Tabla 6. <i>Clasificación de las memorias en El material humano</i> | 112 |

Lista de abreviaturas

| | |
|-------|--|
| ACD | Análisis crítico del discurso |
| AHPN | Archivo Histórico de la Policía Nacional |
| CEH | Comisión para el Esclarecimiento Histórico |
| ODHA | Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado |
| REMHI | Informe de la Recuperación de la Memoria Histórica |



UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA

SEP Sistema de
Estudios de Posgrado

Autorización para digitalización y comunicación pública de Trabajos Finales de Graduación del Sistema de Estudios de Posgrado en el Repositorio Institucional de la Universidad de Costa Rica.

Yo, Ivannia Barboza Leiton, con cédula de identidad 1-0803-0168, en mi condición de autor del TFG titulado El papel de los narradores como sujetos reconstructores de la memoria individual y colectiva en cuatro obras de la posguerra guatemalteca

Autorizo a la Universidad de Costa Rica para digitalizar y hacer divulgación pública de forma gratuita de dicho TFG a través del Repositorio Institucional u otro medio electrónico, para ser puesto a disposición del público según lo que establezca el Sistema de Estudios de Posgrado. SI NO

*En caso de la negativa favor indicar el tiempo de restricción: _____ año (s).

Este Trabajo Final de Graduación será publicado en formato PDF, o en el formato que en el momento se establezca, de tal forma que el acceso al mismo sea libre, con el fin de permitir la consulta e impresión, pero no su modificación.

Manifiesto que mi Trabajo Final de Graduación fue debidamente subido al sistema digital Kervá y su contenido corresponde al documento original que sirvió para la obtención de mi título, y que su información no infringe ni violenta ningún derecho a terceros. El TFG además cuenta con el visto bueno de mi Director (a) de Tesis o Tutor (a) y cumplió con lo establecido en la revisión del Formato por parte del Sistema de Estudios de Posgrado.

INFORMACIÓN DEL ESTUDIANTE:

Nombre Completo: Ivannia Barboza Leiton

Número de Carné: A87928 Número de cédula: 1-0803-0168

Correo Electrónico: ivannia.barboza@uer.ac.cr

Fecha: 21-01-2021 Número de teléfono: 83116365

Nombre del Director (a) de Tesis o Tutor (a): Dra. Teresa Fallas Arias


FIRMA ESTUDIANTE

Nota: El presente documento constituye una declaración jurada, cuyos alcances aseguran a la Universidad, que su contenido sea tomado como cierto. Su importancia radica en que permite abreviar procedimientos administrativos, y al mismo tiempo genera una responsabilidad legal para que quien declare contrario a la verdad de lo que manifiesta, puede como consecuencia, enfrentar un proceso penal por delito de perjurio, tipificado en el artículo 318 de nuestro Código Penal. Lo anterior implica que el estudiante se vea forzado a realizar su mayor esfuerzo para que no sólo incluya información veraz en la Licencia de Publicación, sino que también realice diligentemente la gestión de subir el documento correcto en la plataforma digital Kervá.

Introducción

La Guerra Fría trajo consigo para Centroamérica una vivencia particular: si los dos bloques más poderosos (liderados por Estados Unidos de Norteamérica y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) se enfrentaban hostilmente en el marco de una estrategia geopolítica, la región centroamericana la vivió al calor de los conflictos armados internos en el siglo XX. Guatemala, El Salvador y Nicaragua sufrieron los embates de la polarización ideológica evidente en el terrorismo de Estado contra los grupos insurgentes y sobre la población civil se descargó la violencia de esa polarización. Hoy, en el presente siglo XXI, múltiples y diversas manifestaciones dan cuenta de actos de la memoria colectiva e individual que luchan contra el tiempo, la impunidad y el olvido que parecen borrar los recuerdos, pero no los traumas. En 1996, se firman en Guatemala los Acuerdos de Paz con las autoridades gubernamentales y la Guerrilla. Con este acto, hay un cese al fuego de la violencia que el Estado guatemalteco instauró contra la población civil que grupos armados revolucionarios repelieron con todas sus fuerzas. Las razones de esa violencia armada son tan profundas y de difícil desapego que continúan marcando, a su vez, otras formas de aniquilamiento social y civil. Aún en el siglo XXI, la sociedad guatemalteca arrastra consigo los fantasmas de la guerra vivida durante 36 años que abrió escenarios más sólidos para que otras manifestaciones del terrorismo se instalaran en el ámbito social (pandillas y narcotráfico, por ejemplo).

La literatura, como producto cultural, no estuvo desvinculada de los acontecimientos bélicos, el género testimonial es ejemplo en el siglo pasado. Con el cese del fuego, la vuelta a supuestos gobiernos democráticos, que se ocultaban tras ciertos populismos y la reconstitución social, se abrió paso a la posguerra (finales del siglo XX e inicios del presente) en Guatemala. Así también se ha denominado a la literatura que da cuenta de esa fase, que hoy se reconoce como no acabada.

Desde el marco académico del Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura, cuya finalidad es el entrecruzamiento de epistemes que sustentan los Estudios Culturales, esta tesis propone el análisis de un *corpus* literario. Con los Estudios Culturales se multiplican las posibles respuestas de un proceso social y cultural significativo para Centroamérica y Guatemala, en particular con la posguerra. Es por lo anterior, que el objeto de estudio es un *corpus* heterogéneo porque *ConPasión Absoluta* (2005) de Carol Zardetto,

Insensatez (2005) de Horacio Castellanos Moya, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* (2009) de Francisco Goldman y *El material humano* (2009) de Rodrigo Rey Rosa, no son solo unas piezas más en el mosaico disparejo de la reconstitución discursiva literaria de un momento histórico de Guatemala (posguerra, en los inicios del presente siglo), sino que también proveen desde otras aristas, visiones de lo que fue, para los narradores-protagonistas, el conflicto mismo.

Las afinidades, también contribuyeron en su elección: el *corpus* da cuenta de un mismo espacio geográfico, referente espacial de la violencia señalada líneas arriba; en ellas el abordaje del pasado, a pesar de ser diverso, muestra las memorias –tanto la oficializada como la individual– que los narradores se permitieron intercalar con la ficción. Asimismo, hay cercanía temporal en el *corpus* pues median cuatro años entre las publicaciones y los autores que son resultado generacional del conflicto armado, por ejemplo, Carol Zardetto nació en 1959 en Guatemala, al igual que Rodrigo Rey Rosa (1958); Horacio Castellanos en Honduras en 1957 y Francisco Goldman (1954) en Estados Unidos. Es por lo anterior, que el objetivo de estudio es analizar el papel de los narradores, en cuatro obras de la posguerra guatemalteca, como sujetos reconstructores de las memorias.

En las novelas, los narradores, quienes a su vez son protagonistas, se enmarcan dentro de contextos de posguerra en Guatemala. Anónimo, en *Insensatez*; con tono autobiográfico en *El material humano*; ambos hacen labores investigativas, casi detectivescas. El primero de ellos busca, con permiso oficial, entre el Archivo Histórico de la Policía Nacional de Guatemala (AHPN) documentos. Se pierde en la maraña y cede a la presión ejercida por las autoridades encargadas. La labor filológica es la tarea del segundo narrador: su trabajo consiste en la corrección del *Informe de la Recuperación de la Memoria Histórica* (REMHI). En *ConPasión Absoluta*, Irene, no hace tareas intelectuales, pero se propone al final de la novela escribir como catarsis. Ella, representa la unión de sus recuerdos, los de su abuela y los de la nación guatemalteca desde aproximadamente el régimen de Jorge Ubico Castañeda (1931-1944). Finalmente, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* escrito a manera de crónica, con sentido autobiográfico, expone una exhaustiva recopilación de datos históricos, biográficos, periodísticos y judiciales acerca del asesinato de Monseñor Gerardi ocurrido en 1998.

La selección de estas producciones literarias la justifico¹ con dos aspectos primordiales: primero, porque la memoria se ha vuelto un proceso renovado que construye nuevas visiones en la relación historia-literatura. Como segundo aspecto se halla la particular visión ofrecida por los narradores quienes, al calor de sus recuerdos, acogen otras voces para generar un panorama nacional desde la evocación subjetiva de un pasado de violencia, que es, a su vez, referencial y reconocible para los lectores.

Los narradores y protagonistas, son quienes (re)construyen, (re)elaboran y (re)ordenan el relato que perfila discursos orales y escritos y, por último, narran una concatenación de hechos que engloban el universo literario con tintes de ficción dentro de un eje histórico particular (los hechos de violencia en Guatemala durante el conflicto armado interno) como ejercicio de la memoria. Es con la teorización de Maurice Halbwachs, Paul Ricœur y Elizabeth Jelin en cuanto a la memoria, que se conjugan esas funciones clave para desentrañar el texto del pasado que los narradores generan en un presente enunciativo.

Efectúo el análisis desde la teoría de la memoria con el empleo de Halbwachs. Él la concibe como acto social en su sentido colectivo pero, a la vez se apropia de la capacidad de recordar en la particularidad del individuo. El contraste teórico y argumentativo que enriquece el estudio del *corpus* proviene de Ricœur, por cuanto discute categorías de análisis para la memoria individual y apoya la colectiva. Con Jelin termina de cerrarse el círculo, por cuanto su aporte sociológico acerca de la violencia ejercida por los Estados, provee las discusiones de las memorias narrables para subsanar el tejido social. El análisis crítico del discurso afirma la metodología en la que se reconoce la fragmentación, la multiplicidad y las estrategias de las que se han valido los narradores para relatar las situaciones de las obras. Convergen en las memorias situaciones intertextuales, polifonía y el uso diverso de otros textos que, como piezas, condensan los discursos dispersos en la mente de los narradores. El acto de narrar es un acto discursivo, para ello con van Dijk, el

¹ Empleo la primera persona singular por tres razones. La primera de ellas es porque el análisis investigativo de esta tesis es producto mío, no oculto o invisibilizado en una impersonal lo que resulta falso. Tampoco se acuerpa en una ficticia primera persona plural, es una tesis individual. En los textos *Reglamento de tesis del Sistema de Estudios de Posgrado y Formato de presentación de tesis (basado en la normativa correspondiente)* no hay indicación que refiera el empleo de la persona en la redacción de dichos trabajos. En el primer texto, el Artículo 2 indica: “La tesis de grado es la culminación de un trabajo de investigación original” (1980, p. 1). Por lo anterior, empleo mi palabra, mi voz y mis ideas en la utilización de la primera persona singular, solo en algunas ocasiones utilizo la primera persona plural cuando me incluyo como lectora en las apreciaciones generales sobre las obras.

aporte del discurso como análisis crítico, permitió explorar los contextos, los tipos de discursos y la finalidad de estos en el universo narrado y para los sujetos mismos.

El procedimiento expositivo incluye los siguientes apartados: la Introducción seguida del aparato teórico-metodológico. En él expongo el soporte teórico para el análisis del *corpus*. También se hallan los objetivos, el estado de la cuestión y la metodología.

(Re) construcciones de una patria fracturada es el primer capítulo, trata cómo los narradores posicionados en coordenadas como la posguerra guatemalteca y en espacios geográficos, inician el recuento del pasado desde la inmediatez del tiempo presente. En él desarrollo la caracterización de los cuatro narradores como sujetos discursivos. El capítulo II, cuyo título es *Crónicas de un pasado angustioso*, lleva entre sus líneas un recorrido histórico paralelo al *corpus* en el empleo de la memoria. Posee cinco subapartados, cuatro de ellos sobre las décadas en las que la violencia de Estado se ensañó contra la población civil como forma de control. Es la expresión del terror, el acoso y la destrucción de las subjetividades colectivas plasmadas en textos como fichas, testimonios o recuerdos. Este capítulo se inmiscuye en las memorias individuales que van al unísono con las colectivas y las históricas.

La apropiación del pasado como tarea escritural, personal o de exposición con rasgos detectivescos es el desarrollo del Capítulo III. Con lo anterior, evidencio que los narradores del *corpus* han hecho suyas las memorias colectivas, en la diversificación de las labores que el pasado de guerra en Guatemala mostró. Además dichas labores fueron asumidas por los narradores como mejor calzaron en sus mundos de vida y para las respuestas que deseaban obtener del tiempo ido. Por último, aparecen las Conclusiones y las Referencias.

Tema

El papel de los narradores como sujetos reconstructores de las memorias en cuatro obras de la posguerra guatemalteca: *ConPasión Absoluta* (2005) de Carol Zardetto, *Insensatez* (2005) de Horacio Castellanos, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* (2009) de Francisco Goldman y *El material humano* (2009) de Rodrigo Rey Rosa.

Definición y justificación del problema de investigación

Con la posguerra, Guatemala entró a la experimentación de aparentes tiempos de tranquilidad social, los Acuerdos de Paz se habían cristalizado en el año 1996 y eran la señal de partida para una calma que la sociedad guatemalteca necesitaba después de más de tres décadas de luchas armadas. Acorde con el desarme de los grupos enfrentados en la guerra, las movilizaciones sociales, la reorganización de la institucionalidad castrense y las elecciones presidenciales hacia escenarios democráticos, la literatura de la región no se quedó atrás. Corría paralela en la desmovilización de otras formas de narrar; con el resurgimiento luego de las batallas armadas, los temas literarios tenían que suplir los vacíos que aún no subsanaba la pacificación.

En el contexto anterior, surgen las obras literarias seleccionadas. *ConPasión Absoluta* le deparó el Premio Mario Monteforte Toledo a su autora Carol Zardetto en el año 2004, la novela es la revelación de un mundo matrilineal en donde el cierre de rachas de violencia corporal, psicológica y colectiva (con hechos reconocibles en la historia de Guatemala) se hace con la voz y la escritura de Irene Ferrara, su narradora y protagonista. A ella le toma un año calendario reunir la valentía para condensar su historia personal junto con la de sus familiares. Al lado de los procesos evocativos de tres generaciones, la novela conjunta un recorrido histórico desde la época colonial hasta después de los Acuerdos de Paz. *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya, en cuya narración se reconoce un narrador de profesión filólogo oculto tras el anonimato, divaga en escenarios más públicos. El narrador socializa los terrores y traumas de los indígenas sobrevivientes de los genocidios ocurridos en la década de 1980, para cerrar con el asesinato del sacerdote católico, que a la cabeza de la ODHA en Guatemala, lo contrató.

Similares en las tareas que ejecutan sus narradores, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* de Francisco Goldman y *El material humano* de Rodrigo Rey

Rosa se convierten en trabajos de la memoria, esto por cuanto, los protagonistas exploran en el pasado específico que arroja el AHPN y el crimen de Monseñor Gerardi Conedera. En la primera novela, el periodista marcha al unísono con el equipo especializado en la recolección de indicios de la ODHA con respecto del crimen del sacerdote sucedido en 1998. El copista de *El material humano* se sumerge en los pasillos laberínticos del AHPN en el año 2007, con el fin de obtener material acerca de la intelectualidad perseguida y desaparecida durante la guerra.

La homologación en la escogencia de las obras se debe a que abordan entre sus líneas dos períodos diversos temporalmente, pero no por ello aislados: en el *corpus* los narradores fluyen en una transitividad continua, que son el momento mismo de la guerra y la posguerra, en tiempos iniciales de la pacificación. Al ser discursos transicionales, pasan indistintamente de uno al otro como una suerte de rompimiento de la dimensión espacio-temporal y, con esto, los narradores se constituyen en la generación bisagra (Hirsch, 2008, p. 103). Reconocibles como parte de esa generación, los narradores emplean los textos del pasado y los testimonios que compilan desde la oralidad, con seres cercanos o allegados a los hechos de violencia.

Si bien es cierto aunque una de las obras fue escrita por una mujer y, de paso configura en la narración la presencia femenina con una narradora y protagonista, *ConPasión Absoluta* discurre paralela al resto de las novelas, es decir, el *corpus* concuerda en los acontecimientos narrados, los escenarios, los problemas y las actividades que la memoria les proveyó. No pretendo hacer una distinción literaria en quienes (dependiendo de la teoría de género), escribieron, sino en lo que escribieron como insumo para el análisis de las memorias.

De las introducciones acerca del *corpus* elegido, puede colegirse que el pasado como motivo literario predomina en él. Por lo anterior, el problema de investigación planteado es cuál es el papel de los narradores como sujetos reconstructores de la memoria individual y colectiva en cuatro obras de la posguerra guatemalteca. Las razones que sustentan la investigación de dicho problema tienen como preludeo diversos ejes que confluyen en la literatura centroamericana reciente. Uno de ellos es el ámbito histórico-político, pues las obras seleccionadas dan cuenta de la conflictiva situación vivida por Guatemala durante 36 años y de la herencia dejada por la guerra en las voces de los

narradores como parte del ejercicio de la memoria. Como producto literario retratan un período de las situaciones postconflicto, retroceden temporalmente para brindar a los lectores un desarrollo histórico rastreable desde la ficción. Por esas mismas razones y porque en ellas hay un tratamiento intertextual y referencial del Informe REMHI, la *Memoria del Silencio* y el AHPN, las obras en conjunción con la ficción literaria, sustentan la elección del tema.

El Informe REMHI (1998) y la *Memoria del Silencio* (1997) son documentos rendidos por organizaciones instituidas en Guatemala luego del cese de los conflictos armados por anuencia y solicitud, tanto de organismos nacionales como internacionales. En el primer texto, se reconoce la labor de la ODHA y, en el segundo, de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH). El AHPN fue descubierto por un hecho fortuito en el año 2005. Este posee folios sobre ciudadanos que fueron clasificados, torturados, desaparecidos y asesinados desde finales del siglo XIX hasta 1997. La labor de ordenamiento, conservación y estudio aún continúa pues son millones los folios y las solicitudes por parte de los familiares de desaparecidos y de instituciones nacionales e internacionales de derechos humanos.

En la consideración del diálogo que la memoria establece con la historia de Guatemala por un espacio de tiempo considerable, es preciso reconocer las fronteras que el análisis procura traspasar. La revisión e interrelación de las obras no se muestra en el plano conmemorativo que la memoria otorga a la historia como museos, monumentos, placas o los nombrados por Nora (2008) como “los lugares de la memoria”. Al contrario, la memoria sirve en las obras como transmisión y resignificación de hechos del pasado, en particular, aquellas épocas en las que la sociedad guatemalteca vivió bajo el manto del terror estatal porque el carácter para hacerlo lo otorga solo el tiempo presente.

En cuanto al proceso reconstructivo de la memoria en las novelas, los narradores posicionados en distintos planos narrativos son el punto convergente del pasado colectivo, por lo que ellos asumen selectivamente qué compartir al lado de las memorias propias. Desde la concepción genettiana, se mueven en distintos espacios y tiempos o, en algunos casos, retrotraen acontecimientos con el fin de ilustrar la vivencia del presente. El papel ejecutado por ellos organiza el mundo narrado, renueva la inmediatez con las experiencias del pasado de la guerra y abren el umbral para pensar en las tareas pendientes del futuro.

Así también, la literatura centroamericana del presente siglo, con soporte en la memoria, ha sentado las bases para una discusión teórica-crítica que se encuentra en apogeo. La revisión de dicho debate desde las obras elegidas, supone intersecar la literatura con la memoria histórica, con la cual es posible reconocer que los narradores, como sujetos históricos, también han revisitado el pasado.

Al calor de la literatura de posguerra, la memoria en Centroamérica ha colocado, en un espacio visible, discusiones acerca del nexo entre experiencias individuales con complejos textos de carácter político-social. De la mezcla anterior ha derivado la (re)construcción literaria que algunos teóricos han denominado nueva narrativa centroamericana. En la literatura se ha anclado, producto de coyunturas históricas de las guerras centroamericanas y de los procesos de pacificación, la memoria con otras formas narrativas, testigos y discursos, lo cual ha diversificado el acercamiento al pasado. La producción literaria ha heterogeneizado el remanente surgido de la colectividad, manifiesto en diversos géneros (novela, crónica, memorias, lírica, teatro, autobiografías, entre otros), para un encuentro entre grupos humanos que vivieron en algún momento acontecimientos identitarios de su país y las personas que hoy los leen.

Sabemos de otras formas posibles de que la memoria perdure en la ciudadanía como parte de la identidad nacional e individual (informes, certámenes literarios, premios, monumentos, entre otros), así la literatura se revela hoy como el medio para encauzar el pasado hacia un acto expresivo. Una característica que determina los hechos evocados, al calor de situaciones de violencia, es el tejido social mostrado en su estado más deteriorado por la violencia (la represión, el acoso, la persecución y los ataques de lesa humanidad). Es decir, en la literatura pueden acogerse experiencias individuales y colectivas de esas memorias en un interesante diálogo con la ficción y, de paso, (re)construir simbólicamente subjetividades desde la palabra. La narrativa centroamericana de posguerra, al decir de Mackenbach y Ortiz Wallner (2008a), evidencia una “ruptura de lo ‘público’ y lo ‘privado’ en tanto que las violencias se movilizan y atraviesan dinámicamente estos ámbitos” (p. 93).

Enmarcada en el área de los Estudios Culturales, esta tesis aborda, desde una naturaleza interdisciplinaria, la alianza de la memoria y literatura para valorarlas en el producto en el que se fusionan: en este caso específico, obras de la narrativa centroamericana. En el *corpus*, los narradores evocan el pasado, posicionan en las

sociedades el acto constitutivo de la identidad, además, traen a la mesa dicha conexión, en la que resulta visible la cultura de la memoria, para germinar en distintas áreas del saber artístico-cultural de las naciones centroamericanas. La memoria también renueva la visión del tiempo pretérito en donde “el problema de la representación del pasado no comienza con la historia sino con la memoria” (Ricœur, 2007, p. 26); al decir del teórico, la memoria reconstruye frente al rol de la Historia como constructora. La primera puede volverse excusa para que los narradores reflexionen a la par de una historia oficial.

Coincido con Baeza Ventura y Zimmerman (2009) cuando señalan, para los Estudios Culturales de la región centroamericana, la necesidad de “constituir una versión regional apropiada, adecuada y fructífera para examinar el pasado, el presente y el futuro de la realidad centroamericana” (p. xvii). Asimismo, parto de la idea de que la narrativa centroamericana de la memoria continúa escribiéndose en un transitar heterogéneo; obras como las seleccionadas (dentro de un variado *corpus*) representan una reposición de la literatura de la región desde el pasado.

La reconstitución de la memoria en las sociedades de posguerra como la guatemalteca es, efectivamente, un transcurrir complejo encaminado desde los Estudios Culturales. Sirva esta tesis como la unión de cuatro obras de la posguerra, no hecha con anterioridad, para rastrear en la memoria un sentido de sobrevivencia sobrecogedora frente al horror producido por los monstruos en el pasado; además, para reflexionar desde un aporte particular con productos estético-literarios que se insertan en una serie más numerosa sobre la violencia de la guerra y la posguerra aún presentes en la narrativa regional. Finalmente, valorar en boca de los protagonistas, la utilidad del recuerdo en momentos en donde el desencanto, heredado de la guerra ha sido trastocado por otras utopías y tareas en función de un mejor futuro.

Objetivos

Objetivo general

Analizar el papel de los narradores, en cuatro obras de la posguerra guatemalteca, como sujetos protagonistas discursivos para la reconstrucción de la memoria individual y colectiva.

Objetivos específicos

1. Identificar las circunstancias históricas, políticas e ideológicas en cuatro obras de la posguerra guatemalteca, para una contextualización enunciativa de los narradores en cuanto a la memoria.
2. Distinguir las reconstrucciones de los discursos de la memoria empleadas por los narradores como recursos ficcionales, intertextuales e históricos en el mundo narrado, en cuatro obras de la posguerra guatemalteca.
3. Establecer la utilidad de las memorias para los narradores como elemento reconstructivo en sus relatos, en cuatro obras de la posguerra guatemalteca.

Estado de la cuestión

El estado de la cuestión acoge entre sus líneas el desarrollo de lo general a lo particular. Por lo anterior, esta sección comprende tres divisiones internas: *Acerca de la memoria como hecho social*; *Acerca de la literatura centroamericana* y, finalmente, una revisión de lo que la crítica literaria ha escrito sobre el *corpus* de interés.

Acerca de la memoria como hecho social

Los estudios sobre la memoria representan un *corpus* complejo rastreable en el espacio y en el tiempo porque ha sido una inquietud de los seres humanos. La forma en que accedemos al pasado no siempre posee los mismos medios y fines. La organización de esta parte interrelaciona la bibliografía que ha teorizado acerca de la memoria, indistintamente si esta es individual o colectiva, y presupone, sin ningún afán de colocar en una jerarquía, los estudios efectuados para acontecimientos, enmarcados en la memoria, de conocimiento mundial como el Holocausto judío o las dictaduras en América Latina y las cercanas a nosotros.

Tres órdenes diferentes abren este estudio: Le Goff (1991) postula que la memoria tiene sentido social y connota dos fenómenos: el psicológico y el biológico. Ambos son el resultado de sistemas de organización que, en su etapa inicial, se manifiestan en el lenguaje como almacenamiento de la memoria. En el texto hace un recorrido histórico-antropológico para configurar a la memoria como estructura colectiva con una revisión de los antiguos pensadores griegos. Por su lado, Todorov (2013) señala que abusar de la memoria es

nocivo, distingue dos modelos: la memoria literal caracterizada como portadora de riesgos y de rencor. La memoria ejemplar, por su parte es liberadora y ejemplarizante para la construcción colectiva de un mejor futuro. Nora (2008) devela una relación antinómica entre memoria e historia en la que la primera cumple distintas funciones sociales.

Así, la memoria ha generado diversas discusiones sobre el carácter oscilante entre la objetividad de un hecho recordado y la subjetividad que permea el acto en sí, lo anterior lo exponen Sarlo (2006) y Jelin (2002). Esta última parte de tres tareas: la memoria como acto subjetivo, como elemento de discusión y, tercera, la historización de las memorias. De la misma autora junto con Azcárate (1991), se publica un artículo sugerente en cuanto al contexto revisado (Argentina) desde los entrecruzamientos de los derechos humanos y la democracia en la década de 1970, en los que la memoria colectiva entra en juego junto a demandas de no-olvido. Con aportes de teóricos como Bordieu, Todorov, Le Goff, Hobsbawm, Derrida y White, entre otros, está la publicación del Instituto Centroamericano de Prospectiva e Investigación (2005), cuyos ensayos discurren acerca de la historia, la memoria (individual y colectiva), el olvido y el perdón.

Agamben (2007) sostiene la experiencia del ser humano como relato gracias al poder de la palabra. Enmarca este hecho desde una concepción de la historia, condicionada por la experiencia, que le permite al sujeto desde su yo individual elaborar y ser parte de la instancia de discurso. Menjívar Ochoa, Argueta y Solano (2005) revisan la interrelación memoria-historia en la que tarea pendiente es, para la región centroamericana, procurar democracias más inclusivas. Por su lado, Vásquez (2001) la analiza desde el imaginario social.

La delimitación en el estudio y enfoque de la memoria en este trabajo de tesis contiene la particularidad de que es un proceso pensado desde situaciones de violencia, es una reconstrucción de hechos del pasado, cuya huella marcada por el terrorismo de Estado en sus distintas ramificaciones, dejó a una sociedad guatemalteca a inicios del siglo pasado, sumida en el trauma, el duelo, el silencio y el olvido. Por eso, hacia donde se encauza la revisión bibliográfica es hacia la vivencia de hechos excepcionales y trágicos como los denomina Todorov (2013, p. 20) en un eje espacio-temporal y con afectación de ciertas poblaciones. Esta distinción no es meramente subjetiva, sino que obedece a la memoria histórica perdurable en las naciones cuyos hechos de terrorismo no han subsanado, ya sea

por la impunidad de los delitos de lesa humanidad, ya por el desinterés de las entidades en la valoración de la memoria como parte del acervo cultural.

A este respecto, menciono para el caso del genocidio judío durante la Segunda Guerra Mundial los textos de Adorno (2005) y Arendt (1981 y 2006). Los argumentos propuestos señalan que el poder ha llevado al exterminio de otras colectividades bajo mecanismos del horror, hecho que no debe repetirse, pero que no deja tampoco alternativa para pensar en la construcción de un mejor futuro. Solo, tal vez, la educación crítica posibilite que la humanidad no repita esos acontecimientos en aras de la convivencia pacífica, en la cual el papel preponderante esté en manos de la justicia.

LaCapra (2005) puntualiza en el trauma como concepto y su representación histórica con los testimonios de sobrevivientes del Holocausto judío. Para ello, utiliza una revisión desde la teoría freudiana psicoanalítica con la finalidad de comprender, en un nivel pragmático, los hechos históricos significativos. Hirsch (2008), siempre en la línea del Holocausto judío, sostiene el concepto teórico sobre la segunda generación y la elección para constituir unas memorias por derecho propio, a esa generación se le considera como la intermediaria, la de otras memorias en conexión con los antepasados y los que ahora pueden concebirse como las futuras. Argumenta la autora que, con la transmisión intergeneracional, se ha constituido un vehículo valioso de los individuos que ha permitido integrar procesos de dolor. Asimismo, no deja de mostrar que a la luz de la evocación y del ejercicio de la memoria, los conceptos planteados son vigentes para la teorización de un recuento de los hechos pasados.

Finalmente, el artículo de Lentin (2006) toma como base la obra de Agamben, entre otros teóricos, para analizar los testimonios de mujeres sobrevivientes en Transnistria (Ucrania). Con sus cuerpos, se contiene la construcción nacional, territorial e identitaria, que les permite generar una discusión acerca de la memoria y sus representaciones. Texto significativo por cuanto la memoria también se inscribe en el cuerpo humano.

Del Cono Sur y en términos más contemporáneos, está de Allier Montano (2010), un libro cuyo fin es mostrar las luchas memoriales y los usos políticos del pasado en Uruguay. En Chile, Richard y Moreiras (2001) exponen una serie de ensayos científicos acerca de la postdictadura chilena desde una tónica reflexiva y crítica sobre pensar más que saber para, indefectiblemente, conocer sobre la violencia. Para Argentina, señalo a

Lorenzano y Buchenhorst (2007), quienes presentan aproximaciones teóricas y estéticas del pasado militar hechas en el presente como forma de renovación acerca de la violencia y la misma memoria. Destacan también los trabajos de Avelar (1999 y 2000), quien trata diversos procesos postdictatoriales en Brasil y Argentina. Jelin (1994) relaciona la memoria con los derechos humanos en la nación sudamericana, concluye que dicha sociedad no ha podido cerrar el duelo con los desaparecidos a pesar de que las instancias políticas presionen por un cierre del pasado. El tema intergeneracional, es por último, pero no por eso menos valioso tratado por Fried (2001).

Por otra parte, en el contexto centroamericano desbordan aportes desde instituciones como la Asociación para el Avance en las Ciencias Sociales de Guatemala (AVANCSO) con una serie de ponencias recopiladas en el año 2006, cuyo título es *Memoria e historia. Seminario Internacional en homenaje a Myrna Mack*. Su figura sentó un precedente, que en manos de su hermana Hellen Mack, ha permanecido con exigencias civiles y reivindicaciones en el contexto de la posguerra guatemalteca en oposición a la impunidad. Por otro lado, Balsells (2001) interviene, desde un aporte ético, en la discusión social y política luego de la firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala. Diversas contribuciones que apelan a la memoria, pero con sentido reconstructivo, coinciden en que, en las puertas de la posguerra, la nación guatemalteca no ha logrado más y mejores políticas tendientes a la reconstitución social y, con ella, la reelaboración del tejido social, entre esa línea sobresalen aportes como el de Mack (2005) y el de Pacheco, Acevedo y Galli (2002).

En cuanto a la violencia estatal con las diversificaciones que el sistema castrense y el movimiento guerrillero manifestaron, sobresalen estudios desde visiones antropológicas como el ejecutado por Manz (2010) que refiere la matanza de Panzós en 1978. Nelson (2009) concluye que las jóvenes generaciones de la posguerra guatemalteca entrecruzan las vivencias de cintas estadounidenses de terror para apropiarse del horror vivido por sus progenitores. López García, Bastos y Camus (2009), como editores, recopilan diversos artículos que contextualizan la violencia tanto de Estado durante los enfrentamientos armados como la que degeneró en la posguerra con los linchamientos populares. Brett (2007) y Casaús (2011) remiten a la especificidad de la Tierra arrasada que, en la década de 1980, fueron el objetivo militar del Ejército guatemalteco.

La memoria histórica a prueba. Reflexiones sobre la muerte, la verdad y la reconciliación nacional (1999) por su carácter reciente, luego de los Acuerdos de Paz, procura el perdón en la reconstrucción democrática de Guatemala, el texto, según FLACSO, pretende abrir el debate de tareas emergentes que la pacificación lleva consigo. El estudio de Moller y Bazy (2009) destaca del resto de las obras en cuanto a los testimonios y al registro fotográfico de las poblaciones que, en el contexto de la guerra, tuvieron que desplazarse como forma de supervivencia. Otro aporte fotográfico es el de Simon (2012), en cuya Introducción leemos “Las imágenes ... no pretenden ofrecer una profunda perspicacia respecto del pasado ... su valor reside en el hecho de que existen” (p. 15).

Por último, cabe la consideración de dos textos, que en la dinámica social guatemalteca no pueden obviarse: Sanford (2004 y 2008). Esta autora subraya el carácter de una sociedad excluyente, cuyo poder político y militar terminó de aislar a etnias indígenas. En el primer libro, Sanford recopiló testimonios de indígenas desplazados por el horror, mientras que, en el segundo, reconoce un sistema patriarcal en el que, a pesar de la finalización de la guerra, persiste como herencia.

En cuanto a producciones cinematográficas, destaco el documental realizado por Stelzner (2010), en él se retrata, desde dos visiones antinómicas, el espacio de La Isla (antiguo centro de tortura), pero al mismo tiempo es el sitio que resguarda documentación de la memoria histórica de Guatemala cuando fue ocupado por la Policía Nacional. Con un tono más intimista, Cuevas (2011) ilustra el recorrido tortuoso para saber de familiares desaparecidos.

En otra línea, pero esta vez desde los Informes de la Verdad, acentúo el papel que los organismos gubernamentales y no gubernamentales (nacionales e internacionales) tuvieron en la constitución de las Comisiones de la Verdad. Los documentos, como ejercicios de la memoria, tratan de subsanar en el ámbito individual y colectivo, mediante la palabra, los traumas sociales e íntimos o, en el mejor de los casos, instituir cauces para la búsqueda de la justicia y la verdad.

Posterior a la firma de los Acuerdos de Paz, en Guatemala se publican *Memoria del Silencio* (1997) y el *Informe REMHI* (1998). En el primero, el trabajo fue producto de un acuerdo firmado en Noruega (23 de junio de 1994), cuyo alcance pretendía responder a

interrogantes que, en el seno de la sociedad guatemalteca, se maduraban; consta de doce tomos. En el año 2009, con Prólogo de Torres-Rivas, la CEH publica *Conflicto armado interno y denegación de la justicia. Guatemala memoria del silencio* como un aporte paralelo con carácter jurídico al Informe brindado en 1997.

La ODHA en la cabeza de Monseñor Juan José Gerardi Conedera logró la publicación del Informe *Guatemala Nunca Más (REMHI)* en 1998. El Informe registra cuatro tomos. Además, cabe mencionar el AHPN², centro documental que alberga millones de folios. Los documentos de todo formato, dimensión y fines datan desde finales del siglo XIX y cierran aproximadamente en el año 1997, aún después de la pacificación. La digitalización que han procurado archivistas, historiadores, especialistas forenses y voluntarios es lo que ha facilitado el acceso a algunos documentos; dicha labor hiperbólica no termina aún en el momento de escritura de esta tesis. Paralelo al Archivo, subyace el Diario Militar, con la segunda publicación (2011) por parte de la Secretaría de la Paz de la Presidencia de la República. Bajo la égida de la Doctrina de Seguridad Nacional, el Diario consignó aproximadamente más de un centenar de datos acerca de los considerados enemigos públicos, cuyos finales coinciden en secuestros, torturas, desapariciones y asesinatos.

Dobles Oropeza (2009) cierra este rastreo con un libro significativo, por cuanto, desde una revisión exhaustiva, examina la institucionalidad de las Comisiones de la Verdad. Realiza un recorrido que supone la teorización de la memoria para, en el contexto latinoamericano (Argentina, Chile, El Salvador, Guatemala, Perú y Uruguay) evaluar la funcionalidad de las Comisiones de la Verdad.

Acerca de la literatura centroamericana

En cuanto a la literatura centroamericana, la memoria ha estado presente desde el género literario testimonial, tan emblemático de la región; quizás el texto más reconocido por la crítica, que le valió, junto con su defensa de los derechos humanos, el Premio Nobel de la Paz (1992) a Rigoberta Menchú, sea *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1985). Dicho testimonio al igual que *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde* (1982) de Cabezas, *No me agarran viva. La mujer salvadoreña en la lucha*

² <https://ahpn.lib.utexas.edu/es>

(1983) de Alegría y Flakoll (1983) o, Dalton con *Miguel Mármol: los sucesos de 1932 en El Salvador* (1999) sitúan un acto escritural y de recuperación del pasado con carácter emergente en la palestra internacional. La memoria, como recurso humano de acercamiento al tiempo pretérito, es heredera de los hechos retratados en los testimonios de las décadas de finales del siglo XX, lo que separa ambas manifestaciones literarias es el reposo del pasado.

Con el cese del conflicto armado interno en Guatemala surgió un período de posguerra, que puede datarse después de los Acuerdos de Paz y continúa en tránsito. Quizá no en la misma dimensión en que vio la luz el género testimonial, la literatura de posguerra supo posicionarse como producción estético-literaria. También, la posmodernidad contribuyó en el derrumbe de algunos esquemas; otros con formas renovadas proveyeron materiales, insumos y recursos para generarla. Los sujetos centroamericanos que vivieron el conflicto armado no eran los mismos que en el presente siglo escribieron acerca de sus naciones para la reconstrucción material y subjetiva. El conflicto armado trastocó escrituras y a quienes las crearon y las leyeron.

De esta manera, son valiosos los textos críticos compilados, desde la historiografía literaria centroamericana, en cuyas líneas hay aportes acerca de la historia, la literatura y la memoria. Algunas participaciones poseen la especificidad de que estudian el *corpus* de esta tesis. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas, como proyecto interdisciplinario de la región posee hasta el momento cuatro tomos editados (2008, 2009, 2012 y 2018). Las publicaciones, como en el primer libro, responden a una necesidad del istmo en cuanto a la historiografía literaria y las múltiples interrogantes para pensar la literatura centroamericana. Asimismo, el segundo tomo presenta una serie de ensayos críticos acerca del advenimiento de la Modernidad en la región y sus repercusiones, las cuales, hasta finales del siglo anterior, se hicieron evidentes en el campo cultural. Por su parte, el tercer tomo “gravita en torno a las sensibilidades de la posguerra centroamericana, su constitución y configuración” (contraportada). Ligados por la política y la literatura, los estudios del último tomo, transitan por un período álgido para la vida política del istmo como las décadas de 1950 hasta la de 1990 (2018, p. xi). A ese período se le adicionan aportes de crítica literaria acerca de la novela histórica y la memoria, como actos escriturales de la historia.

Cortez (2010) y Ortiz Wallner (2012a) suman otros estudios respecto de la posguerra. El primero de ellos discute acerca de la ubicación cronológica que, para la autora, se gestó a mediados del siglo XX en la región centroamericana. A Cortez, en un primer momento, le interesa analizar en el *corpus* escogido por ella, lo que trasciende más allá de la cultura de guerra y posguerra en los personajes literarios; ahonda en la construcción de la subjetividad enraizada en la psique de los sujetos. En el segundo texto hay una revisión crítica literaria de una serie de obras de la región producidas entre los años de 1985 y 2006, años de guerra y posguerra con lo que evidencia “un complejo entramado cultural y de representaciones que muestra, cuestiona, subvierte y pervierte las claves de los procesos sociales e históricos dominantes” (2012a, p. 17). En otro texto Ortiz Wallner (2002b) señala que “la complejidad de nombrar y aprehender la novela centroamericana de posguerra, estas *escrituras en proceso*, abre nuevas interrogantes al trabajo crítico sobre las literaturas de la región” [el destacado es del original] (párr. 5). Sobre esto, es valioso engranar la investigación, pues se está ante la complejización de ficcionalizar hechos ya sucedidos desde estructuras no definidas y diversas.

Mackenbach (2004) arguye líneas de pensamiento y de praxis para la construcción narrativa, discute sobre el tópico de la literatura centroamericana contemporánea con dos inquietudes: ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas? ¿A qué temática o motivo responden esas literaturas que se producen actualmente? El estudioso deja abiertas las propuestas para repensar las categorías constitutivas de las producciones literarias de Centroamérica con un canon y desde un tema en particular. En otro texto, Mackenbach (2007) trata la línea narrativa seguida en Centroamérica en cuanto a la violencia, en él define la literatura como lugar de la violencia.

Desde la asunción teórica de Sarlo, Ricœur y Dobles Oropeza, Mackenbach (2012) determina la dinámica y constante convergencia de los términos historia, memoria y ficción desde cuatro estudios propuestos a la luz de varias obras narrativas centroamericanas: el testimonio, las memorias individuales, los informes de la verdad y las novelas. Llega a la conclusión de que, efectivamente, en el cotejo de los términos surge una producción literaria valiosa que ha supuesto experiencias experimentales de proyectos personales (como en el caso de las memorias individuales) y ficcionales en el caso de las construcciones novelísticas escritas desde la dinámica de los paratextos e intertextos de los

Informes y las Comisiones de la Verdad en la región. Artículo valioso que permite asimilar la hibridez y construcción de las obras escogidas porque ordena la producción literaria de la región centroamericana a partir de la memoria y la valoración e incidencia que esta ha representado desde finales del siglo pasado.

Kohut (2004a, 2004b) discurre en presupuestos teóricos con el fin de definir el punto medio que la literatura ha generado entre la memoria y la historia, en el primer texto, condensa teóricamente la historiografía de la literatura con categorías como la narración y la ficción. En el segundo ahonda en las funciones de la narración y la ficción tanto para los historiadores que narran, como para quienes escriben novela histórica.

La riqueza que el estado de la cuestión propone es tal, que incluso hay espacio para aportes críticos acerca de la discusión teórica que una literatura guatemalteca pueda representar, tanto material como estéticamente en la región centroamericana. Así entonces Liano (2007) discurre metafóricamente desde la fragmentación colonial que la tierra y la etnia han extendido hasta el siglo presente. Perdida entre fronteras identitarias, la literatura guatemalteca sucumbe al mercado que, en el siglo XXI, erige consumos y necesidades.

Acerca del *corpus*

Dadas las similitudes, hay estudios que abordan el *corpus* desde temas comunes; en algunos casos, hay referencias de las obras en cuanto a los narradores. Para la novela de Goldman los artículos son escasos, probablemente debido a su publicación primero en inglés que retardó la recepción y lectura en Guatemala. Por constitución del apartado que me ocupa, he procurado abarcar la totalidad de la crítica al alcance: distingo en algunos casos, análisis tratados conjuntamente, otros en forma aislada.

La novela de Zardetto es un acercamiento complejo al pasado individual, familiar y nacional de la protagonista (Irene). Es, además, un mosaico que pretende alcanzar la unidad de sentido en la exploración fragmentada de las memorias. Sobresalen los recursos estilísticos empleados por Zardetto, que destacan Marchio (2015) y Grinberg Pla (2008). Para la primera de las críticas literarias, la intertextualidad como recurso, posibilita un distanciamiento que es a la vez de la protagonista principal y de la escritora en la obra. Mientras que, para Grinberg Pla, hay una configuración del acto circular anclado en el pasado, característico de la exploración autobiográfica, esto produce una construcción

identitaria. Calderón-Rojas (2015) homologa con recursos lingüísticos la relación que Marchio hizo notar con la novela. La construcción también fragmentada de Irene es analogía del resquebrajamiento del Estado guatemalteco, que ya se había anunciado con el trance de muerte de la abuela Toya (pp. 23-24). Es entonces, el cruce de lo personal con la historia.

Spiller (2015) centra el interés en la memoria desde las tareas cognitivas y reflexivas, revisa la novela junto con otras de Castellanos y Rey Rosa, pero lo hace desde el mundo inconsciente con el sueño y la pesadilla. El estudio de maestría de Maldonado Paz de Lendl (2010) concentra los ejes en la memoria cultural e histórica de Irene, con énfasis en los aspectos identitarios (etnia, género, condición social y papel dentro del núcleo familiar). Si bien considera a nivel macro la historia de Guatemala, asume en todo momento la imagen de la autora, sin separarla de la narradora por lo que “La Historia de Guatemala abre un canal en la obra de Carol Zardetto, la memoria de almacenación le ha permitido a la autora construir una novela de ficción con un eje principal, el de la Historia del país” (p. 78).

Situada en un espacio de globalización y neoliberalismo, en analogía con la Malinche como personaje histórico recuperable, Irene se debate ante el amante extranjero, esa situación le devela luchas psicológicas que debe librar; esa es la postura de análisis que Nixon (2014) desarrolló. La autora concluye que el paraíso conocido por Irene se destruye con las figuras de los *pater familias*, lo que le corresponde a la protagonista es reconstruirse desde los lazos familiares (párr. 16). Jara Quesada (2008) explicita una contribución desde la memoria y el olvido, ambos extremos se tensionan en la función narrativa. La novela, para Jara Quesada es un enunciado “recuperable por pedazos, así como la memoria de Guatemala ... y, consecuentemente, la alternancia de recuerdos personales con hechos de la historia política guatemalteca” (p. 3337).

Alrededor de *Insensatez* gravitan críticas y estudios predominantes en la figura del narrador, quien navega por los testimonios que corrige estilísticamente. Los autores de los artículos pretenden una caracterización bajo el influjo de la posguerra guatemalteca junto con los textos de dolor que el personaje protagonista socializa cuando los lee en voz alta y recita, cuales versos, a desconocidos.

Los estudios coincidentes en la figura del narrador señalan el cinismo (Cortez, 2010) en el narrador. Kokotovic (2009) considera que el empleo de la primera persona permite la identificación del lector con el hablante, el recurso del testimonio (señalado con fragmentos de indígenas sobrevivientes de las masacres) genera la apropiación de los recursos orales desde dos ámbitos: retratan la guerra –lo que considera no ficción– y convierten al narrador en un lector de testimonios con una carga de cinismo (pp. 547-548).

Además, no hay una transformación del narrador como lo indica Hass (2010). Si bien es cierto que lee y copia los testimonios, estos no conllevan un efecto positivo o catártico para el corrector de estilo (p. 178). No se conmueve o busca a los culpables de las atrocidades cometidas durante el conflicto armado interno y la impunidad continúa sobre la palestra. En una reseña de Bermúdez (2006) se revela la presencia de sesgos autobiográficos del autor, en cuya caracterización se reconoce “como erotómano voraz” (p. 187). Grinberg Pla (2007) muestra dos tesis con respecto a la posguerra guatemalteca: el trauma que el escritor abre tanto para los que sufrieron y vivieron la violencia como para los que la infligieron con la frase repetitiva de un indígena sobreviviente. La identificación, es el segundo punto, paralela a la imaginación, juntas contribuyen a que los lectores conozcan hechos acaecidos.

Fallas (2011) conjunta *Insensatez* y *El material humano* en cuanto al término poéticas de la memoria, estas describen con horror los hechos violentos en los cuales se hallan tanto los sujetos que son narrados, como los que terminan por narrarlos. Discute a partir de las premisas teóricas de Deleuze y Guattari, las tendencias en la narrativa denominadas literaturas rizomáticas o nomádicas, así como la literatura menor, modelos en los que encajan ambas novelas. Gras (2005, p. 166) reseña la novela, en ella refiere una voz testimonial que une los testimonios de las víctimas con personajes ficcionales.

Jastrzębska (2012a) enfatiza el género de novela negra que permite difuminar fronteras de la historia, la política y la ficción. Ratifica la paranoia como un espacio de amenaza que se cierne sobre los protagonistas y un delirio en el desciframiento de hechos alejados y extraños a sus labores de escritores intelectuales, esa es la tónica de los narradores en *Insensatez* y *El material humano*. En cambio, Jossa (2013) acota que hay una división entre el autor y el escritor explicitada con dos ideas, en donde “el intento del autor es precisamente disminuir el papel del escritor con respecto a la tarea de transmitir la

memoria histórica” (p. 37), para ello emplea el humor y el sarcasmo con una actitud “decididamente autorreferencial” (p. 37). El narrador con el uso del sarcasmo integra, al decir de la teórica, la historia, la memoria y la literatura. Con respecto de *El material humano*, cuyo análisis une al anterior, Jossa menciona que el narrador guarda distancia de la memoria (las fichas que ha hallado en el Archivo) para dar cabida “a la dimensión íntima y personal de su vida” (p. 53), con esto abandona las memorias paralelas que solo al inicio de la obra llegaron a tocarse.

Por último, Buiza (2013) estima el trauma como construcción poética en el discurso del narrador. Este nexo logra transformar al sujeto que narra a “*to a poetics of affect that enables him to understand the trauma of the other to the point where he begins to share in and internalize it* [una poética del afecto que le permite comprender el trauma del otro hasta el punto en que comienza a compartirlo e interiorizarlo]” (p. 156). También en la misma línea escritural, textos como el de Besse (2009) subraya el vínculo que la escritura y la violencia posibilitan cuando de las memorias del horror se trata: es decir, la palabra y la enunciación de los crímenes es poder regenerador de las subjetividades, “la escritura puede despertar conciencias” (párr. 33).

Finalmente, para la novela de Castellanos Moya comparto los estudios doctorales de Herrera Montero (2010) y Severyn (2011). El primero teoriza desde el cuerpo y la subjetividad en la coyuntura contemporánea, con ese presupuesto considera que, en *Insensatez*, como otras obras revisadas, hay cuerpos marginales. La particularidad, coincidente con los propósitos de esta tesis es el empleo figurativo y literario de las frases testimoniales que el narrador procura comunicar. No obstante, la referencialidad de esas enunciaciones de los indígenas leídas por el narrador está vacía de cuerpos o, en su caso, de fragmentos corporales. Concluye que en “forma intencional el texto enfatiza, no en el carácter de denuncia social ni de información verídica de estos fragmentos testimoniales, sino, por el contrario, en el carácter poético de su palabra” (p. 322).

Severyn (2011) parte del supuesto de que hay obras literarias, como el *corpus* revisado por él, en las que la interacción con la historia tiene referentes comprometidos. Asimismo, señala que el narrador es mediador de un proceso metatestimonial ficticio (p. 9); es decir, el protagonista recupera de un primer discurso, otra versión que comparte a los lectores para concluir que “*this novel will continue to bridge the old and new generations of*

literature, as well as mark other genres due to the intrinsic nature of the hybridity of Insensatez [esta novela seguirá uniendo las viejas y nuevas generaciones de la literatura, además de marcar otros géneros debido a la naturaleza intrínseca de la hibridación de Insensatez]” (p. 34).

Otro estudio doctoral, más reciente, de Detry (2019) se centra en los estereotipos que acompañan dos novelas de Castellanos Moya, para ello cuenta con las contribuciones teóricas acerca del estereotipo, particularizado para la narrativa latinoamericana, con Amossy, Herschberg-Pierrot, Maingueneau, Angenot y Dufays. La autora propone que el narrador muestra estereotipos en relación con las personas, vinculados también con los lugares y, por último, en conexión con la cultura. Este lastre es producto de lo que Detry determina como una manera en la que el autor “quiere enseñarnos que, para sobrevivir e ir adelante, se tiene que borrar estas representaciones, aunque son las consecuencias de los actos de violencia que tuvieron lugar en el país” (p. 88).

Pezzè (2016a) propone un artículo en el que, como es la tónica de algunos tratados en el estado de la cuestión, compara las obras de Castellanos Moya y Rey Rosa. En él sustenta que los hechos de la guerra civil centroamericana dejan resabios que luego, trasladados al espacio literario, se constituyen en recursos estilísticos, emplea a Blachot con el texto *L'écriture du désastre* (1980). Señala que la novela “al empujar la imposibilidad del testimonio (o de su falsificación) hasta dimensiones neuróticas, responde muy bien a las interrogantes que se nos presentan al considerar la escritura del desastre como tentativa (imposible) de racionalización social del mismo” (p. 13), lo cual frustra la recuperación de la memoria desde la escritura de la gran obra que el protagonista anheló hacer.

Coello Gutiérrez (2009) expone “los antihéroes no pertenecen, pues, al gremio de los que hacen las leyes ni de los que aspiran a hacerlas. Han descubierto un campo neutral, que es el de la comedia” (p. 16), en el que el narrador de *Insensatez* alude a figuras esperpénticas, ironiza con crímenes que desea cometer y oscila entre el hastío que su labor le deja.

Para cerrar este estudio, menciono a Voionmaa (2011), cuyo texto presupone que el narrador de *Insensatez*, desde la teorización de Sloterdijk se sumerge en la metanoia, “la creación de un nuevo pensamiento y la re evaluación de la ‘gramática moral’” (p. 179). Enfatiza, desde ese eje, que el protagonista, imbuido en cierta paranoia, no afronta la

realidad ni de los testimonios que lee ni las vivencias propias. Torres (2019) determina que la Modernidad degeneró en el contexto guatemalteco del conflicto armado. Los requerimientos étnicos y éticos son herencia que, en las enunciaciones repetidas por el narrador, se vuelven factuales. Es decir, hay un traslado de una violencia moderna, que el protagonista corrige o intenta hacerlo. Cuando cierra la novela, el narrador pasa a formar parte de “la migración, tanto metafórica como real, de las personas víctimas de las políticas que han llegado a caracterizar la modernidad capitalista” (p. 114). En esa misma línea, Vila (2014) reconoce la sobreimposición de la voz del narrador sobre la de los testimonios que lee y corrige (p. 564) en una narrativa producto de una territorialidad fragmentada.

El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo? fue para Shifter (2009) la primera obra de no ficción del escritor. Pezzè (2016b) determina la labor detectivesca del escritor que guarda distancia con respecto de las novelas de Castellanos y Rey Rosa, porque es “el único que persigue una actitud positiva hacia la realidad circundante ... ya que los otros dos se hunden en el torbellino de sus hipótesis paranoicas” (p. 132). Asimismo, el análisis es crítico acerca de cuánta carga subjetiva (que se cuela en el título mismo de la obra) termina por permear la investigación detectivesca con un final anticipado.

Pezzè (2018) articula esta obra literaria en el apartado *El policial de no ficción* en donde se dedica teórica y metodológicamente a considerarla dentro de un *corpus* de otras producciones literarias centroamericanas representativas del género policial. Valora el esfuerzo documental del narrador en la recopilación del material, considera que hay un sesgo subjetivo que se coló “por su identidad de guatemalteco politizado” (p. 201).

Finalmente, Rodríguez (2014) se sirve de la discusión de los derechos humanos, la memoria y la ciudadanía para considerar que la crónica de Goldman, junto con *Insensatez* y *El material humano*, son producto de un “*social universe narrated by these three ‘moral entrepreneurs’*” [universo social narrado por estos tres emprendedores morales] (p. 93), universo que “*is psychotic or at least perverse*” [es psicótico o al menos perverso]” (p. 93). Ahonda en el texto de Goldman con la consideración de la memoria dentro de los archivos que instituciones y el Estado guatemalteco mismo han ocultado como mecanismos para su verdad. Estos ocultamientos son posibilidades de las que se sirvió el narrador y el panorama perverso de un Estado criminal.

El material humano de Rey Rosa guarda semejanzas con *Insensatez*, razón que ha generado estudios comparativos acerca de sus narradores y de ciertos intereses comunes que la crítica centroamericana e internacional les han señalado. Con respecto de la imagen y las funciones del narrador, expongo el estudio de Hass (2010), quien afirma que “el protagonista y narrador de la novela es un *alter ego* del autor” (p. 178). Sobre ello, coinciden Weitzdörfer (2010), Bada (2010) y Urbina (2017), pero este último, lo denomina autor implícito (p. 292), cuyo trasfondo de análisis es semiótico. Jastrzębska (2012b) determina que la novela de Rey Rosa e *Insensatez* “comparten la característica, ya traída a colación, de narrar en primera persona una historia que, por lo menos, al principio, no es la del narrador y se centra en un enigma o en un sujeto concreto” (p. 340).

Martinetto entrevista a Rodrigo Rey Rosa en el 2012, quien se refiere a *El material humano* como diario de apuntes y experimento de la autoficción. Monterroso (2011) señala tres aspectos clave con respecto de la novela: la conformación del narrador y de la obra misma es el primer punto. El origen del material narrable, es decir, aspectos autobiográficos anexados a hechos violentos de Guatemala el segundo y, la autoficción es el último, el cual se rompe en un punto de la novela cuando a Rey Rosa ya no lo dejan entrar al Archivo y la inclinación hacia el género policiaco (p. 126).

Goldman junto con Robins (2013) entrevistan a Rey Rosa acerca del proceso creativo de la novela y de otras más del mismo autor, en donde la memoria y “*the way in which people change things they've lived through—as the years pass and they have to recount them—all of that is fictionalizing too* [la forma en que las personas cambian las cosas que han vivido- a medida que pasan los años y tienen que contarlas- todo eso también es ficticio]” (p. 72). La entrevista culmina con la tarea de dilucidar qué es la ficción y la realidad en los mundos mostrados, recurso narrativo interrelacionado con la vida de Rey Rosa y sus publicaciones.

Para las novelas *Insensatez* y *El material humano* es coincidente el enfoque que se ha hecho de ellas acerca del género policial o de cuasi novelas negras en la narrativa de la región centroamericana. Esta línea de estudio considera, desde análisis semióticos, a las anteriores obras como ejercicios del género policial en los que la maraña de la violencia, la memoria y la complejidad del inconsciente devienen en los productos literarios. En eso coinciden Spiller (2015) y Schelonka (2017). El primero descubre que los narradores

asumen funciones detectivescas que los sumergen en el pasado de la nación guatemalteca, solo que, para el caso de la novela de Rey Rosa, los sueños (manifestación constante del personaje protagonista) develan interconexiones con la vida del autor (p. 190). Por otro lado, escribe Schelonka, ambas producciones literarias “revelan otra faceta de este mundo: un mundo democrático no libera a los ciudadanos de esta paranoia” (2017, p. 55), es por esto que los personajes protagonistas miran el pasado como recurso para hallar culpables.

Kokotovic (2016) caracteriza al personaje protagonista “*like the novel’s author, the narrator of El material humano is a cosmopolitan writer from the Guatemalan elite* [como el autor de la novela, el narrador de *El material humano* es un escritor cosmopolita de la élite guatemalteca]” (p. 83), quien sumergido en el Archivo, cual laberinto literario, abre las puertas de un sistema de poder que aún afecta a la sociedad guatemalteca. Jossa (2013) por su lado, vincula el testimonio, la ficción y la historia en el estudio comparativo de ambas obras, coincidentes en varios aspectos tanto formales como de fondo. Además, con respecto a *El material humano* acota que el narrador guarda con el autor nexos rastreables en el mundo narrado (pp. 49-50).

Oña Álava (2015) revisa las novelas *Insensatez* y *El material humano*. Para ambas producciones literarias, dictamina que el archivo público (tanto el *REMHI* como el *AHPN*) contribuyen para que los dos narradores se alejen de las voces empleadas como testimonios. Escribe, para el caso de la novela de Rey Rosa, “los comentarios y opiniones, los distintos registros que apelan a la memoria se los deja a otras voces, no recaen en la primera persona que lleva adelante el diario” (párr. 8). Pezzè (2018) coincide en que los narradores, no solo revisan desde distintas aristas fragmentos de testimonios no recabados por ellos, sino que sitúan en un espacio aislado a la memoria para, finalmente, por circunstancias disímiles huir de los escenarios en los que se hallaban (el Arzobispado y el Archivo). Las novelas conjuntan una visión paranoica y biopolítica de sus narradores, en la cual “el testimonio y el policial interactúan en la representación de unas sociedades en las que la interpretación del pasado es sumamente compleja” (p. 270).

Hay un estudio de Spiller (2017), cuya exploración liga el texto cinematográfico con el literario en el punto de la memoria y del archivo como sitio espectral. Al respecto Spiller acota que el sabor del Archivo (como en un juego metafórico) se traslada al saber (p. 110) por lo que el narrador transita en sus pasillos para develar traumas colectivos. Pezzè

(2016a) remite a los deseos de escritura que el narrador en *El material humano* tiene, pero que, en el borde del abismo, “se traban en la imposibilidad de constituir un texto apto para ordenar los múltiples puntos de vista sobre el archivo” (p. 11). Pérez (2019) publica una exploración de la memoria desde el duelo, por cuanto el narrador, quien tiene acceso al Archivo y con él a las fichas de personas ya fallecidas, no logra transmutar la voz de quienes fueron subsumidos en una lógica de poder estatal (p. 26).

Efectuada la exploración bibliográfica para el presente estado de la cuestión, expongo los puntos en los que converge el material revisado, con la finalidad de determinar ejes clave que los ligan a la memoria:

1. A pesar de la distancia espacio-temporal, la memoria cuando se vivencia, se experimenta y se recuerda sustenta dos funciones comunicables: la memoria individual y colectiva. Por eso, he procurado integrar estudios desde políticas de exterminio (como el Holocausto judío), pasando por los períodos dictatoriales del Cono Sur similares en productos, resultados y falencias. Las memorias, sean del orden que sean, perviven a pesar del dolor, el trauma, el silencio o el olvido.

2. Para la producción literaria centroamericana de posguerra el camino sigue en construcción desde cánones, categorías y temáticas. Es decir, es un *continuum* en el que han entrado tendencias, géneros literarios y escritores. No obstante, hay una preferencia a mostrar una caracterización de la violencia –resabio persistente de los problemas de la región– con diferentes ramificaciones (es la guerra, la posguerra y la violencia del presente siglo). La memoria y, por lo tanto, la vuelta al pasado como recurso literario es, hoy por hoy, emergente en la producción literaria, diversifica otras tendencias que ya estaban agotadas, tanto literarias como estéticamente. Que una construcción literariamente enmarañada muestre el resquebrajamiento que aún no ha sanado luego de los conflictos armados parece ser la norma. La novela centroamericana de posguerra, como el término más acuñado y preciso en esta revisión bibliográfica, revela intersticialmente un punto de encuentro en cuanto a las épocas y contextos que la precedieron (finales del siglo XX en países como El Salvador, Guatemala y Nicaragua) y el siglo presente. Aunque los teóricos, analistas y literatos denominen posguerra a ese espacio, que se supone, significaría el fin de los conflictos armados y la deposición de las armas, es en realidad un *leiv motiv* persistente

en la literatura, es una estética, un *locus*, un referente y un intertexto histórico. Mackenbach (2007) denominó la literatura como lugar de la violencia.

3. Con respecto del *corpus*, el panorama es más amplio pero similar. En *ConPasión Absoluta* se enfatiza la funcionalidad narrativa de Irene que logra conglomerar con profusa descripción, con más recursos estéticos y estilísticos, la historia personal, familiar y nacional desde una revisión histórica. La intertextualidad de textos históricos y el desarrollo subjetivo del hilo de la memoria le confieren a la obra, un sentido identitario que retrata el siglo pasado y el presente. En *Insensatez*, *El material humano* y *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*, por otro lado, la balanza se inclina a considerar las producciones literarias dentro del género policial. Un metódico y sistemático acercamiento a la memoria, en función de situaciones particulares personales, prevalece en la línea argumental de análisis de los narradores como investigadores. No obstante, los enfoques que la crítica y la revisión académica han hecho del *corpus* son significativos y continuos. A casi dos décadas de la publicación de la primera novela seleccionada, la academia reelabora nuevas lecturas de ella y del resto de las obras, por lo que resulta significativo que, en el plano político por ejemplo, con la consecución de los derechos humanos, del planteamiento de juicios por genocidio en Guatemala y de la búsqueda de fosas comunes, la literatura y la crítica no han olvidado ni los hechos de violencia del conflicto armado ni las reescrituras que se hicieron del pasado.

Finalmente, los ejes revisados guardan concordancia con el presente estudio; no obstante, los autores leídos no exploran con profundidad el papel de los narradores en la constitución de la memoria presente en el *corpus* seleccionado ni en cómo esta convierte el acto enunciativo en la unión de diversas memorias y la utilidad para tal acción. La mayoría de los textos gravitan en el acercamiento a los hechos de violencia por el peso del contexto mismo (la sociedad guatemalteca de posguerra) y el valor de inscripción en el ámbito literario centroamericano. A pesar de la variedad, la violencia como eje estructurante está presente en las novelas y sobresale la memoria como praxis para lograr atacar el olvido y la impunidad de las situaciones de conflicto vividas en los países centroamericanos.

Marco teórico

Este marco teórico transita con las teorías desde dos ámbitos: *Interrelaciones de la memoria* y, *Sobre narratología*. El desarrollo no es aislado, al contrario, sobre la marcha discursiva teórica que el apartado exige, he yuxtapuesto a los teóricos consultados, sus textos y sus contribuciones para dilucidar el marco general en el que se asienta la tesis. Las conceptualizaciones clave aparecen organizadas de lo general a lo particular, para manifestar la pertinencia y la relevancia junto con alusiones de las obras. Sin esas consideraciones, los términos aislados y desconectados del *corpus* seleccionado carecen de sentido.

Interrelaciones de la memoria

En la consideración de esta parte, los teóricos empleados son Halbwachs (Francia, 1877-1945), Ricœur (Francia, 1913-2005) y Jelin (Argentina, 1941-). La elección de ellos se debe a que Halbwachs teoriza acerca de la memoria en el plano individual para luego insertar las experiencias de rememoración inherentes al sentido colectivo de las sociedades. Asimismo, encaja las experiencias recordatorias dentro de los marcos sociales para comprender cómo en los seres humanos se generan vivencias conectadas con el pasado. Con Ricœur, la cadena continúa, es decir, si Halbwachs explora con minuciosidad en los marcos sociales (la familia, la religión y las clases sociales) el terreno que favorece el pasado individual, es Ricœur quien imbrica la memoria colectiva en la disciplina histórica. Distancia con precisión la utilidad, el empleo y las razones que separan el sentido individual y colectivo que las memorias procuran insertar en el *continuum* social.

En conexión también con este último, surgen conceptualizaciones como el tiempo histórico, el olvido, el silencio y la narración, es entonces que hay cabida para considerar la memoria, a partir de situaciones específicas de violencia de Estado, que, en el tejido social, afloran como hechos de dolor colectivo. Ese es el aporte de Jelin, por cuanto la visión sociológica de la autora, establece la particularidad de hechos de violencia y su reelaboración en el presente, como formas de recuperación de la memoria.

Si Halbwachs fue uno de los teóricos que incursionó en la conceptualización acerca de la memoria, es Ricœur quien viene a declarar posteriormente, aportes que se inclinan

tanto para desestimar algunas concepciones como para valorar otras. El punto de desencuentro es la memoria individual, al respecto Halbwachs escribe:

La memoria individual no es más que una parte y un aspecto de la memoria del grupo, como de toda impresión y de todo hecho, inclusive en lo que es aparentemente más íntimo ... los marcos de la memoria colectiva conservan y vinculan unos con otros nuestros recuerdos más íntimos. No es necesario que el grupo los conozca (2004, p. 174).

Ricœur objeta el carácter de reciprocidad que proviene de tal acto de recordación, por cuanto, indistintamente de los recuerdos, los sujetos rememoran en una colectividad. Postula que si Halbwachs escribió acerca del marco colectivo como base para la memoria individual, esta última descansa en el “análisis sutil de la experiencia individual y sobre la base de la enseñanza recibida de los otros” (2004, p. 157). En otras palabras, no existe tal memoria individual, sino más bien una colectiva que subsume bajo su manto la representación del pasado como una suerte de encadenamiento de ideas, pensamientos, transmisiones y retransmisiones en las sociedades.

Asimismo, Ricœur (2004) resalta el testimonio como el elemento factual comunicativo que sostiene el pasado, señala que no es aquel “proferido por alguien con vistas a ser recogido por otro, sino como recibido por mí de otro en cuanto información sobre el pasado” (p. 158), con esto expande los marcos sociales de Halbwachs. Ricœur no deslegitima la noción de los marcos sociales, porque llegan a “convertirse en una dimensión inherente al trabajo de rememoración” (2004, p. 159). Arguye, en este sentido, que el tiempo presente provee la conciencia para hacerlo. Al respecto amplía Halbwachs que el marco de la memoria es:

no solamente el conjunto de las nociones que podemos percibir en cada momento, puesto que ellas se encuentran más o menos en el campo de nuestra conciencia, sino todas aquellas en que se alcanza partiendo de éstas [*sic*] por una operación del espíritu análoga al simple razonamiento (2004, p. 156).

Con esa noción distingue marcos sociales más generales como el tiempo, el espacio y el lenguaje; los más específicos, que terminan por afinar, como herramientas los recuerdos, son la familia, la religión y las clases sociales. Ahora bien, llevados por la vida,

vamos, según expone Ricœur (2004), acumulando recuerdos de “lugares visitados en común” (p. 158), más los que hemos compartido como grupos en los que “accedemos así a acontecimientos reconstruidos para nosotros por otros distintos de nosotros” (p. 158). Esos marcos de la memoria no desmerecen los explicitados por Halbwachs porque son memoria colectiva. En el interior de los grupos, recordamos, fuera de ellos también: eso achaca como fallo Ricœur (2004) porque el sentido de colectividad y de grupo sostiene el recuerdo del sujeto.

Ricœur (2004) desestima la sucesión interna (p. 159) como aquella que permite el encadenamiento de un recuerdo con los elementos adheridos en el proceso de recordación. En su lugar, reconoce que, al ser individuos sociales en el espacio-tiempo, navegamos indistintamente a los recuerdos del pasado (la niñez es un ejemplo de ello, con imágenes como el jardín, la casa o el patio de juegos), siendo ya adultos regresamos a esos espacios por nuestra misma capacidad de ser los poseedores del recuerdo. Esta categoría es homóloga al marco social halbwachsiano de la familia, por ejemplo. Con dos principios de encadenamiento, Ricœur (2004) postula que los hechos y fenómenos materiales y la memoria colectiva (p. 160) son las facilitadoras del proceso de rememoración. El principio de los hechos y los fenómenos materiales es el ejercicio que solo en el tiempo presente es viable por la conciencia que, como seres humanos poseemos, para recordar el pasado. De ahí que en la memoria colectiva hallemos “los medios para evocar la serie y el encadenamiento de los objetos. Sólo [*sic*] el pensamiento colectivo es capaz de esta operación” (Ricœur, 2004, p. 160).

Otro punto discutido de la teorización de Halbwachs (2004) es aquel en el que Ricœur rompe la dialéctica de la memoria individual y la memoria colectiva, con las nociones de a sí, a los próximos y a los otros, para finalmente señalar que la hipótesis de la memoria individual y la colectiva pueden expandirse en una tercera noción. Es entonces una triple atribución de la memoria (p. 172) en la que hay cabida para los allegados, estos serían los seres situados desde una distancia distinta a la de los otros, con la excepción de que la proximidad que establecemos con los allegados es dinámica, por cuanto es un nexo continuo.

Con la conjunción de los teóricos fue posible determinar que la memoria individual propuesta por Halbwachs (2004) no logra sustentar con fuerza la idea de que recordamos

individualmente en el ámbito social. Ricœur (2004) no desestima el carácter colectivo de la memoria, pero sí entrecruza líneas de pensamiento en las que las generaciones poseen “doble sentido de la contemporaneidad de una ‘misma’ generación, a la que pertenecen juntos seres de edades diferentes, y de la sucesión de generaciones, en el sentido de la sustitución de una generación por otra” (p. 509) como las constitutivas de esa transición y retransmisión del pasado histórico. Hemos sido la suma de los pasados de los próximos, de los allegados (p. 509) en los que expandimos el sentido hacia una memoria viva.

Con Jelin (2002) la teorización de la memoria deviene en el producto de experiencias traumáticas individuales y colectivas por hechos de violencia. Distingue entre las memorias habituales y las narrativas, sobre las últimas escribe que son “construcciones sociales comunicables a otros” (p. 29), esto porque “los procesos de construcción de memorias son siempre abiertos y nunca ‘acabados’” (2007, p. 308), en los cuales es preponderante la presencia del lenguaje (Halbwachs, 2004, p. 84). El lenguaje, en su papel de vehículo portador de imágenes, sentidos y representaciones, provee a los individuos la recuperación de experiencias subjetivas e intersubjetivas y, con ello, la discursividad de la memoria.

Es por lo anterior que, en las obras seleccionadas, la confluencia de las memorias guarda correspondencia con situaciones escriturales (esos son los casos de las novelas de Zardetto y Goldman), los discursos frustrados en las posibles publicaciones son la norma para el narrador de *Insensatez* y *El material humano*, pero no por eso dejan de generar interacciones y actos comunicativos con seres allegados (familia y seres conocidos). Todos, a su vez, en situaciones sociales, experimentan pertenencias intersubjetivas asociadas a la atmósfera de posguerra en la nación guatemalteca.

Tanto Jelin (2002) como Ricœur (2004, p. 512) coinciden en la pluralidad de las memorias. Ella dimensiona teóricamente su naturaleza en la elaboración de identidades colectivas, que fracturadas por la violencia y la represión se hallan en procesos reconstructivos como la memoria misma:

En cualquier momento y lugar, es imposible encontrar *una* memoria, una visión y una interpretación únicas del pasado, compartidas por toda una sociedad. Pueden encontrarse momentos o períodos históricos en los que el consenso es

mayor, en los que un “libreto único” del pasado es más aceptado o aun hegemónico [el destacado es del original] (2000, pp. 5-6).

El caso es que si hay diversas memorias como individuos en las sociedades, así también habrá diversas lecturas, interpretaciones y sentidos de utilidad con respecto de esas memorias. Ese es el aporte teórico significativo que la socióloga dilucida, por cuanto, hay “seres humanos activos en los procesos de transformación simbólica y de elaboración de sentidos del pasado. Seres humanos que ‘trabajan’ sobre y con las memorias del pasado” (2002, p. 14).

La línea investigativa que Jelin (1991, 1994, 2001, 2002, 2007) ha desarrollado y he revisado tiene asidero en situaciones de violencia de Estado, en cuyos contextos las dictaduras y las violaciones a los derechos humanos han resquebrajado el tejido social. En el ámbito público entran en juego, como construcciones sociales, las mismas nociones de “qué es pasado y qué es presente” (2002, p. 23) para reconstituir las memorias con carácter colectivo. Mientras que, en el caso de las memorias individuales, surge un sentido afectivo y emocional con carácter identitario que termina por adherirse además a las primeras.

En las sociedades que han experimentado el terrorismo de Estado son comunes las experiencias tangenciales y posteriores como el olvido, el silencio, el trauma, el duelo, la verdad, el perdón y la reconciliación. Estas resemantizan a la memoria misma porque como sugiere Halbwachs (2004) “hay sentimientos tristes, y otros dulces y felices. Pero nos es de utilidad nutrir y acrecentar estos últimos, reducir y disipar los primeros ... Así se explicaría que olvidemos los aspectos penosos del pasado” (pp. 132-133).

Para Jelin (2002), quien se acuerpa en la teorización de Ricœur (2004), la memoria es selectiva, en esta entra el juego el olvido y el silencio. Distingue un olvido que denomina profundo o, definitivo, el cual representa borrar situaciones del acontecer histórico más global. Del mismo modo, existe la posibilidad de retornar a algunas de ellas desde una coyuntura o eje en las sociedades desde un llamamiento colectivo (2002, p. 29). Se caracteriza por ser un acto político voluntario, que desde la base de un poder social, traza las líneas del tiempo seguidas por los ciudadanos subordinados a esas estructuras poderosas, para invocar o acallar el pasado. Así también acota que “la contracara del olvido es el silencio” (2002, p. 29).

Una situación de violencia, por ejemplo, en la cual se cometan crímenes de lesa humanidad, supone borrar toda huella del pasado, es la supresión de hechos, pruebas o incluso, la negación de que determinado acontecimiento sucedió. No obstante, persiste

la dificultad [que] no radica en que hayan quedado pocas huellas, o que el pasado haya sufrido su destrucción, sino en los impedimentos para acceder a sus huellas, ocasionados por los mecanismos de la represión, en los distintos sentidos de la palabra (Jelin, 2002, p. 30).

Cuando una persona no quiere recordar porque afecta emotivamente su subjetividad por alguna u otra razón, transforma el olvido en un acto evasivo. Este segundo tipo, para Jelin (2002), se manifiesta en acontecimientos de gran envergadura (catástrofes, represiones, genocidios, entre otros). Consecuentemente, el silencio aparece como mecanismo dentro del dolor porque: “también hay voluntad de silencio, de no contar o transmitir, de guardar las huellas encerradas en espacios inaccesibles, para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni transmitir sufrimientos” (2002, p. 31). El acto deseable, en el proceso comunicativo del silencio, es que hubiera una persona dispuesta a escuchar. Por último, el olvido liberador con sentido catártico quita el peso de encima para seguir al horizonte de la vida. Es consciente y acertado para quienes desean continuar con sus vidas sin llevar sobre sus espaldas un pasado histórico, sin comprometer su existencia y que les resulte pesoso.

La particularidad de reconstruir la memoria –en situaciones específicas, por ejemplo de violencia– modifica la conciencia individual y colectiva. Así, para el caso del conflicto armado interno guatemalteco, las evocaciones del pasado con las heridas abiertas aún en el tiempo presente, resignifican las identidades nacionales porque “esas memorias y esas interpretaciones son también elementos clave en los procesos de (re)construcción de identidades individuales y colectivas en sociedades que emergen de períodos de violencia y trauma” (Jelin, 2002, p. 6).

Cuando recordar el pasado resulte traumático por las situaciones de dolor, el individuo entra a un espacio en donde lo que había concebido como normal desaparece, cede al trauma. Freud lo define como “una fijación del sujeto al accidente sufrido” (1948, p. 200), la situación experimentada es la de una vuelta constante al suceso particular que lo marcó, la memoria se dinamiza, pues ese hecho recurrente opera desde una rememoración.

La persona se ancla a una realidad traumática acontecida en el pasado desde el presente, con imágenes que tornan la situación obsesiva, establece con el acto traumático una relación en la que su memoria trabaja siempre sobre el acontecimiento, elude el olvido en una lucha que no pretende librar. Para Jelin, el trauma coarta la capacidad narrativa (2002, p. 84) que se esperaría posible con el testimonio. Es el testimonio, tanto para Jelin (2002) como Ricœur (2004), clave en la consecución de la memoria, pero también con riesgos –según la autora–, en el contexto de las actuales sociedades mediáticas, ella señala que “en este proceso individual e interpersonal, el hablar y contar tiene su lugar, a veces catártico o terapéutico” (2002, p. 97).

En el fondo el trauma siempre será un rompimiento de la situación de placer para albergar una fijación con un hecho específico, es una rotura tanto en el plano individual como social. Con las novelas, el trauma emana de situaciones provocadas por la violencia de Estado infligidas contra otros (los indígenas violentados en sus subjetividades) como muestra Castellanos Moya. Irene, en la novela de Zardetto, lo experimenta por situaciones de rompimiento sentimental con la pareja. Rey Rosa en su narración dispersa el trauma entre las múltiples actividades que lo ocupan (visitas al Archivo, su hija, su pareja, el resto del núcleo familiar, los viajes, entre otras), no lo lleva como uno propio, sino más bien ajeno. En la crónica de Goldman, está ausente a nivel personal, pero no colectivo pues el asesinato de Monseñor Gerardi revive el terror de Estado. Cuando atañe a situaciones colectivas de violencia –como las del *corpus*– fragmenta al individuo como a los grupos y, por ende, a las sociedades mismas.

El duelo ocupa, por otra parte, un espacio en la memoria. Halbwachs escribe “el duelo sólo [*sic*] cuenta para el individuo afectado y se desvanece de la conciencia inmediata de la sociedad” (2004, p. 158). Más que ese desvanecerse para la colectividad, asume proporciones particulares cuando en el contexto de sociedades en las que hubo violencia no hay cuerpo que enterrar, consecuentemente el pensamiento discurre: “no hay pausa, no hay descanso, porque la memoria no ha sido ‘depositada’ en ningún lugar; tiene que quedar en las cabezas y corazones de la gente” (Jelin, 2002, p. 56). *Insensatez* es un ejemplo concreto en el acto del duelo inacabado: en sus páginas se cuelan relatos de voces indígenas que dan cuenta de las muertes, pero no de los cuerpos que esperan ser enterrados.

En la relación trauma-duelo emergen dos elementos para enfrentar su transición: por un lado, la relación que se mantuvo con el objeto perdido / hecho vivido y la capacidad subjetiva que provee el individuo, su entorno y sus semejantes para la superación. Jelin (2002) acota la utilidad de las memorias y los recuerdos, estos, incorporados al pensamiento, trabajan con visión a futuro sobre el pasado porque

Las memorias de quienes fueron oprimidos y marginalizados –en el extremo, quienes fueron directamente afectados en su integridad física por muertes, desapariciones forzadas, torturas, exilios, encierros– surgen con una doble pretensión, la de dar la versión “verdadera” de la historia a partir de su memoria y la de reclamar justicia (pp. 42-43).

En esa misma línea, Jelin (2002) propone dos líneas que contemplarían la verdad y su carácter de legitimidad, cuando de testimonios se trata. En naciones, cuya acción estatal es predominantemente ausente para encauzar las experiencias producto de la represión y la violencia, la comunicación societal se yergue ante el espacio político porque “en ese escenario hay voces cuya legitimidad es pocas veces cuestionada: el discurso de las víctimas directas y sus parientes más cercanos” (2002, p. 10). Cuando los parámetros de legitimación colectivos no evidencian una ética general y común para la ciudadanía, estos coadyuvan en “el hecho de que el sufrimiento personal (especialmente cuando se lo vivió en ‘carne’ propia o a partir de vínculos de parentesco sanguíneo) se convierta en el determinante básico de la legitimidad y de la verdad” (p. 10).

No idealizamos los actos del perdón, porque, en el plano subjetivo, el pesar traducido en trauma y duelo puede tal vez no subsanarse nunca. Heredadas de las Comisiones de la Verdad e instituidas en el contexto cercano de América Latina, algunas sociedades y las institucionalidades que las representan, pidieron olvidar y perdonar como estrategias políticas de restitución. Tales acciones pretenden, en la mayoría de los casos culminar en la reconciliación nacional. La intencionalidad de tal acto muestra dos caras; por un lado, el trauma y el duelo flotarían aún en esferas de la subjetividad y de la intrasubjetividad. O, por otro, ser superados pero no olvidados, es el Estado pretendiendo ser (re)constructor del tejido social cuando confesa culpas, en la mayoría de los casos, por actos cometidos.

Con el propósito de cerrar el apartado sobre la teorización propuesta por Jelin (2002), he dejado de último dos temas enlazados con la revisión hecha por ella. El primero compete a la noción de terrorismo de Estado con Rojas Aravena quien postula que el término no es unívoco: el terrorismo posee vínculos con la política, aunque no su racionalidad porque “el terror puede destruir pero no construir un orden legítimo” (1990, p. 170). Indica, además, que emplea el horror por medio del terror con la violencia armada y el combate, cuyo objetivo es la población civil. Los orígenes del terrorismo de Estado, en las naciones centroamericanas, señala el autor, proceden desde la época colonial. Por su lado, Figueroa Ibarra (2011) coincide con Rojas Aravena, el terror es heredado del pasado colonial, también acota que “las raíces del terrorismo de Estado en Guatemala se encuentran en la cristalización de una forma peculiar de la cultura de dominación, como es la cultura política del terror” (2011, p. 6).

Sobre narratología

La primera aportación teórica es acerca de la narrativa con la finalidad de delimitar a los narradores, el relato mismo y la intercambiabilidad de roles y la polifonía, dichas categorías las perfila Genette (Francia, 1930-2018). Como el desplazamiento espacio-temporal es la constante en el *corpus*, con él subyacen conceptualizaciones como intertextualidad e intratextualidad, estos términos provienen de espectros más amplios proporcionados por Bajtín (Rusia, 1895-1975).

Genette (1989a) considera que el narrador, cuya acción no es solo narrar como acto comunicativo, es también sujeto clave en el relato. Para el teórico, el relato “designa también un acontecimiento: pero no ya el que se cuenta, sino el que consiste en que alguien cuente algo: el acto de narrar formado en sí mismo” (1989a, p. 82) por lo que la conjugación relato y narrador va implícita como tarea y como finalidad. Narrador es aquella voz que enuncia en un relato, interés preclaro en esta tesis por cuanto en el *corpus* elegido, la tarea es determinar el papel que como reconstrutores de las memorias ejecutan los narradores. Genette expone que en ocasiones, puede obviarse quién o quiénes cuenten una historia en función de la preponderancia de la historia narrada (p. 270), eso no es viable por cuanto la alternancia en describir quiénes narran y lo que narran es de sumo valor para el estudio de los discursos de la memoria.

La categorización teórica de narrador en este trabajo de tesis, está sujeto al análisis del papel que dentro de la obra asume; no obstante, por la tendencia reconocida en el *corpus* seleccionado, he considerado que quien narra es a la vez personaje protagonista. Asimismo, cabe considerar que un vaivén marca el accionar-narrar de los cuatro personajes-protagonistas de las obras seleccionadas por “los modos de presencia explícita o implícita del narrador” (p. 85).

De lo anterior se desprenden varias ideas útiles para la sección: el relato es un acto de enunciación con un individuo posicionado como el creador/emisor/productor/generador de un mensaje hacia sí mismo, otro u otros en la sociedad. No voy a profundizar en las implicaciones sociolingüísticas del acto de relatar, pero sí a rescatar el sujeto ubicado en el mecanismo enunciativo-discursivo (que puede ser suya la enunciación o que media entre la de otros, o ambas). De ahí que la presencia narrativa resulte visible, menos visible o que desaparezca cuando dé paso a otras enunciaciones que no son las propias.

El narrador también viene a constituir(se), desde la teoría genettiana, en un sujeto que complejiza el proceso de tratar las memorias de otros, así como las propias. Él, al mismo tiempo, con su inserción como personaje, supone dar cuenta de una ubicación y caracterización dentro del mundo narrado porque conjuga desde la introspección, el recuerdo, el olvido y la persistencia, un devenir memorístico de sí mismo y de su nación. Es decir, el narrador y su constitución permiten, dentro de las obras escogidas, apropiarse de las memorias de los otros en conjunción con la propia.

En este sentido, la visión acerca del narrador no es plana en ningún momento, con su complejidad y diversificación entramos a la dinámica como lectores/receptores de la memoria, eje en el que él también se subsume como personaje. En el *corpus* seleccionado, su función no solo se limita a relatar desde un plano unidimensional lo sucedido, sino que complejiza esa misma narración cuando convoca a otras voces en la trama y entra él mismo como personaje común en el relato de primera persona en el que indistintamente es narrador y personaje de la historia (Genette, 1989a, p. 277). Para el caso que nos ocupa, el narrador también cumple con una función testimonial de las historias de otros y de sí mismo. El caso es que también asumiremos al narrador como sujeto en su función testimonial.

Por último, con respecto a las categorías literarias de narrador, personaje y autor no es tarea precisar que quien narra es el autor mismo o profundizar en esa relación intrínseca. El estudio descansa en el reconocimiento de los narradores como entes activos en el empleo de la memoria que, en ocasiones, se trasladan a ser personajes. Con ello, logran desplazarse tanto en los discursos de otros, como en los que autoasumen desde sus ópticas de narradores, nunca el de autores de las obras; para esto Genette (1989a) considera que:

se identifica la instancia narrativa con la instancia de “escritura”, al narrador con el autor y al destinatario del relato con el lector de la obra. Confusión tal vez legítima en el caso de un relato histórico o de una autobiografía real, pero no cuando se trata de un relato de ficción, en que el propio narrador es un papel ficticio, aunque lo asuma directamente el autor, y en que la situación narrativa supuesta puede ser muy diferente del acto de escritura (o de dictado) que *se* refiere a ella [el destacado es del original] (p. 271).

Para Genette, lo anterior es una vacilación en cuanto a la instancia narrativa y escritural porque un narrador-personaje que relata en primera persona, pero que también se desprende del pronombre para asumir en ocasiones una tercera persona o atreverse a ser omnisciente, puede indistintamente devolverse a su función anterior. Esta coyuntura determina la existencia de la historia y la narración, papel en el que juega como intermediario el relato. Por consiguiente, historia y narración hallan su sentido performativo por la intermediación del relato que existe recíprocamente por dos razones; primero, porque requiere de una persona que cuente una historia y que, por lo tanto, lo convierta en un discurso; y, segundo, porque lo relatado es una historia, un acto de la narración.

En el continuo transitar que los narradores despliegan en las obras, surgen otros conceptos como dialogismo, polifonía, intertextualidad e intratextualidad. Para Bajtín (1998), el dialogismo proviene de todo hecho comunicativo (verbal, escrito o visual) porque la comunicación humana entraña sentido social, es decir, con el lenguaje establecemos nexos con otros seres humanos y, así, en una cadena que vehicula distintos discursos. Bajtín considera entonces un encadenamiento, que permite la alternancia entre quienes enuncian, y quienes responden, como acto recíproco:

Todo enunciado concreto viene a ser un eslabón en la cadena de la comunicación discursiva en una esfera determinada. Las fronteras mismas del

enunciado se fijan por el cambio de los sujetos discursivos. Los enunciados no son indiferentes uno a otro ni son autosuficientes, sino que “saben” uno del otro y se reflejan mutuamente. Estos reflejos recíprocos son los que determinan el carácter del enunciado. Cada enunciado está lleno de ecos y reflejos de otros enunciados con los cuales se relaciona por la comunidad de esfera de la comunicación discursiva (Bajtín, 1998, p. 281).

Los narradores llevan a cabo, acaso en situaciones no definidas con anterioridad, tareas sumamente enmarañadas, se reconocen, por ejemplo, al interior de las obras, relaciones dialógicas en donde se distinguen sus discursos en conexión con otros porque “las relaciones dialógicas son relaciones de (sentido) entre toda clase de enunciados en la comunicación discursiva” (Bajtín, 1998, p. 309). La voz de la persona narradora que creemos superior frente a las de los sujetos que terminan por ser sus motivos de discurso o que les han servido de excusa para hablar sobre los hechos del pasado de la nación, se pierde y entrecruza con las de la colectividad. Irene (*ConPasión Absoluta*) termina por sobreponer su palabra escrita, frente a los discursos de los sujetos desaparecidos y la de sus familiares, como un proceso de catarsis. Asimismo, el narrador en *Insensatez* vuelve una y otra vez sobre la posibilidad de escribir con lo enunciado por otros en los testimonios del horror que corrige filológicamente. En *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*, la voz del cronista sobresale para hilar un intrincado material bibliográfico y testimonial recopilado en la creación de su obra. Finalmente, en *El material humano* una labor investigativa sobre el bachiller Benedicto Tun de oficio archivador del AHPN se convierte en un “cuento” para adultos como le dice el narrador a su hija. Es decir, los narradores han llegado a las historias que trataron discursivamente sin haber pensado objetiva y voluntariamente que terminarían dialogando con otros seres distantes en tiempo y espacio.

La intertextualidad es entonces una yuxtaposición, en la que se interconectan desde el acto dialógico, la polifonía, los nexos históricos, culturales y sociales con otros discursos para la creación de uno nuevo. Por último, las correspondencias que las mismas obras guardan entre sí, serían las relaciones intratextuales. Al respecto de la intertextualidad, Bajtín acota:

El autor de una obra literaria (una novela) crea una obra discursiva única y total, es decir, el enunciado. Pero lo conforma de toda clase de enunciados heterogéneos, ajenos. Incluso el discurso directo del autor está repleto de los discursos ajenos concebidos como tales (1998, p. 307).

Con sus discursos, los cuatro narradores encauzan las voces de antepasados, las nociones culturales, sociales, políticas y económicas que toda cultura posee y lo hacen en la complejidad de las obras elegidas, por lo que se han encadenado memorias a otras memorias en una suerte discursiva del pasado. Como estrategia del orden del discurso, la intertextualidad renueva y recompone las memorias de los narradores a la par de las otras tejidas en el flujo narrativo. De ahí que no sea casualidad que en la novela *Con Pasión Absoluta* o *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* el lector haga el ejercicio de reconocer los textos que marcan las circunstancias y ejemplifican parte de lo narrado.

El discurso es histórico por lo que rescato el aporte del pasado como base en la producción y la comprensión de las enunciaciones. La intertextualidad cobra valor en la medida que asegura el establecimiento de relaciones textuales complejas, sean estas literarias, artísticas, sociales, culturales, económicas y políticas de una nación, cercanas o ajenas en las coordenadas temporales. Todas esas conexiones textuales son conocidas por nosotras las personas lectoras, porque los narradores las retrotrajeron como acto mediado del lenguaje.

En la recapitulación de esta sección aglutino los siguientes aportes:

1. En cuanto a la teorización de la memoria, los aportes han sido concluyentes de que es una (re)construcción social en la que media el lenguaje en el mundo consciente. Los marcos sociales de la memoria dilucidan la atmósfera para comprender los mecanismos que provocan la recordación, en la que se integra el individuo para la reelaboración colectiva. Con el aporte de Ricœur, la especificidad teórica acerca de la memoria, halló límites para la teorización halbwachiana; para el primero que cimentó su crítica desde los presupuestos del segundo, la memoria es colectiva porque los sujetos se hallan inmersos en grupos, de ahí que se trasladen con hechos y pensamientos al pasado desde vivencias comunes. Estos favorecen la rememoración junto con la memoria colectiva. Jelin (2002), por su lado, indica que la vivencia de un pasado de violencia enlaza a los individuos con la recordación y sus

diversificaciones (la narración de la memoria, el silencio y el olvido). Otras conexiones cierran con la noción de que la memoria no es un mero acto de rememoración inscrito en la individualidad, sino que procura, cuando está conectada a situaciones de dolor, pérdida y fragmentación, remediar las subjetividades para que los sujetos le hagan frente al trauma.

2. Los presupuestos teóricos de Genette acerca del relato sustentan la idea de que, efectivamente, los narradores oscilan en las funciones de relatar y ocupan el espacio de personajes protagonistas, acción posible por el intercambio de personas gramaticales y de voz narrativa. Esa intercambiabilidad de funciones enriquece el acto discursivo de la memoria. Por último, subyacen conceptos desde el estructuralismo ruso en cuanto a los discursos que traspasan a las obras: son voces de la colectividad herida en su subjetividad, con otros discursos a cuestas que requieren ser refrescados en el presente de la posguerra guatemalteca.

Marco metodológico

Esta sección tiene sustento en el análisis crítico del discurso (ACD) por cuanto los narradores del *corpus* seleccionado son quienes comunican las situaciones rememoradas, desde sus voces insertas en la colectividad, interactúan como sujetos protagonistas, como mediadores y reconstructores de los discursos. Asimismo, en la categorización metodológica, los discursos de la memoria, al pasar por el acto narrativo, son convertidos por la dinámica literaria en alocuciones narrativas.

Refiere van Dijk (2000) que “el discurso es también un fenómeno *práctico, social y cultural*” [el destacado es del original] (p. 21), por lo que, en las novelas, las enunciaciones concretas, factuales y, en algunos casos, ficcionales, son discursos con carácter comunicativo. Son además interacciones sociales, en estas se reconocen emisores, códigos, receptores y, por último, apreciaciones e interrelaciones que la sociedad que los genera y acoge, recibe, aprueba o rechaza. Los discursos no se desligan de la sociedad, ella también puede, desde las instituciones y desde los sistemas, modelizarlos.

Los contextos enmarcan a los emisores y sus enunciaciones pues contienen las referencialidades geográficas, temporales y situacionales que los moldearon. Es entonces, que “el discurso manifiesta o expresa, y al mismo tiempo modela, las múltiples propiedades relevantes de la situación sociocultural que denominamos su contexto” (van Dijk, 2000, p.

23). Por lo anterior, las obras seleccionadas son el producto de hechos específicos en un entorno significativo como la posguerra guatemalteca. Las coyunturas sociales, políticas y económicas han sido modeladas por “los contextos [que] toman naturalmente su lugar en configuraciones, estructuras y sistemas institucional y socialmente complejos” (van Dijk, 2000, p. 37). Asimismo, “los discursos pueden estar condicionados por los contextos, pero también ejercen influencia sobre ellos y los construyen” (p. 38), es decir, también los actos evocadores de la memoria son producto de los ambientes y pueden alcanzar el poder de modificarlos.

Por consiguiente, el método empleado es el ACD que, a su vez, degenerará en un análisis de contenido porque como se indica a continuación “el análisis del discurso como acción social permanente también se concentra en el orden y la organización (p. 21). Van Dijk (2000) declara que las historias y los argumentos son estructuras abstractas por lo que los narradores las convierten en realizaciones estratégicas del orden de sus ideas. Es decir, están en juego tanto los discursos mismos, como su realización y plasmación en actos escriturales.

En el ACD pueden detectarse estrategias, técnicas y otros recursos para elaborarlo ya que “el discurso puede estar constituido por una compleja *jerarquía de diferentes actos* en distintos niveles de abstracción y generalidad” [el destacado es del original] (van Dijk, 2000, p. 24). Bien pueden reconocerse en los actos discursivos el dialogismo, la polifonía de voces y la intertextualidad porque en la construcción de los discursos literarios de las novelas escogidas se combinan otros ya existentes en uno solo. Por consiguiente, adscribo también la noción expuesta por van Dijk cuando lo concibe como práctica social y como conocimiento (van Dijk, 2016, p. 25).

Es decir, estudio la compleja gama enunciativa de la que se apropian los narradores en el *corpus*, la que ellos mismos generan y la que, finalmente, logran reelaborar como parte del ejercicio de las memorias. En un nivel macro los tres elementos que sobresalen en el ACD son el discurso, el contexto y los sujetos enunciantes.

Fairclough y Wodak (2000) proponen, en un nivel específico, pautas para efectuar un ACD, es una línea paralela al estudio que van Dijk define desde la interacción social. Me apego a él, por cuanto enmarca en una parte significativa los discursos de las memorias, a quienes los tratan y el contexto que los propició. El ACD se ocupa de los problemas

sociales, dicho estudio no concierne exclusivamente al lenguaje, al contrario, analiza “el carácter parcialmente lingüístico de los procesos y las estructuras sociales y culturales” (Fairclough y Wodak, 2000, p. 387). Por lo tanto, dentro del marco de esta tesis, examino las tendencias político-sociales manifiestas en las obras porque fueron el hecho circunstancial vivido por los sujetos como referentes de la memoria y como los protagonistas de las novelas.

Las relaciones de poder manifiestas en el interior de los discursivos ponen el énfasis en las formas explícitas e implícitas del dominio sobre los receptores. El empleo del poder de un Estado violento y excluyente, como el guatemalteco que se arraigó durante décadas en una interminable sucesión de gobernantes, se cristalizó en discursos, prácticas e ideologías de genocidio y exterminación humana. Los discursos de la memoria y sobre la memoria se vinculan a estructuras de poder internas o externas, en este último punto, las interrelaciones son interdisciplinarias porque combinan múltiples aspectos históricos, políticos, sociales y culturales.

Señalan Fairclough y Wodak que “el discurso constituye a la sociedad y a la cultura, así como es constituido por ellas. Es decir, la relación es dialéctica” (p. 390). De la relación dialéctica se derivan las representaciones, las relaciones y las identidades. Las primeras permitieron examinar las visiones de mundo de los hablantes y las representaciones de la historia. Pueden haber divergencias y convergencias en cómo se reciben hechos de acontecer nacional y colectivo, lo que a su vez permite reconocer cómo esos sujetos discursivos se insertan en ellos desde un sentido individual e incluyen a grupos excluidos del *continuum* histórico.

Las relaciones sociales interpersonales son la segunda relación por cuanto serían las maneras y las posturas asumidas por los narradores para interpelar a los sujetos de las memorias. Al interior del *corpus* seleccionado una constante dialógica determinó la forma en que los narradores se refirieron a los sujetos productores de la memoria, cómo sopesaron el aporte brindado de los acontecimientos y la inclusión en el mundo narrado.

La tercera relación compete a las identidades sociales y personales, en la cual consideré la constitución de los sujetos narradores a partir de nociones identitarias como el género, la etnia, la clase social y la visión especular que la otredad teje con respecto de esas nociones. A partir de esto, incluí la referencialidad e interpelación de los otros

constituyentes discursivos de las memorias. Es una amalgama identitaria que no pretende ser excluyente, al contrario, las relaciones sociales y personales contribuyen en las reconstrucciones de las memorias que los narradores procuraron ejecutar.

En la consideración de las labores ideológicas que los discursos hacen “es útil pensar la ideología como un proceso que articula representaciones particulares de la realidad y construcciones particulares de la identidad, especialmente de la identidad colectiva de grupos y comunidades” (Fairclough y Wodak, 2000, p. 393). Es indudable el valor de este apartado en el estudio de las memorias colectivas, referentes discursivos de los narradores, pero, al mismo tiempo, arrojó que las labores ideológicas fueron signadas según los intereses individuales de los personajes protagonistas. Pueden prevalecer concepciones ideológicas por sobre otras o pueden, en el mejor de los casos, yuxtaponerse e interpretarse como una producción coral.

Rescato el valor del pasado como base generadora de los discursos y, con él, la intertextualidad, en la medida que asegura el establecimiento de correspondencias textuales complejas (literarias, artísticas, sociales, culturales, económicas y políticas) de una nación en un ámbito escritural. Con este aspecto sustento que los discursos de la memoria, de la forma que sean constituidos (con documentación factual, con ficción, con tono autobiográfico o en forma heterogénea) son constituyentes históricos porque “los discursos están siempre vinculados a otros discursos producidos con anterioridad y también a aquellos que se producen sincrónicamente y con posterioridad” (Fairclough y Wodak, 2000, p. 394).

Para Fairclough y Wodak (2000, p. 395) no hay un nexo directo entre texto y sociedad, por cuanto, en el nivel del lenguaje, se reconocen características que influyen de uno hacia el otro o viceversa. En el nivel de contenido, esta práctica fue compleja: los discursos de las memorias se superponen unos a otros cuando los actores sociales, desde sus prácticas e interpretaciones, median en las enunciaciones, las lecturas y las reproducciones. Asimismo, Fairclough y Wodak (2000, p. 396) colocan el peso en quien escucha o recibe el discurso, ya que esa persona llega al texto discursivo con la carga contextual sobre sus hombros. Coincido en lo propuesto por ellos cuando afirman que “las interpretaciones y las explicaciones nunca son definitivas ni autorizadas: son dinámicas y

están abiertas a nuevos contextos y nueva información” (Fairclough y Wodak, 2000, p. 398).

El empleo del lenguaje no está liberado de prejuicios, estereotipos y apreciaciones; la palabra, el lenguaje y, por lo tanto, la formación compleja discursiva no se gesta en forma individual y colectiva, vaciada de contenido. Fairclough y Wodak acotan que “el análisis crítico del discurso es un paradigma científico comprometido socialmente” (2000, p. 398). En la tarea de reconocer los discursos de las memorias, hallé criterios discriminatorios, inclusivos, difamatorios, entre otros muchos, que permean no solo a nivel escritural, sino que se trasladan a ser reproducidos socialmente.

La aplicación del modelo propuesto por Fairclough y Wodak, que conjunta con generosidad las tres claves (emisores, receptores y los discursos mismos), si bien distingue diversos aspectos, puede también, como es el caso de los objetivos propuestos y el consecuente desarrollo de los capítulos de esta tesis, mezclarse o separarse, según sean las necesidades de estudio del *corpus*. Para el Capítulo I consideré que los narradores, como usuarios del lenguaje, son sujetos sociales, quienes posicionados en la coyuntura de la posguerra guatemalteca, enuncian con la carga discursiva e histórica que les tocó vivir. Es decir, sin aislarlos del macro contexto, reviso desde las coordenadas espacio-temporales, la ubicación enunciativa. Los cuatro narradores, entonces, muestran sus visiones acerca de hechos de conocimiento genérico (van Dijk, 2016, p. 35) pero además con sus coordenadas individuales. El análisis se basó en las claves dadas por el tiempo de la enunciación, los espacios geográficos que el *corpus* evidenció, para luego insertar a los narradores como sujetos sociales con ideologías, concepciones de mundo, nociones de sí mismos, de los entornos y de los semejantes.

Con los discursos empleados por los narradores, en sus memorias individuales, hay cabida para interconectar ejes comunes del modelo de análisis elegido. Es por eso que, en el Capítulo II, conecté hechos clave en las cuatro novelas que son, a su vez, de la vida nacional guatemalteca, sin que por ello dejen de encadenarse uno con otro. El rastreo histórico llegó hasta finales del siglo XIX y se hizo evidente aún después de firmados los Acuerdos de Paz en diciembre de 1996. El peso de los discursos de las memorias colectivas radica en que manifiestan los mecanismos que dieron pie a la consolidación de las instituciones y los sistemas para el sojuzgamiento civil de etnias como las indígenas y de

grupos desprotegidos. Así, con el seguimiento de las relaciones de poder que los discursos pueden llevar en su discurrir, fue viable reconocer que hay estructuras patriarcales de dominio manifiestas en la palabra y en las acciones.

En el análisis diacrónico fueron evidentes los problemas sociales que los narradores discutieron para sí mismos y para socializar desde las memorias individuales. Con esa tarea, ellos terminan retrotrayendo dichos problemas al presente narrativo como lastres que la sociedad guatemalteca no ha solucionado. Para esto, resultó imprescindible la búsqueda registrada que la pasantía arrojó, por cuanto, el material documental y de archivo me permitió entrecruzar textos narrativos de la literatura con textos históricos.

Con el último capítulo, los insumos reconocidos (ubicación y caracterización de los narradores y los discursos de las memorias) aseguraron el reconocimiento de que las memorias pasaron por mediaciones, los narradores intervinieron en actos comunicativos mucho más complejos. Ejemplo de ello fue que las memorias tomadas de Informes de la Verdad, de entrevistas y de testimonios pasaron por el tamiz ideológico de los narradores. Incluso, en ocasiones las valoraciones acerca de los discursos de las memorias y de quienes los enunciaron fueron visibles en el discurrir narrativo. Por eso en el Capítulo III, cuando los narradores justifican el uso de las memorias asumen una labor interpretativa de sí mismos como sujetos de la historia, de los otros y de lo que tal acto representó.

Para cerrar el apartado, recapitulo que los discursos de las memorias son formas enunciativas, que en el contexto de la posguerra guatemalteca, fueron objeto de interés y apropiación por parte de los narradores de las obras señaladas. Con ese empleo, los narradores develan “un uso específico que hacemos de él [del discurso] cuando nos ocupamos de un ejemplo concreto o de un *ejemplar* determinado de texto o conversación” [el destacado es del original] (van Dijk, 2000, p. 25). El teórico propone que, en los análisis sociales del discurso, “lo que prevalece suele ser la perspectiva y la interpretación del otro; la actividad discursiva se vuelve socialmente ‘real’ si tiene consecuencias sociales reales” (van Dijk, 2000, p. 30). Dicha actividad discursiva es real, sin desmérito de que son lecturas e interpretaciones hechas al calor de la posguerra de Guatemala, son al mismo tiempo reconstrucción evocativa de cuatro personajes que se permitieron socializar las memorias íntimas enmarañadas a las colectivas nacionales.

Capítulo I

(Re)construcciones de una patria fracturada

No hay palabras viejas.

El trabajo del poeta
es darles frescura,

hacerlas bebibles
en el presente
de su tiempo.

Ak'abal, 2010, p. 145.

En este primer capítulo, identifiqué las circunstancias históricas, políticas e ideológicas de los narradores en *ConPasión Absoluta*, *Insensatez*, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano* en el eje espacio-temporal de la posguerra guatemalteca. Van Dijk (2008) señala que, aunque no se haya explicitado con detalle una teoría acerca del contexto de los hablantes, él sugiere que es “la estructura de todas las propiedades de la situación social que son pertinentes para la producción o recepción del discurso” (p. 45). Con el título acuñado, considero la coincidencia con la teorización de Halbwachs (2004), en que los narradores (re)crean un universo de memorias de la patria cuando recién vivía la pacificación, Guatemala debe reconstruirse luego de la guerra, acceder al pasado otorga sentido a lo que experimentan dichos sujetos hoy. Para ello, cabe considerar desde dónde, cómo y cuándo producen los narradores sus discursos.

Es por lo anterior, que repaso las obras. *ConPasión Absoluta*³ posee una narradora protagonista femenina (Irene), quien inserta a los lectores en una lectura incoherente tanto temporal como espacialmente. Se apropia de los recuerdos de su abuela moribunda, de los que su madre comparte, anexa los propios para mostrar evocaciones *circa* de finales del siglo XIX y hasta el siglo XX (coincidente con la Firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala en el año 1996). (Re)construye y arma la totalidad de las memorias no solo

³ *Conpasión Absoluta* (2005) de Carol Zardetto es la obra más local tanto en su publicación como en la premiación, pues fue galardonada en el 2004 con el premio Mario Monteforte Toledo. El premio es de una fundación guatemalteca que, desde el año 1997, ha galardonado la narrativa y, posteriormente, a la cinematografía. Salió publicada bajo el sello F&G Editores de Guatemala.

familiares, sino también nacionales que entrelaza a la macro historia de su país como referente inmediato. Solo esta obra ofrece el nombre de la narradora, que, para efectos, de utilización a lo largo de la tesis, empleo tal cual se acuñó. También es posible reconocer en ella que es guatemalteca de nacimiento, adulta joven y divorciada.

*Insensatez*⁴, por su lado, subsume al lector en un monólogo, en el que el narrador discurre a propósito de fragmentos de las memorias de horror de los testimonios de la población indígena guatemalteca, los cuales corrige filológicamente. Su nombre no es mencionado, me referiré a él como el filólogo anónimo. Es salvadoreño, de mediana edad, sin referentes familiares o personales que puedan rastrearse en la novela. Guarda correspondencia cronológica con la novela de Zardetto: la tarea ejecutada por el filólogo, que es la corrección del Informe *Guatemala Nunca Más* (1998) de la ODHA, es leída por Irene tiempo después.

En la complejidad de *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*⁵ puede reconocerse que el que investiga es el periodista, quien a propósito del crimen contra Monseñor Gerardi, se traslada de New York a Guatemala y se integra al equipo encargado de determinar el móvil del asesinato. Dicho narrador se inserta en la dinámica compleja de la investigación como testigo en la recopilación de datos, testimonios e indicios acerca del móvil y de los supuestos culpables del crimen contra el sacerdote católico. Es un hombre nacido en Estados Unidos de Norteamérica (de edad madura), cuya madre guatemalteca lo enlaza a la nación centroamericana con recuerdos, actividades y ocasionales visitas. En su mirada se conjugan ciertos rastros que cree aún reconocibles de la idea de Guatemala y del sentir ciudadano, así como la mirada de quien no vive ahí y, por lo tanto, puede generarle objetividad en el estudio criminal. Lo he denominado el periodista *freelance*, esa tarea fue la que lo trajo tiempo después al país en los meses posteriores al crimen sucedido en abril de 1998.

⁴ *Insensatez* (2005) lleva siete ediciones en manos de Tusquets Editores de España, traducida al inglés recibió el XVIII Northern California Book Award.

⁵ *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* primero se publicó en inglés (*The Art of Political Murder*, 2007). Después, la editorial Anagrama (2009) adquirió los derechos del idioma español; recibió el Premio Censorship's Freedom of Expression.

*El material humano*⁶ de Rey Rosa, con un sentido de labilidad, oscila primero, en unas fichas copiadas textualmente del AHPN de Guatemala, para dar paso a un diario personal con viajes, encuentros, actividades cotidianas y tareas intelectuales compartidas por el narrador. El diario lo lleva su protagonista, adulto joven, de oficio escritor y reconocido como tal en la misma novela. Se desplaza constantemente por el interés en la búsqueda de material novelable (AHPN es el objeto de atención), se moviliza en la nación misma y fuera de ella. Posee referencias personales (de los ámbitos familiares, de amistades y de relación de pareja), lo que permite un mayor bosquejo del contexto en el que se halla inmerso. Tampoco posee nombre, quizá es un velo que permite cubrir esa escritura del diario personal; por lo anterior, lo he denominado el copista del Archivo.

Los cuatro protagonistas y narradores en el *corpus* experimentan una oscilación no solo temporal y geográfica, en cuanto al desplazamiento narrativo, sino que además confrontan para sí mismos hechos subjetivos asociados a la memoria, como una manera de entrar en el pasado que no es solo individual, también es nacional. Coincido con Genette (1989a) en que la funcionalidad del relato, en cuanto tal, es comunicarnos, a nosotros como lectores, los acontecimientos; los narradores en el macro relato de Guatemala de posguerra, experimentan una alternancia reconocible

en la medida en que unos son el objeto mismo de ese discurso y el otro deja en él vestigios, marcas o indicios reconocibles e interpretables, tales como la presencia de un pronombre personal en primera persona que denota la identidad del personaje y del narrador (Genette, 1989a, p. 84).

Es compartida con Genette la noción de que Irene, el filólogo, el periodista y el copista cabalgan libremente como narradores y como protagonistas en la alternancia de los pronombres, por lo que estos son perfilados como tales. Su desempeño como personajes identificables que guardan incluso, interconexiones reconocibles con los autores de las obras, no es objetivo perfilado en el estudio del *corpus*. Por consiguiente, reconozco en las movilizaciones de los narradores el empleo de la función narrativa, con ella abren las puertas al pasado que los espera, pero además como personajes-protagonistas (cuando emplean la primera persona).

⁶ *El material humano* (2009) fue publicada en España por Editorial Anagrama. Recientemente (2019) se hizo otra edición bajo el sello editorial de Grijalbo México.

Sirvan de argumento las siguientes críticas literarias como las de Arias (2012), Bermúdez (2006), Hernández-Palacios (2013), Jossa (2013) y Pezzè (2018) en las que hay coincidencias de los narradores de *El material humano* e *Insensatez* con los autores, son *alter ego* de estos. Jossa señala para el caso de *Insensatez*: “la perspectiva del narrador, que solo de vez en cuando nos suministra unos cuantos elementos sobre su pasado, unas referencias mínimas que, juntas a su anonimato, insinúan cierto parecido con el autor de la novela” (2013, p. 35) y así también con *El material humano*, Jossa (2013) indica que “la narración empieza y el lector se enfrenta con un narrador en primera persona que por cierto remite al autor Rey Rosa: el texto está diseminado por detalles que conducen a su biografía” (pp. 49-50).

Marchio (2015), por su parte reconoce rasgos autobiográficos en *ConPasión Absoluta* afianzados con la siguiente cita: “estas circunstancias de la protagonista principal corresponden parcialmente a las de la autora que confiesa haber escrito esta novela a partir de «retazos» de su propia biografía a los que dio una ‘una reinterpretación creativa’” (p. 215). Finalmente, en *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*, Pezzè (2018) señala que “es el mismo narrador/detective quien confirma en largos paréntesis autobiográficos el contexto generalizado de amenaza y complot” (p. 123).

Dado lo anterior, el contexto que agrupa la enunciación de los cuatro narradores es la posguerra de Guatemala. Este encuadre político define y limita las circunstancias enunciativas desde el presente discursivo (en las obras seleccionadas) y, de paso, configura un escenario (la nación centroamericana) y unos participantes en el acto discursivo. Argumenta van Dijk (2008, p. 45) “*el contexto* desempeña un papel fundamental en la descripción y explicación del texto” [el destacado es del original]. Por último, una acción, es decir, el acto discursivo en sí, en el que se vislumbran los marcos de carácter más general, que son el tiempo, el espacio y el lenguaje, según Halbwachs (2004). En el primer subapartado del capítulo, el contexto posguerra enmarca la capacidad de recordación por lo que “la memoria de los hombres [léase seres humanos] depende de los grupos que la rodean y de las ideas e imágenes en las que los grupos tienen el mayor interés” (Halbwachs, 2004, p. 169), por lo que examino los eventos históricos y políticos en los cuales se ejecutó la acción discursiva de los narradores, es partir del punto desde el cual, colocados en espacios y tiempos, produjeron sus discursos.

Las conexiones en cuanto a los participantes (los narradores con sus identidades, roles o relaciones y sus posiciones ideológicas y políticas frente a la memoria) más el conocimiento compartido son el segundo subapartado. Este último, se enlaza teóricamente con la memoria, ya que los modelos mentales definidos por van Dijk (2016, pp. 36-37), pueden ser comunes a un grupo (conocimiento social) o a un solo individuo (conocimiento personal). Si bien es cierto que el punto anterior bosqueja escenarios en los que se ubicaron a los narradores, estos no resultan suficientes en la comprensión discursiva; se requiere sumarle las percepciones de sí mismos, de las interrelaciones que, como sujetos sociales, poseen con los otros y el sistema. Asimismo, adicionarles a los escenarios en los que los cuatro narradores se hallan ubicados las distintas concepciones sobre la posguerra.

Para la revisión del *corpus* considero pertinente aclarar que, aunque puede ser abordado en forma separada para cada novela y luego anotadas las conclusiones parciales que el estudio arroja, no lo presento así. Las razones de mayor peso son que las conexiones históricas (tanto de espacio y temporalidad) que el *corpus* literario muestra, permiten una lectura fluida por las diversas correspondencias tejidas por los narradores; separarlas constituiría aislar el contexto socio-histórico vivencial de estos con sus discursos.

Volver al pasado con las heridas de hoy

El conflicto armado interno en Guatemala duró 36 años comprendidos entre 1960 y 1996 con una escalada de violencia que se gestó conforme algunas capas sociales manifestaron la aceptación/rechazo de diversas manos presidenciales. Para Sáenz de Tejada (2005), con el golpe de Estado en 1954 contra Juan Jacobo Arbenz (1951-1954), se manifiesta

el origen de la tragedia guatemalteca [que] se encuentra en la intervención estadounidense de julio de 1954 que puso fin a una década de gobiernos democráticos y cerró el sistema político, expulsando de la contienda electoral a las fuerzas de izquierda (p. 76).

Con dichos obstáculos para la vida democrática, lo que empezó a experimentarse en la fragilidad política, social y económica de la nación guatemalteca fue la sucesión ininterrumpida de presidentes que, en lugar de reconstituir el débil tejido social, contribuyeron a la polarización civil, al respecto indica Dunkerley:

Dos generaciones de guatemaltecos crecerían en un ambiente político que sin duda registró distintos cambios, a veces importantes, en su carácter, pero que en todo momento estuvo determinado por el trauma de la “liberación”/“contrarrevolución”, que se consolidó en un régimen prolongado y predominantemente autoritario (2001, p. 68).

En ese contexto entraron a formar parte de la vida ciudadana dos de los narradores: Irene (*Con Pasión Absoluta*) y el de *El material humano*; los otros dos, aunque alejados geográficamente de Guatemala, no lo estuvieron de la situación socio-política centroamericana que los forzó, al igual que al resto, a abandonar la nación. Más adelante, explicito características de la temporalidad y del grupo etario de los narradores, no obstante, eran personas jóvenes cuando la guerra inició: Irene era adolescente cuando fue forzada por su progenitor a dejar el país (en una primera ocasión) y, luego, abandona el país por un tiempo prudencial (ya como adulta), también, en la década de 1970, el copista del Archivo se instala fuera de Guatemala. En realidad, una creciente violencia de Estado en Centroamérica se afincó por décadas (desde 1970 hasta 1990) en El Salvador, Honduras y Nicaragua, producto de una macro dinámica que fue la Guerra Fría, al respecto Sáenz de Tejada señala:

La Revolución Nicaragüense –que posteriormente fue transformada en la *Revolución Sandinista*– abría el conjunto de complejos procesos políticos, económicos y sociales que, conocidos como la *crisis centroamericana*, hicieron de la región no simplemente un nuevo teatro de operaciones militares de la Guerra Fría, sino que ponían de manifiesto las grandes y graves desigualdades sociales, económicas, culturales y políticas acumuladas durante décadas en la región [el destacado es del original] (2005, pp. 71-72).

Como grupo etario, los cuatro narradores coinciden: tanto Irene como el narrador en *El material humano* ya son adultos (adultos jóvenes) cuando abandonan la nación guatemalteca mientras que el periodista investigador se posiciona también como sujeto adulto que rememora algunos hechos aislados de sus visitas vacacionales a familiares en Guatemala. Por su parte, el de *Insensatez* es quizás la excepción, pues no brinda pistas personales que permitan delimitar un rango de edad. En general, rondan los treinta años,

pues poseen carreras universitarias, forman parte del mercado laboral con estabilidad económica que han logrado con sus mismos empleos.

Bajo esta caracterización histórico-política y social es que los narradores se encuentran para enunciar acerca del pasado. Cronológicamente guardan una relación muy estrecha que se manifiesta, en un período aproximado de diez años, tiempo en que se inician las narraciones (poco antes del año 1998 y finalizan poco después del 2007). Sin embargo, es erróneo asumir que ese período marca un único y exclusivo acto discursivo acerca de la memoria porque, como anoté líneas arriba, la violencia de Estado ha persistido en la vida cotidiana de Guatemala. Estos sujetos de la memoria, en las circunstancias particulares, como testigos y como transmisores del pasado, enuncian sobre la pesada carga de años de convivencia con el terrorismo y que ha dado paso, ahora a otras formas de violencia. Al respecto coincide Sieder (2003) en declarar:

Si bien las violaciones de los derechos políticos y civiles por parte del Estado declinaron en comparación con los niveles de la década de 1980 y comienzos de la década de 1990, se generalizaron nuevas formas de inseguridad al final de la década pasada. Robo de automóviles, asaltos a mano armada, secuestros, tráfico de menores, tráfico de drogas, homicidios, violaciones, crímenes relacionados con el surgimiento de pandillas y lavado de dinero son hoy eventos recurrentes (p. 67).

Esos escenarios los reciben luego de los Acuerdos de Paz, en las obras se cuelan manifestaciones de violencia que coinciden en una lamentable inseguridad ciudadana. El año 1998 es clave dentro del universo de las obras para la enunciación de tres de los narradores: Irene, el filólogo anónimo y el periodista. Un mismo texto y autoría los une: *Guatemala nunca más* y Monseñor Juan José Gerardi Conedera (1922-1998). Los narradores no pueden dejar de enunciar en sus discursos los problemas sociales, son sujetos de una colectividad y, como tales, vivieron la guerra y el proceso de pacificación.

El narrador y protagonista de *Insensatez* es un filólogo anónimo, de nacionalidad salvadoreña, de carácter mundano. La llegada a la nación guatemalteca, que no menciona literalmente en el texto, pero que múltiples pistas llevan a considerarlo como epicentro geográfico de su historia, es un sitio que no le resulta agradable así como algunas relaciones establecidas ahí. “Y es que sólo [*sic*] alguien fuera de sus cabales podía estar

dispuesto a trasladarse a un país ajeno cuya población estaba incompleta de la mente para realizar una labor que consistía precisamente en editar un extenso informe” (Castellanos Moya, 2005, pp. 14-15).

La novela construida en doce apartados posee un hilo ininterrumpido, que evidencia, por parte del relator (narrador) una complejidad de la locura leída en los testimonios, trasladada luego a una serie de dos párrafos (de hasta tres o casi cuatro páginas) por cada apartado, con comas y con carencia casi de punto y seguido. En un estilo indirecto, en el monólogo se obvian los diálogos y las conversaciones (escasas, ya de por sí) para dar paso a las reflexiones, las acciones y los movimientos del narrador-protagonista en el mundo narrado. Su voz predomina, es constante desde el inicio hasta el final de la obra en la que se reconoce que los testimonios son copiados y diferenciados al interior del texto en letra cursiva.

La contratación laboral que apuntala a referenciar ejes espacio-temporales en la novela y en la enunciación discursiva evidencian primero, un peso enorme que ha caído sobre los hombros del narrador, sin considerar con detalles la monumentalidad de la tarea que la corrección filológica representa. Él encadena sucesivamente desde unos meses antes de la presentación del Informe *REMHI*, la experiencia personal y las memorias de otros (los testimonios recopilados) al espacio geográfico guatemalteco que se convierte en su terreno de trabajo provisional.

Hay dos momentos precisos marcados por la pesadez de un tiempo que no avanza, que contamina también la corrección que esperaba hacer el narrador en forma expedita. En un nivel social y público, reconocemos la pacificación de Guatemala, “de hecho el proceso tardó nueve años y abarcó cuatro gobiernos y tres comisiones negociadoras” (Torres Rivas, 2011, p. 473). El segundo corresponde a la misma recopilación de los testimonios como producto final del Informe⁷. Es entonces que el filólogo hundido en una tarea que había asumido por la remuneración económica atractiva, considera que el tiempo de corrección se extiende y que los folios por corregir se le multiplican, se siente traicionado y así lo manifiesta: “en vez de las quinientas cuartillas acordadas me tocaría trabajar sobre el doble

⁷ “En Guatemala se recogieron 6 500 testimonios, dando cuenta de 55 023 víctimas de violaciones a los derechos humanos. 2/3 partes de los testimonios corresponden a poblaciones mayas de 15 idiomas diferentes. La complejidad de la tarea emprendida es apabullante” (Dobles Oropeza, 2009, p. 245).

del material, sin que pareciera dispuesto a doblar también mis emolumentos” (Castellanos Moya, 2005, p. 27).

El Informe *REMHI* conocido también por su nombre abreviado *Guatemala: Nunca Más* es el texto primario de *Insensatez*, los nexos intertextuales son evidentes. En la novela, el narrador accede a documentos que son la reconstrucción del pasado colectivo, es decir, se ubica en grupos humanos, lejanos en el tiempo y en el espacio, para insertarse como otro sujeto más en la memoria colectiva. En una sucesiva construcción del párrafo, se filtran datos acerca de su ubicación espacio-temporal como el primer testimonio que leyó el corrector “impactado por el grado de perturbación mental en el que había sido hundido ese indígena cachiuel testigo del asesinato de su familia” (Castellanos Moya, 2005, p. 13). Así también la ubicación de su oficina “ya que ésa [*sic*] no era mi oficina sino la de monseñor, tal como me explicó unas horas antes mi amigo Erick” (Castellanos Moya, 2005, p. 15) y, las coordenadas geográficas “me encontraría trabajando en esa sede del Arzobispado, ubicada ni más ni menos que en la parte trasera de la Catedral Metropolitana” (Castellanos Moya, 2005, pp. 15-16).

La incidencia de la Iglesia Católica antes, durante y después del conflicto armado fue sustancial por diversas razones, al decir de Torres Rivas (2011), la Iglesia Católica centroamericana jugó un papel preponderante que quedaría inscrito no solo para algunos anales, sino que “actuó con mayor audacia al movilizar masas y crear cuadros para el movimiento revolucionario” (p. 202). En la consideración del papel desempeñado por la ODHA se le atribuyen tareas tales como la elaboración del Informe que daba cuenta de la violación de los derechos humanos, en el cual los perpetradores señalados eran el Ejército guatemalteco y los grupos revolucionarios⁸, ambos redireccionaron la violencia sobre una población civil indígena en su mayoría.

En palabras de Beristain (1998), coordinador del Informe *Guatemala Nunca Más*, la elaboración del Informe de la ODHA significó una labor compleja enriquecida por diversos colaboradores en un período extenso:

El tiempo de investigación, desde la preparación del proyecto, selección y entrenamiento de entrevistadores, organización y desarrollo del trabajo de campo,

⁸ “La CEH establece que la guerra civil empezó en 1962 y se extendió hasta 1996. El conflicto dejó más de 150.000 muertos, 45.000 desaparecidos y más de un millón de desplazados. El informe documenta 626 matanzas: el 93%, perpetradas por las Fuerzas Armadas, y el 3%, por las guerrillas” (Rico, 1999, párrs. 7-8).

codificación y estudio de los testimonios hasta la elaboración y publicación del informe Guatemala Nunca Más, fue de 3 años (1995-1998). Sólo [sic] el trabajo de campo, la recogida de testimonios en las diferentes regiones del país, duró aproximadamente un año con lo que se realizó de manera extensa y llegando a obtener una muestra muy importante de testimonios (más de cinco mil) (párr. 5).

Al narrador anónimo de *Insensatez*, contratado por la ODHA para la corrección de “esas cien mil cuartillas impresas casi a renglón seguido” (Castellanos Moya, 2005, p. 13) le toma tres meses. La narración finaliza con el hecho de que él termina su trabajo apresuradamente y huye de Guatemala producto de un delirio de persecución (lo que lee, termina por generarle el temor de que quienes efectuaron las matanzas puedan perseguirlo). Los terrores leídos se han trasladado del documento que corrige –a nivel textual– a unos externos (se siente perseguido y vigilado), por lo que solicita el cambio a un espacio boscoso fuera de Ciudad de Guatemala que le permita terminar la corrección:

como liberado de temores me sentí esa primera mañana cuando desperté en la habitación que me asignaron en la casa de retiro espiritual a la que me habían conducido el día anterior mi amigo Erick y el chofer del Arzobispado (Castellanos Moya, 2005, p. 133).

En el último capítulo de *Insensatez*, el narrador ha abandonado la nación centroamericana (se va para Alemania), comparte el hecho lamentable que afianza su enunciación dentro del contexto de la posguerra: el asesinato de Monseñor Gerardi acaecido días después de la presentación del Informe “Ayer a mediodía monseñor presentó el informe en la catedral con bombo y platillo; en la noche lo asesinaron en la casa parroquial” (Castellanos Moya, 2005, p. 155). La presentación fue el 24 de abril de 1998 en la Catedral Metropolitana en la Zona 1 de Ciudad de Guatemala, él pronunció el discurso ante las autoridades y la sociedad civil; dos días después, es asesinado.

Insensatez finaliza y, con dicha obra, el narrador acaba su relato, ya alejado del contexto de la región centroamericana. Es evidente que los asesinatos impunes de personajes de la vida social, política y religiosa, que se supone habían terminado con el conflicto armado, continúan ocurriendo en la nación, allende las fronteras textuales. Es decir, los testimonios de abyección leídos y corregidos en el Informe por el filólogo, han

pasado a ocupar su vida cotidiana, su mundo inconsciente (sueños) y, finalmente, a crearle un delirio de persecución, por lo que “la novela de Castellanos reproduce la pesadilla del complot también en Alemania, donde el protagonista se refugia” (Pezzè, 2018, pp. 268-269).

Con un sello de sangre que fue el crimen de Monseñor Juan José Gerardi Conedera, el narrador hiperboliza su pánico ante lo acontecido, distanciado geográfica y materialmente del Informe que motivó la muerte del sacerdote católico, puede considerarse a salvo. Monseñor Gerardi fue asesinado el 26 de abril de 1998 en el garaje de la casa parroquial de San Sebastián (Zona 1, en Ciudad de Guatemala) cuando entraba después de haber estado con su familia en la tarde del domingo. La situación judicial que removió ámbitos políticos, militares y mediáticos señaló a cuatro presuntos culpables, aunque los autores intelectuales no han salido a la luz aún.

Irene no menciona el asesinato de Monseñor Gerardi, pero sí declara “tengo frente a mí los libros que C me regaló: *Guatemala, Nunca Más*. La recuperación de la historia, testimonio de los horrores de la guerra” (Zardetto, 2005, p. 111). Ella es la única mujer en contraste con el resto que son narradores masculinos. El motivo del regreso a la patria es su abuela materna, quien está en trance de muerte, esta representa una significativa presencia en el núcleo familiar, en su memoria y en su subjetividad: “venía yo a Guatemala a la fuerza. No quería regresar” (Zardetto, 2005, p. 14). La figura maternal de la abuela Toya (Victoria) incita el regreso, Irene considera que su antigua nación ha dado paso a un caos, a un aspecto estético que deplora: “las calles se van abriendo a mis ojos que escudriñan cuanto va apareciendo: anuncios plagados de expresiones en inglés, de una fealdad que asalta los sentidos” (Zardetto, 2005, p. 14). También, encontrarse en el núcleo familiar de nuevo es una experiencia desagradable pues está su padrastro y su madre: “allí vive mi madre con su otra familia” (Zardetto, 2005, p. 21). Con esta última, los nexos no han sido cordiales y mucho menos tan profundos como los establecidos con su abuela: “si no fuera por la gravedad de la abuela, no estaría aquí” (Zardetto, 2005, p. 23). Aunque no lo quiera, para Irene, el viaje de regreso a su patria natal entraña el alejamiento de otros espacios y actividades, experimenta la vivencia de la separación física y el duelo emocional que le ha representado la ruptura amorosa con Costa (diplomático uruguayo del que se enamoró en Canadá).

Irene, como el resto de los narradores es una mujer de mundo, en constante desplazamiento tanto geográfico como mental. En ocasiones, se detiene en imágenes nostálgicas asociadas a la niñez cuando actuaba en un viejo salón con sus amigas de juegos, pero la invade también el dolor de la patria destruida por el conflicto armado interno. Hay un fantasma que reaparece entre los recuerdos: su hermano Turín que murió cuando ejercía como médico en un área rural de Guatemala. El regreso de Irene a la nación (re)significa un pasado al que visita dos veces; primero con el discurso narrativo de su abuela con algunos retazos de su madre y bisabuela; como segundo aspecto, el que ella misma re(construye). Esta narradora es la que configura en casi su totalidad el marco de la memoria con su familia, para Halbwachs (2004), una memoria propia de la familia y, al mismo, nivel que las de otras comunidades (p. 186). A lo anterior, se le suman realidades que debe afrontar como la situación económica, de vuelta a su patria, sin empleo y viviendo en la casa de su madre, la inserción en el mercado laboral luego de tantos años y de la edad que ya carga, puede ser difícil.

Su lar es Guatemala nombrado a lo largo del texto con dos referencias constantes: su patria de antaño no es la guardada en su memoria y la incertidumbre hallada en Guatemala termina por trasladarse a ella misma: no sabe ni decide qué hacer con su vida, lleva consigo un duelo amoroso del cual no logra sobreponerse. El tiempo es un año que viene a cerrarse simbólicamente el 31 de diciembre, último día del calendario con el fallecimiento de su abuela, “un ciclo de vida se había cerrado” (Zardetto, 2005, p. 368). Aunque divague (tanto espacial como temporalmente) en la constitución del mundo narrado, Irene termina por afianzarse, casi sin desearlo, a Guatemala.

El manejo temporal en la voz enunciativa de Irene se distingue con respecto del resto del *corpus*, solo *ConPasión Absoluta* emplea la circularidad del tiempo que cierra con hechos concretos. Es decir, Irene en un año calendario entra y sale temporalmente al pasado de su familia, de la nación y de sí misma. Cerrar situaciones genera posibilidades para finalizar ciclos de vida, estar en el presente y trasladarse al pasado le permite afianzar nexos, suturar heridas y ejecutar acciones, esa es la constante en la narración de Irene. Así, en esa revisión del pasado, ella consigue respuestas de su presente y tareas para el futuro porque aflora como opción reiniciar, tanto en el plano emocional como social. En la voz de la abuela leemos no solo semánticamente un inicio individual, sino también colectivo:

“podemos construir un mundo nuevo. ¿Dónde más podrías tener ese privilegio?” (Zardetto, 2005, p. 367) y con Irene misma “decidí escribir y que eso justificara el paso del tiempo. Nunca pensé que podría parar, dejar de existir, no hacer ninguna otra cosa” (Zardetto, 2005, p. 369).

En la novela de Zardetto (2005) es reconocible un manejo temporal circular, distinto a la linealidad histórica utilizada por los narradores masculinos del resto de las obras, porque ellos van hilvanado los hechos desde un principio en una sucesión encadenada de acontecimientos con un final definido. Quizás la suma de todos los acontecimientos, los personajes espectadores de tales hechos y la visión de mundo de la narradora terminaron por constituir un universo tan complejo que debe cerrarlo ella misma con la escritura. La constitución racional del resto de las obras indica que la temporalidad solo puede estar sujeta a la linealidad de los acontecimientos. Por el contrario, Irene como narradora:

se reconoce en una escritura que no reproduce el relato de la historia, sino que es producto de su propia elaboración narrativa y ficcional de la historia. El “hoy” con el cual la misma inicia sus conclusiones la posiciona en el tiempo presente, un tiempo presente desde el cual seguir abriéndose camino hacia el futuro por medio de la escritura (Grinberg Pla, 2008, párr. 19).

El tiempo de la memoria no es el tiempo de la historia narrada al que se apegan los narradores masculinos, esa elaboración formal narrativa se contrapone al constante vaivén que impregna de caos a *Con Pasión Absoluta*. Al decir de Moi, cuando asume la teorización de Kristeva acerca de la marginalidad de lo femenino, “las mujeres, vistas como el límite del orden simbólico, adquirirán las propiedades desconcertantes de *todas* las fronteras: no están ni dentro ni fuera” [el destacado es del original] (1999, p. 174). Lo anterior se afianza con la discontinuidad señalada por Halbwachs (2004), como forma para recordar el pasado en el que no cabe una yuxtaposición de imágenes (p. 168). La novela de Zardetto (2005) altera la linealidad del tiempo y, con ello, una lectura racional, la presentación en capítulos con numeración romana cede espacio, además, a una discontinuidad en la titulación de las secciones (unos tienen título dentro de un mismo apartado y otros numeración arábica), entre múltiples discontinuidades. En realidad, el ejercicio de lectura y la forma en que calzan las piezas de la novela es distinguible solo para quien logre reunir todos los elementos presentes e, incluso, ausentes para completar el mundo de Irene.

Irene se desenvuelve en espacios y tiempos similares al filólogo anónimo, se infiere que “*Insensatez* puede ser leída como una puesta en escena del período de posguerra en Guatemala (ya que la trama transcurre en la segunda mitad de los años noventa, concretamente entre 1997 y 1998)” (Grinberg, 2007, párr. 16). La posguerra no es un período con un corte preciso hecho por un bisturí, que correlaciona la vida social, política y cultural de la etapa del conflicto armado interno, con otra de absoluta pacificación, Álvarez Aragón (2013) acota que

se asumió que la firma de los Acuerdos de Paz en diciembre de 1996 no es el cierre del ciclo histórico iniciado en 1954, que bien puede considerarse concluido algunos años después, cuando se decanta que el estado real del cumplimiento de dichos Acuerdos no sería de la dimensión y talante que al momento de su firma se esperaba (p. 15).

Las utopías terminaron de desintegrarse para todos: los narradores no son la excepción. La violencia de Estado que fuera la impronta durante la guerra, se trastocó por los restos, en el sentido connotativo y denotativo, que afloraron en la época de la reconciliación nacional. Los Informes elaborados constituían la particularidad de que “no se creó una Comisión de la Verdad como en El Salvador, sino un mandato general para establecer los hechos criminales cometidos sin mencionar autores” (Torres Rivas, 2011, p. 474). Por lo que, para Irene, a la vuelta de Canadá, Guatemala ofrecía otra violencia sin desprenderse de las anteriores. Sirva de ejemplo el descubrimiento de cementerios clandestinos que la protagonista lee en los diarios, es un hecho destacado con precisión en la novela⁹:

Hace unas semanas comenzaron las excavaciones en la aldea de Palabor, Comalapa ... Rosalina, una indígena del altiplano sueña con encontrar a su padre. Desapareció un día de julio de 1982. Al ser entrevistada dijo: “Hay gente que dice que debemos perdonar, pero ¿a quién se perdona si ninguno dice: yo fui?” (Zardetto, 2005, pp. 142-143).

⁹ La Comisión del Esclarecimiento Histórico, Tomo VIII (1999, pp. 199, 207, 212-215) registra secuestros, torturas y matanzas en San Juan Comalapa desde el año 1979 hasta 1982. El Ejército guatemalteco se señala, en los testimonios, como culpable de asesinatos contra la población civil.

ConPasión Absoluta ofrece la particularidad de que los recursos paratextuales la acompañan a lo largo de sus 370 páginas. El caso de la noticia transcrita, aunque no se indique de qué medio informativo proviene, es un ejemplo de ello: letra más pequeña, en negrita y a doble columna es la tónica para mostrar textos que no forman parte de la narración propia de la protagonista. En estos recursos paratextuales profundizo en el siguiente capítulo.

Hay dos elementos referenciales en el fragmento anterior: la ubicación geográfica y la persona que denuncia el hecho. El primero de ellos es San Juan Comalapa, municipio de Chimaltenango, donde en la década de 1980 se emplearon sitios de dicho pueblo como cementerios clandestinos para más de 200 personas que fueron amontonadas ahí. Rosalina, citada en la noticia de la novela, es memoria y reclama por la impunidad ante el periodista que la entrevista. Ambos elementos, cuyas coordenadas contribuyen a determinar una relación intertextual forman parte, efectivamente, de una noticia que salió a la luz en los diarios guatemaltecos.

La obra de Zardetto (2005) comparte con la de Castellanos Moya (2005) una línea temporal ubicable a finales del siglo pasado y principios del XXI: ambas lecturas entrañan una posición situacional de los narradores en la historia de Guatemala. No obstante, la particularidad de cómo se narran los acontecimientos es lo que las diferencia, es en el contexto posguerra en el que los actores sociales, y algunos institucionales, hacen el llamado público para la elaboración de Informes de la Verdad con el fin de obtener respuestas acerca del período de guerra. En esa búsqueda de verdades, Irene regresa a Guatemala y el corrector anónimo huye de las que lee en las cuartillas.

En *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* (2009) la utilización de recursos intertextuales como las noticias de periódicos locales e internacionales, las entrevistas, fragmentos de informes oficiales (a los cuales tuvo acceso el narrador) constituyen un mosaico de piezas en el mismo espacio geográfico de las obras revisadas líneas arriba, pero también ofrece pistas para reconocer quién, cuándo y desde dónde enuncia el sujeto protagonista. Redactado en forma lineal –con un especial cuidado

temporal– siguiendo el modelo de crónica, la obra de Goldman brinda detalles precisos del texto-contexto en que emerge el discurso¹⁰.

Para Pezzè (2018), la obra de Goldman (2009) es ejemplo de novela policial con tintes testimoniales. Profundiza en dos líneas para la revisión estructural, la primera característica es la relación de la novela policial con el periodismo y este es un caso reconocible. El periodista *freelance* deambula no solo física, sino extraoficialmente amparado en la búsqueda de información que, de ser policía, tal vez no hubiera obtenido acerca del asesinato del Obispo Gerardi, ser reportero le facilita la obtención de resultados:

El cruce entre policial (ficción) y testimonio y/o periodismo (realidad) produce un texto cuyo objetivo es una actuación del lector en un contexto político, ideológico y moral definido. El elemento narrativo clave es, entonces, un sujeto testigo que funcione de detective de novela negra: un profesional que se juega entero para alcanzar una verdad (Pezzè, 2018, p. 206).

El orden de la novela devela una formalidad que el género mismo y la racionalidad del investigador, organiza, de manera tal que los sucesos sean expuestos linealmente. Aunque el narrador, en ocasiones, hace balances introspectivos para ejemplificar algún hecho o comentario en particular, no altera en gran medida la disposición de la crónica. A saber, está compuesta de seis capítulos: I. El asesinato (26 de abril de 1998), II. La investigación (Los Intocables y el show del sacerdote y el perro), III. El juicio (Testigos), IV. La tercera fase (Purgatorio), V. Descifrando la verdad (Victoria y muerte) y VI. Epílogo (2008).

El hecho desencadenante que empuja al narrador a trasladarse a Guatemala fue el crimen de Monseñor Gerardi, luego de la presentación pública del *Informe Guatemala, Nunca Más*, cuyo investigación y autoría se debe a la ODHA: “Me encontraba en Nueva York en la primavera de 1998 y desde allí seguí la historia del asesinato del obispo Gerardi y sus repercusiones” (Goldman, 2009, p. 91). El cronista es un ciudadano estadounidense

¹⁰ Luego de la publicación de la obra de Goldman salieron a la luz dos más que muestran otras aristas de la carrera, la persecución y el asesinato de Monseñor Gerardi: *En la mirilla del jaguar* (2005) de Margarita Carrera, cuya exploración, tal y como dice en la portada es la de una biografía novelada. Carrera relata con tintes de ficción y datos biográficos los acontecimientos precedentes a la muerte de Gerardi. Julie López en el año 2012 publica *Gerardi: Muerte en el vecindario de Dios*, en cuyo Prefacio leemos “*Gerardi: Muerte en el vecindario de Dios* explora los aspectos a los que estuvo expuesta la investigación criminal del caso, y cómo pudieron afectar su curso y percepción. Entre ellos destacan las condiciones políticas en 1998, dos años después de la firma de paz” (p. 15).

que vivió parte de su infancia, y en aislados períodos, en Guatemala: “años después en 1994, viajé en bus desde la ciudad de Guatemala a Nebaj junto con mi amiga Jean-Marie Simon” (Goldman, 2009, p. 34). La profesión ejercida, los contactos y el hecho de que no resida permanentemente en Guatemala hacen de él un personaje con nexos en la nación centroamericana, lo que le permite moverse en el espacio con cierta confianza.

La configuración narrativa que el narrador brinda es la unión en un discurso que retrata, al menos desde muchas aristas, las implicaciones y los presuntos culpables en el asesinato cometido. El narrador organiza un mundo novelado con tintes detectivescos desde una serie de discursos, así por ejemplo puede leerse: “Ana Lucía Escobar me contó mucho después, en una conversación telefónica” (Goldman, 2009, p. 68) y “en el verano de 2004 el fiscal auxiliar asignado al caso Gerardi me había contado ...” (Goldman, 2009, p. 362). El personaje protagonista acumula noticias, informes y testimonios para armar el rompecabezas del crimen, determinar quiénes serían los culpables, en fin, colaborar en la investigación para escribir un libro. Al igual que Irene, su ida al pasado conlleva un viaje geográfico a la nación centroamericana y le abre las posibilidades para escuchar otras voces.

Es un foráneo ante un hecho ajeno a él pero en el que se siente compelido a participar como reportero e investigador. Al igual que el narrador anónimo de *Insensatez*, las situaciones expresadas y compartidas a los lectores no son más que hechos sucedidos a terceros. Sus comentarios se cuelan ocasionalmente e impregnan desde su visión subjetiva parte de las memorias de las que se apropia “Los guatemaltecos son escépticos frente a cualquier persona que lleva a cabo –o parece llevar a cabo– obras de generosidad o movida por motivos altruistas, seguros de que personas así deben ser, como mínimo oportunistas cínicos” (Goldman, 2009, p. 182). El distanciamiento con respecto del espacio (Guatemala) y los individuos cercanos o lejanos, es latente en las dos obras (*Insensatez* y *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*), por la razón clara de que los dos narradores no son guatemaltecos, no viven ahí, sus estancias son temporales por razones de trabajo.

En cuanto a nexos intratextuales, el *corpus* transita cronológicamente de esta forma: el filólogo anónimo corrige el *Informe Guatemala Nunca Más*, Irene lo lee como el obsequio de parte de su pareja, mientras que el reportero rastrea posibles móviles y culpables del asesinato contra el sacerdote, cierra esta dinámica un archivo oculto por el

sistema de terror, en el que la visita del narrador de la novela de Rey Rosa, tiene como objetivo la búsqueda de información. Esto supone también el encadenamiento de los objetos (Ricœur, 2004, p. 160) que, en el marco del pensamiento colectivo es viable, por cuanto la guerra guatemalteca gestó esas consecuencias rastreables en el *corpus*.

El retorno al pasado en *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* posee dos aristas. El más lejano temporalmente sucedió cuando el narrador rememora la década de 1980 con visitas a familiares y amigos en períodos de vacaciones y, segundo, el que se gestó en la posguerra con el asesinato de Monseñor Gerardi. El narrador gravita en los dos períodos para hacer uso de los recursos humanos (informantes y testigos), de los medios físicos (materiales impresos, documentos judiciales, cartas, entre otros) y de los que él posee como sujeto conocedor del país. Él justifica la tarea investigativa de esta forma:

Como escritor, no pude resistirme y a finales de agosto tomé una especie de asignación de *The New Yorker* para escribir un artículo sobre el caso. Un editor me dijo que a la revista le gustaría tratar la pieza “sobre espera”. Yo debía pagar mis gastos, pero recibiría una carta de *The New Yorker* que podría usar como credencial de prensa y si finalmente la revista decidía publicar la historia, me la pagarían y mis gastos serían reembolsados (Goldman, 2009, p. 92).

Con la integración en el equipo investigador del crimen del sacerdote, el narrador adopta la posibilidad de no solo pensar en el estipendio que tal tarea le proporcionaría, sino que convierte la noticia del asesinato del Obispo en un relato interpretativo con insumos retóricos como las preguntas y los comentarios en los que, desde su óptica, de conocedor de la sociedad guatemalteca, aunque externo a ella, deja entrever. Efectivamente, a lo largo del texto literario, el empleo de las interrogantes lanzadas, ya sea a sí mismo como parte del mundo narrado o hacia los lectores, son un recurso estilístico, son la retórica colectiva e individual, las preguntas pronunciadas en forma constante interpelan a las situaciones que incluso, el narrador reconoce irracionales y fuera de la lógica:

¿Qué había sucedido realmente esa noche? Si, como todos en la ODHA creían, el padre Mario no era el asesino, ¿por qué continuaba vertiendo relatos inverosímiles y contradictorios de lo que sucedió? ¿Qué podía ser tan terrible o vergonzoso como para el sacerdote aguantara la prisión y esgrimiera únicamente las negativas más patéticas? (Goldman, 2009, p. 156).

El vaivén geográfico y temporal demarca la narración del periodista *freelance* investigador: se moviliza de Guatemala a New York (donde vive y trabaja), viaja a España también; en el plano temporal, al cierre de su narración confirma que el trabajo investigativo le ha tomado diez años:

En junio de 2008, hice una visita brevísima a la ciudad de Guatemala. Había sido invitado por *el Periódico* y la Fundación DESC ... Una tarde lluviosa, tuve tiempo libre y me las arreglé para encontrarme con Mario Domingo y los Intocables, Arturo Aguilar y Rodrigo Salvadó en el café de la librería Sophos (Goldman, 2009, pp. 476-478).

Con esta cita textual tomada del Epílogo el protagonista cierra su narración, pero no el acontecimiento que le tomó una década: investigar sobre los autores intelectuales del asesinato del Obispo Gerardi. Aún hoy puede leerse que el caso, cubierto por el polvo del olvido y la impunidad heredados de la época de guerra¹¹, pasó a formar parte de los innumerables archivos en los espacios jurídicos, como un expediente abierto.

Separado en cuanto a la temporalidad discursiva que une las tres obras anteriores, *El material humano* muestra un distanciamiento que se remonta al año 2005, momento en el cual, por accidente, son descubiertas diversas edificaciones que contienen documentos clasificatorios de control social. El Archivo Histórico de la Policía Nacional en Guatemala conservó, oculto a la luz pública, una cantidad enorme de fichas, actas, registros fotográficos y folios entre los que se cuentan el *Diario Militar* o el *Dossier de la Muerte*¹². En el año 2005, “al verificar una diligencia relacionada con el almacenaje de explosivos que representaban un riesgo latente para la población, los investigadores de la Procuraduría de los Derechos Humanos (PDH) descubrieron la existencia de numerosa documentación”

¹¹ “De acuerdo con Jorge García, fiscal del caso, se optó por un juzgado de Mayor Riesgo debido a la complejidad y peligrosidad que presenta la investigación. ‘La naturaleza de las estructuras involucradas y el perfil de las personas que están siendo investigadas nos llevó a hacer la petición que fue concedida por la Cámara Penal’, explicó” (Lainfiesta, 2018, párr. 1). Así también, Nery Rodenas, actual director de la ODHAG, “sostiene que a pesar de la “esperanza” que suscitaron en su momento los acuerdos y la creación de la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (Cicig) en 2006, no ha sido posible acabar con ‘los fantasmas de la impunidad y la corrupción generados por el conflicto y enquistados dentro del Estado’” (Caballero, 2019, párr. 3).

¹² “El Diario Militar es un documento de inteligencia, que registra información sobre dirigentes de organizaciones y miembros de las diferentes organizaciones guerrilleras, contra quienes operó directamente la acción contrainsurgente del Estado de Guatemala” (Secretaría de la Paz, 2011, p. 35). En el capítulo siguiente analizo con detalle dicho documento.

(AHPN, sección de Historia, párr. 1). Con este descubrimiento sorprendente, y fuera de todo orden social, se desencadenaron otros más que colmaron la novela de Rey Rosa.

En la Introducción de *El material humano*, leemos el origen del Archivo, las posibilidades de visitarlo y lo que espera encontrar en él. El narrador, que es al mismo tiempo el protagonista de la historia, devela en un año calendario (con algunas fechas consignadas, lapsos particulares de su cotidianidad y de la vida nacional) que su búsqueda había dado inicio dos años después del descubrimiento del AHPN, es decir en el 2007. Rescatamos un acontecimiento de magnitud centroamericana que el narrador no puede dejar de comentar bajo algunas fechas:

Lunes 26 de febrero.

En primera plana de los diarios de hoy aparece la noticia de la muerte de cuatro policías de alto rango. Los policías habían sido encarcelados dos o tres días antes, acusados con pruebas fehacientes de ser los culpables del brutal asesinato de tres diputados salvadoreños y su chofer a unos treinta kilómetros de la ciudad de Guatemala el 19 de febrero de este año (Rey Rosa, 2009, p. 70)¹³.

El narrador anónimo también como en *Insensatez* (2005), arroja pistas de su trayectoria a nivel académico, intelectual y personal. Se moviliza en espacios de clase social alta o medianamente alta, manifiesta que su tarea inicial dentro del AHPN, recién descubierto, desde su postura de escritor, es ubicar y saber de los intelectuales guatemaltecos, así lo refiere “Cuando me entrevisté por primera vez con el jefe del Proyecto de Recuperación del Archivo, mi intención era conocer los casos de intelectuales y artistas que fueron objeto de investigación policíaca” (Rey Rosa, 2009, p. 12). Emplea una serie de cuadernos, libretas y hojas sueltas. Por orden aparecen Introducción; Primera libreta: Modo & Modo; Segunda libreta: pasta negra; Hojas adjuntas a la segunda libreta;

¹³ Este acontecimiento corresponde al asesinato en tierras guatemaltecas de tres diputados y personajes importantes de la vida política en El Salvador: Eduardo D'Aubuisson, William Pichinte, José González y el conductor Gerardo Ramírez, quienes fueron asesinados el 19 de febrero de 2007. El caso que llegó a conocimiento e investigación por parte de Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala (Cicig) de las Naciones Unidas detalla que las víctimas llevaban, en el momento del asesinato, consigo cinco millones de dólares, posible móvil del crimen. Lo que anota el narrador bajo esa fecha corresponde al asesinato en prisión de los supuestos autores del crimen quienes eran cuatro policías guatemaltecos: “Tres días después fueron capturados los policías guatemaltecos Luis Herrera López, Jorge López Arreaga, José Adolfo Gutiérrez y Marvin Escobar Méndez, como presuntos autores materiales de los crímenes, pero el 25 de febrero de 2007 los agentes fueron asesinados en la prisión en la que habían sido recluidos” (EFE, 2010, párr. 4).

Primer cuaderno: forro verde con motivos indios; Hojas adjuntas al primer cuaderno; Tercera libreta: pasta blanca; Segundo cuaderno: El Quijote; Cuarta libreta: franjas rojas y azules sobre fondo blanco; Hojas adjuntas a la cuarta libreta; Tercer cuaderno: “Scribe”; Cuarto cuaderno: cubierta de cuero sin marca ni nombre; Quinto cuaderno: pasta española y, Nota. Nótese la rigurosidad en el uso de material con el cual trasladar sus impresiones; es decir, transcribe del pasado y, como resistencia al olvido, memorias de otros. Ejecuta tareas manuscritas para fijar los hechos en el papel (en el diario fragmentado y diverso como las libretas); su labor de copista es contraria a la indecisión de Irene por escribir su historia y la de su familia.

La ubicación de intelectuales y artistas en el Archivo es el objetivo del narrador, con ello pretende comprobar, si en la época del conflicto armado, fueron desaparecidos o asesinados. No obstante, mientras tanto copia algunas fichas aisladamente, la dimensión del Archivo termina por abrumarlo así como cierta presión ejercida por funcionarios que ya saben de su trabajo infiltrado. Conforme avanza en las visitas al sitio, redacta trozos que luego serán un relato entre ficción como copia textual de fichas y un cuasi diario personal. Efectivamente, pueden reconocerse relaciones con personas, actividades y otros hechos que remiten a la vida real: “larga plática con Guillermo sobre el proyecto del Archivo. Uli lo ha invitado a que colabore en el documental que está preparando” (p. 178). El narrador es amigo de Uli Stelzner (Alemania, 1961-), realizador cinematográfico quien en Guatemala filma el documental *La isla. Archivos de una tragedia* (2010) acerca del AHPN.

Es este narrador quien concreta un acto de escritura en el mismo instante en que surgen los acontecimientos relatados. Es decir, frente a los otros narradores, solo él anota sus impresiones acorde con las visitas al Archivo “durante esos días llené una serie de cuadernos, libretas y hojas sueltas con simples impresiones y observaciones” (Rey Rosa, 2009, p. 14). Los otros narradores no explicitan esa tarea, Irene se limita durante un año a recordar, al regreso experimenta una serie de situaciones, de vivencias del pasado nacional y personal, para, impulsada por otros, al final de la novela, tomar la determinación de escribir su historia. En la obra de Castellanos Moya, el corrector no trasciende la enunciación para sí mismo, se detiene en la repetición de las frases que le causan una honda impresión “*Yo no estoy completo de la mente*, decía la frase que subrayé con el marcador amarillo, y que hasta pasé en limpio en mi libreta personal” [el destacado es del original]

(2005, p. 13). El frenesí, señalado por su amigo Toto, es incorrecto, copiar esas frases y andarlas recitando puede traer repercusiones. En otras palabras, no pasa de repetir las varias veces, transcribirlas y leerlas, hasta que Toto le señala la peligrosidad debido al contexto en que las ha tomado. Así también, para Goldman (2009) la escritura de la crónica representó aproximadamente diez años entre recopilar los datos, viajar a Guatemala, entrevistar a testigos y corroborar referencias con informantes (Los Intocables¹⁴, periodistas, políticos y otros). Al decir de Sarlo (2006), “el presente, amenazado por el desgaste de la aceleración, se convierte, mientras transcurre, en materia de memoria” (p. 97), es por esto que el narrador ante el Archivo, al que de paso solo le permiten la entrada con papel y lápiz, apunta cuanto puede y lucha contra el olvido inmediato al que estamos condenados todos en algún momento de nuestras existencias.

Su relato, en particular, conecta al igual que en la obra de Goldman (2009), diversos espacios geográficos con referencias puntuales acerca de dónde se halla y por qué. Hay un punto que rompe en su discurso: en reunión con quien le permitió entrar a investigar en el Archivo, este le menciona que ya no serán posibles más visitas debido al posible privilegio reconocido entre quienes laboran en el sitio. Con esto no cambia la enunciación temporal pero sí espacial; ahora, el narrador decide ocuparse en otras tareas, siempre en Ciudad de Guatemala en su departamento, ocasionalmente sale del país: “Domingo. Primera noche de sueño normal desde que llegué a Europa hace una semana” (Rey Rosa, 2009, p. 125). La escritura continúa, pero ya no desde el Archivo mismo, ahora se ha diversificado a los espacios en los que lleva sus libretas; la memoria ha entrado en un reposo aunque él como protagonista y narrador brinde la información desde el presente del año 2007.

El protagonista cierra la narración con una estrategia metanarrativa en el siguiente diálogo con su hija. Con la posesión de una serie de libretas, cuadernos y anotaciones, lo que probablemente convendría hacer y según el oficio del narrador, sea alcanzar el segundo objetivo, que consiste en la investigación sobre Benedicto Tun como Director del Gabinete:

¹⁴ Se denominó así al equipo investigativo integrado por Fernando Penados, Arturo Aguilar, Arturo Rodas y Rodrigo Salvadó; en palabras de Fernando Penados “Vamos a tener un equipo tipo ODHA para documentar el caso” (Goldman, 2009, p. 99), con esta nota se refiere a recabar la información acerca del asesinato de Gerardi. El nombre se debe con cierta imaginación, a un equipo con el deseo de aclarar el crimen, salir ilesos en el intento, también con el sentido semántico de no prestarse a corrupciones, obstrucciones y tergiversaciones de ningún tipo durante el desarrollo de la investigación.

Yo estaba tratando de ordenar estas notas, esta colección de cuadernos, cuando ella, que desde hacía unos minutos insistía en que le contara un cuento, me preguntó qué estaba haciendo. Le dije que estaba tratando de armar un cuento.

-¿Para niños? -me pregunta.

Le digo que no.

-¿Para grandes?

Le digo que no sé, que tal vez solo para mí (Rey Rosa, 2009, pp. 178-179).

En *El material humano* hay tres procesos enunciativos asociados al tiempo: un primer momento, en el cual el narrador ubicado en el año 2007 entraba y salía del AHPN para recopilar fichas, documentos diversos, hacía anotaciones de los archivistas y de las circunstancias que más le llaman la atención. Dejar esa labor de amanuense, es el segundo punto, pero cede al giro, ya fuera del Archivo, de ubicar información acerca de Benedicto Tun, personaje enigmático y atrayente para el copista. La labor que queda abierta, pero que hace el cierre parcial de la novela de Rey Rosa (2009) sería transformar esa serie de libretas, cuadernos y apuntes en hojas sueltas en el diario (uso personal), no en el cuento (escritura asociada para niños) como se lo comenta a la hija. Dicha labor convertida en un texto más complejo podría ser una novela y sería el último proceso.

En la siguiente tabla resumo los tres ejes que posicionan a los narradores como usuarios del lenguaje:

Tabla 1. *Coordenadas espacio-temporales y de sentido para los narradores*

| Obra literaria | Narradores | Tiempo de enunciación | Espacio de enunciación | Motivo para la enunciación |
|---|----------------------|---|------------------------|---|
| <i>ConPasión Absoluta</i> | Irene | Un año calendario (1998) | Guatemala | Regreso a Guatemala por la salud de la abuela |
| <i>Insensatez</i> | Filólogo anónimo | 1998 (tres meses antes de la presentación del Informe <i>Guatemala, Nunca Más</i>) | Guatemala | Trabajo (corrección filológica) |
| <i>El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?</i> | Periodista freelance | Aproximadamente diez años (1998-2008) | Guatemala, New York | Asesinato del Obispo Gerardi |
| <i>El material humano</i> | Copista del Archivo | 2007 (un año, aproximadamente) | Guatemala | Descubrimiento del AHPN/Benedicto Tun |

Fuente: Elaboración propia (2020) con base en Zardetto (2005), Castellanos Moya (2005), Goldman (2009) y Rey Rosa (2009).

En la tabla anterior, convergen los cuatro narradores en un mismo punto geográfico (cuarta columna) porque en la nación centroamericana producen los discursos de la memoria. En cuanto al tiempo, observamos también que el período corresponde a la posguerra, poco después de firmados los Acuerdos de Paz (1996). Hay entonces cierto espacio que media entre la firma de los Acuerdos y el momento en el que cada uno de los narradores del *corpus* inicia el relato de las memorias. Afirmando que la coordenada geográfica determina los actos expresivos, narrativos y discursivos de los personajes protagonistas por el transitar de la posguerra; quizás es posible considerar que el aparente reposo de unos dos años (eso sucede en *ConPasión Absoluta* e *Insensatez*), más extenso en las otras obras, es reposo luego del cese del fuego, sobre este punto ahondo en el Capítulo III. Por consiguiente, en el *corpus*, para los usuarios del lenguaje (los sujetos discursivos), el tiempo narrativo conjuga la posguerra guatemalteca.

La posguerra experimentada en Guatemala se torna compleja, en cuanto se intenta conceptualizar y caracterizar en los planos políticos, sociales y culturales. Sus fronteras son

objeto de discusión académica, las proyecciones que los Acuerdos de Paz manifestaron aún no han sido concretadas y, mucho menos, han arrojado los resultados que los distintos actores sociales esperaban obtener del cese del enfrentamiento armado. Su sino ha sido la transitividad, es un lapso continuo que conforme avanza va develando más responsabilidades pendientes. La literatura y la crítica literaria no se han mantenido al margen de tal discusión que pretende otorgarle rasgos definitorios.

Sáenz de Tejada (2005) argumenta que la transición de posguerra no ha pasado a cristalizarse en democracias sólidas pues aún no se superan “las causas y las consecuencias de la guerra” (p. 79). Si con lo anotado por Sáenz de Tejada pueden cubrirse los discursos de Irene, el filólogo, el periodista y al copista, ya estaríamos bajo la huella de la posguerra. Además, en las coordenadas explicitadas por los narradores subyace la transitividad, en la nación centroamericana el avance del tiempo permite descubrir cementerios clandestinos, bodegas con explosivos, juicios contra expresidentes, impunidad ante los crímenes genocidas, entre otros acontecimientos. En el espacio privado, tampoco la posguerra ha finalizado, fluye hacia traumas colectivos, individuales, procesos de duelo, reconocimiento y enunciación del tiempo pretérito como forma identitaria.

Para el caso de las obras seleccionadas en este análisis, el desplazamiento geográfico como elección de los narradores es parte de la vivencia de la posguerra. La vuelta a la patria arroja como resultado que quien se alejó momentáneamente no era el mismo que regresaba, ni la nación tampoco. Esta es otra característica por considerar de la posguerra: la transformación tanto del sistema como de la ciudadanía. Dicha movilización configuró a los narradores a que no fueran partícipes, pero sí testigos presenciales externos de la situación política del país. Las excepciones más contundentes de lo anterior son los personajes protagonistas de *Insensatez* y *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* por las circunstancias mencionadas anteriormente.

En la posguerra, cuando los cuatro narradores enuncian se detectan rasgos que permiten identificarlos como adultos jóvenes, con profesiones, un estilo de vida (acorde con las posibilidades que sus trabajos y profesiones les brindaban) y una visión de mundo, en la que no había cabida para la violencia de la guerra, razón por la cual habían abandonado la nación. El mismo acto de traslado a otros espacios geográficos revela autonomía, pues contaban con recursos económicos, contactos y seguridad para hacerlo. Al

regreso, estos sumaron sus voces al desahogo colectivo, reconocieron los testimonios de los Informes y extendieron sus visiones a los cabos sueltos: en su labor reconstructiva, pretendían cerrar, en sentido colectivo y personal también.

La impunidad es quizá el cabo suelto con mayor complejidad y en el que Irene, el filólogo, el periodista y el copista reconocieron las falencias del sistema político, jurídico y penal. Evidenciar los acontecimientos del pasado asociados al terrorismo de Estado no resultó suficiente, aunque fueron estrategias para hacerlos de conocimiento público, su carácter condenatorio en aras de la verdad y la justicia no trascendieron ni la realidad guatemalteca ni la literaria. Esto ahonda la profundidad de cuánto queda por resolver en el plano colectivo. No obstante, a pesar del ambiente sombrío algunos de los narradores continúan fluyendo, con sus movilizaciones comparten coordenadas espaciales y posibilidades de cambio: Irene y el corrector anónimo de *Insensatez* no salen de Guatemala mientras discurren sobre sus ocupaciones, intereses y recuerdos. Solo cuando termina su trabajo, el de *Insensatez* se aleja de Guatemala para finalmente darse cuenta que el Obispo responsable del Informe que él revisó, había sido asesinado. Irene había llegado a su nación para quedarse y rehacer su vida. Los dos narradores restantes, debido a las circunstancias de sus ocupaciones, son cosmopolitas: van y vienen mientras llevan consigo sus relatos; sus discursos brindan coordenadas de lo que hacen y en qué sitio geográfico se encuentran.

La suma de los elementos anteriores configura el universo literario: los narradores son sujetos golpeados por la guerra en sus naciones, de distintas maneras (Irene por ejemplo, vive el duelo por su abuela, por los otros y por sí misma) mientras que el copista del Archivo refresca la situación del secuestro de su madre acaecido durante la década de 1980. Al hallarse en el punto medio de la polarización social que el conflicto generó, entran a la memoria con insumos que, en menor medida, son propios. Sin embargo, utilizan los testimonios de quienes sufrieron los ataques de lesa humanidad y sobrevivieron para contarlos. Es decir, los narradores asumen una tarea o labor en el punto medio del pasado y el presente discursivo, son personajes que traen a colación la referencialidad de la violencia de la guerra en donde la memoria es el canal en que se encauza el tiempo ido.

Hasta estas líneas, los narradores comparten discursivamente su situación social, es decir, el contexto y las circunstancias que lo delimitan. A continuación los caracterizo, en concordancia con van Dijk (2008) cuando relaciona el contexto, los participantes y las

características sociales. En ellas reconoce “el género, la clase, la filiación étnica, la edad, el origen, la posición u otros rasgos que determinan su pertenencia a un grupo” (van Dijk, 2008, p. 46). Con estos semblantes, continúa el siguiente apartado, Irene, el filólogo anónimo, el periodista *freelance* y el copista del Archivo participan de pensamientos, posturas y objetivos marcados por la posguerra.

Arrastramos vivencias de un pasado muy profundo

Los narradores son sujetos activos en la sociedad, en ella manifiestan identidades, roles y relaciones, poseen un conocimiento compartido (la situación de violencia de las naciones centroamericanas durante los conflictos armados internos) y la lenta transición hacia la aparente paz generada por la posguerra. Así, reconocen desde sus posturas que, aunque se hayan firmado los Acuerdos de Paz, el período aún no se ha cerrado; sus mismos procesos discursivos están en circulación, no cierran ni las memorias ajenas ni las propias.

En este sentido, reviso tres aspectos que conjuntan lo anterior: la posición social e ideológica frente a la memoria que abordan, su exilio o permanencia durante el conflicto armado interno y el retorno en la posguerra (en los casos que se manifestó) para, finalmente, establecer las interrelaciones entre los narradores. Esas tareas propuestas junto con la ubicación discursiva en las coordenadas del espacio-tiempo, los completan como seres del mundo narrado con sentido identitario individual y colectivo.

Colocar a los narradores del *corpus* en posiciones sociales (educación, posibilidades económicas y mercado laboral) conlleva reconocer en ellos mismos la visión de mundo, las interrelaciones sociales y sus discursos ideológicos porque como señala Ochs (2008) “las narraciones tienen por lo menos un punto de vista, por su naturaleza misma formulan juicios” (p. 295). Los sujetos de la posguerra del *corpus* seleccionado no pasan desapercibidos en el retrato de la sociedad guatemalteca: expresan, sienten y viven el desgaste de la violencia de Estado que, en el ámbito personal, los carcomió como reflejo de la colectiva.

Sus juicios permean las obras, hay una visión ideológica y social en sus acciones y discursos, en esa línea Jossa (2013), con respecto de los narradores de *Insensatez* y *El material humano*, considera tres criterios. El primero de ellos es la coexistencia del narrador con el autor, esto conlleva al punto siguiente con el empleo de un discurso

perteneciente “a la clase dominante (masculina, letrada, ciudadana)” (Jossa, 2013, p. 57). No obstante, cierra con la apreciación de que esas dos situaciones son permisibles en la medida de que, a pesar de los rasgos de poder, hay un hondo sentido humano que los escritores plasmaron en la escritura.

Esta primera premisa mueve el engranaje ideológico y social de tres de los cuatro narradores, quienes se desplazan en un mundo con posibilidades económicas, de reconocimiento social y con voz para enunciar. La salvedad deviene en Irene, quien es la única narradora femenina: “soy mestiza, pertenezco a una raza que no acepta su historia” (Zardetto, 2005, p. 141) que, de paso, configura su etnia totalmente distinta a la mostrada por el resto de los relatores. Asimismo, ella refiere “La sociedad que anhelaba era –y lo sigue siendo– clasista y excluyente” (Zardetto, 2005, p. 37), la cita corresponde a la tía Aura cuando se va del hogar en búsqueda de mejores oportunidades, desea no ser excluida en un mundo de castas y superar su condición de mujer, sin preparación y de ascendencia ladina¹⁵ pobre que se extiende al resto del núcleo familiar de Irene. Efectivamente, el corrector anónimo, el periodista investigador y el copista del Archivo son hombres para quienes la cultura letrada ha abierto puertas en ámbitos intelectuales, laborales y de ascenso. Solo el narrador de *El material humano* no trabaja, sus posibilidades económicas como escritor que se infieren de la obra, le brindan los estipendios para ir por el mundo, experimenta desplazamientos en espacios de ocio, estudio y recreación.

Irene, al contrario, heredera de abandono paterno (en el sentido económico y emocional), evidente en las generaciones de mujeres de su familia, le hace frente a tareas como las que siguen “sentada de siete treinta a.m. a cinco p.m. Pero necesitaba el empleo. Y era toda una hazaña llegar a tiempo” (Zardetto, 2005, p. 79). En este punto, se abre una interpretación del capital cultural por cuanto el tiempo (Bourdieu, 1987, p. 12) no es para ella el que le provea de más y mejores posibilidades de ascenso y de posición social.

¹⁵ Con el término ladino y ladina se ha designado a aquellas personas mestizas en naciones como Guatemala, cuya población mayormente es indígena. Casaús Arzú (2007) considera que la denominación y autodenominación de ladino se debe a dos factores que revisa en su estudio. La de carácter socio-racial es aquella, en la que los entrevistados se denominan como “no ser indio y de no llevar sangre indígena en sus venas” (Casaús Arzú, 2007, p. 195). Esto conlleva, según expone Casaús Arzú, a otra de rechazo cuando quienes se confiesan mestizos antes que ladinos, señalan que “su ser ladino está en función de su profundo rechazo hacia el indígena y que se define por contraste en función de no ser indígena, ni poseer sangre indígena” (2007, p. 196). Si bien es cierto, la negación es la norma, también considera que las categorías biológicas, de educación y de clase son determinantes en la autodenominación racial de la población guatemalteca.

Limitada en sus socializaciones, lo gasta en trabajar y no es equiparable su condición social a la del resto de los narradores.

Los cuatro narradores poseen estudios universitarios, con ello, además evidencian cierta intelectualidad en sus prácticas y en los círculos en los que se mueven. Tanto Irene como el copista del Archivo se explayan en mencionar lecturas de Kafka, Borges y otros escritores; por su lado, el corrector anónimo lee revistas españolas, mientras que el periodista discurre en profundidad en hechos de legislación y en aspectos judiciales. Sus formaciones culturales, además, les han procurado un lenguaje cuidado y círculos de amigos e intelectuales. A pesar de lo anterior, fueron testigos externos de la confrontación armada, no se inclinan ni en la práctica, ni en el nivel discursivo por un polo determinado en la situación política. Esta es, por cierto, una característica particular de la narrativa que acuerpa a los narradores frente a otros discursos como lo fue el testimonio en las décadas de 1970 y 1980 en Centroamérica, al respecto señala Kokotovic (2016):

The testimonial subject implicitly, if not explicitly, spoke for a collectivity and denounced the exploitation and oppression suffered by many. Testimonios also assumed a high degree of social transparency, that is, the possibility of perceiving social problems clearly, and frequently diagnosed the structural causes of injustice. They called attention to the need for social change and often expressed faith in the prospects for achieving social justice through collective action [El sujeto testimonial, implícitamente, si no explícitamente, habló por una colectividad y denunció la explotación y opresión que sufren muchos. Los testimonios también asumieron un alto grado de transparencia social, es decir, la posibilidad de percibir con claridad los problemas sociales, y diagnosticaron frecuentemente las causas estructurales de la injusticia. Llamaron la atención sobre la necesidad de un cambio social y a menudo expresaron fe en las perspectivas de lograr la justicia social a través de la acción colectiva] (p. 546).

Frente a esta narrativa, característica de la región centroamericana, la literatura de posguerra marca otra tendencia en la que los narradores emplean las memorias de la otredad como fuente literaria, sin que por ello asuman una perspectiva más allá de la recreación del pasado sin asumir y tampoco tienen por qué hacerlo, una voz ideológicamente definida. Es, quizás, la tarea que les correspondió cumplir: visibilizar

desde otras propuestas estéticas las memorias que venían arrastrándose desde décadas atrás. Si con el género literario testimonial la emergencia marcaba el norte discursivo, ahora el reposo de la posguerra abría las puertas de otras representaciones reconstructivas.

Es por eso que los personajes protagonistas se empeñan en quehaceres como retratar las vivencias de la memoria que vivieron con sus semejantes (Irene, por ejemplo o, el periodista junto al equipo de investigación). Asimismo, comparten las experiencias abyectas de grupos étnicos diferentes a ellos, tal es el caso del testimonio del indígena cachiuel, al cual se refiere constantemente el corrector de estilo en *Insensatez*. Por último, pero no menos significativo, es permitirle al lector atento (Genette, 1989, p. 118) claves dentro del universo narrado. La presencia social como ciudadanos y testigos del conflicto armado interno, se limitó a resignificar la memoria y el contexto en el que esta surgió.

En sus condiciones ciudadanas de desplazamiento, para los narradores la polarización social no fue dilema personal. Jelin (2002) denomina “subjetividad ambigua” (p. 88) al punto medio en el que la persona testigo de alguna situación de intimidación no se sitúa ni en el papel de víctima o de responsable. No obstante, la violencia de la época los afectó, pero eso no incidió en asumir una posición determinante de la vida social y política. En cambio, el hecho de ser profesionales con recursos económicos, posibilitaron que se alejaran materialmente del estado caótico de la nación guatemalteca y centroamericana en general, pero no del olvido. La afectación por la vida tensa durante la época de guerra volvió con ellos y a sus naciones: recordar difuminó el olvido.

Consideremos algunas citas para ejemplificar lo anterior. En esa evidente formación intelectual, que se asume brindada por la educación superior se escabullen comentarios en boca del corrector anónimo que determinan, al igual que Irene, un rechazo por la vivencia ancestral de la dominación étnica heredada de la Colonia española: “tal como yo imaginaba a esos caballeros andantes que vinieron a conquistar a los indígenas de estas tierras” (Castellanos Moya, 2005, p. 82). Irene, por su parte, indica

Pronto las tierras comunales que habían poseído las poblaciones indígenas desde tiempos inmemoriales les fueron arrebatadas, con la razón legal de que las mismas *carecían de título que legitimara su propiedad* ... Se restableció el trabajo obligatorio ... La Colonia lo llamó repartimiento de indios. La República lo llamó

simplemente *mandamiento* [el destacado pertenece al original] (Zardetto, 2005, pp. 64-65).

Son homólogas sus visiones del mismo período histórico de la vida guatemalteca, no obstante, difieren en los ojos que lo miran. El corrector anónimo, alude a la idea de los conquistadores españoles con una carga semántica machista sobre una chica que le atrae, relaciona la imagen de Joseba (vasco y médico psiquiatra) con la de don Quijote de La Mancha y lo hace con menciones de contenido sexual. Al narrador le molesta que, en el siglo XX, los españoles afincados en Guatemala (se refiere a ellos como gachupines) lo que por metonimia relaciona con Joseba, Pilar y Fátima, realicen tareas por los derechos humanos cuando en siglos pasados, marcaron un rastro de sangre, muerte y destrucción genocida en América. El caso es que el filólogo repite patrones culturales en sus enunciaciones como el machismo, cierto rechazo por las labores de los españoles que laboran en la ODHA y comentarios despectivos para Rigoberta Menchú (Guatemala, 1959), quien recibiera el Premio Nobel de la Paz en el año 1992.

Irene, por su lado, desde sus lejanas antepasadas (que se remontan al siglo XIX), manifiesta con extensas citas textuales la Historia escrita por hombres, blancos y de élite, paralela a la que vivieron sus familiares y ella misma con respecto de la vida de pareja. Por extensión, esas construcciones discursivas acerca de la historia común para ambos narradores, son intensionales (van Dijk, 2016, p. 32), pues son conocimiento declarativo que luego comparten y manifiestan. Colocar una referencia bibliográfica a las extensas citas que emplea la narradora, eliminaría el trazo literario ficcional que la obra posee, podríamos conjeturar que la elaboración con tono histórico y objetivo, frente a la línea narrativa desarrollada en *ConPasión Absoluta*, es otra forma de insertar la historia de las mujeres en la considerada oficial, masculina, blanca y dominante. Es una deconstrucción intencional permitida en la novela.

Irene étnicamente autodefinida frente al resto de los narradores, pero en condiciones similares de educación formal, entra en la noción de una ciudadanía blanca (ladina), sus condiciones mestizas los diferencian en sociedades predominantemente indígenas como lo son Guatemala y El Salvador. Situación por demás que los separa de esa amplia mayoría étnica desde dos concepciones en las que se acomodan los narradores: Irene y el periodista no mencionan más allá de aisladas citas textuales a los indígenas como noticia o, bien se

refieren a ellos como aquella parte de la población civil en la que la maquinaria del terror volcó todo el peso de la violencia de Estado. Del otro lado, hallamos en voz del narrador de *Insensatez*, los testimonios que corrige estilísticamente, a los que alude como frases poéticas (en su mayoría reconoce las enunciadas por hombres). Inclina su mirada hacia las mujeres indígenas como es el caso de una en particular: “una indígena gordita rodeada de reyes, príncipes, marqueses y condes como en un cuento de hadas” (Castellanos Moya, 2005, p. 90) y renglones más abajo enuncia, siempre sobre el mismo hecho, pero con respecto de una mujer europea: “lo que más me impresionaba de mis últimas lecturas de *¡Hola!* era la calidad de hembra de esa noruega con la que el príncipe Felipe estaba saliendo, padre eterno divino, qué carne nórdica para degustar” (Castellanos Moya, 2005, p. 90).

Nótese la visión despectiva con la que se refiere a ambas mujeres, sin embargo con la particularidad de que a la mujer indígena la posiciona con sus palabras, en un cuento de hadas, una realidad inexistente para la cosmogonía indígena. Atenúa su condición étnica de ser indígena y *lo gordita* [el destacado es mío] en el mundo imaginario e irreal del cuento de hadas rodeada de la realeza europea. Así también, en el discurso del narrador de *El material humano* se asoma la diferenciación social, educativa y de acceso que reconoce, como obstáculo que no le permitió a la etnia indígena asumir un papel más activo ante el embate del conflicto armado.

En *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* la corrupción del sistema político y jurídico en Guatemala salta a la luz con las valoraciones manifestadas por el narrador. Desde la postura de quien investiga con raciocinio y meticulosidad la maraña que envuelve el crimen de Monseñor Gerardi, señala *a priori* el motivo del crimen como político, “los detectives, y entre ellos el periodista, son personajes desvinculados de la lógica del Estado y hasta antagonistas a él, conocedores de las calles, de las clases sociales más bajas y de las dinámicas del poder” (Pezzè, 2016b, p. 122). Esa es la posición ideológica contraída por el narrador.

La crónica, como género literario, con lindes en el periodismo, le ha permitido al reportero evidenciar con detalles los acontecimientos del proceso de investigación que, luego pondrá en el papel, hace una suma extensa de sus propias apreciaciones, conjeturas e incertidumbres que rodean al caso del asesinato del sacerdote católico, a la par que llena

con cuidadosos detalles lo recopilado (diarios, entrevistas personales y telefónicas, más declaraciones). En ese transitar escritural el narrador en su acercamiento, por lo demás, objetivo, se limita a mostrarnos las dimensiones de los hechos ocurridos, la investigación y, finalmente, el proceso de juicio en donde se reconoce una posible culpabilidad de los sujetos implicados. Sobresale en coincidencia con el argumento anterior de Pezzè (2016b), en boca del periodista *freelance*, el rechazo al Estado como culpable del rompimiento del tejido social:

Las estudiantes formaban parte de la primera generación de niños guatemaltecos que aprendía a hablar y expresar en voz alta que es negativo que el Estado asesine. La primera generación que probablemente tendrá la oportunidad de aprender sobre el pasado de Guatemala, y distinguir las viejas mentiras de las nuevas verdades (Goldman, 2009, p. 154).

Conforme avanza el desarrollo de la crónica, en las apreciaciones del narrador no se gestan cambios en la crítica ideológica de que las alianzas entre los diversos gobiernos guatemaltecos y grupos de poder como el castrense solo han deteriorado progresivamente la situación luego de los Acuerdos de Paz. Solo para mencionar algunos gobiernos en los que el narrador dedica líneas de la ineffectividad, el descuido, la corrupción de pruebas y testigos acerca del crimen contra el Obispo Gerardi, se hallan el de Álvaro Arzú (1996-2000) y Alfonso Portillo (2000-2004). En el período de gobierno de este último, el narrador señala a la impunidad como la causante de que Efraín Ríos Montt (marzo de 1982-agosto de 1983) se liberara judicialmente de ser condenado por crímenes de lesa humanidad; en su período presidencial se contabilizó un repunte sustancial en cuanto matanzas, persecuciones y desapariciones¹⁶. Al respecto el narrador evidencia una decepción: “Portillo no había sido capaz de librarse de la influencia de los hombres fuertes del ejército ni de la mafia como tampoco había podido ninguno de sus antecesores” (Goldman, 2009, p. 329). En la obra de Goldman es posible rastrear un terror experimentado por quienes fueron presidentes: es el miedo a perder el poder, como en el caso de los expresidentes anotados (Arzú, Portillo y

¹⁶ Figueroa Ibarra (2011) menciona datos acerca de las víctimas mortales: “comparando las cifras totales de masacres y número de víctimas para los años de 1982, 1983 y los primeros tres meses de 1984, fácilmente podemos percibir que en 1982 hubo un elevado número de masacres y víctimas que estas ocasionaron. En este año se efectuaron 249 masacres que costaron casi 7 mil vidas (6,695), mientras que en 1983 hubo 82 que ocasionaron casi mil muertos y desaparecidos (947) y en los primeros tres meses de 1984 se registraron 13, con 200 víctimas entre muertos y desaparecidos” (p. 303).

Ríos Montt), pero que, en el otro bando, se convirtió en el miedo a perder la vida (para quienes hurgan en las culpabilidades por los crímenes impunes) que no permiten fluir hacia la paz.

Si Irene y el filólogo manifiestan sus posiciones ideológicas respecto de la herencia colonial de Guatemala, el personaje de *El material humano* coincide en las apreciaciones del periodista, ambos señalan que el sistema político agotado y corrupto ha ocasionado el deterioro social que vive la nación guatemalteca:

Pero la serie muestra la índole arbitraria y muchas veces perversa de nuestro típico y original sistema de justicia, que sentó las bases para la violencia generalizada que se desencadenó en el país en los años ochenta y cuyas secuelas vivimos todavía (Rey Rosa, 2009, p. 36).

Incluso, las aseveraciones que el copista comparte, cuando es partícipe de un curso recibido bajo el título *Violencia, poder y política* en los primeros días en el Archivo, le acarrea rechazo por parte de quien lo imparte. Para el narrador, en cuanto al tema de la violencia de Estado, la población indígena, de la cual se distingue con presupuestos como la educación, la ideología y el estrato social, es el grupo étnico que no cuenta con el activismo necesario para lograr una rebelión, el analfabetismo tampoco contribuye en esa movilización. Manifiesta el narrador lo siguiente:

Dado el hecho de que la base de la pirámide social guatemalteca son los indígenas, podía justificarse una lucha revolucionaria en su favor; pero como la mayor parte de los campesinos mayas son analfabetos, puede deducirse que no compartían la ideología marxista de los líderes revolucionarios (Rey Rosa, 2009, p. 46).

En este sentido, el protagonista experimenta el rechazo en el ambiente laboral del Archivo, sus ideas expresadas tal cual, no cayeron bien entre el doctor Gustavo Novales (persona encargada del curso) y otros participantes. El narrador refiere: “la respuesta fue no, esto no había sido objeto de debate. Después de pronunciarla con disgusto, el doctor Novales calificó mi pregunta de ‘sumamente antipática’” (Rey Rosa, 2009, p. 47). Al decir de Jastrzębska, el narrador, al igual que el de *Insensatez*, acaba por ser antagonista o enemigo del Estado (2012, p. 341). Con esto, reconoce el bando opuesto al gobierno

cuando recuerda el secuestro de la madre, hecho acaecido en 1981, del que no se tiene claridad acerca de quiénes fueron los culpables, “aunque nunca tuve vínculos directos con ninguna de las organizaciones revolucionarias, mis simpatías estaban con ellas y no con el Gobierno” (Rey Rosa, 2009, pp. 91-92). Con esta caracterización, es posible determinar en él a un sujeto posicionado en esferas media alta o alta, en que la lectura y las afinidades por la teoría marxista lo colocan en el margen contrario a la política anticomunista de los gobiernos de turno durante el conflicto armado interno.

El material humano ilustra la movilización del protagonista-narrador en espacios que, en conjunto con las acciones, revelan una dinámica intelectual productiva: él no deja de intervenir desde el diario personal, es su recurso luego de la salida del Archivo y como tal sabe sacarle provecho. En él indica a quiénes visita (en otros países, por ejemplo), a quiénes lee o revisa como parte de su labor de escritor e intelectual (Voltaire, Beccaria, Borges, Bioy Casares) y a quienes menciona abiertamente (su amigo cineasta Uli Stelzner o Miquel Barceló).

Como en la novela de Castellanos Moya, en *El material humano*, subyacen discursos que replican un pensamiento patriarcal. Son comentarios machistas que denotan dos rasgos: primero, la idea de que todo hombre heterosexual puede hallar en cualquier sitio posibles conquistas y, segundo, con ellas establecer algún tipo de relación amorosa, pese a que las mujeres no correspondan al estrato ni social, económico e intelectual del copista. Con esto en particular, es la situación que recalca el copista en la siguiente cita “aunque algunas de las chicas me parezcan muy atractivas, por el momento no estaría dispuesto a cambiar de círculo, por así decirlo, por una de ellas” (Rey Rosa, 2009, p. 41), es su manera de autorreconocerse en una clase social no relacionable con la esfera social y económica de las mujeres del Archivo, el *habitus* del que habla Bourdieu (2011, p. 25).

Solo en los discursos del copista y del filólogo se vislumbra una cultura patriarcal, en cuyo seno la heteronormatividad vislumbra dos escenarios. Ambos narradores se autorreconocen como sujetos que reciben atención por parte de las mujeres, así acontece con el copista; o, por el contrario, buscan establecer relaciones amorosas porque es la norma (es el caso del filólogo y las cooperantes españolas). Con Irene, la situación experimentada a nivel de pareja arroja complejidad, repite la historia de su madre pues ella es la pareja de un hombre que ya tiene una relación, ese incluso, puede ser considerado otro

motivo para dejar Canadá, el regreso a Guatemala proveyó la vivencia del duelo amoroso y una revitalización sentimental con una nueva pareja. El periodista no expresa su punto de vista al respecto del tema hasta casi finalizada la novela.

El desplazamiento por las situaciones conflictivas en la ciudad movilizaron no solo físicamente a los narradores, sino que estos llevaron consigo el conflicto a otros espacios, es el caso de Irene en Canadá (Vancouver), quien no deja de escuchar lo que sucede en Centroamérica. Del mismo modo, con el narrador de *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*, pues halla en el asesinato de Monseñor Gerardi una motivación para regresar a Guatemala en aparentes tiempos de paz (apenas dos años después de firmados los Acuerdos). Marcharse de la patria en la forma de un autoexilio fue una de las consecuencias de la violencia armada contra la población civil (indistintamente que se produjera desde el Ejército o los grupos guerrilleros), no obstante, siempre quedó la marca del pasado. Esto le sucedió al narrador de *Insensatez*, él recuerda su experiencia de guerra en El Salvador: “podían haber sido cinco disparos porque después del primero yo los había contado en voz alta, vieja costumbre adquirida en los tiempos de guerra en mi país” (Castellanos Moya, 2005, p. 76). Las determinaciones de los narradores son diversas para dejar la patria, no obstante, hay un punto general en las posibilidades económicas que les permitieron huir de la nación. Destaca Irene en estas primeras líneas, en ellas se esconde no solo la violencia social y política, también subyace la presión familiar y emocional:

Me fui de Guatemala por el terror generalizado que incautó nuestras vidas por toda una generación. Me fui, por mi propio terrorismo personal. Por el terrorismo que ejercieron y que ejercí sin entenderlo sobre mi propia vida, y que llamé con distintos nombres, incluyendo el de “amor” (Zardetto, 2005, p. 261).

La cita textual revela al mismo tiempo un exilio no solo geográfico, sino también emocional; la protagonista huye de sí misma y de la violencia que aqueja a la patria, no obstante, regresa con mayores pesares. Se asienta en Canadá desde donde llegan aires de cambio para Guatemala. El retorno, que fue explicitado en el primer apartado de este capítulo, coincide con el exilio en el sentimiento experimentado “no se vuelve nunca a lo mismo, ni somos ya los mismos” (Zardetto, 2005, p. 15).

Así también el narrador anónimo de *El material humano* enuncia “en 1994 yo volví a establecerme en Guatemala después de casi quince años de exilio voluntario” (p. 91). El

reportero y el filólogo no son guatemaltecos ni residen en esa nación, por lo que no asumen el exilio por circunstancias de violencia de Estado. En lo que a ellos respecta, al periodista quien es de madre guatemalteca, de padre estadounidense, el contacto con Guatemala no pasó de hacer visitas a familiares y amigos, nexos que luego le sirvieron en la investigación por el caso Gerardi. Para el corrector de estilo, la proximidad de Guatemala con El Salvador, también le proporcionó un cambio de ambiente y un momentáneo trabajo con la revisión del Informe. Sobre este último punto, anoto “de ahí que un mes atrás me viera obligado a emigrar a este país, vecino del mío, y a aceptar la oferta de mi amigo Erick” (Castellanos Moya, 2005, p. 49) por unos comentarios racistas que hiciera del Presidente de la República. No es un caso aislado en el cinismo que rodea el discurso, el comportamiento y las actitudes del personaje protagonista de la novela de Castellanos Moya.

Cabe la consideración que, durante el conflicto armado interno en Guatemala y en El Salvador, por ejemplo, la desmovilización de quienes pudieron hacerlo representó no solo la posibilidad de continuar, asumir un nuevo mundo de vida, en menor medida y pensar que, en un futuro inmediato, el retorno a la patria era posible¹⁷. Narrar desde una nación a la que se regresa luego de la guerra vincula el pasado inamovible con los espacios que han cedido a otras edificaciones, lo superficial parece haber sido modificado, lo sustancial apremia para rehacer la existencia individual y nacional.

El tercer y último punto compete a las interrelaciones de los personajes protagonistas y narradores. El uso de una misma línea discursiva acerca del macro acontecimiento de la posguerra es la primera de ellas. Los personajes de las obras se afincaron en un espacio común para retratar desde sus posibilidades enunciativas, con pocas diferencias, la violencia de la época que no ha sido superada y que los rebasó.

¹⁷ No solo para los ciudadanos guatemaltecos, sino quienes escribían en la región centroamericana el exilio antes que quedarse en la patria fue la mejor opción de vida. Luis de Lión (1939-1984), Alaíde Foppa (1914-1980), Roque Dalton (1935-1975) son solo algunos ejemplos de quienes fueron asesinados o desaparecidos durante los conflictos armados internos. Para el caso de los autores revisados en esta tesis, solo Carol Zardetto permaneció en Guatemala durante el período de guerra, en 1997 asume el cargo de cónsul en Canadá lo que la lleva a residir ahí. Al regreso, su patria ingresaba a la posguerra. Rodrigo Rey Rosa no vivió en Guatemala durante los años crudos de la represión; Francisco Goldman y Horacio Castellanos no son guatemaltecos pero sí han vivido de cerca la situación política. Castellanos autoexiliado de El Salvador regresaría a su patria unos años después de que se firmaran los Acuerdos de Paz (1992). Goldman nacido en Estados Unidos de madre guatemalteca, visitaba familiares en la nación centroamericana ocasionalmente, lo que lo acercó a algunas situaciones de violencia sucedidas a sus amistades y a él mismo.

Además, terminaron por narrar las experiencias de una colectividad a la que se acercaron como recurso o posibilidad para hacer aflorar las propias, según Halbwachs (2004):

[Los recuerdos] pero sobre todo cuando reflejan los acontecimientos de nuestra vida, no nos ponen solamente en relación con nuestro pasado, sino que nos relacionan con una época, nos reubican en un estado de la sociedad en donde existen, alrededor de nosotros, muchos otros vestigios que aquellos que descubrimos en nosotros mismos (p. 35).

Otro punto de convergencia por destacar lo escribe Ortiz Wallner (2012a), cuando indica que “la nación ya no es la comunidad exclusiva y excluyente a la cual los textos y sus productores responden o en la cual circulan” (p. 28). De ese modo, los narradores se mueven como sus palabras mismas, en un constante transitar de experiencias que no precisamente refieren un contexto definido. Por otro lado, cabría pensar que el sitio es el que ellos mismos como usuarios del lenguaje discursivamente crearon: un no lugar entre lo que fue el conflicto armado interno y la paz que la posguerra esperaba traer consigo.

En el contexto de posguerra mundial, particularizada para la región centroamericana, Torres Rivas (2011) señala: “en una época de crisis se mutan de manera más o menos rápida los escenarios previos, se reconstituyen y otros nuevos aparecen, de ahí que a veces se dificulten las condiciones para esclarecer las significaciones de la experiencia política” (p. 78). El conflicto armado interno resquebrajó la totalidad de la vida social y política en Guatemala durante su extensión (fueron 36 años), período que además había heredado resabios de siglos anteriores en los que las crisis medianamente concluyeron en endebles transiciones democráticas.

Los espacios para la vida ciudadana sufrieron serias modificaciones que, de paso, llevaron a transmutar no solo los sitios mismos, sino también las condiciones de quienes los habitaron y, con ello, sus mundos de vida. Es entonces, cuando la posguerra guatemalteca empezó a escribirse, en un sentido metafórico, a finales de 1996 luego de la firma de los Acuerdos de Paz, para Guatemala diversa, tanto étnica como económicamente. La nación cargaba un pasado de terror en momentos de un presente que ya arrojaba ingentes tareas por resolver. La constante, derivada del argumento expuesto por Torres Rivas (2011), que consideramos como caracterización de la posguerra guatemalteca es la condición sombría en la que se sumergen las sociedades cuando hay conflictos y guerras que, como indica el

autor, se reinserta en los procesos para esclarecer las circunstancias, los actores y las motivaciones que los generaron.

En esa constante, los narradores habían hecho sus vidas, habían regresado del exilio (como fue el caso de Irene y el copista anónimo del Archivo) y habían considerado aprehender los múltiples espacios-escenarios que se sucedían unos a otros como fuerzas gravitacionales de la violencia. Asimismo, en esas líneas de movilización y transición, los discursos tampoco fueron estáticos, en los contextos situacionales revisados en el primer apartado del capítulo, la impronta fue la inestabilidad de la posguerra. Coincidió con van Dijk (2008) cuando anota que

el discurso y sus usuarios mantienen una relación "dialéctica" con el contexto: además de estar sujetos a las restricciones sociales del mismo, también contribuyen a él, lo construyen o lo modifican. Se producen negociaciones flexibles en función de las demandas de cada contexto concreto y las restricciones más generales impuestas por la sociedad y la cultura (p. 46).

La contribución discursiva que los narradores han hecho ha sido primero, posicionarse en la posguerra y, desde este eje, enunciar como estrategia de visibilización de sí mismos y de la sociedad que han heredado. Comparto con van Dijk (2016), en que las circunstancias coadyuvan a generar un marco general en que es reconocible cierta flexibilidad. El narrador de *El material humano* es ejemplo de ello, cerradas las visitas al AHPN, el diario personal le ofrece otras estrategias para seguir el hilo que había encontrado en el intrincado laberinto; son Irene y el periodista quienes también rondan espacios, discursos y temporalidades acordes con las necesidades que sus quehaceres conllevan. Más limitado en las circunstancias, el filólogo discurre desde la espacialidad de Ciudad de Guatemala hacia Alemania cuando finaliza su contrato de trabajo.

El yo como categoría narrativa discursiva definió a los cuatro narradores en un contexto, un período y unas circunstancias que son resultantes del objetivo propuesto para el desarrollo del capítulo. En el marco histórico, las enunciaciones hechas por Irene, el filólogo anónimo, el periodista y el copista del Archivo dan cuenta de un conocimiento genérico sobre la guerra y la posguerra guatemalteca, fue el *locus* común para ellos. Sin embargo, todos llegaron a la posguerra con visiones de mundo disímiles.

La perspectiva política de los narradores va paralela a la ideológica, no puede obviarse el insumo de un capital cultural porque, al ser sujetos con ciertos privilegiados en cuanto a la formación profesional y cierta estabilidad económica, el desplazamiento geográfico les resulta, no solo un escape ante el conflicto armado vivido en Guatemala y El Salvador, sino que también los provee de más recursos, contactos y visión de mundo para el regreso. Irse de las naciones, tanto de Guatemala y El Salvador (para el caso del narrador de *Insensatez*), no fue solo elección, fueron la generación que no se sumió en alguno de los dos bandos. No asumieron una postura en la polarización y movilización durante la guerra, al contrario, el distanciamiento implicó, para estos casos particulares, una tercera opción: la de constituirse al regreso, en tiempos de aparente pacificación, en la sociedad civil que procura respuestas.

En cuanto a las interrelaciones, esta recapitulación ofrece semejanzas y diferencias: entre las primeras, los cuatro narradores del *corpus* son visitantes al momento de la posguerra. Diversas razones, tal y como demostré en el primer apartado del capítulo, hacen que los personajes confluyan en Guatemala, pero solo dos de ellos se quedan en la marcha de la nación hacia la paz y son Irene, forzada por circunstancias personales, así como el copista del Archivo, quien desde 1994 decidió regresar. Los otros dos personajes protagonistas son foráneos, sus estancias están marcadas por el trabajo. El hecho de ser visitantes resemantiza la noción de acercamiento a un determinado objeto, sitio o lugar, por consiguiente, la mirada y la concepción mental que se tuvo antes no será la misma luego de arribar. En esa resemantización, Irene capta con cierta incomodidad su nación, el barrio y el hogar de su madre con el padrastro; el narrador en *Insensatez*, a pesar de contar con amigos y con conocimiento del espacio, se pierde mentalmente en los testimonios de los indígenas. En *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*, el foráneo comparte nexos con el pasado familiar y, por último, el copista se adentra en el sentido de extranjero al espacio del AHPN, sus visitas devienen luego en que le cierran las puertas del sitio.

Los espacios y los tiempos engloban las circunstancias discursivas de los narradores en el *corpus*, desde luego que como sujetos sociales también acceden a las situaciones comunes con sus psiques. La identidad, la formación, la clase social e, incluso, para la especificidad de Guatemala el origen étnico, determinan concepciones acerca del eje común de la posguerra. Irene y el resto de los narradores reconstruyen la patria fragmentada desde

la posibilidad del discurso, con acceso a la palabra hablada y, con aún más poder, pues se transforma luego en escritura. Los narradores no son sujetos aislados en la temporalidad social, con ellos viene lo que fueron otros en el pasado, los seres humanos que se constituyen hoy y lo que serán mañana (Bajtín, 1998, p. 281). Al insertarse de nuevo, aunque temporalmente como lo hicieron el filólogo y el periodista, en la vida ciudadana guatemalteca, terminan por ser subsumidos por la corriente de la pacificación con todo lo que esta entraña.

De estratos sociales altos o medianamente altos, con profesiones, con la posibilidad de haber salido de sus naciones durante el conflicto armado interno, los narradores son sujetos desplazados en el doble sentido del término: se fueron para alcanzar otro estilo de vida frente a la convulsa situación social. Indagan el pasado simbólicamente, como segundo desplazamiento, para terminar de comprender, en el momento enunciativo, el presente heredado. La consecución de respuestas no es solo para ellos, lo es además para la colectividad: el crimen de Gerardi es la búsqueda de la verdad y la tarea que acomete el copista del Archivo también; la verdad es luz y discernimiento necesario para la reconstrucción del tejido social. Irene, más autorreflexivamente, busca respuestas en sí misma y en la abuela moribunda y el filólogo socializa las respuestas de un sistema de terror.

Capítulo II

Crónicas de un pasado angustioso

“¿Tiene el pasado existencia concreta, en el espacio?
 ¿Hay algún sitio, un mundo de objetos sólidos,
 donde el pasado esté sucediendo todavía?
 -No.
 -Entonces, ¿dónde existe el pasado, si es que existe?
 -En los archivos. Está escrito.
 -En los archivos. ¿Y...?
 -En la mente. En la memoria de la gente”.

Orwell, 2018, p. 263.

En el capítulo abordo las cuatro obras de la posguerra guatemalteca desde los fragmentos discursivos de los narradores, ellos comparten en el universo narrativo piezas del pasado, por lo que la tarea es amalgamarlas y, con ello, reconocer la labor reconstructiva que han procurado. Con los recursos ficcionales, intertextuales e históricos los narradores han unido las múltiples piezas de un sistema de terror como el que instituyó el Estado guatemalteco por más de 30 años.

Dividido en cinco apartados, esta sección considera en el primero cómo la maquinaria del terror y el horror pervive en la cotidianidad de los narradores, al momento de la enunciación en el *corpus* sin desprenderse tampoco de los recuerdos propios. Compete, entonces, reconocer que el Estado guatemalteco es el órgano de una violencia instaurada desde tiempos coloniales en donde los documentos y archivos del pasado son su legado material, sobre esos textos los cuatro narradores vaciaron sus impresiones, de forma tal que se los apropiaron y se unieron al tejido del pasado desde un tiempo presente. En esas líneas reviso las memorias colectivas desde el análisis crítico del discurso (ACD) con el fin de determinar los patrones de selección y empleo que ejecutaron los cuatro narradores del *corpus*.

Los cuatro apartados restantes imbrican los testimonios, los documentos y los archivos de los cuales echaron mano Irene, el filólogo anónimo, el reportero y el copista con la línea histórica de Guatemala. No obstante, aunque los haya separado en períodos

acordes con patrones de violencia reconocidos en el panorama histórico de la nación, no están desligados del primer subapartado.

Los recuerdos vienen con nosotros

En las novelas, una de las ocupaciones a las que se avocan los narradores es mostrar la memoria material de Guatemala (la que, en un formato físico, se tiene registrada correspondiente con la época del conflicto armado interno) y los testimonios. La diversidad al acercamiento del pasado de dolor es considerable, razón por la cual parto de los discursos que Irene, el filólogo anónimo, el copista del Archivo y el periodista *freelance* utilizan como referentes de las memorias colectivas en cuyas líneas hay recursos semióticos, intertextuales y lingüísticos. Halbwachs (2004) repite la idea de que la memoria individual subyace en la colectiva, no obstante, esta última encuadra una serie de circunstancias que la posibilitan en la mente:

Cuando evocamos un recuerdo, y cuando lo precisamos localizándolo ... cuando lo completamos, se dice a veces que lo adosamos a aquellos que le rodean: en realidad, es porque otros recuerdos en relación con éste subsisten a nuestro alrededor, en los objetos, en los seres pertenecientes al medio en que vivimos, o en nosotros mismos: puntos de referencia en el espacio y el tiempo, nociones históricas, geográficas, biográficas, políticas, datos de experiencia corriente y maneras de ver familiares (p. 55).

Ese carácter de enlace es representativo del apartado, así, los narradores encadenan una serie de rememoraciones, que unidas a circunstancias cierran un marco general de sí mismos como sujetos posguerra y de la nación. Concuero en que el pasado se nutre de la suma de recuerdos, a estos se adhieren elementos situacionales que logran completarlos, para ello ha insistido Halbwachs en el estado consciente del ser humano que permite evocar acontecimientos. Así también, en la reconstitución de los recuerdos, los puntos de referencia –como los denomina Halbwachs– perfilan las identidades.

Irene en *ConPasión Absoluta* es quien lanza más lejanamente en el tiempo el anzuelo para atrapar las memorias y, de paso, lo hace como señala Halbwachs (2004), desde el marco familiar que le facilita ese acercamiento. Él señala al respecto de los recuerdos, “son, al mismo tiempo, modelos, ejemplos y enseñanza. En ellos se expresa la

actitud general del grupo: no reproducen solamente su historia, sino que definen su naturaleza, sus cualidades y sus debilidades” (p. 181). Es por lo anterior que, en Irene, la fuerza de las memorias familiares colma su discurrir y lo hace como piezas de un rompecabezas. Con la activación de la memoria, configura a las mujeres antecesoras a ella como una suerte de (re)elaboración de la nación guatemalteca. Luego, le permite (re)configurarse en la nueva vida que lleva y, finalmente, subsanar las situaciones de dolor, pérdida y duelo que traía al regreso de Canadá.

Tabla 2. *Clasificación de las memorias en ConPasión Absoluta*

| Memoria individual | | Memoria colectiva | | |
|---|--|--|---|--|
| Memorias familiares | Memorias personales | Memorias nacionales | Memorias documentales (oficiales) | Otros textos (relaciones intertextuales) |
| Testimonios de: -Mama Juana (tatarabuela). -Mama Amparo (bisabuela). -La Toya (abuela). -La Nena (madre). | Recuerdos de: -Relación de pareja con Costa. -Relación de Irene-Turín (hermano). | Testimonios y noticias de administraciones presidenciales de: -Estrada Cabrera. -Ubico Castañeda. -Arévalo Bermejo. -Árbenz Guzmán. -Secuencia narrativa de períodos presidenciales (décadas de 1950 hasta 1980). | Fragmentos del <i>Informe REMHI</i> (1998). | -Acerca del café y El Señor Presidente (pp. 117-121). -Noticia de periódico (pp. 142-143). -El señor de los señores: La United Fruit Company (pp. 178,180, 182). -Dios, Patria y Libertad (pp. 321, 323, 325, 327, 329) ¹⁸ . |

Fuente: Elaboración propia (2020) con base en Zardetto (2005).

ConPasión Absoluta condensa una situación polifónica por dos razones: la primera de ellas porque inserta voces femeninas desposeídas y subestimadas en la construcción narrativa de Guatemala y segundo porque, desde esos discursos, se constituye una nación paralela que no es valorada por la institucionalidad. Es entonces, que la literatura como producción estética y cultural, posiciona a personajes que, de otra forma, no serían

¹⁸ Consigno la paginación de la edición revisada.

nombrados en el espacio nacional. Brennan propone que “las naciones, entonces, son construcciones imaginarias que dependen de un aparato de ficciones culturales en el cual la literatura de ficción desempeña un papel decisivo” (2010, p. 73). Los personajes anotados en las dos primeras columnas de la tabla¹⁹ son ejemplo de esas menciones.

La novela construida como una suerte de vaivenes temporales, en la que si se le presta atención puede seguirse el hilo en acontecimientos significativos de la historia guatemalteca obedece a la tónica que desarrolló Zardetto: hay presencia de las mujeres del círculo familiar de Irene Ferrara. Ellas, en analogía con Guatemala, han experimentado como sujetos de la historia pequeña, los múltiples avances que constituyen el colectivo de Guatemala. La presencia femenina en el fluir histórico entretiene las memorias colectivas, en las que es posible reconocer el carácter comunicativo generacional de la familia. Son, al decir de Bajtín (1998, p. 281), una cadena de diálogo en el que las familiares de Irene se interrogan y responden en correspondencia con hechos de la vida nacional, pero mezclados con una intersubjetividad generadora de sentido.

Mama Juana, en apego al orden de la tabla, surge en los recuerdos de la narradora y lo hace en el Capítulo VII, a poco más de la mitad de la novela. La inserción del personaje revela que no hay continuidad en el trazado de las figuras femeninas rescatadas por la protagonista con sus recuerdos. Asimismo, cronológicamente es la primera mujer en la familia de Irene de la cual se tenga conocimiento, su presencia brinda elementos en el proceso de evocación del presente familiar y sus discontinuidades. Su figura podría datarse de finales del siglo XIX e inicios del XX²⁰, por su constitución física puede reconocerse una criolla ya que “dicen que tocaba varios instrumentos musicales, que era rubia, que tenía las mismas manos gorditas de mi madre. Quizá fuese judía” (Zardetto, 2005, p. 159). Con la mención de ella, Irene resemantiza la vena desobediente constitutiva de sus familiares y

¹⁹ Para las tablas presentes en el capítulo brindo algunas aclaraciones. Las memorias individuales guardan correspondencia con las colectivas, por lo que se establece el nexo con la flecha que sale de ambos extremos. La novela facilita que se puedan reconocer memorias más del ámbito familiar en concordancia con otras personales (de sentido íntimo que no son compartidas o exteriorizadas en el núcleo familiar), esas serían las dos primeras columnas. Las memorias nacionales son aquellas coyunturas políticas que cierran las colectivas oficializadas (columna tres) en concordancia con otros textos empleados por los narradores como reforzamiento de las nacionales.

²⁰ Puede rastrearse históricamente que el nacimiento de la Nena (madre de Irene) coincide con el mandato del presidente Ubico Castañeda (1931-1944). La obra brinda detalles vividos por Nena durante el período del derrocamiento del general. Las situaciones sociales que rodean a las mujeres de la familia de Irene, abren la conexión de que ellas tenían a sus hijos en edades tempranas: Victoria podría ubicarse a inicios del siglo pasado, a su vez, Mama Juana y Mama Amparo a finales del siglo XIX.

de sí misma para dar origen a la comprensión del resto de los personajes que le falta por recordar. “Con Mama Juana se torció el destino de las mujeres de la casa” (Zardetto, 2005, p. 159), con esta expresión reconoce ese carácter audaz que marca el sino de sus antepasadas y de sí misma. La narradora reconoce “recuerdos comunes” (Ricoeur, 2004, p. 158) que por extensión distinguen su núcleo familiar.

Mama Juana tuvo dos hijas Julia y Mama Amparo (bisabuela de Irene), con ellas inicia una nueva vida en Barberena como comerciante dueña de locales. La narradora focaliza su visión en Julia para brindar la certeza de hechos históricos que confirman lo que habíamos anunciado con la tatarabuela: el trazado de los personajes acorde con la historia de la nación guatemalteca. El primer acontecimiento corresponde a una situación vergonzosa vivida por Julia cuando su madre huyó con el novio de ella, esta “agarró sus cosas y se marchó a la capital. Allá se casó, de la pura decepción, con un gringo ... Era un funcionario retirado de la United Fruit Company” (Zardetto, 2005, pp. 162-163). Irene posicionada en las memorias familiares del siglo XIX (re)elabora narrativamente la nación: con Mama Juana da cuenta del momento en el cual estuvo en el poder Estrada Cabrera (1898-1920) y con el apunte del matrimonio por despecho que tuvo Julia, también es posible reconocer que

la United Fruit Company se estableció plenamente en Guatemala a partir del año de 1901, cuando firmó con el gobierno de Estrada Cabrera una contrata que le dio el privilegio de convertirse en la gran compradora de los productores bananeros locales (Posas, 1993, p. 120).

Con Mama Juana, Irene ha demostrado claves en la presencia de las mujeres de su núcleo familiar. Recurrir al pasado en búsqueda de recuerdos familiares afianza una circularidad narrativa y, de paso, en esa constatación búsqueda y la caracterización de sus antepasadas se reconoce. Asimismo, traza los ambientes de violencia patriarcal que el sistema marcó en ellas; es por eso que los universos femeninos de Mama Juana, la tía Julia y Mama Amparo son consumidos, dañados y triturados. “La rueda del tiempo no espera. /Como un molino que tritura granos, el tiempo tritura... mundos/Historias, historias que se cuentan y van trazando el hilván de innumerables realidades. Historias” (Zardetto, 2005, p. 157). Esos mundos triturados, aparte de ser pequeños para la máquina que los muele, se extienden a otras mujeres y a Irene misma. Son universos insignificantes porque

constituyen los espacios femeninos, no cuentan para la historia de Guatemala como nación porque son la otra historia.

Mama Amparo, bisabuela de la narradora, “al verse abandonada por su madre y por su hermana, se fue a vivir con un contador rígido y formal que antes no había logrado enamorarla” (Zardetto, 2005, p. 163). Con él tuvo dos hijos (Victoria y Augusto), aunque las posibilidades de mejora económica estaban a las puertas de su hogar por un traslado laboral de su marido a la capital, esta no consiente. Para Irene, tal situación es un rasgo familiar reconocible pues “había heredado la vena necia y cimarrona de las mujeres de la familia” (Zardetto, 2005, p. 163).

Resulta reiterativo reconocer que las mujeres del núcleo familiar de Irene van y vienen al paso de situaciones que dictan las carencias económicas, la unión con una pareja y las circunstancias espaciales –en búsqueda de empleo ocasional–²¹. Ellas como figuras errantes bosquejan la geografía guatemalteca –principalmente– tanto en la espacialidad como en el tiempo; van de Ahuachapán (El Salvador) para iniciar el recorrido de sus vidas hacia Barberena, Izabal, Ciudad de Guatemala y más allá con Irene. Son descritas como constantes viajeras, toman sus hijos, las escasas pertenencias que poseen y se lanzan a las aventuras de sus vidas. En este sentido, llevan consigo, tal y como acontece con Mama Amparo, el signo del abandono, aunque indistintamente lo hagan con sus seres cercanos o sean abandonadas por otros. De esas situaciones de desapego se vislumbran aprendizajes y lecciones de vida que las fortalecen; transgreden espacios, posesiones y sus mismas corporalidades, así lo experimentó Mama Juana con el amor prohibido por su yerno.

La situación precaria en la que se encontraba Amparo ya con tres niños, empuja su regreso a Barberena. En esa quietud espacial da paso a las posibilidades que los recuerdos significan para su existencia “a pesar de que la vida las había separado, Julia y Amparo siempre se quisieron” (Zardetto, 2005, p. 166). Amparo busca en su hermana la paz que ocasionalmente necesitaba e, incluso, asume que el acto de evocación representa una etapa

²¹ Amparo no posee una profesión –como sí se da en las futuras mujeres de la familia– o los recursos y las estrategias que tuvieron la madre de Irene y las tías. La bisabuela para poder sobrevivir lavó ajeno, al respecto señala Samper (1993) que esa fue la norma en situaciones laborales con respecto del género en los inicios de la década de 1930: “La masculinización de una serie de oficios y la desaparición de otros redujo las opciones laborales de la mujer en unidades domésticas deficitarias y subfamiliares. La necesidad de obtener ingresos adicionales bajo esas condiciones condujo a la difusión del trabajo a domicilio o en el propio hogar, por ejemplo ‘lavando ajeno’ en el caso de las familias empobrecidas y, sobre todo, de mujeres jefes de hogar y sin otros medios de subsistencia” (p. 94).

de calma en el otoño de su existencia. “Los recuerdos llegaban más a menudo ahora. ¿Se estaría volviendo vieja? Veía, con la claridad de una aparición, a su madre despertándolas antes del amanecer” (Zardetto, 2005, p. 166).

En la novela de Zardetto la constitución de las mujeres es la mejor lograda no solo por la preponderancia que poseen, sino porque aluden, sin menospreciar a las masculinas, a la fuerza invisibilizada por el sistema. La naturaleza de las mujeres no solo ocupa el espacio narrado a sus anchas, brinda además entre líneas la presencia masculina como sujetos para ser olvidados o al menos no tan recordados como lo fueron las antepasadas de Irene:

Necia y callada, así era la Amparo. Valiente y austera, como si no deseara nada. No pedía ni sabía dar explicación de las cosas. Malhumorada y con boca de carretero, tenía la misma nariz del hombre del retrato, su padre, cuyo recuerdo era borroso como un retazo de suspiro. Si no hubiera sido por esos únicos recuerdos, un retrato descolorido que se perdió con los años y la nariz de Amparo que quedó presente, se habría difuminado en las sombras del olvido (Zardetto, 2005, p. 167).

Por la abuela Victoria, Irene regresa a Guatemala y al pasado; la personalidad de la Toya magnetiza a la narradora, la sostiene a la nación y al pasado familiar. Victoria renueva historias del pasado familiar que son atractivos para la nieta porque son “modelos, ejemplos y enseñanza. En ellos se expresa la actitud general del grupo: no reproducen solamente su historia, sino que definen su naturaleza, sus cualidades y debilidades” (Halbwachs, 2004, pp. 175-176), situación que no es atractiva con la madre de Irene. Nótese el hilo comunicativo y generacional que la novela recupera, además ese nexo comunicativo cumple con las funciones de abrirle a Irene otros mundos de vida y es, al mismo tiempo, el umbral preparatorio de la nueva vida que espera por ella en la nación:

Este punto cero o punto de partida es lo que da lugar a una repetición ritual, la ritualización de la memoria, la celebración, la conmemoración; en suma, todas aquellas formas de comportamiento mágico que equivalen a una derrota de la irreversibilidad del tiempo (Debray citado por Brennan, 2010, p. 76).

La vida de Victoria es Guatemala (en las diferentes etapas de su existencia son rastreables acontecimientos públicos y nacionales), es la responsabilidad colectiva que lucha contra el olvido impuesto y también, es visión de futuro porque apremia a Irene a

escribir para afianzar sentidos. Es por lo anterior que los primeros años de la vida de Victoria son homólogos con la Modernidad, esta es reconocible en *ConPasión Absoluta* con insumos paratextuales como cuadros, intertextos, andamiajes textuales y gráficos diversos que constituyen el referente en la vida histórica de la nación. Las primeras páginas de la novela establecen el sitio para la entrada al recuerdo; la noche, la puerta y una transmutación de Irene en su abuela abren el mundo del pasado más afectivo y cercano para la protagonista. Elementos simbólicos como la noche²² y la puerta son los marcos de las remembranzas:

La noche. En este momento, me envuelve implacable. La puerta se entrecierra y se entreabre con un crujido que parece llorar ... Pero no hay nadie aquí y la puerta cobra protagonismo en esta escena, pues es la única que parece tener algo que decir que valga la pena el esfuerzo ... Recuerdo. Y con el recuerdo el mismo desasosiego, la misma necesidad. Ya no sé si son sus palabras o las mías navegando en las vagas ondulaciones de la memoria. Ya no sé si recuerdo o si añadido, mimetizándome, volviéndome ella, metiéndome en sus zapatos. Ya no sé si es su voz, o es la mía, que quiere recomponer aquellos relatos de entonces. Ella me formó el mundo. Pero, ¿no viví yo en otro mundo? (Zardetto, 2005, pp. 59-60).

Irene traspasa tiempos, espacios y cuerpos en la cita anterior, el fragmento aparece en las primeras páginas de la novela, el contexto la ubica ya posicionada en la casa materna (en su habitación de antaño) y es determinante del cauce discursivo que acompañará a la narradora cuando escucha los relatos de Toya. Con la abuela, Irene se prepara para traspasar las fronteras del texto pues esta última entrará a formar parte del pasado, en el análisis del discurso esa trasposición se denomina marco por cuanto comprende:

términos del contexto físico, social y temporal de la conducta de los protagonistas. Los análisis literarios de relatos y los enfoques culturales psicológicos (Bruner, 1990; 1991; Feldman, 1989) ponen énfasis en el hecho de que

²² A propósito de la noche, Cirlot (1992) indica que “como estado previo, no es aun el día, pero lo promete y prepara” (p. 326) y por ese mismo sentido semántico de transitividad es que Irene pasa de un estado a otro (de regreso al hogar, al pasado, a ocupar el espacio que le cede su abuela en la historia familiar, a ser otra). A causa de ello, atraviesa el umbral preparatorio en las primeras páginas, para tomar la voz de sus antepasadas y escribir luego su historia y la de la nación. La noche acoge, finalmente, el momento femenino para eso. Asimismo, la puerta con abrirse y cerrarse revela la concreción del umbral en el que Irene encuentra el paso hacia su abuela para mimetizarse en ella.

el marco trasciende el tiempo, el espacio y las circunstancias sociales para abarcar el clima psicológico que anticipa un hecho narrativo que comienza (Ochs, 2008, p. 287).

Ese marco posibilita que Irene inicie la narración del pasado en sustitución discursiva de su abuela. Ochs (2008) lo reconoce como el desplazamiento del discurso, que se manifiesta “cuando los autores pasan de la prosa descriptiva a la cita directa, sugieren un desplazamiento al discurso oral. Al proceder así, transforman al lector también en un oyente” (Ochs, 2008, pp. 273-274). Irene abre la oralidad de Victoria, es un acto comunicativo que tiene su emisor en la abuela Toya, la inicial receptora Irene y que, de paso, ella no cerrará porque nos constituye como eternos escuchas del tiempo pretérito evocado, al ser nosotras las personas lectoras. La apertura inicia así: “mi abuela se llamaba Victoria. Tenía apenas catorce años cuando sintió que estaba embarazada del primer hijo. Su cuerpo se lo dijo de muchas maneras” (Zardetto, 2005, p. 60).

La Toya fue violada a esa edad por el hijo del hacendado cafetalero Onofre de la Rosa y Morel, la ubicación es Barberena donde ya se había asentado Amparo –madre de Victoria, Augusto y Guillermo–. La novela asegura varias líneas en cuanto al hecho de la violación de la niña que se asemejan a una geografía guatemalteca como sitio del cultivo del café y el hacendado español Onofre De la Rosa, esas líneas corresponden a una lectura de sentido histórico, económico y político; leemos en la obra “La Castellana, la Perla, todas las fincas de los De la Rosa rodeaban Barberena ... Guatemala era, toda, una gran finca de café” (Zardetto, 2005, pp. 61-62), en esa dinámica económica, pero además de explotación laboral, Amparo junto con sus hijos es mano de obra en el proceso cafetalero de la región en otra finca que no es del cafetalero español²³.

Enlazo la violación y el embarazo de Victoria con el progreso cafetalero y el inicio de una *cuasi* Modernidad, palpables primero, en el cuerpo individual femenino y resemantizadas luego a la nación guatemalteca. Es decir, a la par del acto de violación “habló, sin embargo, de su inicial estupor frente a *la presencia del hombre* en su cuerpo, habló de ese olor penetrante, de esa sensación de sentirse abierta y descoyuntada” [el

²³ Taracena Arriola anota lo siguiente: “el café era la garantía para mantener el funcionamiento interno del régimen [el de Estrada Cabrera] proveyendo un ingreso seguro a contratistas, jefes políticos, militares, terratenientes, exportadores y funcionarios con la preservación del sistema de peonaje por deudas al que estaba sometida la población indígena del país” (1993, p. 215).

destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 60) va paralela la modificación agraria que se había iniciado un siglo atrás “las colinas pobladas de nopaleras habían sido invadidas por las matas de lustroso verde oscuro. Se sembraron entre los surcos de los nopales primero y con el tiempo, fueron obligando a arrancarlos en forma definitiva” (Zardetto, 2005, p. 62).

Acentúo la simetría en las sensaciones de Victoria (inicial estupor, olor penetrante, sentirse abierta y descoyuntada) en las que una memoria corporal trasciende el tiempo, ya que “esta tiende a fijarse en incidentes precisos que apelan fundamentalmente a la memoria secundaria ... e invitan a crear su relato” (Ricœur, 2004, p. 62). Ahora comunicada a la nieta guarda semejanza con las acciones señaladas en los verbos invadir, sembrar entre los surcos –por el hecho de abrir espacio– y arrancar todo en aras de la Modernidad:

El Gobierno inició la construcción de caminos y muelles en la costa del Pacífico. El floreciente comercio exterior, exigía las condiciones adecuadas: puertos, ferrocarriles, telégrafos, bancos... el futuro llegaba. Ya lo decían los ecos que venían de Francia, había que ser moderno, *absolutamente moderno*. El café, en granos verdes azulados, en granos verde jade, como las montañas mismas donde crecía, era el corazón en flor de Guatemala [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 63).

Pese al advenimiento de La Modernidad, se perpetúan estáticos patrones de servilismo y esclavitud para un amplio sector de la población indígena: “trabajaba en la finca de Ovidio Pivaral y todos la querían –*es una joya la Toyita*–” [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 66). La explotación de la mano de obra campesina e indígena guarda semejanza con el dominio corporal de la niña “¡cómo costaba con la Toya!, pero él insistía porque allí estaban sus ojos que contradecían. Sus ojos decían todas las veces sí” (Zardetto, 2005, p. 66). La negación de la niña es metonímica a los grupos sociales, que explotados en aras de una inalcanzable Modernidad, sucumben bajo los gobiernos liberales y una cultura patriarcal.

Ante el reclamo por la violación y embarazo, Mama Amparo accede a la propuesta del padre de Manuel, quien obligaría a su hijo a casarse. Onofre de la Rosa ha sopesado qué puede ofrecerle a su casa de hacendado una niña indígena como Victoria, “la patoja era letrada y no una india patarrajada, eso sí que no... Que no le fuera a resultar con vainas con una india envuelta porque entonces lo crucificaría a palos” (Zardetto, 2005, p. 67). Esa es

otra lectura adicional de la Modernidad. En el pensamiento del cafetalero subyace una valoración peyorativa de la población indígena femenina con la indicación india envuelta en traje y con ello, la visión de mundo menospreciada en aras del progreso y el avance, era letrada (para el mundo ladino) lo que, ya de por sí, significaba una distinción dentro de la comunidad indígena para emparentar con la casa progresista y moderna del hacendado. No obstante, la boda no se dio por el rechazo posterior de Victoria. Ahora iniciaría el andar por la nación con el núcleo familiar, otra razón más para comprender ese afán de movilización, desapego y desarraigo tan característicos de la familia de Irene:

Caminar... Hace apenas unos meses, vi a la abuela Victoria caminar. No entre el milperío para ver nacer a su primera hija, sino por esa pendiente que lleva a la muerte. De tarde en tarde, tiraba como un buitre de los intestinos de ese cadáver en que se convertía su vida, recuerdos recortados, fotografías impresas en el tiempo de su cuerpo (Zardetto, 2005, p. 69).

De las páginas 116 a la 121 la narradora comparte dos estrategias narrativas: la primera de ellas es el juego paratextual alimentado por discursos intertextuales (un recuadro, el empleo de dos columnas de texto) y las referencias a elementos religiosos que impregnan casi en su totalidad el discurso (crucifixión, pasión, dolor, muerte, entre otros). Marchio (2015) indica que “en esta novela, la narración constituye un acto de sepultura. En este sentido, permite introducir una distancia entre pasado y presente, es una manera de reafirmar la vida, de volver al mundo de los vivos enterrando a los muertos” (p. 229), lo que permite a la narradora renacer desde esa discursividad confusa y enmarañada con su propia palabra y escritura.

El recuadro presenta con adjetivos femeninos una comparación y, a la vez, abre las dos columnas de texto (páginas 117-121) y los cuatro movimientos (páginas 121-140), de Barberena pueblo pequeño frente a la dimensión mayor de Guatemala. La narradora emplea diversos tipos de letra (negrita para destacarlas y espacios en blanco para toda la página 116): “Barberena, un diminuto pueblo, a medias de un camino ... polvoriento./Punto de referencia de una geografía de muchas maneras/-Accidentada-/Volcánica,/ssísmica,/quizá incluso trágica./Marcada por la huella de Guatemala porque era carne de su carne” (p.

116)²⁴. Esta recurrencia de la memoria corporal se traslada ahora al espacio primigenio de la historia familiar, a los recuerdos de la abuela Victoria y a los propios de la narradora: sostiene semánticamente una correlación de la corporalidad de las antepasadas del núcleo familiar y la unidad geomorfológica guatemalteca.

La novela de Zardetto devela una compleja construcción estilística cuando la narradora rememora a la familia, pues lo hace con elementos de la memoria colectiva (algunos de ellos provienen de ámbitos tales como el político, económico e, incluso, literarios). La primera columna inicia con las siguientes indicaciones: “el café se sembraba en las planicies y quebradas, a distintas alturas, el mejor en suelos volcánicos. La limpia y preparación del terreno iniciaban con el desmonte y tala de árboles” (Zardetto, 2005, p. 117). Constituye esta primera columna un manual acerca de la producción cafetalera e Irene hace recuento a modo de recomendación sobre el cultivo, el cuidado y la producción del grano, cierra con “mi padre era comprador de café. Bla, bla, bla, bla, bla, bla, bla ... **MI PADRE ERA EXPORTADOR DE CAFÉ**” [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 120). El recurso, sin citación alguna o referencia, es una estrategia empleada por la narradora, es (re)escribir la historia desde su visión. Posee doble sentido: es una transgresión estilística intratextual (cuando lo coloca al lado de la actividad económica de su abuelo que es la historia masculina) y como estrategia intertextual.

En la novela hay una mención como esta “el café se sembraba en las planicies y quebradas, a distintas alturas, el mejor en suelos volcánicos. La limpia y preparación del terreno iniciaban con el desmonte y tala de árboles” (Zardetto, 2005, p. 117). El fragmento es reelaboración de la narradora acerca de un cultivo que ha movilizad las economías mundiales de muchos países, guarda, a su vez, nexos intertextuales con un libro escrito por Regina Wagner, en el que leemos “el café de Guatemala se siembra en planicies y quebradas, a diferentes alturas. El mejor café crece en suelo de origen volcánico ... La limpia y preparación del terreno se inicia después de que el caficultor ha seleccionado la semilla” (2001, VI. El ciclo de la producción del café). Hay un desplazamiento del poder en el empleo de ambos trozos: si asumimos la disposición gubernamental guatemalteca en cultivar café y en industrializar la producción, salta a la vista que quienes lo hicieron fueron hombres blancos, extranjeros —en una significativa cantidad alemanes—, con dinero como

²⁴ Con la barra inclinada muestro los espacios que median entre las frases.

cuasi señores feudales. El libro lo escribe una mujer, la apropiación del fragmento también la hace una mujer.

La vinculación de la actividad económica cafetalera es evidente con la figura del abuelo Manuel de la Rosa como economía masculina; mientras que con su madre, en la segunda línea, muestra el panorama político y el descontento popular por el gobierno de Ubico Castañeda, *El Señor Presidente*²⁵. La progenitora se halla subsumida en la colectividad y en el poder coercitivo que manifestó Ubico durante su mandato “**Mi madre**, uno de esos seres sin nombre que la historia iba, **va** dejando al margen” [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 121). Destaco el contraste en el empleo de la letra mayúscula, la disminución del tamaño y la ubicación espacial en la novela de ambas figuras. La intertextualidad de este último fragmento alude a la novela de *El señor presidente* (1946) de Miguel Ángel Asturias (1899-1974) y lleva de paso, a reconectar los hilos entre Manuel Estrada Cabrera el tirano retratado en la novela de Asturias, Mama Amparo, Victoria y el nacimiento de su primera hija (Nena).

Unir ambas columnas responde a una estrategia escritural: establece nexos de la producción agrícola cafetalera con la dictadura de Estrada Cabrera, la intertextualidad que da sustento a la segunda columna viene dada por citas como estas, copio algunas, aisladamente:

Brujos y soldados de Momostenango guardaban al Señor Presidente ... Con la mayor frescura da la orden de envenenar, fusilar o matar a palos; encarcela, atormenta o deporta antes del almuerzo ... Una corte de aduladores trata de apaciguar al Señor Presidente proclamándolo Doctor, Hijo Benemérito de la Patria, Protector de la Juventud Estudiosa ... Pero todo pasa, aunque fueron veintidós años (Zardetto, 2005, pp. 117-120).

²⁵ Si bien la cita de *Con Pasión Absoluta* refiere a Ubico Castañeda con fragmentos de *El señor presidente* de Asturias, esta última alude a la tiranía de Estrada Cabrera. No obstante, con el empleo intertextual Irene ha procurado las interconexiones para referirse a la obra literaria y a las columnas con las figuras femeninas familiares sin pretender equiparar los géneros (Manuel De la Rosa, Ubico Castañeda y Estrada Cabrera). Al contrario, valiéndose de la obra de Asturias ilustra el control generado por los dictadores que fluye a la sociedad guatemalteca en general, y se solidifica en ámbitos privados como la manutención de los hijos de Victoria en una desigual distribución de la economía familiar. Asturias, por su lado, retrató en forma significativa con un cuidadoso empleo del realismo mágico, un cuadro de Guatemala ensombrecido por espantosas imágenes de lo que fue la tiranía de Estrada Cabrera. De estas lecturas es fácilmente extrapolada la violencia patriarcal que empuja a la colectividad desvalida, como lo hizo Manuel de la Rosa con su hija, a los márgenes de la vida pública.

Bajo la administración de Estrada Cabrera nace la madre de Irene, corren aires dirigidos y controlados por el Partido Liberal del cual es cabeza el presidente, estos aires guardan correspondencia con la primera columna, al respecto Torres Rivas (2011) reconoce, bajo la proposición, que acontece lo siguiente “*las revoluciones liberales coinciden con el mayor esfuerzo por constituir el Estado*, con ocasión de, o apoyado en una vertiginosa expansión de la agricultura cafetalera de exportación” [el destacado es del original] (Torres Rivas, 2011, p. 62). Para la escritura de las dos líneas de pensamiento hay empleo de otra estructura discursiva que no es narrativa, es decir, Irene se distancia de lo que ha venido relatando y asume, con la inserción de los textos, un discurso impersonal a manera de repaso histórico. Cierra ambos textos con elementos cercanos como la mención del abuelo (en la primera columna y muestra con ello la cercanía que le representó) y, para la segunda, escrita en letra cursiva, a su madre.

La correspondencia de la abuela Toya y la madre de Irene es ante todo económica, en donde ellas, como metonimia de Guatemala, ven violentadas sus corporalidades y las posibilidades de surgimiento en aras de dinámicas económicas macro nacionales. Tales interconexiones son la abuela Victoria, la expansión cafetalera (Torres Rivas, 2011) y la llegada del ferrocarril por un lado; las compañías bananeras y el contrato con el entonces también dictador Ubico Castañeda son paralelos con la Nena. Con ellas se abren las puertas al pasado que no solo les pertenece por haber formado parte de él, sino que además discursivamente evidencian la presencia de las mujeres en la historia de la nación centroamericana.

El hilo narrativo que la narradora comparte une las memorias de sus familiares, todas ellas mujeres, por el transitar histórico, económico y político de Guatemala. Con cada figura femenina va relacionada una coyuntura histórica que instauró, resquebrajó o renovó a la nación. Ochs (2008) afirma que “la comprensión de distintos dominios temporales dentro de una misma extensión del discurso sugiere a su vez que el género podría comprenderse mejor como una *perspectiva* respecto de un texto antes que como un *tipo* de texto” [el destacado es del original] (Ochs citada por Ochs, p. 282). Por lo anterior, *ConPasión Absoluta* muestra perspectivas tendientes a reelaborar la historia vieja, en tono sepia que ha marcado la vida nacional guatemalteca escrita por los hombres, en cuyo transcurrir las antepasadas de Irene son el resultado de los modelos económicos y políticos

que, en Guatemala, se manifestaron desde el siglo XIX. “Por eso, contar una historia se torna, para bien o para mal, en un medio para establecer en el recuerdo cierto sentido de realidad” (Ochs, p. 295).

Otro ejemplo de ello es el apartado que acompaña el título *El señor de los señores: La United Fruit Company*, que en páginas pares de la 178 a la 182 inserta tres personajes del pasado de la protagonista: la tía Julia, Nena (su madre) y Meme el chino. Para ello, fija dentro de un cuadro con una tipografía diferente a la utilizada en el resto de la novela, trozos copiados de *Fruta amarga. La CIA en Guatemala* (1982) escrito por Schlesinger y Kinzer. Dicho libro explicita las estratagemas que llevaron como resultado el derrocamiento de Juan Jacobo Árbenz en 1954, cuyas intenciones provenían de las alianzas de la compañía bananera, la CIA, el gobierno estadounidense y los intereses locales guatemaltecos. Veamos dos ejemplos que, pueden considerarse casi copia textual de un texto en otro:

Tabla 3. Elementos intertextuales en *ConPasión Absoluta* y *Fruta amarga. La CIA en Guatemala*

| <i>ConPasión Absoluta</i> | <i>Fruta amarga. La CIA en Guatemala</i> |
|--|---|
| 1. “El capitán Lorenzo Dow Baker de Wellfleet, Massachusetts, ancló su goleta <i>Telegraph</i> en Jamaica” (p. 178). | 1. “La leyenda de la United Fruit Company empezó en 1870, cuando el capitán Lorenzo Dow Baker de Wellfleet, Massachusetts, ancló su goleta <i>Telegraph</i> en Jamaica” (p. 77). |
| 2. “La ecuación resultó simple: compró 160 racimos del fruto aún verde, por un chelín la penca a los mercaderes jamaquinos en los muelles de Port Antonio” (p. 178). | 2. “Baker, que tenía espacio extra en su nave, compró 160 racimos del fruto aún verde por un chelín la penca a los mercaderes jamaquinos en los muelles de Port Antonio” (p. 77). |

Fuente: Elaboración propia (2020) con base en Zardetto (2005) y Schlesinger y Kinzer (1982).

Esos vínculos textuales permiten rastrear intertextualmente a las mujeres de la familia de Irene en la corriente histórica, que una historia oficial escrita por los vencedores no permitió. En esa línea es clave el entretejido de una actividad económica que alteró los espacios geográficos de casi toda Centroamérica, las relaciones con los gobiernos de turno (mientras estuvo asentado el enclave bananero en la región), los vínculos sociales, laborales y productivos:

La frutera tenía más tierra abandonada que cualquier otro terrateniente en el país, se oponía a la formación de sindicatos y, por muchas otras razones, se constituyó en el oponente más fuerte a los cambios en Guatemala, especialmente, los dirigidos a su liberación económica (Zardetto, 2005, p. 182).

El poder, en el apartado *El señor de los señores: La United Fruit Company*, se manifiesta en la tía Julia (hermana de Mama Amparo); ella le abre posibilidades a la Nena cuando la acepta en su casa para que estudie, la tía resemantiza a la compañía bananera cuando ofrece espacios de superación como el concedido a la Nena “te conviene, hija, vivir en la ciudad. Aquí podés superarte” (Zardetto, 2005, p. 175). Acoge con interés a Meme (es la representación étnica que contribuyó en la construcción del ferrocarril) cuando le alquila una habitación:

La tía Julia no daba puntada sin hilo. Había algo que la tía no decía y que la Nena tampoco llegaría a saber. Lo cierto es que la estancia del chino en su casa le dejaba buenos réditos. Comerciabán opio en la costa (Zardetto, 2005, p. 186).

*Acerca del café y El Señor Presidente*²⁶ y *El señor de los señores: La United Fruit Company* son los preámbulos de la historia de vida de Irene tejida a la historia nacional y anticipo de la violencia de Estado que nuestro más adelante. El caso es que sin subestimar los fragmentos anteriormente analizados, surgen dos vertientes por considerar: la narradora se ha permitido trastocar textos considerados canónicos en el ámbito literario (la novela *El Señor Presidente*), un cuasi manual para cultivar café (ámbito masculino) y, finalmente, el libro *Fruta amarga. La CIA en Guatemala* cuya autoría es de dos periodistas estadounidenses, hace con ellos las interconexiones de dos generaciones. Son discursos de violencia simbólica, como segunda vertiente, que invisibiliza a las mujeres de su familia y de la nación, a quienes el sistema social, político y cultural ha marginado de la historia convirtiéndolas en objetos para el uso, el abuso y el desecho. No es casual que sus mundos de vida marchen paralelamente con los fragmentos históricos empleados por Irene.

He asociado las historias pequeñas de las familiares de Irene en la dimensión nacional como reescritura de la Historia oficial, con esto he resemantizado un esquema económico capitalista que ha explotado y abusado de las mujeres del núcleo (Mama

²⁶ Es un título acuñado por mí para agrupar las dos columnas ya mencionadas.

Amparo, Victoria y la Nena). Cuando las relaciones se rompían, por lo general, derivaban en el abandono por parte de las parejas (padres) y descuido de los hijos, prácticas comunes de un modelo patriarcal machista común en naciones latinoamericanas como Guatemala. El panorama continúa para la vida amorosa de Irene porque con Costa²⁷ es similar el patrón, es Irene quien ahora carga sobre sus hombros el malestar del desapego y la tarea urgente del olvido para reiniciar su vida; sumergida en el presente (en su relación con C²⁸) y en el pasado con Costa) muestra situaciones confusas. Para Marchio, estas relaciones son una empresa en la que la persona lectora “debe asumir un papel activo y proceder por deducciones a partir de los retazos que le proporciona la narradora” (2015, p. 224).

Coincido con Marchio acerca del duelo experimentado por Irene, hasta que ella no rompa con el pasado que la mantiene atada, no podrá asumir con aires renovados un nexo amoroso con C. Las referencias deícticas entremezcladas y asociadas al tiempo ido con Costa colman su duelo: “tu casa, quieta y muda, como en aquellos últimos días en que sin tu presencia se desplomaba bajo el peso del silencio. Se confunden los tiempos, las visiones” (Zardetto, 2005, p. 44) y condensan esa tarea que Marchio (2015) había señalado anteriormente. En la maraña de recuerdos hay tres elementos clave por destacar: el silencio por lo que no hay para Irene una catarsis. De vuelta en Guatemala, con la vergüenza de haber formado parte de un triángulo amoroso con Costa y Linda, la protagonista se silencia como víctima “Quizá la realidad nunca se pareció a esta historia. Quizá es imposible contarla y dejarla la [*sic*] misma que fue. Se volverá otra cosa, una mentira por ejemplo” (p. 223). Ella espera que el silencio y el paso del tiempo transformen su experiencia amorosa.

El trauma, se constituye como el segundo aspecto. Este suspende a Irene en el tiempo pretérito como su abuela moribunda, para quien solo los recuerdos del pasado son una forma de sostener su existencia. Al respecto, Marchio menciona que “el elemento líquido sirve de puente tendido entre dos geografías y dos épocas” (p. 224) que Irene extraviada y desconcertada por una lluvia repentina, manifiesta en la cita:

Los olores se levantaron de la tierra mojada y de las hierbas. El trópico se extendió y quiso recogerme. Una memoria aletargada quería despertar y yo me

²⁷ Costa fue pareja de Irene en el extranjero (Canadá). Diplomático uruguayo, aparentemente involucrado en una primera relación antes de establecer nexos con Irene.

²⁸ C formó parte del movimiento revolucionario en la guerra guatemalteca. Es nombrado así, posiblemente, como estrategia heredada de la lucha armada en que la norma fue el empleo de seudónimos.

resistía. Porque no quería olvidar esa otra vida a la cual me aferraba. No quería olvidarla porque no quería olvidarte. Porque aún me dueles en el recuerdo, en el silencio que mantienes, en el silencio que mantenemos (Zardetto, 2005, p. 43).

Finalmente, el duelo aunado con el trauma no puede darse si no hasta cuando Irene compelida ya por la muerte de su abuela y por motivación de C, al final de la novela asume que “el pasado iba a matarme. Debía aniquilarlo: ésta [sic] es la historia de un asesinato. Sepulté un ayer que no tiene ya nada que decirme. Lo sepulté en este océano de palabras” (Zardetto, 2005, p. 369). *ConPasión Absoluta* desborda en los discursos de la narradora una serie de recursos estilísticos cargados de simbolismo, la puerta, es uno de ellos, pues abría el ámbito de la evocación con la abuela. El umbral para ser cruzado es una constante simbólica en la novela de Zardetto, lo cual enriquece actos como entrar al tiempo ido, regresar al presente narrativo y de vuelta, en continuos juegos de desplazamiento:

Nunca pensamos escribir esa historia. En todo caso, ya está y no hay salida. Toda historia, una vez iniciada, conmina a un destino marcado.

Fue la puerta de tu casa la última que cerré la madrugada ventosa y amarilla en que partí. El taxista tocó el timbre, inaugurando la larga cadena de actos que me conducían al olvido -si es posible de olvido-, como un condenado a su condena (Zardetto, 2005, p. 49).

ConPasión Absoluta, es dentro del *corpus* de estudio en esta tesis, la obra con más contenido íntimo compartido por la narradora. Con ausencia de elementos íntimos o de memorias personales *Insensatez* de Castellanos Moya (2005), manifiesta como norma no expresar intimidades personales, el narrador defiende esa actitud, al mismo tiempo que se imbrica en las frases anónimas escritas en cursiva leídas, copiadas y repetidas como una maraña de enajenación que lo ha cubierto en la tarea de hacer la corrección filológica del *Informe REMHI*. En la Tabla 4 ilustro las memorias reconocidas en *Insensatez*:

Tabla 4. *Clasificación de las memorias en Insensatez*

| Memoria individual | | ↔ | Memoria colectiva |
|---|---|---|--|
| Memorias personales | Memorias nacionales | | Memorias documentales (oficiales) |
| -Guerra civil en El Salvador. -Exilio en México. | -Genocidio en Guatemala (década de 1980). | | -Fragmentos del <i>Informe REMHI</i> (1998). |

Fuente: Elaboración propia (2020) con base en Castellanos Moya (2005).

La ausencia de las memorias personales del narrador es un espacio vacío que se llena desde tres conjeturas. La primera de ellas es la apropiación de los testimonios de los indígenas, como una forma de engrandecimiento en el uso de frases de hondo sentido poético de la abyección. Al tomar las experiencias repetidas insistentemente, el corrector de estilo piensa en algún momento en crear su propia obra literaria “no había tal novela sino las ganas de hacerla, de trastornar la tragedia” (Castellanos Moya, 2005, p. 71). Al trastornar la tragedia con la escritura de su obra, puede convertirse no solo en alguien con éxito, sino que como relaciona Cortez: “es así que de ser testimonios de indígenas pasan a ser versos vanguardistas que hablan de él mismo” (2012, p. 278).

Oculto tras las frases, el filólogo perturba el duelo, el dolor y las tumbas vacías que en el plano factual, subyacen en las recopilaciones hechas para el Informe, las vacía de contenido al colocarlas en “un segundo plano mientras que la narración se desvía, junto con la atención del protagonista, para seguir las aventuras y desventuras de este corrector” (Cortez, 2012, p. 279). El machismo, como segunda explicación, hace que el narrador omita hechos de su vida personal cuando se muestra interesado en Pilar (la cooperante española):

incluso le revelé aspectos de mi vida, vicio al que no soy adicto como el hecho de que un mes atrás me había visto obligado a abandonar mi país, por culpa de un artículo en el que sostuve que El Salvador era el primer país latinoamericano que contaba con un presidente africano, comentario calificado de “racista” (Castellanos Moya, 2005, p. 49).

El narrador, al huir de El Salvador por lo publicado en el diario, esconde detalles que puedan luego relacionarlo. Otras razones para no compartir asuntos de su vida personal son la cercanía entre El Salvador y Guatemala, en donde los círculos académicos e

intelectuales son reducidos y conocidos, alguien puede reconocerlo y señalarlo. Por eso, siempre en charla con Pilar solo comparte ideas acerca del trabajo e intenta impresionar o interesar a su interlocutora femenina, para dar paso a una falsa atención con el fin tener relaciones sexuales con ella. Adueñarse de los testimonios, es ahora trasladado a apropiarse de los cuerpos de las jóvenes cooperantes españolas, para lo cual no pretende agobiar a Pilar con datos de su vida personal. El interés del protagonista se acentúa con esta otra cita textual:

“¿Y cómo conociste a Erick?”, preguntó, como si se tratara de mi confesión y de no de una conversación liviana al calor de las cervezas, por lo que luego de soltarle la generalidad de que ambos habíamos coincidido en México durante mi exilio y sus estudios de posgrado pasé a la ofensiva, que quien tenía que soltar la boca era ella (Castellanos Moya, 2005, p. 49).

Por último, perdido en los vericuetos del dolor de los indígenas, lo que queda para el narrador de la novela de Castellanos Moya es repetir a sus interlocutores dichas frases. Ortiz Wallner (2012a) argumenta “el narrador va a vivir en aislamiento esta admiración y fascinación, pues no encontrará interlocutores con quiénes compartir la forma en que estas frases le afectan. Nadie le escucha, nadie se interesa” (p. 154). Quienes lo escuchan comparten un pasado común: la guerra en Guatemala, solo que experimentada desde diversos ámbitos, no los guía la morbosidad que ha hallado el filólogo porque, acostumbrados al dolor leído en los testimonios, desvían el tema de conversación, cuando este insiste. Lee para personas ubicadas en similares coordenadas del pasado reciente de violencia, por lo que escuchar más de lo mismo que han leído, recopilado y corregido puede ser una conducta reiterativa del dolor, de la cual cada quien se desprende cuando cruza la puerta de salida del sitio de trabajo, no así el protagonista. Solo el filólogo anónimo está distanciado de los recursos testimoniales que los allegados (Ricœur, 2004, p. 171) pudieron haberle brindado, por eso los recuerdos hallan su veta en los que él mismo corrige estilísticamente, no en los propios ni en los de su familia (Halbwachs, 2004, p. 210) como sucede en el resto de las obras.

El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo? coincide con *Insensatez* en la escasa mención de memorias personales que bosquejó el narrador. En la novela de Goldman (2009) el carácter acerca de la verdad, en este caso de un crimen, que desea

develar el narrador protagonista no permite abrirse como lo hizo Irene o también el copista anónimo del Archivo. Para considerar la constitución de las memorias, la tabla las sintetiza a continuación:

Tabla 5. Clasificación de las memorias en *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*

| Memoria individual | |  | Memoria colectiva | |
|---|---|---|--|---|
| Memorias familiares | Memorias personales | Memorias nacionales | Memorias documentales (oficiales) | Otros textos |
| -Testimonios de familiares acerca del conflicto armado interno. | -Recuerdos de la niñez en Guatemala. -Estadía en Guatemala (1984-1985). -Experiencias al momento de la investigación. | -Repaso histórico de acontecimientos nacionales e internacionales (pp. 27-39). -Asesinato de Monseñor Gerardi (abril de 1998). | -Fragmentos del <i>Informe REMHI</i> (1998). -Documentos judiciales (declaraciones de los testigos e involucrados). | -Testimonios orales transcritos. -Fotografías. -Entrevistas publicadas (Diario <i>el Periódico</i>). -Diario personal de Rubén Chanax <i>Pensamientos y recuerdos del hotel monterrey ruben chanax [sic]</i> . -Fuentes y notas (pp. 499-517) ²⁹ . |

Fuente: Elaboración propia (2020) con base en Goldman (2009).

Son pocas las memorias que comparte el periodista *freelance* debido al carácter del texto, Pezzè (2018) coloca la novela de Goldman como ejemplo del ejercicio policial en el que el narrador va en búsqueda de la verdad acerca de un asesinato, su objetivo es “desmentir las suposiciones sobre causas pasionales o de criminalidad común” (p. 194) como razones del crimen contra Monseñor Gerardi. La obra coincide también con *Insensatez* en el peso dado a los recuerdos de los otros frente a los propios, en los que, como bien sostiene Ricœur (2004), es una forma de apoyarse en “la capacidad de las entidades colectivas para conservar y recordar los recuerdos comunes” (p. 162).

Nora (2008) plantea que los sitios guardan con respecto de la memoria tres ligámenes: material, sensorial y simbólico (p. 33). Hay un lugar que el narrador resemantiza desde la adultez y el presente para anclarse al pasado, el recuerdo une entonces la vivencia

²⁹ Consigno la paginación de la edición revisada.

personal y familiar con la memoria colectiva del asesinato de Monseñor Gerardi y es el templo católico de San Sebastián. Dicho sitio religioso conjunta dos aproximaciones que el narrador reconoce en la fragmentación cuando su madre guatemalteca contrajo matrimonio con un extranjero y el punto geográfico del asesinato de Gerardi:

La iglesia de San Sebastián era la parroquia de mi madre durante su juventud. En su adolescencia enseñaba caligrafía a los niños del colegio San Sebastián. Mis abuelos y mi madre me bautizaron, de bebé, en la iglesia de San Sebastián. Mi madre se casó con un americano de una familia emigrante judía-ucraniana, y aunque pasé mi niñez viviendo entre Guatemala y Estados Unidos (y entre ambas religiones), crecí sobre todo en Massachusetts (Goldman, 2009, p. 91).

Coincidente con el planteamiento halbwichiano (2004), la cita revela dos marcos de la memoria como son la familia y la religión. Por lo anterior, no es casual que el narrador especifique en el inicio del apartado *II. La investigación. Los Intocables y el show del sacerdote y el perro* la evocación del sitio-recuerdo de su infancia, la juventud y el matrimonio de su madre (el templo de San Sebastián) como la apertura de la crónica que está por compartir. En el presente narrativo el protagonista se traslada motivado por la resolución del crimen de Gerardi y se aloja en un lugar relativamente cerca de la iglesia de San Sebastián (sitio del crimen).

La religión, marco social vinculado con la memoria, le posibilita la (re)apropiación del espacio al periodista *freelance*. En la niñez y en la práctica de la tradición católica, el narrador recuerda a su madre, con la ida a Estados Unidos de Norteamérica se dio el traslado también a la nueva religión judía. Por consiguiente, su pasado más lejano (la infancia) vuelve por sobre el presente narrativo. El sitio incólume provee de sentido emocional, semántico y vivencial al periodista adulto que es hoy:

Si bien la memoria religiosa pretende desvincularse de la sociedad temporal, obedece a las mismas leyes de toda memoria colectiva: no conserva el pasado, lo reconstruye, con la ayuda de restos materiales, ritos, textos, tradiciones que ese mismo pasado ha dejado, pero también con la colaboración de los datos psicológicos y sociales recientes, en otras palabras, con el presente (Halbwachs, 2004, p. 260).

Estos recuerdos son los más cercanos a una memoria familiar ritualizados por el catolicismo (bautizo y matrimonio) que le permitieron al narrador la apertura a hechos del crimen en un sitio sin desligarlo de lo semántico y sensorial. Hoy, en el presente, el periodista regresa a las raíces familiares y de la fe materna para intentar dilucidar quiénes asesinaron al religioso en el templo de San Sebastián, cuando vuelve a sus orígenes y a los de su madre, lo hace sopesando un agradecimiento al mismo sitio de su infancia, en la zona 1 cerca del Palacio Nacional. Retorna al tiempo ido con las posibilidades que el presente le provee para develar quién cometió el asesinato político contra Gerardi.

El reportero vive la experiencia de la muerte, la pérdida y el duelo a las puertas de la publicación de *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* cuando fallece su esposa “en julio, una tragedia hizo pedazos mi vida. Mi esposa, Aura Estrada, sufrió un golpe letal mientras nadaba en una playa del Pacífico en México. Después de eso, todo cambió y mi mente estaba lejos de Guatemala” (Goldman, 2009, pp. 460-461). Es por lo anterior, que puede leerse una traslación de un duelo colectivo experimentado con el asesinato de Gerardi al duelo individual que albergó el narrador:

El caso Gerardi había sido parte de nuestra vida juntos, a pesar de que yo había hecho todo lo posible para proteger a Aura de sus fastidiosos efectos y personajes ... cuando vuelvo sobre las páginas del libro, ahora encuentro sus toques en todas partes (Goldman, 2009, p. 461).

El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo? adelanta, como lo escribe Pézze (2018, p. 198), las razones en el crimen del sacerdote que se reconocen políticas. Explicita una carga emocional, porque al igual que el Informe *REMHI*, el narrador exhorta a la finalización del período de violencia y dolor, puede leerse en los agradecimientos estas palabras “A Aura Estrada: ‘Toqué el límite y grité: ¡No más!’ Viviste con esta obsesión varios años. Durante ese tiempo, tú fuiste la luz. Gracias” (Goldman, 2009, p. 520). Con la frase ¡No más! el periodista libera el duelo del crimen del sacerdote, el pesar por su esposa fallecida y al libro mismo, es entonces que, al finalizar, la investigación asume en forma íntima y colectiva que el mal fue enfrentado en la esfera pública cuando mataron a Gerardi, lo que por nexos lo lleva al cierre del pesar íntimo.

El material humano articula otras formas representativas del sistema organizado y manejado por el Estado guatemalteco desde finales del siglo XIX. Ecléctica en su estructura

narrativa, la novela también posee un carácter fragmentado, en el que el narrador socializa particulares situaciones personales y familiares resguardadas por la memoria, ocultas por el silencio y el olvido. La Tabla 6 resume las memorias del copista del Archivo:

Tabla 6. *Clasificación de las memorias en El material humano*

| Memoria individual | | Memoria colectiva | | |
|--------------------------------|---|----------------------------------|--|--|
| Memorias familiares | Memorias personales | Memorias nacionales | Memorias documentales (oficiales) | Otros textos |
| -Secuestro de la madre (1981). | -El diario personal (inicia en la página 41 hasta el final) ³⁰ . | -Notas de periódicos nacionales. | -Fichas del AHPN. - <i>Memorias de Labores de la Policía Nacional</i> (Archivo General de Centroamérica). | -Citas de obras literarias y filosóficas. -Textos fílmicos. |

Fuente: Elaboración propia (2020) con base en Rey Rosa (2009).

Coexisten tres circunstancias en el surgimiento de la trama de *El material humano*. El narrador anónimo con el aval del Jefe entra al AHPN, la tarea primaria era la búsqueda de información o datos acerca de los intelectuales quienes, durante la guerra, fueron perseguidos, asesinados o desaparecidos. Se produce una ruptura narrativa, por lo que el plan y las primeras observaciones se frustran debido a que el Jefe ha recibido llamadas de atención sobre ciertos privilegios que le hace ver al narrador. En este instante la obra da un giro y se traslada a la suma heterogénea de géneros (es un diario personal, igual conserva copiadas algunas fichas de seguimiento, citas textuales destacables de intelectuales y otras anotaciones más). Siempre en relación con el Archivo, el copista diluye sus anotaciones para ceder en el diario personal a dos situaciones emblemáticas del pasado familiar y nacional: el secuestro de su madre en la década de 1980 y la figura de quien fuera Jefe del Gabinete el bachiller Benedicto Tun.

³⁰ Consigno la paginación de la edición revisada.

Aunque no parecieran guardar conexión el recuerdo familiar, el Archivo y cierta paranoia del copista, todos juntos anticipan el ambiente en el que el copista se sumerge porque confluyen en una vorágine que lo lleva a cierto delirio de persecución. La primera llamada anónima que el copista anota en el diario sucede pocos días después de la suspensión a la entrada del Archivo: “el teléfono empezó a sonar a eso de las dos de la mañana” (Rey Rosa, 2009, p. 73).

Las memorias familiares socializadas por el narrador en el diario vienen signadas por el silencio y el olvido. En una cena con la familia y amigos, él comenta qué estuvo haciendo cuando visitó el Archivo, a lo que un amigo responde “¿pero por qué escarbar en el pasado? Es mejor dejar que los muertos descansen, ¿no?” (Rey Rosa, 2009, p. 83), acción reforzada y aprobada por el padre del protagonista. Dado ese hecho, le sigue una anotación como esta: “Miércoles 28, noche./Día extraño, vacío” (Rey Rosa, 2009, p. 87) que remarca con la sucesión “Jueves./Día más vacío todavía, si se puede que el de ayer” (Rey Rosa, 2009, p. 87). Nótese la sensación de días vacíos, la ausencia de emociones y actividades, las visitas e indagaciones en el Archivo ahora los llena el narrador con el diario en el que establece la crónica de pequeños acontecimientos de su vida cotidiana: estadías con la hija, salidas con amigos, ingesta de licor, llamadas y conversaciones con el hijo de Benedicto Tun (motivo en el que derivó la investigación).

No obstante, ese último día jueves se llena con una situación familiar pues la madre del personaje protagonista es internada en un hospital por un problema de salud. Los días vacíos ahora se ocuparán de una serie de acontecimientos inesperados, la carencia de actividades que los haga interesantes para el narrador se trasladan por la fuerza de hechos acontecidos en el pasado hacia las noches: días vacíos, noches repletas de pesadillas. Veamos este ejemplo “de noche, catarata de visiones y recuerdos” (Rey Rosa, 2009, p. 89) como preámbulo a las anotaciones que hace el copista acerca del secuestro de la madre sucedido en el año 1981, sobre esto hay anotaciones con detalles en las páginas de la 89 a la 92, en los que el narrador tuvo injerencia como en la entrega del botín de rescate. El texto acerca del secuestro cierra: “mi suspenso –me pregunto ahora– ¿no se debe a eso?” (Rey Rosa, 2009, p. 92), se repite la pregunta ambigua tal y como la pronunció el padre del protagonista líneas arriba, la duda la había generado una conversación entre el narrador y

una amiga, quien le comenta si su presencia en el Archivo es para investigar la identidad de las personas que habían secuestrado a la madre, como se rumoraba en los pasillos del lugar.

Acontece lo que habíamos visto en *ConPasión Absoluta* (ver páginas 95 y 105 de este mismo capítulo), la noche con su poder propicia la transitividad al mundo inconsciente, la cotidianidad del protagonista en el día no ofrece mayor búsqueda que los objetivos establecidos, la noche rompe con el esquema de vida que él cree asegurado para sí mismo y su familia. Un ejemplo de ello es cuando “[mi madre] hizo público el deseo de que sus captores fueran perdonados por los poderes de este mundo ‘y los del otro’, y en el círculo familiar el aspecto criminal del caso se dio por olvidado” (Rey Rosa, 2009, p. 91). El silencio ha vuelto materializado en las pesadillas del narrador en el presente, como manifestación de lo eludido y no trabajado por él. Al respecto, cabría considerar si en la figura y la autoridad del padre del narrador se estaría equilibrando en justa medida la memoria y el olvido, como escribe Ricœur (2004, p. 532) y sería entonces una estrategia familiar negociada y aceptada por todos en el núcleo.

La fuerza del mundo onírico en la obra coincide en el argumento de Spiller (2015) cuando indica que “los sueños y las pesadillas rompen la máscara del narrador neutro e integran el registro emotivo más elevado. Este procedimiento contiene dos funciones de los sueños: son premonitorios y caracterizan al protagonista” (p. 189). Las páginas del recorrido escritural –en el diario– son subsecuentes con lo dicho por Spiller, van paralelas con las llamadas telefónicas “poco después sonó el teléfono, me levanté a contestar: nada. Volví a acostarme y me dormí” (Rey Rosa, 2009, p. 92). En esa misma noche, el narrador experimenta lo siguiente: “desperté a eso de las cuatro, empapado en sudor, con un miedo intenso. No fue un sueño violento, fue lo que se diría un auténtico sueño de fantasmas” (Rey Rosa, 2009, p. 92). Es contradictorio que, en las últimas líneas, leamos que no fue un sueño violento, que tampoco por oposición fuera un sueño placentero; un elemento físico destacable asociado con el miedo es el sudor. Con respecto del peso que los sueños van adquiriendo en la trama de *El material humano*, sirva de ejemplo esta cita de Halbwachs, en el que el mundo inconsciente no es el espacio donde descansa la memoria porque

somos incapaces de revivir nuestro pasado durante el sueño, es que, si nuestros sueños ponen en evidencia imágenes que tienen toda la apariencia de

recuerdos, es en estado de fragmentos, de miembros despegados de los escenarios realmente vividos por nosotros (2004, p. 53).

Por lo anterior, para el narrador, el fluir de los sueños se abre en concordancia con las visitas al Archivo, este es el sitio que desenmascara la realidad y anticipa una cadena de pesadillas que interconectan la realidad consciente con la acallada situación familiar. El copista describe a quien ve en el sueño como su padre, o al menos a alguien que lo representa “el hombre de la cerveza, que puede ser mi padre, o no, impasible; como si no hubiera oído nada extraño” (Rey Rosa, 2009, p. 93). Este hombre abre y cierra puertas: “al encender la luz vi a mi padre que entraba desde el balcón” (Rey Rosa, 2009, p. 93) y “entra en un cuarto y cierra la puerta suavemente” (Rey Rosa, 2009, p. 93). El progenitor del copista le había dicho que de muertos no se habla, de fantasmas no se trata porque es escarbar en hechos ya sepultados en el pasado. De ahí la posible conexión del padre, los fantasmas y la pesadilla del narrador; es la racionalidad del padre frente a la emotividad del protagonista: “y entonces sí, despierto aterrado, sudando, con frío por el contacto de la pijama mojada con la piel” (Rey Rosa, 2009, p. 93). Más adelante anota “vuelvo a pensar en el sueño fantasmal de anoche. Pocos me han impresionado tanto en los últimos años” (Rey Rosa, 2009, p. 94).

Surge otra pesadilla, ahora es su madre fallecida “Viernes./¡Sueño de la muerte de mi madre! Breve pero intensa agonía, en mis brazos” (Rey Rosa, 2009, p. 95), lo que ha llegado ahora es la materialización del silencio y del olvido impuestos por el padre en el mundo consciente y silenciados en la figura pasiva de la madre, cuando años atrás hicieron el llamado a que la familia olvidara lo sucedido. La recurrencia en las figuras materna y paterna no hacen sino, generar dolor manifiestos en el mundo onírico: “sé que se está muriendo. Al llegar al dormitorio, ha muerto. Despierto entre sollozos” (Rey Rosa, 2009, p. 95).

Por último, en la serie de pesadillas interconectadas con las figuras del padre y la madre, aparece esta otra: “Sábado por la mañana./Anoche, de nuevo, pesadilla aterradora. Estaba, en el sueño, en casa de mis padres, en el dormitorio” (Rey Rosa, 2009, p. 102). De nuevo la entrada es alegórica luego de experimentada la pesadilla: “despierto empapado en sudor. Me levanto para comprobar que estoy solo en el apartamento; voy a asegurarme de que la puerta de entrada tiene puesto el pasador” (Rey Rosa, 2009, p. 102). En el sueño el

padre del protagonista cierra la puerta, no obstante, en el mundo consciente también clausura toda posibilidad de recordación. Cabe considerar que la proximidad de los allegados (en este caso el padre del protagonista), anula todo lazo con el pasado familiar y asegura que el copista la extraiga del mundo onírico como objeto manipulable cuando la cierra ya despierto.

El silencio y el olvido marcan las experiencias recordatorias en *El material humano* por las siguientes razones; la primera de ellas compete a la semejanza del silencio que el padre del narrador impone en el núcleo familiar con el de las fichas, solo hasta que estas son descubiertas y desempolvadas hablan. Además, entrar en el AHPN, sitio ya, de por sí, convertido en un centro de tortura y de salvaguarda de documentos de seguimiento contra la población civil, termina por imbuir al narrador en actividades cotidianas que giran en un radio cercano al acoso autoritario que otros seres vivieron. Omite o, simplemente no recuerda, o no asocia que el sitio de la memoria que es el Archivo, pueda tal vez brindarle pistas acerca del rapto de su progenitora. Dado el giro en la trama, la violencia acallada en el ámbito familiar es ahora la que colma su cotidianidad y sus sueños. El silencio y el olvido discurren en los ámbitos militares del Archivo y se trasladan por la fuerza de su peso al espacio privado del copista, fueron imposiciones de terceros.

La experimentación y mezcla escritural disfrazan los hechos factuales que el diario del protagonista muestra con detalle, es decir, él encubre experiencias personales entre la información cotidiana, sumerge a los lectores con detalles constantes de viajes, cenas, encuentros con amigos y con su pareja. Dichas experiencias transitan entre la ficción y lo factual, el secuestro de la madre y las pesadillas asociadas a ello son un ejemplo. En el encubrimiento se vehiculan experimentaciones más complejas como el consumo de sustancias ilícitas, aunque el protagonista lo justifica como experimentación; su pareja las señala como pérdida de control:

Tal vez tenga razón B+ en lo que yo he llamado su prejuicio contra el uso (aunque sea secreto y moderado) del metilestero del benzoilecgonin de giro izquierdo, bajo cuyo influjo, y con mano ligeramente temblorosa y amargor en el paladar, escribo -tendido al ardiente sol, frente al canal y con el mar que retumba y brilla a lo lejos- estas líneas (Rey Rosa, 2009, p. 104).

Más adelante, cuando ya ha relatado tres sueños más, el narrador comparte “Viernes./Anoche, sueño con cocaína” (Rey Rosa, 2009, p. 130). *El material humano* asegura situaciones fronterizas de la realidad, un delirio producido por la ingesta de sustancias y el componente de la experimentación como excusas para que el narrador se mueva libremente en mundos yuxtapuestos. El narrador, en las pesadillas, explicita manifestaciones derivadas del consumo de cocaína, a la que no llama abiertamente como tal, sino que emplea un juego de palabras con metilestero del benzoilecgonin, la denominación correcta es metil estero de benzoilecgonina, esta última es el principal metabolito de la cocaína. Asimismo, consume marihuana (p. 148), lo que anota bajo el consumo de drogas se bifurca en delirios de persecución y terrores para dislocar la realidad de la ficción. No obstante, parece saltar a la vista que quien escribió *El material humano* lo hizo filtrando acontecimientos de la vida familiar y personal como el rapto de la madre³¹.

El material humano puede tensionar(nos) como lectores, el vaivén de cuáles acontecimientos forman parte de la vida del protagonista y cuáles no, en los que el encubrimiento ficcional es cuidado, permiten reconocer que la novela es más bien una gama de imágenes superpuestas que flotan entre la realidad y la ficción. Aunque haya elementos para conectar el acto de extorsión de la madre del copista con supuestos documentos certeros, el afán de esta fragmentación en cuanto a las memorias personales, no es anunciar la verosimilitud del recuerdo que evoca el narrador, es tasar la memoria misma como acto evocativo.

Hasta el momento, el tránsito de análisis ha marcado rumbos que mezclan lo colectivo de las memorias con ciertos rasgos que los narradores vehicularon desde sus especificidades (aspectos más íntimos y familiares). Ahora cedo el espacio para ahondar en los textos del terror estatal guatemalteco materializado en documentos, vivencias e individuos que el sistema ocultó (es el caso del AHPN), manejó subrepticamente (como la estrategia militar de la Tierra arrasada ejecutada en la década de 1980) o, acalló (la figura

³¹ Javier Rodríguez Marcos, periodista del diario digital español *El País* entrevistó a Rodrigo Rey Rosa en el año 2012. Uno de los temas que salió a la luz fue el secuestro de la madre, que en palabras del escritor guatemalteco es común en países como Guatemala en donde prevalece la impunidad, el periodista escribe: “la violencia, no obstante, persiguió al aprendiz de escritor hasta Manhattan. Llevaba meses allí cuando, en junio de 1981, su padre le pidió que volviera. Habían secuestrado a su madre, de 64 años. El secuestro duró seis meses y él fue el encargado de entregar el dinero del rescate siguiendo instrucciones de los secuestradores en ‘el típico recorrido al estilo de *la busca del tesoro* por la ciudad de Guatemala’: haga esto, suba a este coche, cámbiese de ropa... (...) Sin pretenderlo, aquel secuestro terminó también marcando el desarrollo de *El material humano* (Anagrama), publicado en 2009” [el destacado es del original] (2012, párrs. 8-9).

de Monseñor Gerardi es un ejemplo). Muchos de ellos fragmentados y despedazados por el miedo y la violencia, son piezas que, en el momento presente, explican el funcionamiento de la maquinaria cuyos engranajes calzaron a la perfección. LaCapra (2016) teoriza acerca de la violencia cuando anota

es la manera típica de romper el escudo protector de la psique o transgredir a la fuerza los límites normativos y, por ende, causar traumatización sistemática de una población objeto ya sea por parte de un gobierno o de grupos no gubernamentales (p. 106).

Con esa caracterización LaCapra traslada los efectos de la violencia de la psique individual al sentido colectivo, punto de interés de ahora en adelante. Los narradores entretejieron sus historias pequeñas al macro relato de la violencia social guatemalteca y en el que el *corpus* seleccionado configuró al menos dos siglos de horror. Es consecuente reconocer en las novelas un sistema que procuró por todos los medios a su alcance violar los derechos humanos, en el cual la democracia pasó a ser un personaje ausente, la obra fue escrita, dirigida y escenificada por la maquinaria estatal que conservó en folios el registro del horror. Con el argumento de la violencia expuesto por LaCapra, no solo se atraviesa el espacio público hacia las esferas de lo íntimo en donde son reconocibles los traumas, sino que adquiere materialidad cuando se escribe como forma de control social (las fichas del Archivo son ejemplo de ello), denuncia como en el caso de los testimonios de los Informes de la Verdad o, coadyuva en la búsqueda de pesquisas, ese es el caso del asesinato de Monseñor Gerardi.

La dimensión de las memorias evidenciadas por los cuatro narradores es considerable: abordarlas implica minuciosidad y exploración con detalles; individualizarlas no hace sino, aislarlas y disminuir su carácter colectivo. Es por lo anterior que clasifiqué cronológicamente en cuatro ejes de la vida política, social, económica y militar de Guatemala la interrelación de las memorias empleadas en el *corpus* en correspondencia con las coyunturas históricas que las generaron. Aclaro, de paso, que el *corpus* no trata los mismos hechos históricos al unísono, son las coincidencias, los vacíos y las diferencias en los enfoques, lo que me permitió agruparlas bajo los cuatro ejes.

Siglo XX: de la Reforma Liberal a la primavera democrática

A finales del siglo XIX Guatemala abandonaba una dictadura para dejarle paso a otra. Estrada Cabrera, presidente electo en 1898 con claras dudas del proceso electoral que lo llevó a la silla presidencial, se mantuvo en el poder por más de dos décadas, Ubico Castañeda tardó solo diez años en sucederle en un período en el que la inestabilidad electoral, los fraudes y sus antecesores fueron cambiados como fichas de un juego de mesa. No obstante, “la permanencia de Ubico en el poder, sin embargo, pudo haber sido tan inestable como las de sus predecesores, si no hubiera demostrado desde el principio su voluntad de acabar con toda oposición” (Bulmer-Thomas, 1993, p. 349).

Tanto Ubico como Estrada Cabrera habían hecho de la mano férrea y cruel su símbolo de poder en una nación tan desprotegida y desigual como Guatemala, en donde la raíz de la mayor parte de sus conflictos fue la tenencia de la tierra. La expropiación de extensiones de terrenos comunales a los indígenas y la Ley de la Vagancia, como ejemplos, fueron las primeras armas usadas para minimizar y marginar a las poblaciones indígenas. No es casual lo que Irene asegurara en las siguientes líneas: “Se exigió a los jefes políticos de los departamentos aportar los mozos que fueran necesarios a la producción *-todo pueblo progresista debe perseguir la vagancia-*” [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 65).

Como había afirmado en la primera parte del capítulo, las mujeres de la familia de Irene cargan con embarazos no deseados en condiciones que acrecentaban las brechas de desigualdad social y étnica por su género. Además, son de áreas rurales y campesinas alejadas de la urbe, lo que dificulta las posibilidades de estudio y profesionalización. También es reconocible que los hombres en sus roles de parejas y de padres, no atienden responsablemente esas tareas por lo que la abuela Victoria labora como maestra en la época de Ubico Castañeda. El poder y la vigilancia ciudadana ejercidos por el dictador migran a ámbitos de control como la educación: aplicaba para los niños que se rehusaban ir a la escuela como a las maestras que entraban en la esfera del dominio patriarcal y paternal. Irene, comparte esta narración hecha por la abuela Victoria en el pasado, cuando tuvo que hacerle frente a penurias económicas:

El día en que fuimos a la capital a hablar con Ubico nunca nos imaginamos que causa de eso [*sic*] nos íbamos a ir de Barberena ... uno podía pedir audiencia

con el Presidente, señor estricto como ninguno, para que por su medio se nos arreglara el asunto de la pensión ... “Pues, ni qué hablar, no hay que arrugarle la cara al trabajo. Se me va hoy de maestra” (Zardetto, 2005, pp. 127, 130).

Durante la conversación sostenida entre Victoria y el Presidente resaltan dos aspectos: aquellas mujeres que fueran nombradas como maestras debían ser solteras, casadas el general las separaba de la profesión. En esa línea, Mama Amparo y Victoria esperaban el llamado de atención por parte de Ubico hacia Manuel de la Rosa por los atrasos y por no pagar, en ocasiones, la pensión de la niña “la fe de edad, los papeles sucios del juzgado, se quedaron en la bolsita de papel manchado de grasa” (Zardetto, 2005, p. 130). Cuando Ubico Castañeda escucha los alegatos de la bisabuela y de la abuela de Irene, decide, en un giro inesperado, trasladar la responsabilidad en el cuidado de la niña y de paso, abrir la posibilidad profesional y económica a Victoria, la cita ilustra la situación:

“Tratándose de un señor como Don Manuel de la Rosa, la cosa no es sencilla...”, dijo el Presidente. “Yo no puedo ponerme en mal con un señor respetable como él por una insignificancia. Es dueño de fincas, es intendente de Barberena, funcionario de la Nación. No se trata de alguien cualquiera. No se trata de una persona de poco valor. La ley no puede ser igual con todos” (Zardetto, 2005, p. 130).

Este hecho no es aislado, en Guatemala durante la Colonia, se habían promulgado normas impositivas con el afán de someter a la población indígena, desde 1871 ya se tenían establecidas las que aseguraban el trabajo forzado. Por lo anterior, lo que Irene narra como la profesionalización de su abuela Victoria, desde una lectura de género, es violencia del sistema por cuanto la tarea de atención, el trabajo fuera de la casa en sitios insalubres que le acarreó el empleo como maestra a la abuela de Irene y a la Nena recayó siempre sobre las mujeres de su familia; el sistema no operaba equitativamente para los hombres. El dictador fomentó la diferenciación de género, de etnias y de clase, por lo que la exclusión de las poblaciones indígenas, de las mujeres y de los desposeídos se perpetúa no solo en el estatus de señor (el empleo de Don, dueño, intendente, funcionario) cuando encubre la paternidad irresponsable, sino que transita, en un futuro muy próximo, en virtud de las imágenes de buenos hombres como Manuel de la Rosa y Abel Ferrara (padre de Turín e Irene).

En *ConPasión Absoluta* se homologan los acontecimientos del derrumbe político que el pueblo guatemalteco reclama al dictador Ubico Castañeda y la vuelta de la Nena (madre de Irene) a Barberena. La Nena, joven ingenua, sucumbe a la vida social de la ciudad capital, situación que puede leerse desde el resentimiento que ha traspasado por años la figura de la tía Julia. Se entrelaza un hecho familiar como fue la expulsión de la Nena de la casa de la tía Julia con la renuncia del gobierno del general:

Corría el año de 1944... Dicen que ese revuelo en las calles es una revuelta política. La ciudad está inquieta. Los chismes van y vienen ... La gente le grita a Ubico pidiéndole su renuncia ... Pasan los días y las calles no se aquietan. La tía Julia maquina, y ella nunca da una puntada sin hilo. Con la excusa de la revuelta, aprovecha: manda de regreso a la Nena con su madre, sin que termine el año escolar (pp. 195-197).

La política de la antivagancia, clave en la administración de Ubico Castañeda es recurrente en tres de las cuatro obras. El narrador en *Insensatez* menciona la “oficina innombrable” (Castellanos Moya, 2005, p. 88) en relación con el AHPN, sitio que registra a la ciudadanía transgresora de dicha ley. Si en *ConPasión Absoluta* la abuela de la protagonista recuerda la administración del general cuando se continuó con el fichaje ciudadano de aquellos que no acataban la disposición de la Ley de la Vagancia³², en *El material humano* aflora el espacio con mayor fuerza, en donde el protagonista expresa su deseo cuando copia textualmente fichas: “me propongo hacer una lista de las fichas más llamativas o esperpénticas. Supongo que este trabajo, que tendrá algo de kafkiano como me ha sugerido Ariadna, podría entrever la figura de un hombre” (Rey Rosa, 2009, p. 17). Transcribe algunas que evidencian el control social sobre aquellos ciudadanos guatemaltecos acusados de vagancia, comparto algunas de ellas:

³² Acerca de la vagancia se promulgaron diversas leyes o terminaron siendo modificadas unas sobre otras. Estas llevaban como lastre un sistema colonial de encomienda en donde un terrateniente podía asegurarse mano de obra constante y generar, también en un sistema desigual, una remuneración ínfima o nula para los empleados indígenas que tenía bajo su mando. Este tipo de normas databa de la reforma liberal de 1871 bajo los gobiernos de Miguel García Granados (1871-1873) y Justo Rufino Barrios (1873-1885). Sieder (2003) refiere con respecto de la administración de Ubico lo siguiente: “nuevas leyes de Vagancia aseguraron una oferta continua de trabajadores esclavizados, tanto para la producción de café como para la construcción de carreteras, y el papel de los militares se volvió aún más central en el sostenimiento del orden económico prevaleciente. Durante la dictadura del general Jorge Ubico (1931-1944), el aparato coercitivo y administrativo del Estado se extendió a las áreas rurales más remotas y también, de manera creciente, a la esfera privada” (p. 64).

- Chávez A. Luis. Nace en 1921. Vive con su familia. Fichado en 1940 por ejercer la vagancia. En 1954 por robo ...
- Vásquez V. Mariano. Nace en 1923. Agricultor. Fichado en 1935 por esquinear y por vago (Rey Rosa, 2009, pp. 25-27).

Los registros copiados guardan cierta exactitud con el *Gabinete de Identificación de la Policía Nacional. 1975-1985* (2011), pero no con las fechas. Conjeturo que hay un patrón en lo que el personaje transcribe el nombre completo, la fecha de nacimiento, la ocupación o profesión (por su manifiesto interés en ubicar a intelectuales) y el delito o la causa por la cual fueron registrados. Él transcribe –parece que al azar– en un orden: I. Delitos políticos (29 fichas), II. Delitos comunes (87 fichas), III. Fichas post mórtem (5) y otras anotaciones como una lista de profesiones registradas en las fichas del Gabinete, una con algunos errores ortográficos, otra que reconoce las Claves Telegráficas de la Policía Nacional y cartas (tres, escritas en letra cursiva). Lo que ha hecho en los días de visita al AHPN es transcribir aisladamente datos que guarda en sus libretas o cuadernos de apuntes. Aísla la materialidad de la violencia de un sistema político de control abstrayéndolo a la lectura de su generación. Sí hay constantes marcadas por la cronología en las fichas copiadas, lo cual puede deberse al hecho de que tomara en sus manos el primer archivo o libro de actas (que se reconoce en fotografías con letra cursiva, con bolígrafo azul y escritura abigarrada en el Gabinete³³). Las constantes se manifiestan en que las 116 personas coinciden en haber nacido en los primeros años del siglo pasado y fueron registradas entre las décadas de 1940, 1950 y 1960. Aunque no se haya ordenado y recopilado el Gabinete que el protagonista anotó por parte de los funcionarios del Archivo, sí es visible la racionalidad del sistema de terror de los gobiernos de turno, quienes en

³³ Para ver esas imágenes, tanto de los libros de actas que consignan delitos de la ciudadanía, como el registro fotográfico con retratos en tamaño pasaporte de cada ciudadano y también dactilográfico, puede leerse *Gabinete de Identificación de la Policía Nacional. 1975-1985* que se halla en el sitio web del Archivo. Data del año 2011, es el Volumen 5 de la Colección de Informes del AHPN. Aclaro que el sitio web <https://ahpn.lib.utexas.edu/es/search/carpeta/gtpn49> cuenta con el registro de todos los archivos que hasta el momento han logrado recopilar los empleados (archivadores, historiadores, especialistas forenses y en criminalística) del año 1954 a 1996. Asimismo, “las fichas de identificación personal procedentes del fondo documental Gabinete de Identificación, hace un total de 73.85 metros lineales, con un aproximado de 250 mil fichas” (AHPN, 2011, p. 25).

manos del Ejército depositaron e institucionalizaron el seguimiento y el fichaje de la ciudadanía.

Otro recurso paratextual es el soporte físico porque el narrador copia los datos de los ciudadanos en la *Segunda libreta: pasta negra* y en cuyo epígrafe leemos “el destino es siempre desmedido: castiga un instante de distracción, el azar de tomar a la izquierda y no a la derecha, a veces con la muerte. BORGES *citado por* BIOY” [el destacado es del original] (Rey Rosa, 2009, p. 19). Los destinos de las personas no fueron escritos por el copista, no obstante, hay una sentencia que los cubre en la libreta: no tomaron el camino acertado en cuyo destino subyace una lectura ideológica. Así también, en el *Segundo cuaderno: El Quijote*, en cuyo epígrafe leemos “así es el espíritu o el corazón humano, que donde encuentra más resistencia tiende a poner más empeño” (Rey Rosa, 2009, p. 63). Con esas líneas, podemos intuir cierta semejanza con la labor quijotesca del personaje literario y el narrador, para quien las puertas del Archivo han sido cerradas.

El giro de los acontecimientos acompaña a *El material humano*, el personaje ve anulada su entrada al Archivo. Traslada su interés, ya fuera del sitio, al Director del Gabinete: Benedicto Tun quien guarda correspondencia con Desiderio Menchú. Ambos, tanto el personaje literario como quien fuera Jefe del Departamento de Investigación de la Policía Nacional, habían iniciado labores en ese puesto en el año 1922, en 1970 solicitan ser relevados de sus funciones por un problema serio de salud. Escribe el narrador sobre el personaje que le atrae en el giro de la investigación documental: “Benedicto Tun. Él mismo fundó el Gabinete, en 1922, y trabajó ahí clasificando y analizando dichas fichas hasta 1970, cuando se retiró” (Rey Rosa, 2009, p. 13). Por otro lado, la siguiente cita tomada del *Gabinete de Identificación de la Policía Nacional. 1975-1985*, permite la interconexión del personaje ficticio con el funcionario durante la organización del AHPN:

En 1922 fue nombrado Jefe del Departamento de Investigación de la Policía Nacional, nombre con el cual fue creado el Gabinete de Identificación ... El 30 de marzo de 1970 envía una carta al Presidente de la Corte Suprema de Justicia indicándole que lleva más de un mes sin atender sus funciones policiales, ya que se encuentra padeciendo de un traumatismo cerebral, por lo que se ve obligado a renunciar de sus funciones ... Menchú fue el primer jefe del Gabinete de

Identificación y estuvo al frente del mismo alrededor de 48 años consecutivos (2011, p. 34).

El Archivo abre sus puertas en múltiples sentidos, Spiller (2017) señala por ejemplo que es un lugar en donde el sabor del saber de las actas y los folios convergen, esto por cuanto condensa la teoría foucaultiana. Asimismo, es “un concepto teórico central de los estudios de la memoria porque permite ahondar en cuestiones relativas a la verdad y a la justicia, y también a problemáticas epistemológicas como la enunciabilidad y el condicionamiento discursivo de los contenidos” (p. 109). Por lo anterior, no es aislado para el copista que mute sus intereses investigativos en función del saber y, con ello, abandone una inicial búsqueda de la verdad sobre los intelectuales desaparecidos o perseguidos para dar paso a una figura que considera emblemática y constitutiva del Archivo mismo, es decir, aquel funcionario que encauzó esos discursos de control.

Efectivamente, el Archivo legitima su poder como espacio geográfico oculto, que luego devela una intrincada maquinaria del terror. Eso le toma al protagonista la Introducción (Rey Rosa, 2009, pp. 14-17), coincidente con Nora (2008), en cuanto al sitio material de la memoria. La materialidad del espacio es luego funcional por el deseo del narrador al entrar, la búsqueda de información acerca de los escritores e intelectuales es su objetivo. En este último sentido, hay una conexión del Archivo como interés investigativo para el copista, pero generador del trabajo que el filólogo anónimo en *Insensatez* ejecuta, por lo que el sitio satisface dos necesidades para los narradores. El filólogo describe el lugar como “la oficina de inteligencia militar desde donde se planificaban y ordenaban los crímenes políticos mencionados en el informe que reposaba sobre mi escritorio” (Castellanos Moya, 2005, p. 88).

El caso es que tampoco las categorizaciones de los lugares de la memoria en cuanto sentidos espaciales y funcionales desdican el simbólico. Este último, es quizás el más complejo porque el Archivo (con una carga semántica significativa) traslada dicho peso en el narrador de *El material humano*, que él haga, o no, determinadas lecturas depende de su visión de mundo. Nora, al respecto, indica que

los lugares de memoria pertenecen a dos reinos, es lo que les confiere interés, pero también complejidad: simples y ambiguos, naturales y artificiales,

abiertos inmediatamente a la experiencia más sensible y, al mismo tiempo, fruto de la elaboración más abstracta (2008, p. 33).

Los intereses que el AHPN despertó en el copista, como el sitio mismo, son ambiguos y mutables, primero fue la búsqueda de datos acerca de los intelectuales perseguidos o asediados por el Estado, luego mudaron en la figura de Benedicto Tun, nunca en su ámbito familiar. El interés por el Archivo es praxis de lo que el protagonista representa: un escritor. Conversa con el hijo de Tun para explicarle “que querría hacer una historia de la policía guatemalteca del siglo XX, y que se me ocurre que la biografía de su padre podría servir de hilo conductor” (Rey Rosa, 2009, p. 69). Al final, se le entrecruzan los géneros literarios que el trabajo investigativo le ha deparado. Que el personaje protagonista rememore el secuestro de la madre con la intermediación de las pesadillas no asegura que se muden al Archivo los intereses por develar esa historia familiar. Al contrario, el valor simbólico del lugar de la memoria (AHPN) no conecta como tema personal con su psique, no han calado las fichas, las circunstancias y el peso que como institucionalidad del acoso representa el sitio.

El AHPN es lugar de trauma colectivo, pero no fue el momento –en la narración– para que el personaje principal de *El material humano* experimentara ese sentimiento colectivo de la nación guatemalteca, al respecto Spiller alude

Evitando autoestigmatizarse como víctima, el protagonista no parece estar traumatizado, pero a la vez expone sus miedos y pesadillas en el marco socio-político guatemalteco. Por eso pone en tela de juicio la cuestión de si alguien está traumatizado o no, con lo cual crea una atmósfera que manifiesta que la red social está traumatizada en su conjunto (2017, p. 119).

Construido inicialmente como hospital militar, el Archivo es la antesala de las memorias colectivas registradas en el *corpus* seleccionado, es en la propuesta estética que el narrador comparte en *El material humano*, el espacio que por evasión resemantiza la vuelta al pasado de Guatemala. Dentro del Archivo hay una memoria hiperbólica de documentación que materializa el terror en fichas, libros de seguimiento, registros fotográficos, entre ellos el *Gabinete de Identificación de la Policía Nacional. 1975-1985*.

Cuando el Jefe del Archivo le indica al protagonista que ya no puede visitarlo más y tener acceso a los documentos, el narrador traslada su investigación a otras instancias que guardan el saber, como el Archivo General de Centroamérica y la Biblioteca del Congreso. Sin aparente conexión se dedica a leer y copiar datos de las *Memorias de Labores de la Policía Nacional* que no terminó de revisar en el AHPN; datan esas memorias de 1930 a 1950: “y ahí encontré los volúmenes que buscaba –que no constaban en las fichas, y cuyas páginas correspondientes al Gabinete de Identificación no habían sido mutiladas” (Rey Rosa, 2009, p. 65). Para seguir con el hilo del Jefe del AHPN, revisa algunas de esas memorias en las que se develan detalles acerca del entramado, de la jerarquía y de la organización del cuerpo policial, una de ellas data de 1938, otra de 1944, lo que revela que no hay continuidad. Es entonces que el narrador copia al azar cartas, citas textuales, parte de informes en donde la Policía levanta cadáveres, sin que revele mayor conexión y utilidad para lo que está desarrollando, en realidad el copista lo hace para mostrar piezas que terminarían de armar lo que tiene en su mente sobre el Bachiller Tun.

Tres décadas convulsas

Con la Primavera de Octubre, título coloquial con el que se denomina a la renuncia de Ubico Castañeda en 1944 por la presión popular, Guatemala parecía reconstruir el tejido social, que a su vez aseguraría mejoramientos en otros ámbitos como el político y el económico. Nuevos aires soplan en la ciudadanía que ve posibilidades en la obtención de garantías sociales y en una visión esperanzadora, aunque el poder seguía en manos de una clase hegemónica, Torres Rivas acota que con la salida del general Ubico:

y la derrota militar de su heredero, el general Ponce Valdés a través de una insurrección cívico-militar en octubre de ese año y posterior elección, del primer presidente civil electo democráticamente el Dr. Juan José Arévalo, ocurrió un cambio en la élite gobernante (2011, p. 81).

Con la anterior cita es posible conectar hechos de la vida pública de la nación centroamericana con la cotidianidad en el núcleo familiar de Irene, dichos acontecimientos políticos repercutirán como modificaciones del mundo privado y colectivo. La Nena, sin empleo, recién graduada de la educación primaria podía conseguir trabajo como su madre: de maestra. Los aires renovadores e inclusivos de la administración de Arévalo Bermejo

(1945-1951) coincidían en el plano literario y en el histórico cuando se reconoce que “el gobierno de Arévalo crea en 1946 el seguro social, funda un instituto indigenista imitando el modelo mexicano, inicia diferentes programas de alfabetización y de salud pública, promulga un código de trabajo (1947), crea un banco de desarrollo (1948)” (Bataillon, 2008, p. 59). Para la Nena la decisión estaba tomada, solo tenía que comprobar que estaba afiliada al Partido Popular Libertador Renovación Nacional (Zardetto, 2005, p. 238) y lanzarse a buscar trabajo.

Cuando la Nena consigue su empleo y se traslada como educadora rural, su familia da un giro considerable que va aparejado con la vida política bajo la administración de Arévalo. Con nuevas amistades, con posibilidades económicas para modificar su apariencia física y libertad plena, la joven se mueve en un terreno que parece augurar lo que a la nación le iba a acontecer. Hace su aparición Ángel Ferrara hombre mayor casado que establece una relación extramatrimonial con la joven y esta queda embarazada. El primer hijo en llegar fue Turín (Zardetto, 2005, p. 352), luego Irene. En la consideración de este apartado, *ConPasión Absoluta* encadena sucesos en una espiral de tres décadas aproximadamente, en los que Irene se apoya en los recuerdos de la abuela y de la madre, lo hace intercalando hechos de cómo su progenitor (la narradora no le guardó nunca afecto para pensarlo y llamarlo padre) y su madre se conocieron, el nacimiento del hermano, las rupturas y reconciliaciones de pareja, y los intensos virajes políticos consignados con letra cursiva y en orden cronológico.

A Arévalo le sucede en un proceso electoral Juan Jacobo Árbenz Guzmán (1951-1954), militar con un sentido socialista, con disposición de generar mejoras en el plano social tendientes a una distribución de las riquezas y las posibilidades de que la población (mayormente indígena) adquiriera más recursos. En esas épocas Irene ya era una niña en cuya mente entró la palabra “siniestro” como anuncio de males mayores tanto para la nación, como para su familia. Ella comparte estas primeras experiencias que asocia con el peligro como una enfermedad que empezaba a propagarse:

Guatemala era un país jodido. Yo viví aquí siempre y por eso lo digo. Hay algo aquí duro, sórdido y siniestro ... Recuerdo con claridad el día en que oí por primera vez la palabra *siniestro*. Mi abuela me daba un baño y el radio estaba encendido ... en el Parque Central había ocurrido *un siniestro*, varios hombres

habían sido ametrallados en plena calle... ... El relato de los *asuntos siniestros* comenzó a infectar las noticias de la radio y de los periódicos, cubriendo de póstulas el acontecer cotidiano [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, pp. 261-263).

La década de 1950 será recordada a nivel nacional por el golpe de Estado contra Árbenz, sus políticas renovadoras y socialistas no calzaron con la idea de Guatemala que el sistema y los políticos pretendían resguardar. Las reformas agrarias instituidas inicialmente bajo su administración, la promulgación de leyes tendientes a distribuir las propiedades de grandes hacendados, la producción de granos básicos como formas de subsistencia para las clases sociales menos favorecidas, entre otras políticas reformistas le oscurecieron el panorama al militar, Bataillon manifiesta

Con el derrocamiento de Arbenz por la acción militar de un puñado de oficiales y mercenarios –reclutados por los agroexportadores, las transnacionales estadounidenses establecidas en Guatemala y la CIA– se ponía fin a las transformaciones inducidas por la reforma agraria y a las afinidades del Estado con el movimiento sindical (2008, p. 62).

Cabe la consideración de la táctica intertextual cuyo título *Dios, Patria y Libertad* (Zardetto, 2005, pp. 321, 323, 325, 327, 329) provee Irene. Este intertexto va intercalado en la novela con las cartas (Zardetto, 2005, pp. 320, 322, 324, 326, 328, 331) escritas por Ángel Ferrara y la Nena cuando iniciaba la amistad, en una de las misivas él le pide a la madre de Irene iniciar una relación amorosa y, finalmente, en otra nota le escribe que relación no puede ser porque está casado. Esta serie de acontecimientos personales de la vida de pareja de los padres de la narradora no hace sino ilustrar la intromisión diplomática, casi forzada del embajador estadounidense en Guatemala, John Peurifoy (1907-1955), en los asuntos internos de la administración de Árbenz. Subyace de nuevo la noción reconocida en otros ejes espacio-temporales en donde las mujeres de la familia de Irene, en su sentido telúrico, simbólico y corporal son asediadas como presas del avance de la Modernidad para darle sitio luego al sistema capitalista. Ángel Ferrara como John Peurifoy asedia a la joven quinceañera, la Nena como Guatemala y como Árbenz ceden: una cede a la situación amorosa, el otro, a la presión internacional que en voz del embajador obliga a abandonar su mandato presidencial.

Irene emplea de nuevo el texto *Fruta amarga. La CIA en Guatemala* (1982), le coloca el título *Dios, Patria y Libertad*, con ello trastoca de contenido el sentido de la patria que ha sido violentada (en términos de violar su autonomía política) y señala a Dios como el ente permisivo bajo el cual son ejecutados los actos. La libertad acaba para todos: la Nena cede a la relación con Ferrara, tiene dos hijos con él, aquella vida y patria con la que soñó se truncó por los aires difíciles que empiezan a correr sobre la nación, así sucede con Árbenz. Al final, del texto *Dios, Patria y Libertad* se citan fragmentos pronunciados por Árbenz vía radial el 19 de junio de 1954 como esta acusación directa: “nuestro único delito consistió en el deseo de decretar nuestras propias leyes y aplicarlas a todos sin excepción ... Nuestro delito es haber deseado una reforma agraria que afectó los intereses de la United Fruit Company” (Zardetto, 2005, p. 327). El delito de la Nena fue acceder a las pretensiones amorosas de un hombre mayor y comprometido que le coartó oportunidades individuales y colectivas (extendidas estas al plano familiar).

En *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano* las memorias colectivas, que se trasponen con la década de 1950, son tratadas desde otras aristas porque descansan en el testimonio del que habla Ricœur (2004, p. 158). Para ambos narradores la ruta de acceso al pasado que si bien reconocemos documental, se inclina con mayor peso en lo que terceros les comparten acerca del tiempo pretérito. *ConPasión Absoluta* no desdice la utilidad testimonial, pero en su lugar el pasado es mirado por Irene desde su yo y sus allegados, estos últimos poseen un carácter afectivo distinto al experimentado cuando las memorias son compartidas por los otros.

Las novelas de Goldman (2009) y Rey Rosa (2009) diversifican los acercamientos. Goldman brinda en las primeras páginas de la obra (pp. 17-44) un panorama general como una forma de acercar a los lectores, primero por ser un público anglosajón (*El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* se publicó en Estados Unidos de Norteamérica) y segundo, para ilustrar con el contexto socio-histórico la apertura al crimen que está por compartir. Cuando ubica esa década, lo hace con el tino de nombrar culpables en la caída del gobierno de Árbenz “el motivo más importante que se hallaba detrás del golpe era que el gobierno de Estados Unidos temía al comunismo ... la administración Truman y luego la de Eisenhower malinterpretaron las intenciones políticas de las acciones del gobierno guatemalteco” (Goldman, 2009, p. 30). Por otro lado, el copista anónimo del Archivo

escucha de boca del hijo de Benedicto Tun (que se llama igual que su padre) confidencias de cómo fue el asesinato de Carlos Castillo Armas (1954-1957), sucesor de Árbenz, Tun hijo le refiere lo siguiente que sitúa al supuesto asesino del coronel:

El soldado fue traicionado (la puerta por la que debía escapar del Palacio estaba cerrada por fuera). Al verse acorralado, se dio un tiro debajo de la barbilla con el mismo rifle con que había matado al presidente -según las pruebas de balística realizadas por Benedicto padre. El hijo me muestra fotos del soldado tendido en el suelo, la cabeza destrozada y el rifle entre las piernas (Rey Rosa, 2009, p. 108).

Para el copista anónimo del Archivo, los diálogos que entabla con Tun hijo le permiten más información que va acumulando, son también memorias fotográficas (como el del soldado, supuesto asesino de Castillo Armas). El registro de las memorias colectivas, son en este caso, para ser guardadas por los ojos del narrador, en donde no hay una relación familiar con el hijo de Tun, aunque este sí vivió el traspaso generacional de la violencia a través de las fotografías que Tun padre conservó. Hirsch (2008) indica que el empleo de las fotografías cuando de memorias se trata como parte de un intercambio intergeneracional, son la base en la comprensión de ausencias, negligencias y descuidos de quienes cuidan esos archivos:

the important role assumed by photography and performance, the evergrowing culture of memorials, and the new museology –all are testaments to the need for aesthetic and institutional structures that might be able to account for what Diana Taylor (2003) calls “the repertoire” of embodied knowledge absent from the historical archive (or perhaps merely neglected by traditional historians) [el importante papel que asumen la fotografía y la performance, el constante crecimiento de la cultura de los monumentos conmemorativos y la nueva museología –todos son testimonios de la necesidad de estructuras estéticas e institucionales que puedan dar cuenta de lo que Diana Taylor (2003) llama “el repertorio” del conocimiento incorporado ausente del archivo histórico (o tal vez simplemente descuidado por los historiadores tradicionales] (p. 105).

La década posterior manifestó nuevas insubordinaciones en las que los movimientos populares guerrilleros hicieron su incursión, las novelas de Zardetto (2005), Goldman (2009) y Rey Rosa (2009) ejemplifican lo anterior. Hechos como la mención del gobierno de Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963), la irrupción en el panorama político de las fuerzas guerrilleras, la administración de Julio César Méndez Montenegro (1966-1970), el asesinato de su hermano y la escalada de violencia son de nuevo tratados por Irene para ilustrar, cuales fuerzas armadas trasladadas en su progenitor, su madre y el futuro padrastro, la crisis política de Guatemala. La década dejó un sinsabor en la narradora porque las fuerzas de la Nena, don Asunción y Ángel Ferrara se trasladaron en el control y la educación de Turín y de ella. La narración de tales acontecimientos se da en forma precipitada pero continua y mezclada.

La insistencia paratextual al insertar trozos con notas históricas escritas en letra cursiva va página de por medio, es decir, aparecen esas notas en las que Irene narra su infancia, las situaciones familiares de su progenitor casado y con otra familia: “estas tres personas eran mis hermanos, pero parecían venir de un mundo años luz distante” (Zardetto, 2005, p. 272). Por eso, a la protagonista le toma poco más de diez páginas mezclar el golpe de Estado contra Miguel Ydígoras Fuentes acaecido el 30 de marzo de 1963 “al despertar, el Señor Presidente se encontró con un tanque estacionado en el jardín ... Ydígoras entregó el poder ‘pacíficamente’” (p. 276) y el surgimiento de las fuerzas populares revolucionarias bajo el mando de Marco Antonio Yon Sosa (1929-1970) y Luis Turcios Lima (1941-1966), quienes “iniciaron la reorganización desde la clandestinidad ... La opción era la revolución” (Zardetto, 2005, pp. 268-269). Irene reescribe el espacio textual y el resumen cronológico a manera de crónica nacional, para insertar las dificultades que van nublando su paz familiar, por eso nos lleva a recordar el asesinato de Miss Guatemala Rogelia Cruz Martínez (1940-1968) (pp. 288-290), los aconteceres políticos plagados de atentados y secuestros. En fin, como ella afirmaba “Comenzaba a gobernarnos el peor de los tiranos: ‘lo siniestro’” (Zardetto, 2005, p. 273).

Con el tema de Mario Méndez Montenegro, surgido en una reunión del copista con el hijo de Tun, se abre la puerta en la década de 1960 en la que retroceden temporalmente con sus conversaciones. De nuevo el poder de las memorias lo tiene Tun hijo, en cuya mente guarda el acontecimiento tal y como lo supo de la boca de su padre:

Pero por las pruebas de balística y otras circunstancias de la muerte (en su propia casa, después de una crisis alcohólica), Tun se negó a cambiar el dictamen, a pesar de las presiones de que fue objeto cuando el hermano de Mario, Julio César Méndez Montenegro, fue electo presidente de la República (Rey Rosa, 2009, p. 108).

Aunque pareciera insignificante mostrar los temas que conversan el copista del Archivo y el hijo de Tun, estos cumplen dos funciones en la reconstrucción de las memorias colectivas. Para el hijo del Jefe del Archivo permite la visibilización de la labor del padre junto con su papel en la corrección histórica que acompaña con las fotografías, los documentos, los informes de balística, entre muchos materiales que parecen estar en sus manos, lo cual no es correcto, pues han sido extraídos de lugares oficiales. Recalco corrección histórica como lo hizo con el supuesto asesino de Castillo Armas, ahora lo menciona con Mario Méndez Montenegro. Él junto con su hermano Julio César fueron estudiantes que firmaron el manifiesto en 1944 para exigir la renuncia de Ubico, crearon el Partido Revolucionario en el que inicialmente se tenía como candidato a Mario. No obstante, su hermano termina como presidente en momentos en que el poder castrense quería ocupar la presidencia, al respecto expresa Bataillon “los militares aceptan, en 1966, la victoria de un candidato civil, Julio César Méndez Montenegro, con la condición explícita de dejar en manos de las fuerzas armadas la responsabilidad total de la contrainsurgencia” (2008, p. 103).

Tun hijo corrige el supuesto asesinato del hermano del presidente con las pruebas que muestra al copista, polariza dos visiones, dos culpabilidades y dos supuestos hechos en donde la vida del que fue alcalde de la Ciudad de Guatemala se perdió: desde su voz, la de su padre y la institucionalidad fue un suicidio; desde los afectados, un asesinato³⁴ que ha quedado impune. Ahora bien, la otra línea viene a constituirse en una situación que contribuye con el desconocimiento y el ego del investigador del Archivo "Comienza a hablar de otro caso, la muerte de Mario Méndez Montenegro. El viejo Tun dictaminó

³⁴ En el diario guatemalteco *Prensa libre* del 31 de octubre de 2016 se revela que en noviembre del mismo año del supuesto asesinato del secretario y fundador del Partido revolucionario, se había ejecutado una reconstrucción de los hechos en los que se hallan inconsistencias como la cantidad de disparos, los lugares de donde provenían estos, entre otros detalles. Las pesquisas y la reconstrucción del supuesto suicidio no hicieron más que reconsiderar un probable asesinato. El supuesto asesinato ocurrió en octubre de 1965.

suicidio (de nuevo habla de las circunstancias como si diera por sentado que yo conocía bien el caso -lo que no deja de halagarme" (Rey Rosa, 2009, p. 108). De lo anterior se desprende que las memorias están para ser rectificadas, cada tiempo legitima unas en función de otras, en las que es posible reconocer un acuerdo común o imposición (Jelin, 2001, pp. 97-98).

El rastro que puede seguirse al movimiento guerrillero en la década es variado: Irene anuncia la muerte del comandante Turcios Lima en conexión con un hecho de su vida familiar "los intentos de mi madre por incorporarnos a su nueva vida fracasaron" (Zardetto, 2005, p. 281) como un anuncio de que la lucha armada se intensificaba en las calles y en el ámbito privado. La Nena con nueva pareja piensa en el matrimonio, lo que acarrea discusiones en el núcleo familiar. Por su lado, el reportero cita al movimiento guerrillero (Goldman, 2009, pp. 31-32) luego de haber mostrado el papel preponderante de Monseñor Gerardi en las décadas del recrudecimiento armado en Verapaz, la conexión es implícita pues estos actores sociales incomodaron a la clase política y a la misma Iglesia Católica:

Su nombramiento como obispo de la diócesis de Verapaz (al norte del país) en 1967 coincidió con los años durante los cuales se celebró el Concilio Vaticano II (1965) y la Conferencia Episcopal Latinoamericana (1968), reuniones fundamentales que comprometieron a la Iglesia a una mayor apertura, y al clero - especialmente la última conferencia- a un rol más realista, receptivo de la necesidad de los pobres (Goldman, 2009, p. 27).

Por último, *ad portas* de la década de 1970, la región centroamericana vive una de las peores crisis que cobró peso en todos los planos sociales, al respecto Guerra-Borges (1993) alude que "al ingresar en la década de 1970, Centroamérica se encontró abocada a un incremento de los precios mundiales. El proceso inflacionario mundial comenzó a manifestarse ... y cobró renovado impulso por efecto de la crisis petrolera de 1973-74" (p. 69). La debacle económica no opacó la violencia arraigada, al contrario, vino a integrarse en la continuidad de gobiernos apoyados por golpes de Estado, que daban al traste con la estabilidad social sin dejar de afianzar un terrorismo de Estado permanente, en este panorama tan sombrío la nación nunca pudo levantarse de la situación caótica.

En una nota del año 1973 que refiere el narrador en la obra de Goldman, Gerardi se cuestiona desde una voz colectiva por las condiciones extremas de pobreza y abandono que

marcan la vida cotidiana de la población indígena en las que “todo ello equivale a un estado de injusticia y revela un estado de pecado” (Goldman, 2009, p. 28). Irene, comparte para esta década “Ydígoras entregó el poder ‘pacíficamente’” (Zardetto, 2005, p. 276) en referencia al golpe de Estado encabezado por el coronel Enrique Peralta Azurdía (1963-1966) y lo hace en concordancia con la crisis familiar de que Turín y ella vivían en la casa paterna porque la Nena se había casado con don Asunción, dueño de una ferretería. La narradora continúa con la descripción en la que 28 personas en una reunión del PGT (Partido General de los Trabajadores) fueron detenidas³⁵, luego asesinadas y lo encadena con la huida de la casa paterna (Turín y ella no desean estar ahí). Y así en sucesivas descripciones entremezcladas comparte los secuestros del canciller Alberto Fuentes Mohr y del embajador alemán conde Karl von Spretti, en la que “la guerra no terminó. Se le aplicaron maquillajes” (Zardetto, 2005, p. 293) por lo que reunifica hechos de la vida nacional con situaciones insostenibles a nivel familiar.

También la violencia nacional se desplaza al círculo familiar de Abel Ferrara, Irene narra el secuestro de su medio hermano y cuya resolución luego de ser liberado, fue que la familia se trasladara a residir en México. Alejarse, en ese período, a pesar de la oposición de ella y de Turín, no aplacó las dimensiones cada vez mayores de la violencia estatal guatemalteca como “*La matanza de Panzós, en mayo de 1978, en la que murieron cerca de cien indígenas q’eqchi’és que realizaban una manifestación en demanda de tierra para sembrar, señaló el inicio de una etapa de recrudescimiento de la represión*” [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 299).

La matanza de Panzós se constituye en el preámbulo de las matanzas de la década siguiente. Registrada en el Tomo II del Informe *Guatemala: Nunca Más. Los mecanismos del horror*, consta dentro del Listado de masacres con la fecha 5-78 (mes y año). Las fuerzas señaladas como las que acometieron el acto violento son el Ejército, los Comisionados militares y los Escuadrones de la muerte. Dicha matanza no se halla

³⁵ “En efecto, antes de las elecciones presidenciales de 1966, el 6 de marzo, 28 sindicalistas y líderes del Partido Guatemalteco de Trabajadores (PGT) fueron arrestados y desaparecieron. Ello tuvo lugar en circunstancias en que asistían a una reunión supuestamente clandestina. El hecho fue atribuido a las fuerzas de seguridad del gobierno, pero las autoridades policiales y militares negaron terminantemente conocer sobre la captura de los sindicalistas. Cuatro meses más tarde, sin embargo, de acuerdo a las informaciones recibidas, algunos de los que habían participado por encargo de las fuerzas de seguridad en el arresto de dichas personas reconocieron que las 28 personas habían sido detenidas, torturadas y asesinadas” (CIDH, 1999, párr. 10). Además, consta en el *REMHI* Tomo III en la página 45, con el título *El caso de los 28*.

consignada con testimonios en el Informe, porque a pesar del registro de 422 masacres, en un 90% las recopiladas con testimonios datan de la década de 1980, ya que “cuando se trabajó el análisis de las masacres contábamos testimonios que documentaban 410 masacres” (ODHA, 1998, p. 37). Manz (2010) contextualiza al respecto:

La violenta reacción de los militares no tardó en llegar. En mayo de 1978, el mismo mes en que tuvo lugar la gran manifestación del CUC en la ciudad de Guatemala, el ejército arremetió violentamente contra unos campesinos que reivindicaban su derecho a la tierra en Panzós, en la Alta Verapaz. Los soldados dispararon contra una multitud desarmada asesinando a más de 100 personas e hiriendo a trescientas más (pp. 190-191).

Cerrados, al menos en estas líneas, los discursos fragmentados de Irene cumplen con la tarea de brindar hechos de trascendencia política en Guatemala. Ella mostró la instauración de sucesivos gobernantes, militares todos ellos, quienes, durante la década de 1970, recrudecen el control social, endurecen las políticas de ataque, las matanzas, las desapariciones y los asesinatos de la población civil. Por lo anterior, son reconocidos en el hilo discursivo ininterrumpido de Irene a los militares Carlos Arana Osorio (1970-1974), Kjell Laugerud García (1974-1978) y a Fernando Romeo Lucas García (1978-1982). Es la intervención militar y política que, en las cabezas de los coroneles y generales, aseguraban el orden y la estabilidad frente a la débil amenaza comunista. Con estos gobernantes, los Estados represivos anunciaban tiempos venideros llenos de consternación.

Diversificadas, quizá por los recursos, las posibilidades de movilización y contactos, las memorias a las que tuvo acceso el copista del Archivo son múltiples, de espectros disímiles como los soportes en papel, las fotografías, las fichas, los documentos oficiales y las conversaciones con Tun hijo comprenden datos de las administraciones de Julio César Montenegro, la de Ydígoras Fuentes hasta datos químicos del supuesto accidente de tránsito que acabó con la vida de Turcios Lima: “tal vez usaron fósforo blanco, pero la causa del incendio, según mi padre, no pudo ser la simple gasolina” (Rey Rosa, 2009, p. 175). El protagonista, en la diversidad de material con el que cuenta, tiene copiados diversos documentos, uno de ellos es un radiograma que describe el asesinato de un joven en Escuintla, responsabilidad que cae en manos de la Policía Nacional, como posibilidad intertextual solo cambió algunos nombres. En *El material humano* se lee “Aguirre ha sido

guardaespaldas de [tachadura, nombre ilegible]” (Rey Rosa, 2009, p. 58) pero en realidad, en el radiograma se lee “PRUDENCIO GONZÁLEZ GARCIAGUIRRE, fué [sic] guarda espaldas de Mario Sandoval [segundo apellido ilegible]” (Archivo Digital del AHPN)³⁶.

En relación con la diversidad de memorias a la que tuvo acceso el copista del Archivo, es reconocible otra fuente del pasado. Ya en las penúltimas páginas de la novela, el narrador comparte el estreno de un documental visto por él y su hermana:

Fui anoche con Magalí al antiguo Edificio de Correos a ver un documental sobre los hijos de los combatientes guerrilleros titulado *La Colmena*, que se centra en hijos de los altos y medios cuadros del Ejército Guerrillero de los Pobres ... Uli, el documentalista alemán, estaba ahí. Se me acerca a preguntarme qué me ha parecido la cinta. El documental es monótono, pero no carece de interés. Le digo: “Es un retrato de familia, ¿no? ¿Qué se le puede pedir?” (Rey Rosa, 2009, p. 165).

Uli Stelzner señala que el documentalista (Alejandro Ramírez Anderson) no debió hacer el documental por ser hijo de un excombatiente, en razón del género cinematográfico y de la procedencia de sus memorias. *Las Colmenas*, nombre real del texto fílmico es un cuadro familiar y colectivo de los hijos e hijas de guerrilleros, personas adultas en el año 2007, que relatan a Ramírez Anderson el acontecimiento de haber sido sacados del hogar en 1979 para ser trasladados a Nicaragua y luego a Cuba como medidas de protección. El narrador menosprecia el recurso de la memoria en el marco de la familia y en el núcleo guerrillero, mostrado en un documental con pocos recursos cinematográficos. No obstante, frente a la situación del copista en el que el silencio es la norma paterna, *La Colmena* por oposición, socializa la nostalgia de la separación familiar en tiempos de guerra.

Década de 1980: años de un abismal horror

Si hubiera que determinar en una palabra el horror que vivió Guatemala durante la década de 1980 considero que no bastaría para poder encauzar las experiencias de la población afectada. Thiebaut (2005) expresa que el siglo XX trajo consigo la Declaración

³⁶ En este link (<https://ahpn.lib.utexas.edu/es/search/documento/484772?s=radiogramas&d=1970-1979#page/5/mode/lup>) del AHPN se halla el radiograma textual que el protagonista transcribió en su libreta de apuntes, en él puede verificarse el nombre del político, cuyo guardaespaldas fue Prudencio González Garciguirre. Es el documento 484772 de los Archivos del Departamento de Investigaciones Criminológicas. Se encuentra manchado, parece que por tinta, mecanografiado con fecha julio de 1970.

de los Derechos Humanos, pero también manifestaciones oscuras de la humanidad como genocidios, campos de exterminio y matanzas. Asimismo, alude a la eliminación de la vida humana como una manifestación insondable de lo que el terror puede acarrear,

pero lo que nos debiera aterrar, lo que en el fondo nos aterra, no es la cantidad, sino la cualidad singular, única, de ese daño, y, porque esa cualidad nos sitúa en el abismo, su cantidad nos abruma al reiterarla (Thiebaut, 2005, p. 20).

Es por eso que la década de 1980 en el contexto de Guatemala, es el período del abismo profundo en la violencia infringida hacia la ciudadanía, experiencia que tornó la atmósfera irrespirable, acrecentó la pobreza, destruyó el tejido social y trastocó las vidas de los sobrevivientes.

La obra *Insensatez* deslumbra en cuanto lo que el decenio dejó: frases extraídas por el narrador del Informe *Guatemala Nunca más* (1998), que devela un insondable dolor humano para ser corregido estilísticamente por el narrador. Hay transcritas aproximadamente 30 frases (son líneas cortas, en letra cursiva, no se refieren las circunstancias ni la autoría de su enunciación) aunque eso no subestime el nivel de complejidad psíquica de sus emisores, ni el grado de asedio experimentado en la guerra. El caso es que “esos héroes anónimos que han pasado infiernos de padecimiento, empezaron indicando y siguieron reiterando cuan incomprensible era su propia experiencia, cuan inexpresable era” (Thiebaut, 2005, p. 22), son asimismo, los sobrevivientes de la experimentación más abyecta que, en manos del Ejército, se incrementó en la década de 1980 para, finalmente, ser la obsesión discursiva del filólogo anónimo.

Tres cauces son reconocibles en las frases: las que refieren el daño material, el nivel de maldad de los actos y, para quienes lograron sobrevivir, el pesar de haberlo hecho. Hay pocas que se inclinan por el aspecto material del daño cometido, perder sembradíos de cultivos, casas y animales domésticos para la subsistencia diaria en una nación como la guatemalteca no solo se tradujo en el abandono económico, sino que amplió las brechas de la pobreza³⁷. Un ejemplo de dicha situación se halla en la siguiente frase “*Quemaron*

³⁷ Guatemala cuenta con el Instituto Nacional de Estadística (<https://www.ine.gob.gt/ine/>), sin embargo, no hay datos registrados del golpe económico que las masacres y la Tierra arrasada acarrearó para miles de campesinos que vieron acabados sus trabajos en los sembradíos y las pérdidas de los hatos de animales durante el período de la guerra. En este sentido, la ODHA señala “la violencia vino a truncar, en muchas ocasiones, una situación económica previa favorable, basada en el trabajo asalariado, las pequeñas

nuestras casas, comieron nuestros animales, mataron nuestros niños, las mujeres, los hombres, ¡ay!, ¡ay!... ¿Quién va a reponer todas las casas?” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 31)³⁸.

Otras enuncian la diversidad de ensañamiento hacia los ciudadanos en pueblos alejados de la capital, mayormente de etnias indígenas, remiten al daño físico de seres cercanos a las personas testigos, en ellas la tortura, el asesinato y la violación se trasladan luego a la psique colectiva. “*A puro palo y cuchillo mataron a esos doce hombres de los que se habla allí ... Cuando los cadáveres se quemaron, todos dieron un aplauso y empezaron a comer*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, pp. 38, 48)³⁹. Con matanzas como estas ocurre una erosión del tejido social porque los habitantes del poblado organizados en patrullas comunitarias instituidas por el mismo Ejército, son quienes cometen los asesinatos. Otro caso que comparte el protagonista es el de Diego Nap López⁴⁰, asesinado por una patrulla de la comunidad. Asimismo, en manos del Ejército, se perpetraron crímenes como estos dos que destaco “*No son decires sino que yo lo vi cómo fue el asesinato de él (...)*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 82)⁴¹ y “*Porque yo no quiero que me maten la gente delante de mí*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 82)⁴².

En otro orden, la frase “*Yo no estoy completo de la mente*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 13)⁴³, que aparece en el *incipit* de *Insensatez* desborda por la repetición del protagonista. Esta y otras más por la misma línea discursiva –son en el tiempo presente– vaciadas de contenido en boca del protagonista, quien las repite para sí mismo y para otras personas, por eso “*Yo no estoy completo de la mente*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 13), contradice la teorización de

propiedades y las oportunidades de desarrollo campesino incipiente que se corresponden con la década de los 70” (1998, p. 76).

³⁸ Las frases están entresacadas del Informe emitido por la ODHA, *Guatemala: Nunca Más I Impactos de la violencia* del año 1998. Todas las anotaciones que expresan la relación directa de la frase escrita por el protagonista de la novela y su referencia en el Informe, las consigno con notas a pie de página para afirmar su uso en la obra de Castellanos Moya. Esta, que es la primera corresponde al Caso 839 (Asesinato y tortura), Cuarto Pueblo, Ixcán, Quiché, 1985, (p. 41).

³⁹ Caso 2811, Chinique, Quiché, 1982, (pp. 35-36).

⁴⁰ Caso 1944, (Miembro de las PAC), Chiché, Quiché, 1983, (p. 34).

⁴¹ Caso 6009, (Testigo de asesinato), Jolomar, Huehuetenango, 1993, (p. 46).

⁴² Caso 3880, Coaxan, Chinique, Quiché, 1982, (p. 46).

⁴³ Caso 5106, (Asesinato y desaparición forzada), Panzós, Alta Verapaz, 1980, (p. 50).

Thiebaut (2005) en cuanto no es la cantidad la que abrumba por su repetición, es la oscuridad que llevan consigo esas palabras.

Es entonces que las enunciaciones afloran hacia esferas de lo público, resguardadas en el silencio como “explícita negación de la palabra” (Thiebaut, 2005, p. 22) transitan después de un lapso hacia la expresión oral y psíquica. Siempre en el tercer cauce comunicativo y para quienes sobrevivieron, la ausencia es la manera de legitimar la verdad de los acontecimientos de violencia (Jelin, 2002, p. 10) y de quienes los narran porque fueron testigos en el pasado. Hoy enunciadas en el momento presente explicitan esa separación del prójimo que se halla sin sepultura “*Porque para mí el dolor es no enterrarlo yo*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 32)⁴⁴. Otras líneas transcritas indican el deseo de venganza sustentado por la impunidad reinante en Guatemala como en esta oración “*Hasta a veces no sé cómo me nace el rencor y contra quién desquitarme a veces*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 68-69)⁴⁵ y el vacío como acompañamiento afectivo “*Se queda triste su ropa*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 30)⁴⁶, todas ellas desbordan la psique tanto del filólogo como la de los lectores.

Reconsideremos los testimonios en *Insensatez* y *El material humano* porque gravitan en la doble funcionalidad de la que argumenta Thiebaut (2005). Cuando el daño ha sido extendido al plano público reconfigura el espacio mismo en la conceptualización de la afrenta recibida, a quienes enuncian y al momento en que lo hacen (Thiebaut, 2005, p. 38). Si bien es cierto, el filólogo comparte las frases reconociendo el nivel de irracionalidad de los victimarios y de las víctimas, lo hace como mediador en el acto comunicativo por lo que la insistente alocución de “*Yo no estoy completo de la mente*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 13) se cierra con la corrección de estilo y, con ella, el daño. Así sucede con la novela de Rey Rosa (2009), pero en menor medida, porque abandonadas dos veces las fichas (por el sistema y por el narrador) vuelven a ser lo que eran para ceder en importancia a la figura del bachiller Tun. En ambas obras, la atención a los testimonios pasa luego de ejecutadas las tareas.

⁴⁴ Caso 059, Aldea La Victoria, San Juan Ostuncalco, Zona Militar de Quetzaltenango, 1985, (p. 30).

⁴⁵ Caso 5017, San Pedro Necta, Huehuetenango, 1982, (p. XXXII).

⁴⁶ Caso 1343, Chicamán, Quiché, 1982, (p. 18).

Nótese además los papeles mediadores de ambos narradores y, en mayor medida, el del filólogo anónimo. Técnicamente, él viene a sumergirse en otro engranaje del Informe *Guatemala Nunca Más*, cuya labor hiperbólica conjugó entrevistadores, a la ciudadanía que brindó su testimonio (hay víctimas y victimarios de ambos bandos) y las circunstancias espacio-temporales que acompañaron los 6494 testimonios. Pero eso no se quedó ahí, la transcripción, el traslado al soporte físico del papel, la selección de lo que se iba a colocar en los cuatro tomos, también se convirtió en un proceso mediado.

Por lo anterior, señalo que quienes fueron víctimas de la violencia estatal durante el período de conflicto fueron cada vez más desplazadas de su testimonio inicial “porque siempre, dolorosamente, vamos con retraso y definimos los daños una vez acontecidos” (Thiebaut, 2005, p. 39). A lo anterior, considero que el plano discursivo traspasado a otro soporte, a géneros literarios diversos (como en el caso del *corpus* analizado) va vaciándose de contenido en otras (re)escrituras, (re)interpretaciones y voces. Es decir, quienes en carne propia y en su psique (re)crearon las situaciones de violencia en manos del Ejército, de los comandos, de las patrullas civiles y de la guerrilla van quedando distantes en el tiempo narrativo que los reinserta en otro momento diferente al del testimonio. Abstractar las experiencias de los otros para el filólogo, Irene o el periodista genera dos sentidos: primero, esas memorias vienen a llenar el espacio en el que los narradores no estuvieron, ocupan además el trauma colectivo que no es extensivo ni en la corporalidad, ni en el dolor experimentado por los ciudadanos a los protagonistas de las obras. El trauma los preocupa, los ocupa, pero no lo vivieron.

Interrogarse como lo hace Irene o el narrador en *Insensatez* acerca de quiénes acometieron los actos atroces es el segundo sentido. Esas memorias copiadas del *REMHI* trasladan las interrogantes que como generación les interesó; es entonces que el protagonista en la obra de Castellanos Moya cuestiona “debo reconocer que no es lo mismo estar incompleto de la mente por haber sufrido el descuartizamiento de los propios hijos que por haber descuartizado hijos ajenos” (2005, p. 14). Irene, por su lado, piensa “*Quiénes cometieron esos crímenes no eran humanos ... Y si no eran humanos, ¿qué eran?* ... En esta aceptación hay una herida: *sí, eran humanos*” [el destacado es del original] (Zardetto, 2005, p. 111). Irene lee en *Guatemala: Nunca Más* un acto genocida que asocia con las puertas de Xibalbá abiertas al espanto:

Una muchacha de trece años me la dieron, la pobre niña llorando amargamente: ‘¿Qué te pasa muchacha?’ ‘¡Ay, Dios sabe para dónde me van a llevar!’ Decía la criatura. Me saqué el pañuelo y se lo di: mejor limpiáte. Bueno, viene un tal subinspector Basilio Vásquez: ‘¿Qué hay, y esa qué? Hay que vacunarla ¿no? Es buena’. El muy condenado, a violarla, y después de violarla, al pozo.

¿Cómo se hacía para ejecutar a estas pobres gentes? Mire, se le vendaba los ojos, y al pozo con el garrotazo en la cabeza” (Zardetto, 2005, p. 111).⁴⁷

El reino de Xibalbá⁴⁸ en toda su extensión de muerte, pero no de castigo, ha sido recuperado de la historia cosmogónica maya y desborda estas vivencias, que aunque no experimentadas por los narradores, sí han marcado sus tiempos presentes y los primigenios. Xibalbá, en el *Popol Vuh* (2002), es el sitio donde habitan los Señores cuidadores de las cinco casas, cuando se abren sus umbrales se manifiestan los terrores que Irene homologa con la violencia de la década. El periodista *freelance* también ofrece testimonios del *REMHI*, concretamente siete: el asesinato de una mujer embarazada, otro en donde “*llegó el Ejército a la aldea Chel, sacó de la iglesia a 95 personas ... los masacraron*” [el destacado es del original] (Goldman, 2009, p. 42) y violaciones colectivas, dicho apartado cierra con esta mención:

El lector podía salir de esas páginas preparado para creer al ejército de Guatemala culpable de cualquier crimen del que se le acusara. Y esto se convertiría más tarde en un problema para quienes tuvieron que investigar y seguir el juicio por el asesinato del obispo Gerardi (Goldman, 2009, p. 43).

Con la premisa lanzada en la cita textual, el reportero abre la puerta para introducirse al texto como investigador, previene a los lectores y, de paso, alerta a la colectividad ante las aristas que el caso del asesinato del Obispo asuma. Hasta este momento la coincidencia de los testimonios transcritos por los tres narradores confluye en una figura clave de los genocidios cometidos contra la población indígena en su mayoría,

⁴⁷ Testimonio colectivo 27, Masacre Las Dos Erres, Petén, 1982, (p. 82).

⁴⁸ “Muchos eran los castigos que tenían en Xibalbá, el Infierno: El primero era aquella Casa Oscura, donde no había más que tinieblas. El segundo era la Casa donde Tiritaban porque era mucho el frío que allí hacía. El tercero era la Casa de los Jaguares, donde había sólo de estos animales y tantos eran que se estrujaban unos con otros. El cuarto era la Casa de los Murciélagos, donde había infinitos de estos animales que volaban y chillaban. El quinto era la Casa de las Navajas de Chay, de Obsidiana, muy agudas y afiladas que rechinaban unas con otras” (*Popol Vuh*, 2002, p. 60).

sin dejar de lado, el contexto urbano en el que también el terror de Estado ejerció una acometida feroz.

Si bien es cierto que las figuras presidenciales del decenio no están exentas de pasividad en el terrorismo de Estado, es quizás Efraín Ríos Montt quien más protagonismo alcanzó. Él llegó al poder con la convicción de que su discurso pentecostal y el deseo de terminar la corrupción de administraciones anteriores podrían labrar otro futuro para Guatemala. Sin embargo, su formación militar que se decantó por la ideología de ataque desmedido contra las fuerzas armadas opositoras al gobierno, acarreó la destrucción de aldeas. El insuficiente liderazgo con los grupos empresariales poderosamente económicos de Guatemala que nunca lograron congeniar con el militar, llevó a Ríos Montt a estar en el poder por 17 meses, aunque fue un período corto, su poderío se manifestó tal y como se anota en el *REMHI* (Tomo III) cuando en 1982 “se había iniciado en el medio rural una serie de masacres de población sospechosa de colaborar en la guerrilla y se iba configurando un marco legal para el nuevo régimen” (1998, p. 157).

El decenio lo cierro con un acontecimiento común en *ConPasión Absoluta* y *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?»: la toma de la Embajada de España en Guatemala, hecho acaecido el 31 de enero de 1980. Irene describe la masacre como la punta del iceberg que llevaría “una escalada hacia la violencia masiva ejecutada por el ejército en las zonas rurales entre 1980 y 1983” (Zardetto, 2005, p. 305). Por su lado, el periodista *freelance* establece la conexión del hecho de la Embajada con las respuestas tanto nacionales e internacionales que exigían justicia, entre ellos destaca “poco tiempo después, se lanzó una campaña de terror, que duraría años contra la Iglesia católica y que pronto se extendió a las montañas brumosas, pueblos, villas y aldeas de El Quiché” (Goldman, 2009, p. 34). El caso de unos campesinos asesinados en Chajul fue el punto en el que no hubo vuelta atrás para el grupo de indígenas que tomó la Embajada de España; tanto Irene como el reportero coinciden en la acción rápida de los grupos militares y la ejecución del incendio en donde murieron 39 personas⁴⁹.*

Para el Obispo Gerardi, la década de 1980 le dejó el sinsabor de cerrar la diócesis de El Quiché como prevención de más ataques a la comunidad católica “justo donde se encontraba la diócesis a cargo del obispo Gerardi, se descubrieron los cuerpos mutilados de

⁴⁹ Véase el detalle del acontecimiento en *Guatemala: Nunca Más III El entorno histórico* (1998, pp. 95-99).

dos catequistas de la Iglesia” (Goldman, 2009, p. 34), también algunos sacerdotes fueron blanco de la violencia imperante en la región. Hay una carta pública escrita por Juan Pablo II (Goldman, 2009, p. 37) consignada en la novela de Goldman que refiere su preocupación ante la escalada de la violencia y las vidas perdidas de las personas servidoras de la Iglesia Católica.

En el plano personal, la lucha contra demonios internos y la desesperanza, marcó al Obispo. Forzado por las circunstancias se exilia en Costa Rica (1980-1982) en donde experimentó la “depresión y culpa por encontrarse tan lejos. También fueron años, según algunos, de soledad acompañada de bebida en exceso” (Goldman, 2009, p. 38). En una ocasión, Gerardi les plantó cara a los militares quienes lo llamaron en El Quiché para advertirle sobre su comportamiento: “*ustedes son los que asesinan, ustedes son los enemigos del pueblo. Nosotros tenemos que estar con el pueblo, por lo tanto, estamos al lado opuesto de ustedes. Mientras ustedes no cambien, no puede haber diálogo*” [el destacado es del original] (REMHI, 1998, p. 135). Esta circunstancia es antesala del crimen contra Gerardi en la década siguiente, la denuncia en sus palabras se convertiría además en premonición de su destino.

Década de 1990: en construcción de la paz

En la década de 1990, los protagonistas del *corpus* soñaron con la paz establecida y ratificada, no obstante las realidades fueron otras. Un proceso reconstructivo como la pacificación no es tan fácil, es como si se levantara una roca cubierta de musgo en el bosque espeso, cuando eso sucede la cantidad de insectos que el ojo humano pueda captar y los microorganismos suelen salir de un letargo, de una quietud que creían haber hallado bajo la roca. Desprenderse de la vivencia cotidiana de la violencia es similar a la piedra, incluso desprenderle el musgo para ir descubriendo qué hay en ella revela capas de consternación en las que incluso, cuando son arrancadas dejan huellas en el material pétreo. Quienes se mueven luego de levantada la roca son los que han tenido sobre sus espaldas el peso, aturdidos, aletargados, algunos cómodos y otros haciéndole frente al nuevo panorama de la luz, serían la representación de la ciudadanía. El letargo manifiesto en la cotidianidad de la violencia se extiende aún después de finalizada.

Sin embargo, la remoción de un cuerpo como una piedra, puede ser lenta, esto depende de su peso, es así como Torres Rivas ubica el año 1982 como el primer movimiento que contribuyó en la pacificación. Él considera que la gestación de la paz en Guatemala tardó aproximadamente una década porque “se deterioró el poder contrainsurgente, y la alianza militar/empresarial que lo respaldaba se descompuso. Su síntoma mayor fue el golpe militar contra el gobierno del general Lucas García. Este hecho marca el inicio del final de los gobiernos autoritarios” (2008, p. 237). Por otro lado, Posas señala el gobierno de Vinicio Cerezo (1986-1990), como la base precursora del Plan de Paz, específicamente en 1987 con el Plan de Esquipulas II; además postula lo siguiente:

Las conversaciones adquirieron un curso más definido durante el régimen del presidente Serrano Elías. Se interrumpieron abruptamente a raíz del autogolpe de este último en el mes de mayo de 1993, pero se reiniciaron durante el régimen de Ramiro de León Carpio ... Se produjeron conquistas definitivas hasta el primer año de régimen de Álvaro Arzú quien asumió la Presidencia del país el 14 de enero de 1996 (2002, p. 479).

El *corpus* excede experiencias por parte de los narradores en los años noventa, mientras que Irene asiste a exhumaciones “presenció una exhumación meses atrás. Los huesos sueltos no pertenecían ya a los esqueletos ... Los familiares no conocen las calaveras de sus muertos, pero sí recordaban la chumpa⁵⁰ azul, el pantalón a cuadros, el güipil⁵¹ tejido para...” (Zardetto, 2005, p. 143) a propósito de la que se efectuó en Palabor, Comalapa y lee fragmentos de *Guatemala Nunca Más*. El filólogo anónimo es contratado para hacer la corrección del Informe generado por la ODHA. Él, sin anotar nombres precisos, pero sí cargos, enmarca espacios geográficos y situaciones que evidentemente aluden a Monseñor Gerardi: “ayer a mediodía monseñor presentó el informe en la catedral con bombo y platillo; en la noche lo asesinaron en la casa parroquial, le destruyeron la cabeza con un ladrillo” (Castellanos Moya, 2009, p. 155) como el acontecimiento que marca la década.

⁵⁰ “Chumpa: 1. f. El Salv., Guat., Hond. y Nic. cazadora (l chaqueta corta y ajustada a la cadera)” (Real Academia Española-RAE, 2019).

⁵¹ “Huipil: Tb. güipil en acep. 1, *El Salv., Guat., Hond. y Nic. Del náhuatl huipilli*. 1. m. El Salv., Guat., Hond. y Méx. Especie de blusa adornada propia de los trajes indígenas” (Real Academia Española-RAE, 2019).

En la misma línea, el protagonista de *El material humano* dialoga con el Jefe (así denomina al Director del AHPN) en las últimas páginas de la novela acerca de las oportunidades que el Archivo ha generado para el copista. Uno de esos temas corresponde a las muertes ejecutadas por la guerrillera al interior del movimiento, es decir, en juicios sumarios, varios integrantes fueron asesinados por sus mismos compañeros⁵²:

Mientras comemos le cuento lo que me ha dicho Mejía sobre la eliminación de gente de sus propias filas que se le atribuye.

—Eso es verdad —me dice—, y no es ningún secreto.

Él mismo hizo declaraciones ante la Comisión para el Esclarecimiento Histórico inmediatamente después de la firma de paz, y narró ese episodio, que calificó de error (Rey Rosa, 2009, p. 171).

Si en la década de 1980, la violencia cuya característica fue la insensatez y generó un abismo de locura, sangre y dolor, como lo anotó el narrador en la obra de Castellanos Moya, este decenio estaría marcado por dos hechos extremos en matices: la concreción material del Informe *Memoria del Silencio* en 1997 y *Guatemala Nunca Más* en 1998 como ejercicios de la memoria en el marco de espacios colectivos, al respecto en el primer Informe leemos:

El enfrentamiento armado y la violencia vinculada a él no se han limitado tan sólo [*sic*] a dos partes. Tampoco las víctimas pertenecen exclusivamente a ciertos sectores. Casi todos los guatemaltecos han sido afectados por la violencia generalizada durante tan amplio período de tiempo. Por estos motivos, las recomendaciones están orientadas fundamentalmente a facilitar la unión de todos los guatemaltecos y a desterrar las seculares divisiones que han sufrido. La reconciliación es tarea de todos (CEH, 1997, p. 60).

En el extremo de las experiencias de la década, el asesinato de Gerardi recordaba, por su lado, que no se había dejado el letargo en que la guerra tuvo a Guatemala por 36 años. De nuevo afloraban los microorganismos que el sol no cegó cuando se levantó la

⁵² En el Tomo VI con el título Caso ilustrativo No. 20 **Ejecución arbitraria de seis miembros del Ejército Guerrillero de los Pobres por su propia organización** (pp. 380-387), se muestran apreciaciones fundamentadas de la violencia que se vuelve contra quienes procuran, de alguna manera, enfrentar la que genera el Estado guatemalteco. Como organizaciones con jerarquías, normas, valores, pero también deficiencias, los movimientos guerrilleros terminaron por emplear dentro de sus filas ejecuciones sumarias.

roca. Para el narrador, que no se distancia en la monumentalidad de la tarea filológica de *Insensatez*, el rompecabezas, cuya dimensión excede al acto mismo del asesinato, apenas empezaba a cobrar forma con las piezas recolectadas conforme desentrañaba el crimen, los móviles y los posibles culpables. Su investigación reagrupó otras memorias distintas del pasado más cercano guatemalteco (en el proceso de pacificación) y, con ello, posicionó con su investigación periodística a otros sectores sociales marginados por el sistema.

La reconstrucción de la escena del crimen le ha tomado al periodista de la página 61 a la 84 y emplea como recurso estilístico la descripción, él argumenta irregularidades en cuanto a la recolección de evidencias y en los testimonios recopilados. Hay una estimación cronológica, un cuidado de detalles en la reconfiguración documental y de testimonios que se asientan en la revisión cautelosa que, como periodista hizo (en la que no deja de leerse cierta suspicacia). El asesinato ocurrido el 26 de abril de 1998 en la casa parroquial, a la entrada del aparcamiento revela para un futuro cercano una serie de inconsistencias que, al cabo, llevaron el juicio al traste. La manipulación del espacio fue la más evidente:

El obispo yace de espaldas en el estrecho espacio entre una maceta colocada junto a la pared y la llanta delantera del Toyota. Hay un charco grande de sangre alrededor de su cabeza. Su cuerpo está parcialmente cubierto por una sábana blanca y arrugada ... Hay dos huellas de sangre en el patio sobre el piso que conducen del Volkswagen Golf a donde se encuentra el cuerpo y terminan justamente en los zapatos del obispo (Goldman, 2009, pp. 69-70).

Construida con una prosa sencilla, al menos en la traducción que fue publicada en el año 2009, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* cumple con las dos tareas que su mismo título muestra: redireccionar las motivaciones del crimen contra el sacerdote y mostrar con profusa información los detalles del hecho. Asimismo, utiliza el estilo directo e indirecto con descripciones dominadas por la voz del protagonista, en las que el narrador diegético y cronista refresca los hechos que rodearon el asesinato del Obispo. El recurso mejor logrado es la descripción que, en contadas ocasiones acompaña de fotografías, con esto inserta a las personas lectoras en un universo abierto para que confluyan diálogos y razonamientos que son producto de los testimonios empleados. A modo de ejemplo, tenemos “Chanax describió su preparación como informante para Inteligencia Militar, cuando había estado en el Cuerpo de Ingenieros del ejército y había sido seleccionado para

el curso. ‘Primero, vino la teoría’, me contó, hablando como un estudiante aplicado” (Goldman, 2009, p. 390).

La narración del periodista *freelance* es un discurso que procura responder a preguntas que sabe de antemano cómo serán respondidas y, como tal, contiene a otros, por lo que para desmenuzarlos es necesario segmentarlos en dos secciones. La metodología, que como cronista emplea delimita ese acercamiento a las memorias colectivas. La primera sección es aquella en la que el periodista tiene acceso directo, sin mediación documental o de otras personas, a la información misma generada al calor de los acontecimientos. Esta inicia en agosto de 1998 y continúa interrumidamente hasta más allá del año 2005, varían los sitios en los que entrevista a más personas y los lugares, porque sus circunstancias como periodista, su residencia en New York y otras razones lo trasladan a sitios diversos en varias ocasiones.

En este primer segmento la diversidad la marcan los testimonios recopilados por el protagonista y fragmentos de conversaciones telefónicas porque aunque solo sean dos recursos en la obtención de datos acerca del asesinato, quienes los enuncian son plurales. Esas voces oscilan en disímiles bandos, un ejemplo de lo anterior acontece cuando el narrador se traslada a la casa del coronel Byron Lima Estrada, sospechoso en los hechos, allí lo atiende la esposa “escribió en mi libreta un número telefónico y me pidió que llamara. Viendo nerviosa hacia un lado y otro de la calle, me preguntó: ‘Usted es de MINUGUA, ¿no?’ Yo dije que no, que era periodista” (Goldman, 2009, p. 186). Ese mismo día, en la noche recibe la llamada de Lima Estrada:

sonó mi celular. Contesté, y una profunda voz retumbó del otro lado del teléfono: “Soy el coronel Byron Lima Estrada”. ... Todo lo que pude entender fue al coronel Lima diciendo, en su ronca y rumiante voz: “Va a llegar el día, va a llegar el día, y no está lejos de que llegue...” (Goldman, 2009, p. 187).

Estas menciones factuales forman parte del material llevado al libro, aunque pueden generar la duda de si fueron empleadas también en el juicio contra los supuestos asesinos del sacerdote, no obstante, ilustran, para los lectores, el asesinato, la exhumación, la autopsia y el proceso judicial, con detalles de una maquiavélica conspiración. Acercan a los lectores al hecho de sangre luego de la Firma de los Acuerdos de Paz. Las referencias factuales son en conjunto una comunidad comunicativa (Bajtín, 1998, p. 281) que el

narrador se permitió mostrar, por lo que el diálogo incesante en la dinámica textual detalla cuánto material recogió el investigador del crimen, la diversidad de voces (la gama es variopinta) que, en suma, convergen en las memorias acerca de un hecho del pasado más cercano y en tiempos de aparente pacificación. Aunque se supone finalizado el conflicto armado, ahora la lucha transita siempre sobre la impunidad y la búsqueda de la verdad. Por lo anterior, el narrador procede a copiar, transcribir y sustentar con documentos lo que ha logrado hallar. Esa sería la segunda línea argumental que se emplea en *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*

En la búsqueda de la verdad, el reportero se sirve de la mediación, en la que los testimonios de los que habla Ricœur (2004) sustentan la constante ida al pasado a través de lo que otros le comparten, por eso es común verificar en el plano escritural el uso del estilo indirecto. Esta cita es ejemplo de lo anterior: “Rubén Chanax me dijo que algunas veces tenía pesadillas por lo que había visto en el garaje de la casa parroquial la noche del crimen” (Goldman, 2009, p. 393). Sin embargo, en la tarea de apoyo al grupo de Los Intocables, el mismo protagonista debe buscar(se) otras estrategias que legitimen y aseguren la confiabilidad de los datos:

Un posterior chequeo de los datos migratorios de Lainfiesta Cáceres reveló que, en efecto, había viajado frecuentemente a México durante 2005 y que aún viajaba. Más tarde pude confirmar que, durante el gobierno del presidente Arzú, Lainfiesta Cáceres había pertenecido a la SAE (Goldman, 2009, p. 392).

Puede hacerse una interpretación de que la crónica de Goldman pretende llenar el vacío, que aún el sistema judicial y penal guatemalteco no ha querido ocupar con los culpables del asesinato del sacerdote. Pone, asimismo, en evidencia no solo la corrupción de un sistema instaurando un modelo de paz luego de 36 años de guerra, afirma los extremos con la debilidad y el poderío de una sociedad guatemalteca desde dos rostros: aquel que con temor ve en sus víctimas, aún vivas a pesar de las políticas de aniquilamiento, un dedo acusador en la figura desafiante del Obispo; otro, que se afianza como órgano represivo en tiempos de aparente paz. De ahí, es extrapolada una intencionalidad que se acuerpa en la línea documental e investigativa frente a otras publicaciones que no lograron subsanar de la mejor manera:

Mario Domingo estaba afuera, en la acera, hablando con la jueza Barrios ... No pareció reconocer mi nombre, aunque tal vez sí lo hizo, porque se dirigió hacia Mario y le preguntó: “¿Cuándo sale ese libro sobre el caso en español?” Mario le respondió que la persona que lo había escrito estaba justamente enfrente de ella. Quedó sorprendida, me agradeció y yo respondí que no había hecho más que narrar los más fielmente posible lo que ella y otros habían hecho en el caso (Goldman, 2009, pp. 479-480).

Si en el *corpus* restante habíamos reconocido cuál era la posición de los narradores con respecto de las memorias colectivas seleccionadas, es la ocasión para reconocer que en el caso del periodista *freelance* aislando el aspecto laboral, este individuo ha compartido cierto deber simbólico con los espacios en los que el crimen aconteció. Hay nexos de la infancia y de las primeras memorias familiares construidas al calor de la tradición católica que también cobraron peso para llevar a cabo tal tarea. El ojo del periodista, el bagaje profesional y el interés mostrado por ser colaborador en la investigación a la par del equipo de Los Intocables no solo tornaron al narrador en uno más en el equipo, terminó por permearse en el papel de testigo, al respecto Avelar alude a esta función dentro de las memorias:

La tarea de construcción de una narrabilidad debe ser entendida, entonces, como la elaboración de una secuencia diegética coherente y enunciable sobre el pasado (la narrativización contra cuyos efectos ideológicos nos advierte Zizek), y más como la postulación de una narrativa como una posibilidad, es decir, en otras palabras, la postulación de un virtual *lugar de testigo* [el destacado es del original] (2001, p. 185).

Las conclusiones de este capítulo arrojan que los insumos literarios (ficcional, intertextuales e históricos) se adicionan a complejidades narrativas como la intercambiabilidad de voces, las polifonías, los elementos paratextuales y los semióticos. Todos ellos aparejados hicieron que, en la novela de Zardetto, la narradora rememorara siglos de historia, desde los testimonios familiares. Fue la polifonía femenina, la que no cuenta en la vida social, pública y nacional aunque es Guatemala misma en palabra de mujer. No obstante, la obra no cabalga en el pesimismo, ni los personajes por él, lo que es

determinante para reconocer en esta una memoria reconstructiva no solo de la evocación, de la identidad, sino que vislumbra una nueva y mejor forma de caminar.

En el plano histórico que se ha cuidado muy bien de sustentar Zardetto (2005) colocó al margen –incluso como posibilidad escritural– a las mujeres bajo el sistema del patriarcado. Los rostros de los gobernantes no son sino copia de los que en los espacios privados obstruyen, destruyen y construyen en aras de la Modernidad y de la sustentabilidad del sistema capitalista, no es aislado que las parejas de la familia de Irene sean semejantes a las de los dictadores y presidentes de la nación guatemalteca.

En la novela de Castellanos Moya (2005) el panorama es diferente, así como las historias que el narrador comparte que parecen no ser del interés de un público cercano. Su empleo del lenguaje abre dos espectros en los que el primero no está exento de estereotipos y actitudes discriminatorias, pero en el extremo, carga de sentido lírico las frases corregidas estilísticamente. Es por eso que reconocemos la utilización de los testimonios de los indígenas como recurso literario porque la relación intertextual es directa. Comparte las circunstancias personales de estar en Guatemala por asuntos de trabajo y lo hace desde la ironía, la burla y hasta la ofensa, al mismo tiempo que intenta ser escuchado por las frases que recita.

El periodista, por su lado, no ha abandonado las memorias de la nación guatemalteca, solo que ahora está dividido. No somos seres humanos sin raíces y esas raíces lo han traído de vuelta a la nación materna para dilucidar y expiar los demonios en el asesinato del Obispo Gerardi. Investiga, escribe, pero al igual que el filólogo anónimo corrector de *Guatemala Nunca Más*, termina por irse de las memorias y de la nación. Son sus memorias pero no su patria.

También con omisiones, *El material humano* (2009) revela que el narrador no es que no haya querido hacer bien su tarea, sino que no se lo permitieron por lo que trastoca recursos en nombre de una posibilidad literaria que el Archivo pudo albergar. Con el silencio y el olvido como consignas no aprovecha, y eso puede achacársele a un mandato del padre, investigar el secuestro de la madre en el año 1981. El Archivo que puede procurarle una hiperbólica cantidad de material, termina también por hacer su tarea de alejarlo, no sin antes, brindarle hilos narrativos como laberinto.

Este narrador al igual que el de *Insensatez* aísla las memorias de su contexto, no es como Irene que las surte de elementos de su cotidianidad familiar. A pesar de tener acceso a la materialidad de la violencia en productos como las fichas, cartas o el Informe mismo de la ODHA, ambos narradores masculinos no se compenetran con esas memorias. Traen a sus generaciones esos discursos pero no los trabajan en el sentido personal y colectivo. Tal vez quien más cercano de ejecutar un trabajo de escritura estuvo fue el copista, pero su novela cierra con la incógnita de cuál género literario puede servir mejor para relatar la historia.

El acercamiento histórico no hizo sino evidenciar el carácter valorativo de los testimonios (ese caso es de las obras de Zardetto, 2005; Goldman 2009 y Castellanos Moya, 2005) y con el Archivo para Rey Rosa (2009). La analogía de la identidad de la protagonista en *Con Pasión Absoluta*, se conjuga con la monumentalidad de acontecimientos que probablemente se hubieran vuelto tediosos, los transforma en cortes abruptos de los discursos o los coloca en forma paralela como tarea para descifrar por parte de los lectores. Con otros lentes *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano* miran las memorias colectivas de décadas pasadas. Ofrecen diversos puntos de vista tales como el recuento de los hechos previos al asesinato del Obispo, las conversaciones del hijo de Tun sobre el asesinato de Carlos Castillo Armas y las fotografías entre otros recursos de las memorias. Rescato el traspaso generacional que el padre Benedicto Tun resguardó para su hijo, la memoria también se hereda y a ese sitio es invitado el copista del Archivo para corregir las memorias erróneas.

La década de 1980 es singular para los narradores del *corpus* porque a pesar de no haberla experimentado como situación latente y cercana revela el dolor humano colectivo, ellos comparten los traumas de otros que confirman las políticas destructivas de las administraciones presidenciales del decenio. Dos razones subyacen en dicha dinámica, esas memorias colectivas de denuncia llenan la ausencia de los traumas que no experimentaron y también el trauma es tema literario.

Con la firma de los Acuerdos de Paz, Irene, el filólogo, el periodista *freelance* y el copista del Archivo han llegado con más preguntas que respuestas, sin embargo, han impreso sobre las rememoraciones su sello particular, es decir, la lectura del pasado los transformó y, con ello, han dado un giro en las que compartieron discursivamente. Irene como escucha y trascritora resguarda los testimonios históricos de sus antepasadas, el

filólogo anónimo los toma prestados y los recita. El copista no husmea en el pasado familiar más que para leer, esta experiencia le genera pesadillas, sin ir más allá de las posibilidades que el Archivo, como espacio funcional de la memoria, pueda brindarle. El periodista se coloca como testigo, obtiene con ello una cercanía con el acontecimiento que cierra la década de 1990: el asesinato de Monseñor Gerardi.

Capítulo III

Memorias: nación, ciudadanía y sentido

“luego cuando se murieron los bisabuelos que les contaban estas historias a los abuelos, luego cuando se murieron los abuelos que les contaban estas historias a los padres que les contaban estas historias a los hijos y así hasta toparse con el último recuerdo que ya no recordaban y cuando recordaban todo empezaron a caminar para adelante”.

De Lión, 2003, p. 95.

Establecer en el *corpus* la utilidad que los narradores hallaron en las memorias es el objetivo de este capítulo. Ellos, en el presente narrativo, se trasladaron al pasado de Guatemala en búsqueda de sentidos sobre sí mismos y sobre la colectividad. Por lo anterior, la disposición permite entrecruzar ambos momentos y ubicarlos como una generación postmemoria.

Asimismo, en la apropiación del pasado que ejecutaron Irene, el filólogo, el copista del Archivo y el periodista, cabe la consideración de si, efectivamente, ellos llegaron a las memorias con objetivos y motivos para tratarlas. Todo lo anterior, se constituye en procesos de transformaciones con carácter dual: las memorias mismas fueron transformadas y los usuarios con ellas. El Capítulo III se divide en cuatro apartados que configuran una vuelta al pasado como sitio de trabajo y, de paso, lo reelaboran, la ubicación de los narradores como generación postmemoria y finalmente, una conceptualización, en el tiempo presente, de los sujetos discursivos como mediadores de las memorias.

El pasado se explica desde el presente

Cuando Irene y el periodista intuyen que las pistas pueden llevarlos a respuestas personales o a hallar al supuesto o supuestos asesinos de Monseñor Gerardi en *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?*, han revelado una trasposición de recursos y de caminos que han multiplicado los intereses por el pasado. Así sucede con el copista del Archivo, él trata de seguir distintos hilos por el laberinto concreto y simbólico del AHPN y del pasado mismo. En *Insensatez*, el narrador toma la primera frase para caer rendido ante otras muchas. En este sentido, todos han sucumbido a una larga cadena de asociaciones,

tareas y responsabilidades que no imaginaron, en las que el presente provee respuestas. Al respecto Ricœur (2004) refiere la especificidad de quien busca en el pasado:

El punto de partida sigue estando en el poder del explorador del pasado, aunque el encadenamiento que de ello resulta derive de la necesidad o del hábito. Además, durante el recorrido, quedan abiertas varias rutas a partir del mismo punto de partida. De este modo, la metáfora del camino seguido es inducida por la del cambio. Por eso, la búsqueda puede perderse en falsas pistas y la suerte conservar su rol (p. 37).

Comparto dos consideraciones paralelas a la idea de que el presente provee los recursos para la comprensión del pasado. Durante 36 años en Guatemala, la episteme de la violencia se instauró en las sociedades: la alteración del mundo de vida de la ciudadanía dio paso a la polarización social y política que desestabilizó sistemas ya, de por sí, endebles, heredados del período colonial. Silenciada desde los tiempos de la explotación de la corona española, luego con la instauración de formas de esclavitud, una sociedad mayormente indígena se quedó rezagada en las escalas sociales en las que la diferenciación en castas terminó por invisibilizarla, pero no por desaparecerla.

Esta sedimentación social en cuya característica reconocemos un silencio generacional fue el objetivo de eliminación en los años crudos de la guerra civil en Guatemala. Las rupturas persistentes del tejido social se encargaron de plantar capas y capas de experiencias colectivas en las que los mecanismos del poder y el horror trazaron el camino para los años venideros de la guerra. Es por lo anterior que la violencia nunca dejó de estar presente, fue transformada en función de intereses, necesidades estructurales de los sistemas políticos, de las clases dominantes y así en una sucesiva lista. Esto acarreó climas sociales como puntos de no retorno en cuanto al terrorismo de Estado, al respecto Blair Trujillo (2009) escribe que eso suele suceder cuando la violencia

no se recuerda sino cuando se desborda y que no tenemos conciencia de ella hasta que se vuelve problema; es cuando la violencia está mal negociada, mal tomada a cargo dentro del ejercicio corriente de la vida social, que ella se sedimenta y puede aparecer bajo una forma súbita y, particularmente, brutal (pp. 13-14).

Llegado a este punto no hubo marcha atrás: las matanzas civiles en nombre de la integridad nacional ante la amenaza comunista, la desvergüenza política ejercida por una sucesión de presidentes, la impunidad rampante y el surgimiento de grupos paramilitares no solo fueron ejemplos extensivos de los rostros que asumió la violencia, sino que además terminaron por solidificarse en el inconsciente colectivo. De ahí que la forma de vida en la que generaciones de guatemaltecos nacieron, crecieron y murieron resultara ser la conocida y calladamente aceptada: una episteme del terror.

Todo cambio, ruptura o transformación despliega sentimientos diversos que, a su vez, son atendidos en la medida de lo posible, desde dinámicas emergentes, pues eso aconteció con la sociedad guatemalteca y la firma de los Acuerdos de Paz. Se rompió la aparente unidad de la violencia para depositarse en una calma, al menos en el sentido de la lucha armada. Todo el universo conocido y experimentado, desde los límites de la irracionalidad de la violencia, cayó en una incertidumbre y en una paz fingida en la que no hubo tiempo para creerla mucho ni mitificarla.

La segunda consideración es que la literatura de posguerra es la legataria de la memoria, pero la de la memoria reposada e hija de esa episteme de la violencia. El testimonio, por su lado, también se permitió recuperar relatos de testigos desde la emergencia de los hechos sucedidos en las trincheras del enfrentamiento armado, solo que no lo hizo ni en el espacio ni en el tiempo presente. Con la pacificación, se empezó por darle forma a una nueva vida, en donde hubiera cabida a todas las oportunidades cerradas durante el conflicto, entre ellos la escritura. Tal como postula Arias (2010), “el trabajo de todos estos escritores ha producido una transformación fundamental en el proceso de reconfigurar memorias nacionales, así como en la construcción de subjetividades y de ciudadanías durante la postguerra” (p. 25).

Seguida de la aparente y a veces preocupante calma, vienen las interrogantes en cuanto al período ensombrecido por el fantasma de la guerra y extraviado en la historia oficial. Los cuestionamientos de orden personal y colectivo comparten un carácter de indisposición ante el enfrentamiento. Lorenzano (2017) apunta a la condición activa de la memoria incitadora al cambio cuando escribe que “la memoria como instancia de reflexión y análisis, como instancia de creación, como forma de acercarse críticamente al presente, ‘deshabituando’ y cuestionando el modo lineal y rígido del pensamiento” (p. 12) puede

generar nuevas líneas críticas de acción. De ahí nace la premisa de que solo el tiempo presente coadyuva en la búsqueda de respuestas rezagadas en el mismo pasado, en los que la emotividad carga los recuerdos de quienes vivieron hechos de violación de los derechos humanos.

Solo la indisposición por lo que trajo la marea de 36 años de guerra pudo romper con el silenciamiento y provocar responsabilidades más activas en la dinámica social postconflicto. He ahí la fuerza que la memoria cobra, no solo desde las instancias gubernamentales o no gubernamentales, sino desde el ámbito más íntimo de cada ciudadano que llegó también con el oleaje de la pacificación. Este es, quizás, el dispositivo con más cuidado para ser tratado en la reconfiguración colectiva, al respecto, Richard (2001) señala

La memoria va realizando su trabajo constructivo (de selección y montaje; de armadura del recuerdo en planos y secuencias móviles de interrelación) desplazando las huellas de la experiencia hacia nuevas *superficies de inscripción* para que reformulen su valor desde los emplazamientos del presente: abiertas a las urgencias y desafíos de un aquí-ahora cuya composición de enunciados redistribuye los significantes del pasado según nuevos trayectos de actualización y desciframiento. Sólo [*sic*] este trabajo activo de reconfiguración del sentido es capaz de introducir una distancia entre el punto fijo (muerto) de lo *ya sido* y una memoria-sujeto (en proceso y movimiento), que transforma cualitativamente las huellas de lo acontecido al reinscribirlas en la materialidad viva de nuevas dinámicas de representación y expresión [el destacado es del original] (p. 13).

Con la cita anterior, reconsidero el papel del sujeto-memoria al decir de Richard. Al guardar la distancia con el pasado puede elaborarse un cuidado trabajo de la memoria, en la posición del aquí-ahora es posible hacer no solo el recuento, sino también la valoración para articularla al sentido colectivo como responsabilidad social, política y cultural⁵³. Con

⁵³ No es casual que, recientemente, en el contexto centroamericano y para nombrar algunos ejemplos, se publiquen obras como las siguientes: *300* (2011) del guatemalteco Rafael Cuevas abre otra vez las puertas del AHPN pero desde una polifonía más disímil, *Camino de hormigas* (2014) del salvadoreño Miguel Huevo Mixco se pierde en las cartas del Tarot para sostener las acciones de un exguerrillero salvadoreño radicado en Estados Unidos de Norteamérica, el libro de cuentos *De fronteras* (2007) de Claudia Hernández (El Salvador, 1975) experimenta siempre con la episteme de la violencia ciudadana. *Roza tumba quema* (2018) su primera y reciente novela apela al pasado de distanciamientos: las separaciones de una madre y su hija y con ellas

esto quiero afirmar que continúan las personas escritoras cediendo el lugar al pasado de sus naciones, en cuanto a la recuperación y a la diversificación narrativa:

Esta performatividad de la memoria que mueve el recuerdo del pasado en respuesta a nuevas solicitudes discursivas, hace que el pasado deje de ser mera *revelación de lo sucedido* y pase a ser *entendimiento crítico*. Sin esta relacionalidad de contextos móviles y heterogéneos que se intersectan con los flujos cambiantes del presente, no hay cómo pasar de la *repetición de lo mismo* a una *diferencia alteradora*: no hay cómo “hacer duelo para pasar a una nueva operacionalización del pensamiento”, es decir, para que la “herida todavía abierta en los órdenes experienciales de lo socio-político pero ya en trance de separación” cambie de lugar y de forma, de modo y tiempo, gracias a la imaginación crítica de ciertas apuestas de futuro que se atreven a formular nuevas hipótesis (alternativas, virtualidades) que contrasten con lo *sido* [el destacado es del original] (Richard, 2001, p. 13).

La capacidad performativa de la memoria coadyuva en la interpelación del pasado para quienes escriben literatura. El caso es que si la evocación del pasado es diversa, esta se traslada hacia los narradores, quienes llegan con la posibilidad de cánones y recursos literarios que mejor satisfagan la necesidad de visitar el pasado. Destaco que el distanciamiento con respecto del tiempo remoto, también se ha extrapolado al calor de las ideologías imperantes de las décadas de 1960, 1970 y 1980. Es decir, la determinación y la decisión por la militancia que reconocíamos en los sujetos del testimonio se quedaron con ellos. Al contrario, la distancia también permitió reconocer que más que ideologías y polarizaciones desgastadas, la responsabilidad es con la representatividad de la memoria en la literatura.

El caso es que en la representatividad de la memoria en el *corpus* saltan a la vista tres rasgos que la definen en la convergencia con el pasado y la función reedificadora que procuraron los narradores. En esa revisión no basta con sumergirse al interior de los mundos narrados para descomponer en múltiples piezas el trasfondo del producto estético-

abismos de incomprendiones y justificaciones de un conflicto armado que duró 12 años. Horacio Castellanos Moya publica *Moronga* en el 2018. En ella hay un discurrir de dos narradores cuyos encuentros e interconexiones revisten el carácter irracional de la guerra civil en El Salvador que los ha lanzado a Estados Unidos de Norteamérica; Gioconda Belli en *Las fiebres de la memoria*, también del 2018, construye una intrincada trama que tiene como fondo un ejercicio de la memoria constitutivo de las raíces europeas de su núcleo familiar.

literario que son las novelas, corresponde por analogía estimar la forma en que es presentado el *corpus*. Los géneros literarios en los cuales subyace la memoria también pueden entremezclarse y refrescarse en función de un presente.

El primer rasgo formal, en el caso de las obras seleccionadas, es la polifonía. El carácter histórico que se oculta en el empleo de las memorias colectivas impulsa como murmullos las voces de quienes fueron convocados en el universo narrativo, para Bajtín (1998) sucede un hecho particular con la articulación de los textos, él señala que:

Las fronteras de cada enunciado como unidad de la comunicación discursiva se determinan por *el cambio de los sujetos discursivos*, es decir, por la alternación de los hablantes. Todo enunciado, desde una breve réplica del diálogo cotidiano hasta una novela grande o un tratado científico, posee, por decirlo así, un principio absoluto y un final absoluto; antes del comienzo están los enunciados de otros (o siquiera una comprensión silenciosa y activa del otro, o, finalmente, una acción respuesta basada en tal tipo de comprensión [el destacado es del original] (p. 260).

El sentido de frontera planteado por Bajtín es, sin embargo, en el caso del *corpus* diluido en aprehensión de los narradores. Estos, según la teorización de Genette (1989a), al hallarse en instancias diferentes con respecto de quienes enuncian las memorias, se transforman en sujetos con la capacidad de traspasar “una especie de umbral figurado representado por la propia narración” (p. 283). En la medida que coexistan varios niveles narrativos con sus respectivos enunciados, así también más pluralmente se tejen interposiciones entre el tiempo pasado y el presente.

Si tomamos de cada uno de ellos, de Bajtín y de Genette, lo que teorizan acerca de la complejidad enunciativa y de la construcción formal del relato, podemos ejemplificar cómo el *corpus* es un mundo polifónico. Para ello fue necesario, tal y como se hizo en el Capítulo I, un primer acercamiento para reconocer qué hicieron los narradores en el universo narrativo y cuáles fueron sus capacidades de desplazamiento. Es por eso, que Irene, el corrector anónimo, el periodista *freelance* y el copista del Archivo descuellan por sobre todos y, sobre todo, la funcionalidad de tal tarea comprende entonces que en el mundo narrado “todo acontecimiento contado por un relato está en un nivel diegético inmediatamente superior a aquel en que se sitúa el acto narrativo productor de dicho relato” (Genette, 1989a, p. 284).

Cuando se despliegan ante nuestros ojos lectores los *incipits* de las cuatro obras es notorio que en tres de ellas la presencia y la voz narrativa dominante sea la de los narradores, en esto discrepa *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* Dicha diferencia es solo porque en el carácter de crónica, el primer apartado refiere el asesinato del Obispo Gerardi como estrategia situacional: primero el crimen, luego la serie de hechos que acompañan tal acto en un sentido detectivesco e incluso, judicial. Lo anterior, sin embargo, no es anulación o ausencia del narrador al interior de la narración como protagonista. Cada una de las novelas restantes emite, desde las primeras páginas, la notoriedad en la que se han colocado los personajes protagonistas como narradores. Sirva de ejemplo *Insensatez* con esta cita textual “*Yo no estoy completo de la mente*, decía la frase que subrayé con el marcador amarillo, y que hasta pasé en limpio en mi libreta personal” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 13) con la que el narrador superpone la memoria del indígena testigo cuando el Ejército guatemalteco asesina a su familia, al acto performativo de copiarla en su libreta y repetirla constantemente. Coincide el copista del Archivo, en cuanto enuncia la tarea que el pasado le sugiere “poco tiempo después de que se conociera la existencia del célebre Archivo del que he querido ocuparme, la madrugada del 17 de junio del 2005, un incendio y una serie de explosiones destruyeron parcialmente un polvorín del Ejército Nacional” (Rey Rosa, 2009, p. 11).

Además, desde el *incipit*, los narradores, se desdoblaron en el acto mismo de narrar y en ser paralelamente personajes protagonistas (el empleo de la primera persona es reconocible), leemos en la novela de Zardetto “los días pasan suaves y lentos en las entrañas de Guatemala. Siempre se apodera de mí el silencio. No más diálogo interior” (2005, p. 13). Desde el empleo del yo son reconocibles dos funciones claves en el universo narrado: el ente narrador se reconoce por sobre otras plurales voces y de paso, conjuga las memorias en función de intereses individuales y colectivos.

Los protagonistas del *corpus* descuelgan desde la voz narrativa y lo hacen a partir de la alternancia que ejecutan, como narradores y personajes son el punto en el que convergen dos o más niveles de discursos. Irene escucha a su abuela Toya, que a su vez había escuchado a su madre (Mama Amparo), la oralidad se convirtió en el vehículo transmisor de experiencias. Se despliegan con estos actos comunicativos la narración que las mujeres

antepasadas han pasado de boca en boca y las historias en el sentido significativo y edificante de constitución intersubjetiva familiar. Por su lado, en la novela de Rey Rosa (2009), sucede lo mismo acompañado por el rasgo distintivo de las fotografías, como postula Hirsch, estas conectan generaciones (2008, p. 107). Cuando Benedicto Tun hijo le relata historias al protagonista de la vida política guatemalteca de inicios del siglo pasado, al mostrar las fotografías y acompañarlas de explicaciones tiende el puente de una época de la historia de Guatemala que el narrador no conoce. El filólogo de *Insensatez* es otro caso particular, su fluir discursivo desborda el texto literario en su totalidad, no cede el paso a otras voces más que las copiadas del *REMHI* y, en ocasiones, diálogos manejados desde los hilos del estilo indirecto.

Lo anterior supone cerrar el umbral del que habla Genette (1989a, p. 283) porque convergen en un mismo punto la historia y la narración, eso es lo que sucede excepcionalmente con la novela de Zardetto (2005), por cuanto Irene llega al final, cuando sella la tumba de la abuela al reconocer(se) su identidad en analogía con la escritura que la acoge. En el *corpus* la brecha abierta entre historia y narración es la constante, pero sin subestimar el signo dialógico. Recordemos que el manejo del tiempo en concordancia con la historia, como constituyente del relato, es circular en la novela de Zardetto (2005), al cerrar actos, enunciaciones y brechas generacionales, Irene está cerrando(se) identitariamente. Con las restantes obras la linealidad es la impronta de un ejercicio con la memoria más público y colectivo, sin detrimento de lo íntimo y familiar.

El segundo rasgo son los niveles narrativos pues estos separan a los personajes de su tarea discursiva, ya despojados de voz y de presencia en el universo del pasado, han cedido el puesto, en el caso de la novela de Castellanos Moya, a los indígenas sobrevivientes del genocidio, a las personas en cuyas fichas se anotaron sus supuestos delitos y los destinos como las muestra el copista de *El material humano* y, finalmente, a las declaraciones dadas por múltiples testigos acerca del asesinato del sacerdote católico. Estos relatos guardan con el relato primero de los narradores interconexiones, en la teoría bajtiana se reconocen como “relaciones dialógicas [que] son relaciones (de sentido) entre toda clase de enunciados en la comunicación discursiva” (1998, p. 309).

Dado lo anterior y la complejidad del *corpus*, en su estructuración hay relatos dentro de otros como la figuración de las muñecas rusas artesanales contenidas en otras. Con esto,

es reconocible que los niveles narrativos lejanos en el eje espacio-tiempo de los narradores, como lo son las memorias de las colectividades, permanecen activas por las correspondencias dialógicas, por la presunción de que los narradores han mantenido con ellas una comprensión del mensaje o se han lanzado directamente a interpelarlas:

Toda totalidad verbal extensa y creativa representa un sistema de relaciones muy complejo y polifacético. Cuando existe una actitud creativa hacia la lengua, no hay discurso que no tenga voz, que no pertenezca a nadie. En todo discurso se perciben voces, a veces infinitamente lejanas, anónimas, casi impersonales (voces que acompañan los matices léxicos, los estilos, etc.), casi imperceptibles, así como voces cercanas que suenan simultáneamente al momento del habla (Batjin, 1998, p. 316).

En el cierre de este punto, los narradores han reabierto el diálogo incesante del pasado y con él a otros que, sumados en las memorias colectivas, han tornado posible un (re)encuentro del tiempo pretérito con la inmediatez del momento. El yo narrativo y protagonista del *incipit* de los cuatro narradores, en el umbral de las experiencias colectivas del terror de Estado, ha traído consigo a generaciones de la memoria, son testigos y desde la palabra, como alude Bajtín, audibles apenas, presenciales o ignorados por el sistema, contribuyen en la ingente necesidad para trabajar el presente y aunar tareas para el mañana.

Van Dijk (2010) postula que el contexto sociocultural permite el funcionamiento de los discursos literarios (pp. 138-139); explica a modo de ejemplo en forma general, el texto mismo, los escritores y los lectores como los mecanismos que propician dicho funcionamiento y engranaje comunicativo. Cuando los discursos literarios son socializados en el campo cultural esperan por una recepción, por lo que se convierten en imágenes devueltas de un enorme espejo que es la totalidad del mundo, en donde la existencia humana misma se lee y se escribe como un juego de selección aleatorio de la cultura.

En correspondencia con lo anterior, el discurso literario no es sino un puente que la Humanidad, en el aspecto cultural, ha tendido desde tiempos inmemoriales como ratifica Lotman cuando enuncia “[que] el texto representa el contexto como cierta parte del todo” (2003, p. 125). En este sentido global de la cultura y en el que el texto es una porción, surge la intertextualidad, esa es la última apreciación de lo que el pasado transfiere retóricamente a las memorias del *corpus*.

Con la intertextualidad, el trabajo de lectura se extiende en el alcance posible y aprehensivo del pasado, en el que generacionalmente pueden identificarse los guatemaltecos de un lado y de otro. Reconocibles en un nivel superficial por el recurso paratextual, los intertextos procuran la conversación de los narradores y de los lectores con el pasado, en que “la presencia efectiva de un texto en otro” (Genette, 1989b, p. 10) no pasa desapercibida.

Insensatez dispone un mosaico de piezas del pasado en el presente alucinante del filólogo, en donde calzan a la perfección las frases extraídas de testimonios del Informe *Guatemala Nunca Más*. Copiadas con letra cursiva y entrecomilladas, dichas frases sueltas que acompañan el discurrir discursivo del narrador guardan con el texto original o relato primero, un sentido semántico asociado al abandono, al pesar y al trauma no transferibles al narrador. Escogidas con cuidado le otorgan cierta vanidad a la figura del filólogo, las emplea según las circunstancias, si no fuera por las expresiones transcritas, su trabajo temporal en Guatemala y los nexos con los funcionarios de la ODHA pasarían por un ejercicio aburrido con escaso interés estilístico y semántico. *Insensatez* es, dentro de la clasificación que Genette (1989b) hace, el ejemplo en que la intertextualidad es reconocible por “[su] forma más explícita y literal ... de la *cita* (con comillas, con o sin referencia precisa) [el destacado es del original] (p. 10).

Como explicité en el capítulo anterior, *ConPasión Absoluta* posee en su haber las interconexiones con pasajes de muy diverso origen: algunos de carácter histórico, otros de vena literaria, noticias de periódicos y, así, hasta poblar de piezas el macro texto en que se constituye la novela. Corresponde con la obra también la cita, como explica Genette (1989b), más “*el plagio*, que es una copia no declarada pero literal” [el destacado es del original] (p. 10). Es reconocible en la Tabla 3 (p. 102) dicho ejercicio, así como numerosas citas, sin indicar las fuentes que agrupan todo el panorama de la escalada de violencia experimentada en Guatemala entre los años cincuenta hasta casi la década del setenta.

Con veinte fragmentos, la línea narrativa guarda discontinuidades y continuidades entre la vida familiar de la narradora y la noción de siniestro que se instaló en su individualidad y en la memoria colectiva, leemos “en febrero de 1970, Pablo Monsanto y Percy Jacobs secuestraron al canciller Alberto Fuentes Mohr y lograron la liberación de su compañero Vicente Girón Calvillo, capturado por las fuerzas de seguridad” (Zardetto,

2005, p. 291). Este caso sería el tercer modo visible de la intertextualidad que, por cierto, es compartida también con el resto de las obras, al respecto Genette menciona que “*la alusión*, es ... un enunciado cuya plena comprensión supone la percepción de su relación con otro enunciado al que remite necesariamente tal o cual de sus inflexiones, no perceptible de otro modo” [el destacado es del original] (p. 10).

El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo? y *El material humano* aluden a contextos, personajes y discursos, lo hacen desde una diversificación en cuanto a las memorias pues son novelas que las acompañan desde terceros objetos intertextuales como las fotografías, las entrevistas, los testimonios y el Archivo. Cuando el copista se sienta en diversas ocasiones a conversar con Benedicto Tun hijo, este insinúa, como si fueran del conocimiento del narrador, acontecimientos de la década de 1950 y 1960 en la agitada vida política de la nación guatemalteca. Quizá más interconectado en cuanto a las vías que la trama misma del asesinato del Obispo Gerardi pueda sugerir, la novela de Goldman (2009) está plagada de alusiones, frases sueltas, testimonios ambiguos en los que divagan los testigos, para tornar nublado el panorama en la resolución del crimen y de quienes fueron los perpetradores.

El empleo del recurso intertextual en estas obras presupone tres intereses clave para comprender los nuevos sentidos generados. El primero de ellos señalaría que el uso de pasajes históricos (algunos hasta literalmente copiados), notas periodísticas, crónicas, documentos judiciales, entre una larga lista, dan fe de que lo relatado tiene un carácter de verosimilitud o pretende mostrarlo, al menos. Las memorias del pasado confirman que la intersubjetividad colectiva violentada en el tejido social no es un espejismo, al contrario, es texto y como tal debe leerse. Guatemala sucumbe literariamente a volver por sobre el tiempo pretérito, quizá debido a las situaciones irresueltas e impunes de la violencia durante la guerra. Al respecto Albizúrez Palma (2013) escribe del grupo de escritores y la experimentación literaria de hechos no vividos:

transcurrido ya el primer decenio del siglo XXI, en términos generales, la problemática sociopolítica de Guatemala, las preocupaciones ideológicas o el diseño de utopías no son asuntos preferidos por la generalidad de los nuevos narradores. A cambio, se amplía el tratamiento de asuntos situados más allá de aquellas líneas temáticas que marcaron las décadas precedentes (p. 96).

El segundo interés compete a los destinatarios, quienes, en la recepción de los productos estético literarios, reaccionan con el bagaje cultural que las coyunturas sociopolíticas han proveído. No es aislado que, como múltiples piezas de un rompecabezas, los textos previos logren unidad de sentido en el *corpus* revisado, para eso dialogan con el pasado bélico de Guatemala y las memorias, solo que cuando lo hacen insertan a los lectores en la dinámica comunicacional que el proceso resemantiza. Sin ellos no hay cierre del discurso literario que proponen las obras, en cuanto contexto como comprensión del todo.

Si dentro de los universos narrativos he localizado la intertextualidad es porque hay otros significantes textuales que convergen en el discurso literario y en estas obras, en particular. Con la hibridación de géneros literarios, cierro las posibilidades que el pasado proveyó en cuanto a recursos empleados en la narrativa de posguerra. Mackenbach (2007) afirma:

Las nuevas literaturas centroamericanas se sirven de una amplia gama de técnicas y recursos narrativos, toman préstamos de los más diversos géneros y subgéneros y son caracterizadas por las más diversas rupturas, así como los procesos de cambio y las continuidades, tanto en lo temático como en lo formal. Esta literatura centroamericana reciente se caracteriza por un recuperar y retomar de la ficción en todas sus dimensiones [el destacado es del original] (párr. 22).

He denominado a esa línea renovada y creativa de la literatura centroamericana hibridación de géneros literarios porque dicha mezcla no es sino la (re)visitación de algunos y la (re)elaboración de otros, en cuya base descansa una nueva estética tratada en la región centroamericana. Dicha hibridez proporciona indicios también de una complejidad teórica con inquietudes y problemas nuevos. El caso es que la producción literaria de posguerra en Centroamérica ha respondido a una intersección de géneros y a una encrucijada discursivo-literaria.

El *corpus* no se erige solo por lo que se explicita en el ámbito discursivo, también lo hace desde bases canónicas literarias que subvierten las fronteras para entremezclarse, para diluirse en acontecimientos que necesitados de otros cauces, confluyan hacia el presente de los lectores. Si el pasado mismo de la nación guatemalteca revela una pesadez porque carga

consigo siglos de horror, violencia y trauma, la forma en que son presentados estos debe estar a la altura para sostener siglos de resistencia.

En la reconceptualización e hibridación de los modelos literarios *ConPasión Absoluta* aúna esfuerzos por renovarse desde un sentido íntimo con Irene como protagonista y narradora que va y llena sus experiencias ciudadanas en Vancouver y en Ciudad de Guatemala con el pasado más campesino y rural. Mientras lo hace, cede la hegemonía del falogocentrismo a las familiares o ella misma lo asume. Si bien es cierto, este texto literario navega por mares de la historia de la nación centroamericana, lo hace desafiando rutas y planos de viaje porque (re)toma y reescribe lo que ese falogocentrismo ya había escrito.

En la novela, el rompimiento espacio-temporal es la norma, pues hay un bombardeo de experiencias del pasado de las familiares de Irene y de ella misma, que confluyen en cuatro capítulos iniciales. En el quinto hay un derrumbe del género literario, pues se empieza a fraccionar otra vez la simetría cuando hace su incursión el discurso masculino en cuyos textos se habla de la vida política y productiva de Guatemala en los documentos *Acerca del café* y *El Señor Presidente* (pp. 117-121) que reelaboran como paráfrasis escritural de discursos masculinos. Paratextualmente reconocibles inserta en la vida nacional a las mujeres de su núcleo familiar.

Siempre en el Capítulo V, esta vez desde la intertextualidad de estilo, pues hay cuatro movimientos que remiten a una sonata, la narradora encaja la niñez de la Nena y las penurias económicas por la desatención económica del padre. La sección rompe con el hilo narrativo oral en la que la abuela Victoria le relata historias del pasado para dar paso a la Nena “cuestión curiosa que mi madre se aferrara a contar historias del pasado. Antes nunca había sido así. Ese papel le había pertenecido a mi abuela” (Zardetto, 2005, pp. 134-135), es por eso que la Nena relata su niñez como si fuera una composición musical.

El *Primer movimiento (allegro)* refiere la búsqueda y seguimiento que hace la Nena de su progenitor para el pago de la pensión alimenticia; además, revela cierto embelesamiento que guarda la niña por Manuel de la Rosa. Con el adagio, se rompen los nexos entre Manuel de la Rosa y Victoria, quien enamorada de otro hombre, es víctima de los celos y la violencia del rico hacendado “mi papá seguía necio. Como loco, nos pateaba la puerta en las noches, buscándola, pero ninguno le abría” (Zardetto, 2005, p. 126), este es

el *Segundo movimiento*. La ida al Palacio Nacional, en tiempos del general Ubico Castañeda, para sentar la responsabilidad de la pensión alimenticia que el progenitor de la Nena evade es el *Tercer movimiento*, la rapidez del movimiento reviste un sentido de premura ante las escasas posibilidades de surgimiento económico, recordemos que las mujeres de la familia de Irene son recolectoras de café, lavan ajeno o trabajan en un comedor vecinal, además hay una boca más por alimentar pues ha nacido una hermana de la Nena. El *Cuarto movimiento (presto)* moviliza el traslado de Victoria con las dos niñas y Mama Amparo a una zona rural para emplearse como maestra. Irene se coloca en *Paréntesis y Se cierra el paréntesis* para presenciar como interlocutora de su madre y de su abuela, el diálogo intergeneracional.

El recurso de las primeras noticias periodísticas y las epístolas hacen su aparición en el capítulo VI, *El señor de los señores: La United Fruit Company* sale en el capítulo VIII pero en la numeración par de las páginas, en las impares, la narración es de la Nena y la amistad con Meme (el comensal de la tía Julia). La alternancia en la narración emitida por Irene marcha al unísono con los pasajes de la historia nacional que dan cuenta de aproximadamente tres décadas de la vida guatemalteca, ese es el capítulo XII. Parece que la alternancia numérica de páginas pares e impares, le permite a Irene abrir dos vetas en cuanto a recursos paratextuales: son un por lado, el paralelismo de la vida individual junto a la colectiva y, por otro, una estrategia escritural en la que los lectores irremediamente tendrán que devolverse en la lectura y captar el sentido de ambos textos. *Dios, Patria y Libertad*, que se halla en numeración impar (pp. 321, 323, 325, 327, 329), está acompañado por cartas entre Ángel Ferrara y la Nena en las páginas pares. El último capítulo, subdividido en ocho secciones, inserta actos significativos en cuanto desenterramientos y enterramientos, son los cuerpos recuperados de los cementerios clandestinos para luego ser llevados en andas a reposar en tierras indígenas, es Irene cuando da el último adiós a la abuela Toya, es también su renacimiento a la escritura y a una renovación de vida.

Estable en la aproximación del género literario, *Insensatez* parece sostenerse en esquemas conocidos de la novela en cuanto a la linealidad narrativa, la inserción de recursos intertextuales y un principio definido así como un cierre. No obstante, también comparte un fluir apresurado, que desborda fronteras de mundos públicos y privados

porque en la dominancia de la voz del narrador, solo él abre espacios para otras voces o presencias:

volvía del umbral de la puerta hacia la silla donde pronto estuve de nuevo sentado, con la vista fija en la frase de marras, *Yo no estoy completo de la mente*, y de la cual me propuse saltar de inmediato a la siguiente, sin detenerme a divagar como recién había hecho, so pena de atascarme peligrosamente en la labor que apenas empezaba, pero mi propósito fue abortado a los pocos segundos por la irrupción en mi oficina de un chiquitín con gafas y bigotito mexicano [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 19).

La cita evidencia un desplazamiento del ámbito privado autorreflexivo a la cotidianidad del trabajo, las mesas de tragos y los deseos sexuales por las jóvenes cooperantes de la ODHA. La obra, como ejemplo de la novela moderna, traspasa indistintamente fronteras entre el fluir de la conciencia en forma de soliloquio al solaz con los amigos en la ciudad capital. La reflexión interior también es visible en *El material humano* pero de la mano de un diario personal.

Los pormenores en la revisión meticulosa del pasado y la cronología en que son presentados son la norma en la obra de Goldman (2009). Es una crónica periodística con cierta labilidad que se inclina al género policiaco de no ficción. Esta última cualidad es compartida también, según la crítica literaria, con la novela de Rey Rosa (2009). Sin necesidad de descomponer una a una las características de la crónica periodística, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* responde al llamamiento ético que procuró el narrador al desafiar una sociedad guatemalteca en su sistema jurídico y penal desbordados de impunidad. Con esto, amplió el espectro de recepción de la obra por cuanto si hubiera sido escrita desde la ficción narrativa, el público reducido que la recibe hubiera sido otro y menor. No obstante, la condición de crónica en la solidez documental y la objetividad que la acompañan, tratan de desmentir otras versiones que sobre el asesinato se escribieron y, de paso, quizás propositivamente contribuir con la resolución del caso. Al ser un relato, no está exento de la presencia de un narrador, que a pesar de la norma de que sea testigo, para el caso de *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* es protagonista ya que termina inmerso en el universo investigativo que el hecho suscita.

Pezzè (2018) sostiene desde dos columnas que la obra de Goldman peregrina por el género policial porque “en la novela encontramos los ya clásicos procedimientos formales de subjetivización” (p. 194) cuando el narrador dedica el primer apartado (*El asesinato* 26 de abril de 1998) a referirnos la figura del sacerdote católico como emblema de coraje ante el desafío de un sistema carente de amor por el prójimo y con los recursos oscuros para desaparecerlo. Los personajes, entre ellos los investigadores del grupo de élite denominado Los Intocables y el narrador mismo, serían la segunda columna, en la que este último “debe estar a la vez cerca de sus sujetos, penetrando sus experiencias vicariamente ‘mientras mantiene[n] una distancia estética que permite la transformación de la experiencia, dentro de un conjunto de convenciones narrativas, en una historia’” (Pezzè, 2018, p. 196). El narrador realiza alianzas estratégicas que le faciliten el cometido y, a la vez, la transformación de reportero a detective:

En mi primera visita a la ODHA conocí a Ronalht Ochaeta, quien fue amigable y razonablemente abierto, pero cuidadoso. Él elaboraba sus respuestas a mis preguntas como si esperara verlas impresas en un periódico al día siguiente. Me permitió, no obstante, pasearme por allí y un día me presentó a Fernando Penados, que se encontraba a cargo de las investigaciones y era, obviamente, la persona con quien yo debía hablar. Pero Fernando resultó tan amedrentador como hermético y rechazó mis primeros intentos para entrevistarle (Goldman, 2009, pp. 98-99).

Pezzè (2018) asevera que las vías en las que se moviliza la novela de Goldman permiten la mutación del testimonio a otro género (pp. 206-207) por cuanto Monseñor Gerardi no pudo narrar su propia historia, pero su lugar ha sido ocupado por un personaje que logra (re)insertarse en el contexto guatemalteco con las herramientas del presente, en donde el narrador, como el resto, comparte su visión del pasado.

El diario como forma narrativa con tintes autobiográficos aparece en la página 41 y ocupa todo el resto de la novela de Rey Rosa (2009), abre el portillo para un tono considerablemente experiencial por parte del narrador. La unidad del registro personal es rota en ocasiones, en función de intertextos que, en su labor compilatoria, hace el copista del Archivo, como se ha explicado en los capítulos precedentes, las diversas libretas y cuadernos llaman la atención sobre el empleo que han tenido en manos del narrador.

Conjeturo sobre dos razones acerca del sentido transfronterizo que se yergue en la obra de Rey Rosa (2009) en cuanto a la hibridación de los géneros literarios, pero al mismo tiempo al perfil metaliterario que posee. Cuando el narrador describe con formalidad cuál libreta o cuaderno emplea para tomar apuntes y hacer las notas del día, no solamente las describe por el afán de hacerlo, sino que instituye con ello la escritura de la memoria del presente, que día a día lo acompaña por el AHPN, el Archivo General de Centroamérica, las entrevistas con Benedicto Tun hijo, más la suma de las actividades familiares e, incluso, íntimas. Es decir, el narrador registra la inmediatez del presente y, para ello, en la supuesta tarea del futuro que sería la escritura de una novela, resguardar del olvido, del descuido o de la tergiversación, los hechos en su movilización por los pasillos del antiguo hospital militar. Ya de por sí lábiles entre el espacio público y privado, los diarios son bosquejados con ficción y ciertos elementos de verosimilitud.

Como ejercicio metaliterario, lo que hace el narrador puede responder a un llamamiento del futuro. Sin claridad de qué hacer con lo que escribe, ni en qué género literario presentarlo, el personaje (y narrador) de los diarios, puede ser el escritor del producto estético literario que pretende asumir en un momento cercano. En el *continuum* provisto por las libretas y los cuadernos puede hallarse el esquema de la trama literaria que no se ha escrito aún, pero que responde al deseo primero del narrador:

Por mi parte, más allá de la información que esperaba obtener en ese laberinto de millones de legajos policíacos acumulados durante más de un siglo y conservados por azar, después de aquella visita inicial las circunstancias y el ambiente del Archivo de La Isla habían comenzado a parecerme novelescos, y acaso aun novelables (Rey Rosa, 2009, p. 14).

Las anotaciones registradas al azar, en cuyos apuntes no hay meticulosidad, son la puerta para la creación de otro mundo literario en donde el narrador es un personaje metaliterario en su propia historia. Entremezclados los géneros del diario autobiográfico con la novela, el carácter factual del pasado guatemalteco amalgama desde la ficción, una interpretación compleja que deja abiertos los portillos de las memorias colectivas (transcritas aleatoriamente de las fichas del AHPN) y las del narrador mismo con el secuestro de su madre.

El tiempo pretérito fue revisitado en función de objetivos o metas, tal vez no estuvieron sólidamente definidos al inicio por parte de los narradores, pero esa actitud no deslegitimó los recursos del pasado para los personajes protagonistas. Los propuestos por Irene en el sentido identitario son un ejemplo de ello, así como los que se abren para los narradores del resto de las obras. Como escritores, tanto el copista del Archivo como el periodista *freelance*, acceden al pasado desde los recursos y las interrogantes del presente. Al respecto Todorov (2005) refiere lo siguiente:

Es superfluo preguntarse si es necesario -o no- conocer la verdad sobre el pasado: la respuesta es, en este caso, es siempre afirmativa. No es lo mismo en relación con los objetivos que se pretenden servir a través de ese recuerdo del pasado, y el juicio que tenemos sobre ello proviene de una opción sobre los valores, no debido a la fidelidad del recuerdo (pp. 31-32).

Los narradores en *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano* divergen en sus tareas acerca del pasado. Antes de que la obra de Goldman (2009) fuera publicada, circularon otros textos⁵⁴ con carácter periodístico que desestimaban *a priori* los razonamientos sustentados por el narrador. El protagonista pretendió arrojar mejores y más sustentados razonamientos del crimen que predefine como político. Ha leído el contexto con los ojos del pasado cuando vivió en Guatemala, asimismo, lo lee ahora con los ojos de quien ya no habita porque se ha alejado del sitio de conflicto. Concatena acción y reacción en cuanto al Informe presentado, con el brutal crimen cometido contra el sacerdote católico:

⁵⁴ Hay tres versiones con las que difiere el protagonista, la expuesta por los periodistas europeos Maite Rico y Bertrand de la Grange es la primera. En conexión con la anterior, surgió un artículo periodístico escrito por Mario Vargas Llosa, texto que desestima el narrador cuando señala “escribió Vargas Llosa, los autores de *¿Quién mató al Obispo?* habían desenmascarado un plan siniestro en el meollo del caso Gerardi ‘para encubrir a los verdaderos culpables, sacrificar a inocentes, y entronizar una monumental distorsión de la verdad, operación de la que un puñado de bribonzuelos, oportunistas y politicastros sacaron excelente provecho personal’” (Goldman, 2009, p. 338). El estudio forense del médico español Reverte Coma se constituye para el narrador en una faceta casi tragicómica de un personaje que en su imagen, su fama y su presencia pareciera esperpéntico, esta es además, la última versión de la que se encarga el protagonista cuando asiste en su calidad de testigo a la exhumación y nueva autopsia del cadáver del sacerdote. Al ritmo en que marcha la investigación por el crimen contra el obispo Gerardi, van las versiones sobre la culpabilidad señalada en los procesos judiciales, por lo que se puede extrapolar una mejor, certera y más cuidada visión de los acontecimientos que expone el periodista o que pretendió exponer. Su afán de develar las raíces del crimen es similar a la experiencia estético-literaria de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra: como en la novela moderna, el personaje protagonista reconoce versiones apócrifas que discurren al lado de la veracidad de su aventura caballescaca.

El asesinato, que en principio parecía un crimen con motivaciones políticas bien definidas –una consecuencia del informe REMHI–, se había convertido en una historia barroca con quizá las más perversas pasiones humanas. El misterioso hombre sin camisa que había aparecido en la puerta del garaje era ampliamente percibido como el personaje de un drama homosexual aún irresuelto (Goldman, 2009, p. 92).

Con los insumos y referentes factuales, como recursos estético-literarios, el narrador logró la obra que hoy leemos. El artículo para el diario estadounidense, menor en dimensión y en posibilidades, cedió el espacio a una escritura que le consumió poco más de diez años. Se trasluce además, una afectación de la vida personal y familiar, como otro referente de factualidad y de verosimilitud. Por último, entre líneas puede interpretarse que el personaje protagonista retribuye con su investigación cierto agradecimiento en nombre de su madre y de sí mismo por los recuerdos de su infancia, en la que su versión de los hechos es el agradecimiento a la patria de su madre.

La obra de Goldman (2009) reactiva el valor testimonial, la presencia de la persona testigo, el diálogo, el reconocimiento e, incluso, sopesa la fiabilidad de los testimonios (Ricoeur, 2004, p. 213) y de quienes los enunciaron. Pretende, por oposición, a otras explicaciones que circulan cuando investiga sobre el caso, atestiguar desde personajes clave como Rubén Chanax (su mejor ficha) que los otros autores sobre los hechos han dejado de lado por sesgos políticos y étnicos evidentes. Después de todo, si su trabajo es el pasado en interconexión con el presente, tiene para su disposición una amplia gama de recursos: cuantiosa cantidad de testigos, textos e hilos que seguir. Como sujeto de enunciación reconstruye una escena de crimen, pero lo hace desde las responsabilidades y la escritura que el presente le provee.

Con la novela de Rey Rosa (2009) la fidelidad del pasado obstruye la tarea inicial, lo anterior sucede por dos razones: la primera de ellas guarda correspondencia en el sitio mismo de la memoria y lo que resguarda. No puede ocultarse que, sin mayor objetivo de saber, los destinos de los escritores perseguidos y asesinados durante la guerra, el protagonista no va más allá de transcribir unas cuantas fichas que ni siquiera son de escritores. No reconocer que el sitio del Archivo podía, desde esa carga de utilidad del pasado, brindar respuestas acerca del secuestro de la madre, es la segunda razón. Trastoca

el sentido preliminar de búsqueda esta vez por el hilo que la figura de Benedicto Tun (Jefe del Archivo) puede brindar, nunca el acontecimiento familiar que acallado por la voz imperiosa del padre, la religiosidad y la aprobación de la madre (cuyo signo es la sonrisa) se esconden en las pesadillas que aterrorizan al copista.

Quizá con un espíritu de indefinición en *El material humano*, el protagonista se interroga e interroga el sitio mismo. Es decir, lo asume como espacio de trabajo con un gancho inconsciente de fascinación. Para ello, recurre a los insumos que su profesión brinda, son sus ojos de escritor que metaforizan el Archivo como un lugar con cierto sentido literario kafkiano. Pero, cierra siempre con indefinición de sí mismo y de la significación laboral de la tarea que estuvo desarrollando:

Por la noche./Sin duda quiero volver al Archivo. Quiero ver de nuevo el lugar, con la tropa de investigadores que me hacen pensar en personajes de Kafka, con sus ropas estafalarias, sus *piercings* y tatuajes debajo de las gabachas de uniforme color ocre con insignias verdes esperanza donde dice ‘Proyecto de Recuperación del Archivo’; los viejos de pelo gris y hombros caídos, los revolucionarios frustrados que trabajan ahí por el sueldo pero también, con una especie de sordo ahínco, porque quieren hacer hablar a los muertos. Porque casi podría asegurar que, como en mi caso, nadie está ahí (salvo tal vez la gente de la limpieza y los contadores) de modo completamente desinteresado o inocente. Todos, en cierta manera, archivan y registran documentos *por o contra* su propio interés. Con anticipación, y quizás a veces con temor también. Nadie sabe, como dicen, para quién trabaja -ni menos aún para quién trabajó [el destacado es del original] (Rey Rosa, 2009, p. 85-86).

La fusión con los otros (los trabajadores en el AHPN), le permite al protagonista experimentar cierta seguridad, se escuda con la frase “nadie sabe, como dicen, para quién trabaja –ni menos aún para quién trabajó” (Rey Rosa, 2009, p. 86) porque esa es la situación experimentada, oscila entre cierta ingenuidad e interés manifiesto. Desde luego, dicha circunstancia le permite comprender, al menos mientras dilucida qué rastro seguir, qué escribir y cómo hacerlo, que él, al igual que todos en el AHPN, tiene un propósito laboral en el que la jerarquía son ellos mismos.

Al insertarse en el pasado como objeto material (el AHPN), el narrador lleva a cabo las tareas acuñadas por Ricœur (2004) para el archivo cuando señala que está para ser leído porque es escritura y por lo tanto, para ser consultado (p. 215). El pasado escrito, cuya develación no es inocente por la forma en que fueron clasificadas las fichas, el material y la metodología, sirvió para atraer inicialmente al protagonista aunque este, semejante al personaje de *Insensatez*, vivió la experiencia del pasado como objeto material sin ser apenas tocado. Estas experiencias no están vacías de críticas; tanto el narrador de la novela de Castellanos Moya (2005) como el copista del Archivo, no discurren inocentemente por el mundo narrado sin dejar un acontecimiento, un material o a alguna persona sin burla (en algunos casos), sin crítica (constructiva o no) y sin apreciación desde cierta torre de marfil como escritores o correctores que son. El copista cierra, casi al final de la novela, con la crítica ácida de la cinta *La Colmena* en menosprecio de la memoria familiar (Rey Rosa, 2009, p. 165).

También en correspondencia con *Insensatez*, el copista cede a la vena artística literaria, pero es puntual en que ambos no concreten una obra específica, eso forma parte del final abierto metaliterario. Como posibilidades metaliterarias, las novelas son eso que no lograron ambos narradores realizar en el plano narrativo pero sí en la realidad. Sirva de ejemplo esta cita textual: “en cualquier caso, mi interés en el Archivo como objeto novelable, que comenzaba a declinar, despertó de nuevo a raíz de esta llamada” (Rey Rosa, 2005, p. 61). En el epígrafe del último cuaderno (Quinto cuaderno: pasta española) leemos “algo que también entristece es hacer cosas que uno sabe que no dejarán ningún recuerdo. BORGES *citado por* BIOY” [el destacado es del original] (Rey Rosa, 2005, p. 141). No es casual que este epígrafe haya sido el elegido para cerrar con las tareas que, en el plano literario, vislumbra el narrador. La primera de ellas compete al Jefe (así lo denomina, pero es el Director en el momento en el que el copista logra entrar al AHPN) y la segunda, en el plano privado cuando su hija le pregunta qué está escribiendo. El escritor reconocido en el Archivo es egocéntrico: no valdría la pena tanto esfuerzo, tiempo y pesadillas, si esta labor no es reconocida en el ámbito público.

La funcionalidad del tiempo ido y de las memorias, en el *corpus*, semejantes en espacio y contexto, resultaron diferentes en el empleo y en el sentido propuesto. Además,

los propósitos iniciales fueron trastocados según las circunstancias del tránsito por el pasado. Por lo anterior, con Jelin (2001) comparto que

Inevitablemente, las perspectivas políticas, intelectuales y académicas acerca de la memoria y el olvido están llenas de emociones. Sin embargo, el involucramiento emocional, la indignación o rechazo moral y el compromiso político no tienen por qué obstruir la capacidad de reflexión. Más bien, pueden constituirse en una fuente de energía para la reflexión analítica sobre la significación de la memoria, el silencio y el olvido, y para la emergencia de nuevas maneras de incorporar el pasado (p. 99).

En el *corpus* no es manifiesta una tensión y una disputa de la memoria, es más bien significativo que homologar las obras arrojara como resultado una complementación histórica de la memoria guatemalteca. Son complejas desde los modelos estético-literarios que ya hemos conocido, sus experimentaciones discursivas son extrapoladas al contexto y al canon adscrito de la posguerra guatemalteca. Es decir, si consideramos el contexto en que surgen las obras (median cuatro años entre sus publicaciones), estas explicitan el complejo camino de transición hacia la democracia en la nación centroamericana, camino único que se esperaba luego de la guerra. Cercanas temporalmente, pero heterogéneas en los ejercicios de las memorias las novelas, son además, visiones políticas e ideológicas novedosas, interpretaciones de la resistencia que instauran otras formas para ser leídas. Posicionan la noción de que la memoria también es una acción política.

Una generación transmisora del pasado

La generación de intelectuales y escritores que pudieron alejarse de los conflictos armados de Nicaragua, El Salvador y Guatemala guardan similitud con otras. La transferencia del pasado es posible lamentablemente en situaciones de violencia, señalo a modo de ejemplo el Holocausto judío durante la II Guerra Mundial, la represión militar en Argentina (1976-1983), el golpe de Estado y la dictadura de Augusto Pinochet (1973-1990) en Chile. Quienes vivieron en carne propia dichas situaciones han traspasado el pasado como memorias ejemplares o, incluso, como memorias literales (Todorov, 2013).

Al hacer recuento de *ConPasión Absoluta* podemos enfatizar el punto intermedio en el que se encuentra Irene: en tiempos de la pacificación en Guatemala, oye las historias de

su abuela y de su madre mientras integra las personales. En *Insensatez* dicho reconocimiento no se puede realizar: la trama no se asienta sobre una base generacional determinada. *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano* comparten simultáneamente experiencias familiares que colocan a los narradores en relevos del pasado familiar y colectivo, en fin, ellos como sujetos sociales fueron la generación de la posguerra en su sentido más inmediato y consciente.

Hirsch (2008) revisa los traspasos generacionales de las memorias, lo hace en el contexto del Holocausto con la especificidad de que quienes son, en el tiempo actual los depositarios, no habían nacido cuando tal hecho aconteció. Ella los denomina “la generación bisagra” (p. 103) y confiesa interrogantes en las que reconoce la forma ética del acercamiento al dolor de los semejantes, como es el caso con la familia. Cuestiona si esa generación bisagra puede apropiarse de las memorias como una manera de marginar a quienes sí vivieron los traumas colectivos.

ConPasión Absoluta no es sino una forma de afianzamiento familiar y personal de hitos en la Historia nacional, Irene ausente del pasado de su abuela y de su madre ocupa en el momento narrativo el lugar de testigo y de escribiente, cuando salva del olvido los relatos de sus antepasadas, en esto es coincidente la cita de Hirsch que ratifica la conexión de la memoria:

descendants of survivors (of victims as well as of perpetrators) of massive traumatic events connect so deeply to the previous generation's remembrances of the past that they need to call that connection memory and thus that, in certain extreme circumstances, memory can be transmitted to those who were not actually there to live an event [los descendientes de sobrevivientes (tanto de víctimas como de perpetradores) de eventos traumáticos masivos se conectan tan profundamente con los recuerdos del pasado de la generación anterior que, necesitan llamar a esa conexión memoria y, por lo tanto, en ciertas circunstancias extremas, la memoria puede transmitirse a los que no estaban en realidad para vivir un evento] (pp. 105-106).

La narradora de la obra de Zardetto (2005) está inserta en una unidad matrilineal de memorias, de memorias de conexión, como apunta Hirsch: a lo largo de su historia familiar la dominancia incluso como forma de sobrevivencia, ha estado en manos de las mujeres

(Mama Juana, Mama Amparo, Victoria, la Nena y las tías) para hacerle frente a los tropiezos que se evidencian en una sociedad machista como la guatemalteca. Acentúo también la preponderancia del ámbito privado femenino como el sitio en el que al calor de la sororidad y de las luchas por hacer, acoge la cesión del pasado al presente de Irene desde la oralidad, es lo que en palabras de Jan Assmann (citado por Hirsch, 2008, p. 110) se constituye en memoria comunicativa con carácter biográfico y factual. Con esto hay reconocimiento de quienes experimentaron el dolor en sus formas íntimas y públicas a diferencia de los rompimientos, los vacíos o ausencias como lo demuestran *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano*.

Cuando Hirsch inserta en la discusión el término postmemoria considera que obedece a la dinámica propia del momento en cuanto a que solo este siglo ha empezado a denominar con el prefijo post a distintos movimientos sociales y artísticos. Pues bien, en esas líneas asevera que la postmemoria mantiene con los anteriores el vaivén de la permanencia y de la ruptura (2008, p. 106). En la obra de Goldman (2009) hay disolución de los nexos con el pasado, el traslado de la unidad familiar del narrador a New York corta los significantes que momentos y ciertos espacios geográficos de Guatemala le generaron. Como adulto, años después reintentó conexiones y acercamientos a dichos sitios, aunque su trabajo como periodista investigador pesa más que el ámbito simbólico y sentimental familiar.

Similar situación experimenta el narrador en la novela de Rey Rosa: hay ruptura pero desde la voz masculina y dominante del padre, quien en el núcleo familiar detiene el traspaso de las historias familiares. Es contrastante que en los planos narrativos de *Con Pasión Absoluta*, las mujeres no se guardan nada para sí mismas, transfieren y vacían el pasado en Irene, mientras que el padre del copista del Archivo paraliza un hecho de trascendencia familiar y, con ello, las oportunidades de sanar. Hay un desbordamiento del mundo de la racionalidad pedida por el *pater familias* solo posible en el espacio del sueño: el narrador tiene la pesadilla de que su madre muere. Van Alphen (citado por Hirsch, 2008, p. 109) escribe que el trauma no es traspasado entre generaciones, sin embargo, las circunstancias en las que se halla el protagonista propician el malestar por acontecimientos obstruidos y no resueltos en su familia. La canalización del secuestro de la madre puede subsanarse en la escritura, que por cierto revela indecisión y falta de un canon preciso para

hacerlo, es entonces que el narrador al igual que el padre, considera explicarle a su hija: “le dije que estaba tratando de armar un cuento ... Le digo que no sé, que tal vez es sólo [*sic*] para mí” (Rey Rosa, 2009, p. 179).

Con *Insensatez* cabe más bien preguntarse, desde la argumentación de Hirsch, si lo que hizo el narrador fue otra interconexión “*Postmemory’s connection to the past is thus not actually mediated by recall but by imaginative investment, projection, and creation* [Por tanto, la conexión de la postmemoria con el pasado no está mediada por el recuerdo, sino por la inversión, la proyección y la creación imaginativas]” (2008, p. 107). En la recapitulación de la novela de Castellanos Moya (2005), salta a la vista que el protagonista ocluye las memorias propias en preponderancia de las copiadas del *REMHI*. Hay, entonces, un desplazamiento de estas para recolocar las de los pueblos aborígenes: “le dije: vaya paradoja, que un sujeto con la más arquetípica pinta de conquistador español se haya dedicado con tanta devoción a rescatar la memoria masacrada de los indígenas” (Castellanos Moya, 2005, p. 82). Con un anacronismo, con respecto de la apariencia física de lo que el narrador denomina pinta de conquistador, está el salto generacional. El corrector alude a épocas remotas de siglos pasados, une en la imagen de un conquistador español el momento presente, para reiterar el acallamiento de las memorias, independientemente, del plazo en que hayan sido desaparecidas.

Es probable que en la molestia manifiesta contra la figura de Joseba y del resto de los españoles que laboran en la ODHA, el narrador acuerda dejar a la libre su imaginación creadora, reescribir las memorias desde otra voz; esta vez ladina, como “*narratives that preceded one’s birth or one’s consciousness* [narrativas que precedieron al nacimiento o a la conciencia de uno]” (Hirsch, 2008, p. 107). Si no las escribieron los indígenas sobrevivientes o bien, lo hicieron los españoles en la época de la Conquista, no le importa al narrador; en el presente él mitifica aquellas que sobrevivieron al conflicto armado como analogía y preservación de las más antiguas.

Hirsch argumenta “*postmemory is not identical to memory: it is ‘post’, but at the same time, it approximates memory in its affective forcé* [la postmemoria no es idéntica a la memoria: es ‘post’, pero al mismo tiempo, se aproxima a la memoria en su fuerza afectiva]” (Hirsch, 2008, p. 109). Esto se logra con el distanciamiento del tiempo pasado e incluso geográfico para el caso de algunos escritores e intelectuales centroamericanos que, en las

décadas más duras de la guerra, abandonaron sus patrias. Es decir, estamos frente a las postmemorias escritas de las memorias, pues bien, esto pudo darse por las razones de que los escritores se alejaron de sus naciones, la guerra terminó por acuerpar la decisión de irse en búsqueda de otros lares. Horacio Castellanos (de origen hondureño-salvadoreño) vivió en Canadá, Costa Rica y México durante buena parte de la guerra; con Francisco Goldman ya sabemos que su familia se trasladó a Estados Unidos de Norteamérica cuando él era aún un niño. Por su lado, Rodrigo Rey Rosa salió de su país en 1979 e inició un recorrido por varias partes del mundo, Carol Zardetto fue la única que permaneció en Guatemala durante el conflicto armado interno desde un ámbito ciudadano. Es decir, los autores se fueron, los narradores vinieron en el sentido simbólico del término a la patria y al pasado de las memorias. Por consiguiente, con esa visita a las memorias, los narradores se integraron discursivamente en la reconstitución del pasado que no experimentaron, pero que sí recibieron de otros. Continuaron con el traspaso generacional y lo hicieron de la mejor manera que pudieron:

“Once verbalized,” she insists, “the individual’s memories are fused with the inter-subjective symbolic system of language and are, strictly speaking, no longer a purely exclusive and unalienable property. . . . they can be exchanged, shared, corroborated, confirmed, corrected, disputed—and, last not least, written down” (ibid.: 3). [“Una vez verbalizados”, ella insiste, “los recuerdos del individuo se fusionan con el sistema simbólico intersubjetivo del lenguaje y, estrictamente hablando, ya no son una propiedad puramente exclusiva e inalienable. . . . se pueden intercambiar, compartir, corroborar, confirmar, corregir, disputar y, por último, no menos importante, anotar]” (Assmann, citada por Hirsch, 2008, p. 110).

En el *corpus* los narradores pretendieron primero constituirse en sujetos hablantes de la posguerra, para ello demostraron que contaban con acceso a los recursos del pasado oculto, invisibilizado o acallado, emplearon los Informes de la Verdad, los archivos, las cartas y los testimonios de diversa índole y de acceso en bibliotecas, publicaciones, entre otros, con lo que coadyuvaron en las intersecciones del panorama posguerra. Había que dar espacio a tantas voces en esa fragmentada visión de la posguerra, es, según lo enunciado por Aleida Assmann en la última cita, la memoria para ser reconocida y comprobada, en la que el público lector seducido por el tinte histórico y llevado al extremo podía confirmar si

lo que aparecía en las obras guardaba nexos con la realidad latente de la guerra y la posguerra, por eso los cuatro narradores dialogaron con el pasado en el juego de la memoria, al lado de las ya preexistentes de la otredad.

Otras producciones estético literarias, por su lado, difieren en el hecho de que no intersecan documentación con carácter de legitimidad de lo enunciado, pero igual apelan al pasado como recurso literario. Muestran en otro orden, dos planos de un mismo acto narrativo: el tono de verosimilitud está dado por el narrador quien remite al pasado (con espacios, referencias vagas acerca de la guerra y fechas), estos son ejemplos del narrador en *Camino de hormigas* (2014) de Huezo Mixco o *Morongá* (2018) de Castellanos Moya, para citar ejemplos de productos estético-literarios más recientes en la región centroamericana. En la primera novela, el protagonista baraja su vida guerrillera en El Salvador en cartas del Tarot, mientras que en *Morongá* la referencialidad que no es para nada indirecta, sentencia las vidas de dos individuos (José Zeledón, ex guerrillero y Erasmo Aragón, intelectual), de estratos sociales diferentes, ambos salvadoreños, a sucumbir en la racionalidad estadounidense.

El distanciamiento, al tratar otras memorias de seres humanos lejanos en el tiempo es el segundo aspecto. En el *corpus* los cuatro protagonistas acceden al tiempo ido de las memorias de otros, como complemento de las propias. Esta acción no oculta una aproximación al pasado en aras de hallar en él cierto provecho, después de todo la memoria es redituable, lo que acarrea como una primera conclusión que quienes dictaron ese pasado de terror tampoco relatan en el producto estético literario en el que aparecen, carecen de voz porque esta ha sido transpuesta en función de las postmemorias de la generación bisagra. Válido, no obstante, para interrelacionar sus mundos de vida a la de la nación guatemalteca.

Yo asumo el presente como mejor me parezca

Para Cortez (2010), la posguerra no es el eje primordial de su estudio, al contrario, postula “mi interés no es el definir la posguerra como un momento cultural e histórico. Mi interés es explorar la sensibilidad de posguerra como una que contrasta con la sensibilidad utópica y esperanzadora que acompañaba la fe en los proyectos revolucionarios” (p. 25). Con lo anterior, según lo propuesto por la autora, es reasignar una carga semántica a la

posguerra, en cuanto hecho vivencial subjetivo de los ciudadanos en naciones centroamericanas desde la literatura. La traslación de sentido que Cortez acuña para la posguerra es considerada en el desarrollo de esta sección. No obstante, brindo otras categorías que permitan la discusión del panorama narrativo centroamericano, la primera de ellas es la tarea propuesta de “explorar la estética del cinismo como un proyecto fallido, como una trampa que constituye la subjetividad por medio de la destrucción del ser a quien constituye como sujeto” (Cortez, 2010, pp. 25-26).

Si bien es cierto no hay una idealización del pasado en las obras consideradas, tampoco hay una exaltación del presente, lo cual se traduce en un punto medio, el espacio intersticial serían las memorias por cuanto fluyen como alternativas que pretenden buscar las respuestas de un pasado cargado de interrogantes, cuerpos sin enterrar y victimarios sin culpar. Son, asimismo, vías para acceder a los ejercicios de reconstitución colectiva, en cuya base pueden hallarse dispositivos operacionales y generacionales que activan la necesidad de dialogar con el pasado en búsqueda de respuestas. La posición del sujeto posguerra en ese punto medio, que Cortez examina como destruido, no es la única, ella misma reconoce el carácter ambivalente que el cinismo conlleva: o bien, obedece al impulso cínico autodestructivo o, hace frente con cierta rebeldía y hasta con normas poco ortodoxas el momento que le tocó vivir (Cortez, 2010, pp. 283-284).

Para Cortez (2010) el peso recae en la subjetividad autodestructiva de la posguerra, lo que distingue el *corpus* en el que hay un libre albedrío en las decisiones del trabajo con el pasado que hicieron los cuatro narradores. A saber, por elección, independientemente del tiempo y las acciones ejecutadas, los personajes protagonistas llegaron al tiempo pretérito desde el presente sin autodestruirse ni hacerlo con sus semejantes. Al contrario, hicieron permisible una reinención de las memorias con espacio para las propias y en el camino ellos también se reinventaron. Esto último es coincidente con Todorov cuando argumenta que “la recuperación del pasado es indispensable; lo cual no significa que el pasado deba regir el presente, sino que, al contrario, éste [*sic*] hará del pasado el uso que prefiera” (2013, p. 27).

Todorov apunta a los extremos en los cuales la memoria ha sido fetichizada, se le erigen monumentos, museos y conmemoraciones (2013, p. 52), una parte de la sociedad que se reconoce víctima de hechos de lesa humanidad, por ejemplo, no transita a ámbitos

simbólicos en los que la memoria les restituya posibilidades para asumir el presente sin cargar con el resentimiento del tiempo pretérito. El afán del teórico no es menospreciar ni el carácter formal del ejercicio de la memoria, ni vaciar de contenido los atroces acontecimientos de la Humanidad en los que se perdieron muchas vidas, pero sí hacer un llamado consciente del uso que puede otorgársele a la memoria.

Estimo, entonces en estrecha relación con lo propuesto por Todorov, que Irene, el corrector anónimo, el periodista *freelance* y el copista del Archivo en la vida democrática, que aparentemente acoge Guatemala luego de la firma de los Acuerdos de Paz y en la inmediatez de la narración, se constituyen como sujetos que no mitificaron el pasado como pudieron hacerlo quienes, desde una ideología particular heredada de los años crudos de la guerra sí lo reclamaron como propio y fue el motivo literario del género testimonio. Al contrario, ellos movilizaron y sacudieron el pasado para sacarlo del ámbito de la oscuridad con el fin de obtener respuestas de él. Las formas en que lo hicieron divergen, pero los intereses son coincidentes en cuanto a las transformaciones operadas en los personajes protagonistas.

La forma en que son leídos los hechos del pasado, pasan para Todorov por dos apreciaciones, ambas activadoras de ocupaciones pero sí opuestas en los resultados: la memoria ejemplar y la memoria literal. Ambas lecturas que hacemos del pasado proponen nuevos ciudadanos herederos del tiempo ido, en el cual “la memoria literal, sobre todo si es llevada al extremo, es portadora de riesgos, mientras que la memoria ejemplar es potencialmente liberadora” (2013, p. 34). Con esto, los cauces hacia los cuales se dirigen las subjetividades tocadas por los discursos de las memorias son, en las obras, muestra del libre albedrío y de la capacidad de decisión de cómo acometer el presente heredado. Cada narrador asume libremente lo que el pasado le ha ofrecido, es por eso que cuando Irene ya ha enterrado a la abuela Victoria reflexiona “‘Haga su vida...’, era un mandato. No podía desoír a mi abuela. Decidí escribir y que eso justificara el paso del tiempo” (Zardetto, 2005, p. 369), con esto interrelaciona la voluntad del pasado en el mandato de la abuela y la acción que el presente le abre.

De igual forma sucede con la novela de Goldman (2009): el afán del sujeto narrador que hemos reconocido a lo largo de esta tesis, lleva además, un carácter asertivo de cómo la memoria colectiva debe estarse movilizando en función de un sentido de verdad y de los

sujetos que trabajan en su búsqueda. Si bien es cierto, el arranque del trabajo investigativo en el que el narrador acompañó a Los Intocables en las pesquisas, los móviles del crimen, las entrevistas y el descarte de coartadas tuvo como finalidad un artículo publicable en un diario estadounidense, degeneró en un libro extenso y detallado que forzó las cerraduras de sitios en los que la impunidad y la desvergüenza quisieron instalarse:

Si en algún momento albergué la esperanza de que este libro tuviera un impacto en el mundo, fue con el fin de que reivindicara a las personas involucradas en el proceso -los jóvenes de la ODHA, Leopoldo Zeissig, los jueces- que habían sido blanco de la propaganda más cruel, mantenida durante años en muchos medios guatemaltecos y en otras partes. Y mientras viajaba por Estados Unidos, recibía el mensaje de las gentes que conocía, muchos de ellos guatemaltecos, de que el libro, en efecto, contribuía a esa reivindicación (Goldman, 2009, pp. 461-462).

Con Irene y el periodista, el legado autodestructivo que provee la posguerra no los toca, no cargan su psique con fantasmas de la guerra y el crimen (como el de Monseñor Gerardi). Al contrario, encauzan en la medida de lo posible experiencias de corte íntimo (como sucede en la novela de Zardetto) con las de carácter judicial y en cierta forma ocultas o borradas por las falencias de un sistema que se reconoce corrupto. El pasado, a pesar de sus horrores, no detiene la maquinaria del presente y eso es posible porque personajes como los perfilados en ambos productos estético-literarios lo permiten, Todorov sostiene que

cuando nuestra conducta deja de ser privada y entra en la esfera pública, abro ese recuerdo a la analogía y a la generalización, construyo un *exemplum* y extraigo una lección. El pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente (2013, pp. 33-34).

Sirva de base esta cita de Todorov para homologar las novelas restantes, no en la misma medida de socialización como lo fueron las experiencias escriturales de Irene y el periodista, pero sí intermedias entre esa faena y la que reconoce Cortez cuando teoriza acerca del cinismo como forma destructiva del sujeto moderno (2010, pp. 300-301). Si bien es cierto que los ejercicios de la memoria narrados en *Con Pasión Absoluta* y *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* son ejemplares, los de *Insensatez* y *El material*

humano no se ubican en ninguno de los estadios anteriores, aunque posicionados desde el presente, hacen con este lo que sus subjetividades les surten.

En el fluir de las sociedades de consumo, cada vez más semejantes, en las que las raíces de una ciudadanía global no necesariamente establece nexos con la patria, la “homogeneidad y la uniformidad” (Todorov, 2013, p. 54) llevan a derrumbar saberes y prácticas locales en función de una episteme universal: los bienes de consumo cultural, los medios de comunicación que los publicitan y las tendencias que procuran incitar han calado hondo en los seres humanos. Herederos del siglo pasado en cuanto las características acuñadas por Todorov (2013), los ciudadanos globales tomaron fuerza, sin precisamente, renovarse en el presente. Dichos rasgos acompañan al resto de los narradores, no es una crítica, después de todo es el presente que les ha tocado vivir, en donde surgen ocasionalmente fantasmas de la guerra, el exilio y cierto nomadismo.

Además, para Todorov (2013), el pasado es maleable en función de la individualidad. Intuye el interés particular que la Modernidad ha sustentado, él revela que “del nuevo culto a la memoria: al constituir un pasado común, podemos beneficiarnos del reconocimiento debido al grupo” (p. 55). Por ello, no debe sorprendernos que, con algunos rasgos de cinismo reconocibles en el filólogo anónimo de *Insensatez*, más la ganancia que el narrador de *El material humano* cree hallar en el Archivo, se fusionen beneficios. Ambos personajes masculinos descifran un entendimiento de que, en el presente inmediato, ya sea con la manipulación de las frases enunciadas por los indígenas sobrevivientes de las masacres en la década de 1980, ya de las fichas de seguimiento del AHPN, el tiempo pasado hace su aparición como veta literaria. Es por eso que el filólogo muta con los verbos en condicional, en el escritor que desea ser para hacer pública la historia del registrador civil de Totonicapán:

pues una trama de suspense y de aventuras que yo tendría que haber comenzado a hilvanar esa mañana de domingo, cuando aún yacía tirado bajo las sábanas con mis pensamientos jugando un ping-pong desordenado, si yo hubiera sido entonces un novelista, claro está, y no el corrector de barbaridades que soñaba con ser quien no era (Castellanos Moya, 2005, p. 74).

La transición del presente de posguerra en el que se hallan sumidos los narradores del *corpus* se bifurca en dos tipos de subjetividades. Aquella que es el ejemplo del cinismo,

Insensatez de Castellanos Moya ocupa ese espacio. *ConPasión Absoluta* y *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* no son equiparables en el cinismo destacado por Cortez (2010), al contrario, sus relatores comparten una memoria ejemplar y pública en un afán de que la historia, cuando está plagada de horrores, como lección colectiva no se repita. Asimismo, posicionan a los narradores en las circunstancias que habían dejado; por lo que Irene y el periodista *freelance* retornan a la nación guatemalteca en búsqueda de respuestas que lograron obtener. En ellos, la memoria en un sentido transformador y renovador, modifica sustancialmente sus mundos de vida y los de los otros. Quienes entraron al pasado no fueron los mismos que salieron de él.

Con el resto de las obras, el empleo de la memoria reviste un sentido mimético. Sumergidos en el pasado colectivo, los narradores no han hecho más que (re)direccionar lo acontecido de una otredad hacia la especificidad de sus subjetividades y de sus tareas, por lo que el filólogo producto de una superposición de espacios y tiempos, se debate en un delirio de persecución mientras que el copista, quizás ayudado por el consumo de drogas, experimenta pesadillas que se materializan en llamadas anónimas a deshoras de la noche. Intentan convencer de que la fuerza textual de los horrores del pasado se traslada al presente de sus existencias, que tal conducta es posible y que a ellos les ha tocado vivir medianamente los mismos hechos del pasado.

Del ejercicio de la memoria también pueden abstraerse conductas y lecciones para el tiempo presente, es por eso que el copista del Archivo alecciona a su sobrino sobre lo sucedido en el pasado inmediato de Guatemala. Él le refiere a Mauro acontecimientos nacionales como el crimen contra los diputados salvadoreños (en febrero del año 2007), las elecciones presidenciales del mismo año, en las cuales propuso su candidatura Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz (1992) y escándalos de corrupción:

Mauro hace una serie de preguntas acerca de cómo podría cambiar para mejor un país como Guatemala. Llegamos a la conclusión de que, milagros aparte, no hay nada bueno que esperar, salvo tal vez una revolución moral (improbable) o la intervención por parte de una potencia superior.

—¿Cómo la de Estados Unidos en Irak? —pregunta Mauro, y nos reímos.

Le digo que las cosas seguramente van a empeorar mucho antes de que mejoren. Le digo que tal vez no hay que pensar en cómo cambiar las cosas, sino en

cómo alejarse de todo eso. Que su destino no está forzosamente allá, que tal vez debería pensar en la posibilidad de vivir en otro país (Rey Rosa, 2009, p. 131).

Si bien es cierto que hay desencanto en los discursos de posguerra, también hay falta de ideologías y de ideales en los que asentar una contribución tanto para la ciudadanía como para las sociedades. Quizá es que los individuos que narran esa porción específica de la historiografía de Guatemala solo les compete hacer lo que hacen. Tal vez la anomia notable en la voz del narrador cuando cena con el sobrino, la impunidad que el corrector de estilo pregon a los cuatro vientos, al igual que el periodista, lamentándose de los intrincados, retorcidos y oscuros caminos hacia la luz al final del túnel, sean formas de sobrevivencia en una sociedad carcomida aún por la violencia.

Otra razón es el período que les ha tocado vivir a Irene, el filólogo, el periodista y el copista porque en la transición hacia la paz los escenarios pueden ser inestables. Tienen que vivir y por libre albedrío lo hacen como mejor les parezca, en cuyo caso las estrategias de sobrevivencia son hacerle frente a ambientes densos de impunidad, inactividad de la justicia y búsqueda de la verdad. Cabe también pensar(se) el futuro como lo hace el protagonista de la novela de Rey Rosa:

Me alegra pensar que Mónica y sus hijos estén lejos de Guatemala. “A salvo”, pienso. No puedo dejar de imaginar que tal vez en un futuro no muy lejano me tocará volver a exiliarme. Y claro, me preocupo al pensar en cómo algo así podría afectar al destino de Pía (2009, p. 124).

White enfatiza el peso que la dictadura argentina muestra aún en el siglo XXI, argumenta que la memoria pública debe tornarse dinámica en la búsqueda de respuestas. Para ello, requiere de nuevos medios y modos para aprehenderse en su sentido diverso, no desde el único que emana de la historiografía dominante. Pondera que ese dinamismo es posible porque “necesitamos de nuevas clases de representaciones históricas, nuevas técnicas para presentar tales acontecimientos, y posiblemente, hasta nuevos modos de comprensión para transformarlos en un conocimiento útil a nuestras comunidades” (2005, p. 96). Eso, casi sin temor a errar, es tarea para quienes leen hoy las obras del *corpus*.

Memoria: voluntad e interpretación

Al conjuntar las novelas seleccionadas afloran tensiones que, sin pensar, el estudio mismo arroja. En el *corpus* las posiciones, las formas y las subjetividades que sustentaron el empleo de las memorias como recurso, diferencian los acercamientos y los objetivos –al menos los iniciales– de los narradores. En esto último coincido con Nora quien aporta la siguiente reflexión, con respecto del interés que los lugares de la memoria representan para las sociedades:

Lo que los constituye es un juego de la memoria y de la historia, una interacción de dos factores que desemboca en una sobredeterminación recíproca. Al principio, tiene que haber voluntad de memoria. Si se abandonara el principio de esa prioridad, se derivaría rápidamente de una definición restringida, la más rica en potencialidades, hacia una definición posible, pero blanda, que admitiría en esa categoría a cualquier objeto virtualmente digno de recuerdo (2008, p. 33).

En la consideración para reconocer cuáles tareas, posibilidades y medios que los narradores del *corpus* hallaron en las memorias, desde la cita de Nora (2008) derivan algunas perspectivas para considerar. Cuando Irene decide, en las páginas finales de la novela, sepultar el pasado y escribir lo que ha pospuesto por tanto tiempo, (re)define dos elementos clave: la literatura misma y la memoria. Con esta última, se había estado jugando las posibilidades de entender que lo que le correspondía hacer, era reinventarse desde otras formas o posibilidades, en este caso, con la literatura. Ricœur (2004) anota “como todos los actos de discurso, también los de la memoria pueden triunfar o fracasar. Por esta razón, este deseo no es percibido en principio como un anhelo, sino como una pretensión, una reivindicación” (p. 633). Así, cuando se trasladan las posibilidades que la memoria surte al resto de los narradores, se abre el panorama para determinar, desde el presupuesto de Ricœur (2004) entre otros, si la memoria como discurso tuvo un sentido en las obras y para los narradores. Aúno también a Nora (2008) en cuanto a las memorias como sitios; en el sentido figurado, factual y simbólico, los objetos del pasado no tienen valor por sí mismos, tiene que considerarse la reciprocidad de la historia y la memoria en el que un sujeto activo y con él una sociedad –por el sentido colectivo halbwachiano– encaucen la atención hacia el objetivo planteado.

ConPasión Absoluta muestra que, en la literatura, praxis con la que cierra la novela, el discurso de la memoria cobra sentido para Irene, en particular a la luz de las memorias familiares. Ella, con esa responsabilidad, cierra el capítulo no solo de sí misma en una búsqueda errante, sino que además instaaura una nueva *alter ego* que resurge a la vida producto de la pasión y la crucifixión:

Siempre quise escribir ... Ese pequeño objeto [el libro] contenía un secreto alucinante: podía hacer que olvidara por completo quién era, podía tener otra, infinitas, inimaginadas formas ... Presa de mis pesadillas, no tuve antes la osadía de crearme, de parir a la hija de otro sueño, de otra idea, de otra historia (Zardetto, 2005, pp. 368-369).

Es por lo anterior, que quien ofrece una voluntad clara y definida en cuanto a la memoria sea Irene. Ha llegado al fin de la novela con la sabiduría adquirida en el tránsito de un año cronológico, para la protagonista escribir(se) es resurgir tanto de las memorias de sus antepasadas, de su nación y de sí misma, son su forma de (re)invertarse y de (re)nacer. No obstante, la utilidad de las memorias se queda en el plano personal e íntimo, cuando Irene accede a las nacionales (como vimos en el capítulo anterior), se revela un vacío que ni ella misma reconocía. Desde una lectura social y política, este vacío acontece por diversas causas: como protagonista durante su infancia y adolescencia a Irene se le ocultaron acontecimientos de la vida nacional e, incluso, de la familiar. Recordemos que, durante años, errantes debido a los conflictos domésticos por la manutención, la educación y el dominio paterno, los niños Ferrara estuvieron bajo el cuidado de la abuela Toya, en ocasiones con la Nena, con el progenitor y su otra familia, en internados y fuera de Guatemala; son experiencias paralelas a los períodos en los que se recrudeció la lucha armada entre el Ejército y los movimientos revolucionarios.

Incluso la lectura del Informe *Guatemala Nunca Más* acontece por un obsequio de C, pareja sentimental de la protagonista y ex guerrillero. C es la voz, que en el presente, intenta despertar del letargo en el que se halla sumida Irene, pues su voluntad de memoria, en cuanto a los hechos descritos por él sobre la matanza en *Las Dos Erres*⁵⁵ son

⁵⁵ La masacre de Las Dos Erres es el caso ilustrativo número 31 de *Guatemala Memoria del Silencio*, Tomo VI (Casos ilustrativos Anexo I), aparece en las páginas 397-411, en las cuales se detalla lo siguiente, en boca de un exkaibil que rindió su testimonio ante el Ministerio Público “*Cuando el pozo estaba casi lleno, algunas personas aún seguían vivas y se levantaban tratando de salir pero no podían. Pedían auxilio y mentaban a*

desconocidos y no dimensionados aún en su mente. Irene, quien se quedó en ámbitos de control paternal, pero de protección ciudadana durante la niñez y adolescencia, no experimentó ni conoció tales hechos genocidas. Su primer acercamiento a la violencia ciudadana se refleja en este diálogo con C:

“¿Por qué tanto sadismo?”, lo interrumpo.

“¿Te sorprende?” No se sale indemne de una historia como la nuestra ...

“Una adolescencia irresuelta, dice Fellini”, quiero romper la tensión del momento, la seriedad. Mi comentario cae al vacío ...

“Todos llevamos la semilla del mal dentro: un pequeño Ríos Montt, muerto de pánico, que manotea buscando seguridad” ...

“No sé si comprendo bien. ¿De qué hablas?...”

“Irene, no lo podés entender si no salís de tu lógica cotidiana. Pensá con otra lógica. La lógica del poder” (Zardetto, 2005, p. 109).

En la plática hay una compulsión por parte de C para que Irene entre en el proceso comprensivo de la historia del dolor, historia de la cual ahora lee pero que no tuvo conocimiento ni dimensionó. Dicha compulsión exhorta a la interpretación simbólica en la figura del expresidente y general Ríos Montt. Semejante en el planteamiento de Thiebaut (2005), C ha trasladado en el general el presupuesto de que “tal vez porque nos resistimos a no comprender ese específico mal que ocurrió y que ocurre surge un esfuerzo de nombrarlo y de darle concepto” (Thiebaut, 2005, p. 20). Mientras la conversación fluye, notamos cada vez más dispersa a Irene que no sabe cómo y de qué forma enfrentar los argumentos que expone su pareja, así como sus silencios “cayó en un silencio que hacía sentir la atmósfera pesada” (Zardetto, 2005, p. 109), Irene, por su lado, observa “las palabras de C y la sinceridad en sus ojos directos, golpeaban mi cerebro. Más allá de sus palabras, sentía en su mirada la pertenencia que tenía con su propia existencia y me daba rabia” (Zardetto, 2005, p. 110).

Por estas razones, la protagonista de la obra de Zardetto alejada tanto espacial como temporalmente de algunos hechos de violencia de la década de 1980 se autorreconoce, por

Dios. Después, cuando lo estaban tapando, todavía se escuchaban quejas y llantos de las víctimas” [el destacado es del original] (pp. 401-402), en el trabajo posterior de recolección de datos “La CEH logró identificar a 178 víctimas ejecutados, entre hombres, mujeres y niños, todos ellos pobladores civiles de la comunidad Las Dos Erres” (p. 406).

oposición a C, molesta. Dicha rabia podría traducirse en el desconocimiento de Irene de la matanza de Las Dos Erres, pero parece cobrar más fuerza “la pertenencia que tenía con su propia existencia” (Zardetto, 2005, p.110) que intuye en C con respecto del pasado y que ella no posee. Por eso él exhorta a Irene a abandonar su lógica cotidiana y, en su lugar, asumir, desde el entendimiento y la comprensión, un acto genocida como el de Las Dos Erres. Pasar por el tamiz anterior (la racionalidad del poder) y abrirse a la lectura de los acontecimientos puede transformar a Irene. En las páginas siguientes de la novela, ella cierra con piezas que acopladas, ofrecen un panorama general de Guatemala, en él inserta hechos como otras matanzas, cementerios clandestinos, exhumación de cuerpos; más cercano en el tiempo explicita la violencia en las cárceles guatemaltecas, grafitis de malestar social en las calles y la ironización de la paz (Zardetto, 2005, pp. 113-115).

Hay un elemento paratextual que la protagonista femenina comparte con respecto de la memoria. En *ConPasión Absoluta* después de la dedicatoria y los dos epígrafes, leemos un fragmento sin autoría anotada, por lo que puede asumirse como parte de la pluma de Irene y expone el final de la novela. Es también, dentro de la tendencia circular que la narradora ha compartido, un fragmento que no puede pasar desapercibido porque conmina a la batalla contra lo que no se escribe y que puede caer en el temido olvido. Destaca en el fragmento el valor de la escritura y la renovación de lo que ya está escrito:

No dejar el papel en blanco es lo principal. Aparte de eso, nada importa porque al fin y al cabo, el papel aguanta. Todo está ya escrito. Aun así, queremos poner palabra tras palabra para contar la misma historia, la única posible. Sólo [*sic*] los accesorios son nuevos, como cuando uno saca del armario un viejo vestido que todos han visto y le coloca ese cinturón recién compradito y presume de haber descubierto el mundo, el universo, el ser... (Zardetto, 2005, s.n.).

El empleo de accesorios, es decir, las tácticas, constatan que la labor literaria es colectiva y común como práctica humana, con el poder renovador de la palabra. Como mostré en el capítulo anterior, la narradora ha utilizado otros recursos y posibilidades textuales que el canon literario e histórico reconocen como la novela *El Señor Presidente* de Asturias o *Fruta amarga. La CIA en Guatemala*. Mientras se ha adueñado de esos textos, como ejemplo, ha reasignado novedosos sentidos a los discursos que los constituyen.

Todorov (2005) alude a que las memorias no son ni buenas ni malas, oscilan en la sacralización y la banalización, con respecto de la primera no obvia la singularidad que un hecho haya tenido y la forma en que este sea nombrado, sin que por ello, se descuide la especificidad de la vivencia considerada sagrada. Es entonces que Irene, por su lado, ha mostrado que “cuanto más numerosas son las relaciones, más los acontecimientos se convierten en particulares (o singulares)” (Todorov, 2005, p. 28). Las memorias sagradas en *ConPasión Absoluta* se expanden a las memorias familiares exclusivas, en consonancia con el matiz de tradición católica que impregna tanto la imagen paratextual de la portada y del sentido semántico que arrojó pistas en el capítulo anterior. Irene ha particularizado sus memorias con cierto atractivo, las ha renovado como formas poco usuales de mirar el pasado, conocido y doloroso para una gran parte la ciudadanía guatemalteca.

Otro sentido en la lectura de las memorias de Irene guarda relación con la figura del hermano mayor Turín. Este joven, médico de una de las áreas marginadas en Guatemala, es, para la protagonista, la imagen de la integridad, la rebeldía y la autonomía, leemos por ejemplo “fue desde entonces mi héroe” (Zardetto, 2005, p. 39). Con dos figuras clave (la abuela Toya y el hermano Turín, quien había fallecido a causa de una disentería), Irene cierra el ciclo de las memorias, lo que oportunamente la llevarán a la escritura:

Quando terminaron de vestir a la abuela, supe que había llegado el momento del adiós. “La vamos a meter a la caja ya”, anunciaron los empleados de la funeraria. Le di un beso y le dije despacio al oído: “Salúdame a Turín... Decíle de mi parte que el olvido no existe” (Zardetto, 2005, p. 360).

La conexión incluso con los muertos es, para Irene, un acto comunicativo, como un hilo discursivo las palabras de la abuela Toya enredan ahora a su nieta. Irene, a su vez, nos llevó como lectores por la historia familiar e histórica de Guatemala para terminar en el oído de la abuela con el mensaje para su otro nieto. No obstante, en medio de ambos extremos del hilo generacional de historias y memorias, ha habido un fluir de circunstancias que han golpeado a todos los personajes de la trama en *ConPasión Absoluta*. Escribe Jelin (2001) que el período presente ofrece, desde diversas ópticas, alteraciones del tiempo (rapidez e inercia, por ejemplo) y, con este, consumos efímeros, con respeto del período reconoce:

Para los seres humanos que viven estos procesos, el cambio rápido puede provocar situaciones de *desarraigo*, producidas ya sea por desplazamientos y migraciones (a veces impuestos por situaciones de violencia política o de carencia económica) o por disrupciones ligadas a transformaciones económicas y políticas que se dan en un mismo lugar –en el que se ha nacido y crecido. Estos procesos de desarraigo, paradójicamente, llevan también a una búsqueda renovada de raíces, de un sentido de pertenencia, de comunidad [el destacado es del original] (p. 91).

En esa aceleración del tiempo Irene abandona nexos familiares como su abuela materna y a su hermano, deja a Guatemala sumida en la atroz violencia y aunque no desee o lo ignore abandona parte de sí misma cuando se traslada a Vancouver. Cuando regresa a la patria se halla, une el hilo generacional, remedia el desarraigo del cual habla Jelin (2001), casualmente por situaciones de violencia política. Cierra el círculo de las memorias y de las suyas propias con la escritura. Además, la búsqueda en el pasado de sus antepasadas no es sino, una indagación simbólica, cuyo referente concreto se halla en las puertas, con ellas abre los tiempos pretéritos en los que las memorias permiten mantener vivos los nexos con quienes ya no están. Por lo anterior, en las últimas páginas de la novela, Irene Ferrara envía el mensaje con la Toya para sellar el desarraigo que llevaba consigo y (re)conectarse con Turín.

Las experiencias y sentidos de las memorias son disímiles, la novela de Castellanos Moya no es coincidente ni en los objetivos personales, pues estos no son manifiestos, al menos explícitamente, ni reconocibles a nivel de las memorias, ni a nivel histórico. El corrector solo exalta el interés de creación literaria con la utilización de los enunciados entresacados de los testimonios. No obstante, puede considerarse cierto afán cuidado, que desde su profesión como filólogo, le permite la selección de aquellas frases atractivas para su acto elocutivo.

La novela exuda desde las primeras páginas con la frase “*Yo no estoy completo de la mente*” [el destacado es del original] (Castellanos Moya, 2005, p. 13) que por la fuerza retórica y semántica se muda al protagonista en una insensatez ya anunciada desde el epígrafe, leemos: “ISMENE: Nunca, señor, perdura la sensatez en los que son desgraciados, ni siquiera la que nace con ellos, sino que se retira. Sófocles, *Antígona*”. De la cita de *Antígona* en relación con *Insensatez* hay un sentido concatenado en estas relaciones: el

indígena de la frase del *incipit*, luego de experimentado el horror de la guerra, lleva consigo la insensatez por la desgracia de haber nacido indígena, pobre y objeto de violencia en Guatemala. A su vez, el pasado que arrastra, es decir, las memorias de los pueblos ancestrales que resguardan consigo el horror de otras acciones insensatas (guerras intestinas en la época precolombina, Conquista y colonización por parte de los españoles) perdurarán con ellos por siempre.

Esa insensatez es eternizada en el seno de las etnias indígenas, no del narrador a quien apenas tocó y logra por sus medios escapar luego de terminado el trabajo para el cual fue contratado solo para darse cuenta del asesinato del Obispo Gerardi. No hay vocación de memoria, según Nora (2008), pero sí un reconocimiento de que la hay por los testimonios que corrige estilísticamente el protagonista: por ejemplo, él interrelaciona el genocidio de los tiempos de la Conquista española en cuanto nexos con la labor que, en el tiempo presente ejecutan los cooperantes españoles en la ODHA e ironiza al respecto. Sirva esta cita textual para ampliar en el sentido de memoria que posee el protagonista:

La memoria puede ser convertida en estéril por su forma: porque el pasado, sacralizado, no nos recuerda nada sino a sí mismo; porque el mismo pasado, banalizado, no hace sino pensar al mismo tiempo en todo y en cualquier cosa. Pero, además, las funciones que se hace asumir a ese pasado no son todas igualmente recomendables (Todorov, 2005, p. 29).

Al descomponer la cita se tejen conexiones de cuánto interés para sí mismo representaron las memorias que leyó mientras hizo el trabajo filológico, es decir cuánto peso, valor y utilidad intuyó en las frases el narrador, quien llegó a ellas por una suerte de empleo ocasional. Cuando, incluso, las lee para sí mismo o para el público que no oye y no las atiende con la vehemencia que el filólogo espera, han pasado de ser sagradas a ser banalizadas. Por último, el pasado preciso registrado en los testimonios, tal y como da cuenta el capítulo anterior, tiene referente en la década de 1980. No obstante, el narrador las abstrae convirtiéndolas en todo y en nada, pueden ser motivo para una obra literaria que no escribe, son el tema de conversación que los interlocutores no atienden. Proviene de una realidad factual, son las memorias de una ciudadanía golpeada en lo más hondo de sus subjetividades que no tocaron al filólogo, aunque este ejecutara el acto repetitivo de narrar

la insensatez experimentada por los otros e insertarse en ella, no es homólogo ni a los otros ni vive la misma experiencia de terror.

Por último, Grinberg Pla (2007) escribe “representaciones literarias como Insensatez ponen la perspectiva de un intelectual en escena que entra al trauma por medio de los testimonios de los sobrevivientes y queda atrapado en él” (párr. 36). Al narrador le atrae el trauma de los otros, no obstante, entró y salió de él ileso. Con Todorov comparto que el empleo del tiempo ido como recurso banalizado por el protagonista, solo ha reiterado esa necesidad, un tanto egocéntrica, de ser quien recite las frases por las calles, bares y restaurantes de Ciudad de Guatemala. En el fondo, es el todo y el nada de conversaciones que no satisfacen a ambas partes.

Como conclusiones de este capítulo señalo los siguientes puntos para recapitular: los cuatro narradores conjugaron lo que mejor les ofreció el presente para lograr la reinterpretación del pasado, la que quisieron hacer, para lo cual eligieron las memorias que satisficieran sus interrogantes sobre el pasado nacional. Es decir, con la polifonía, la intertextualidad y la hibridación de géneros literarios sacudieron el tiempo ido en búsqueda de los recursos que, en sus experiencias escriturales y narrativas, cobraron sentido para sí mismos, para quienes fueron retratados en las novelas y, finalmente, para quienes los leyeron. En el *corpus* también fue evidente hallar interpretaciones en cuyo caso, los personajes protagonistas cedieron ante otros contextos y otros datos acerca del pasado guatemalteco.

Disímiles en esas voluntades, el *corpus* arroja, en el caso de *ConPasión Absoluta*, el sentido de rememorar como constitutivo de la identidad de la protagonista, asimismo, del producto que puede generarle: escritura de sí misma y de los suyos como parte de la historia colectiva y particular. Esta obra homologa la finalidad clara y directa del narrador de Goldman (2009) en cuanto a tareas definidas, las otras novelas por el contrario, navegaron en mares de interés literario que no llegaron a buen puerto. También es reconocible el carácter que las memorias colectivas como recurso literario marcaron en los cuatro narradores, juntas poseen sentido para la comprensión del presente. Aisladas se vacían de contenido.

Es Irene quien instituye por decisión propia el capítulo extenso de la historia de Guatemala y de sus antepasadas como reinención subjetiva. Para ello, tuvo que revelarse

en cuanto al vacío y al desconocimiento desde una lectura social y política de su propio terruño y lo hace a sabiendas de que ha venido a reelaborar algo ya hecho, tanto para la vida literaria como nacional. Siempre con las posibilidades abiertas de los elementos paratextuales, la narradora acompaña su ejercicio de escritura autodefiniéndose con formas renovadoras, es la reelaboración de las memorias mismas y de la literatura. Irene particulariza las experiencias del pasado que fue común a la ciudadanía guatemalteca.

Insensatez, por su lado, descubre algo que ya intuimos desde el *incipit* de la obra misma: carente de objetivos personales, en las páginas se reconoce un narrador al inicio aséptico quien, por la fuerza de los testimonios y de las circunstancias, cede a cierta paranoia. Traslada por la escritura y luego la voz, los discursos que han sido el destino de los pueblos indígenas desde tiempos inmemoriales. Son memorias de un otro colectivo del que el filólogo no se siente parte ni revela mayor compromiso que el de recitar los enunciados de hondo sentido desgarrador. Cerrado el libro y con él las tareas, la revisión filológica y el traslado a Alemania, los testimonios que lo fueron todo en el contexto mediato de Guatemala, yacen ahora olvidados y apabullados por un hecho que el mismo ejercicio de la memoria generó: el asesinato del Obispo Gerardi. Con tareas más ingentes el protagonista de la obra de Goldman (2009) sí logra reunir razonamientos desde una heterogeneidad de recursos de la memoria, por el contrario, el copista del Archivo divaga un poco en la precisión de la tarea que, con respecto de la memoria, planea ejecutar.

El periodista *freelance* socializa su experiencia en la que se intuye una retribución de la memoria que guarda desde la infancia en concordancia con la de su madre. Hace hablar a otras voces desde los laberintos peligrosos del pasado frescos aún en el presente, en cuanto a las motivaciones, circunstancias y posibles culpabilidades el crimen de Gerardi, muestra al ámbito público *su* versión de los hechos, considera otras que han desestimado o ignorado las memorias de personajes clave en el crimen.

En *El material humano* la interrogación es la mayor tarea de la memoria para el protagonista. El Archivo atrae, tiende sus hilos, aleja, pero también desvela el horror en conexión con hechos familiares (que se tornan recurrentes en las pesadillas del personaje protagonista). Su sitio de trabajo es el Archivo, el pasado, pero inconstante, incluso despistado en los pasillos que resguardan la memoria, el narrador termina al final por sumirse en nudos metaliterarios: es soñar que escribe mientras está siendo escrito.

Con el *corpus* no afloraron sentidos de tensión en cuanto al empleo de la memoria, al contrario, explicitan homogeneidades constructivas y generacionales, tanto políticas como ideológicas en la que la nueva tendencia literaria de la región centroamericana desde finales del siglo pasado (última década) e inicios del siglo XXI puede hallarse en la dicotomía de abandonar, posiblemente, la violencia instalada por la posguerra y avanzar hacia otros temas, referentes y problemas que acarrea también el pasado en mezcla con el presente.

Conclusiones

“No hay futuro sin memoria”.

Torres-Rivas, 2009, p. 11.

Al término de esta tesis, cuyo título es *El papel de los narradores como sujetos reconstructores de la memoria individual y colectiva en cuatro obras de la posguerra guatemalteca* he subdividido las conclusiones del objetivo general, en resultados específicos (que son la suma del desarrollo de los capítulos) y las aportaciones.

Sobre el objetivo general: En los análisis efectuados a las obras *Con Pasión Absoluta* (2005) de Carol Zardetto, *Insensatez* (2005) de Horacio Castellanos, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* (2009) de Francisco Goldman y *El material humano* (2009) de Rodrigo Rey Rosa, el proceso reconstructivo de las memorias ha sido significativo, a continuación enumero los siguientes aspectos:

1. Ubicados en contextos mentales, los narradores manejaron el macro mundo creado desde la palabra y la escritura, se trasladaron al tiempo ido desde la inmediatez de la narración para exteriorizar el panorama de un período que, sin haber finalizado, retrata a Guatemala en sus años más sombríos. La oscilación que, como narradores, ofrecen los personajes es constante, pasan indefectiblemente a mostrar las líneas discursivas de otros, en tanto les sirvan como referentes, con ese acto especular Irene, el filólogo, el periodista y el copista miraron el espejo de la colectividad que les devolvió imágenes comunes a todos para el repaso propio de sus pasados. Hay copia textual y parafraseo de los textos discursivos de la oficialidad, de los contextos en los que se asentaron, por lo cual, los protagonistas han insertado discursos en el macro discurso de la nación. No han sido solo narradores, han investigado y husmeado en la historia del pasado de Guatemala, pero con cierta noción de lo que deseaban para sus proyectos personales.

2. Aunado a lo anterior, y en defensa de un carácter de libre tránsito tanto por el mundo narrativo como en la elección de sus vidas mismas al interior de las novelas, los cuatro narradores conjugaron lo que mejor les ofreció el presente para lograr esa reinterpretación del pasado y la escogencia de las memorias que satisficieran sus interrogantes sobre el pasado nacional. Es decir, con la polifonía, la intertextualidad y la hibridación de géneros literarios sacudieron el tiempo ido en búsqueda de los recursos que,

en sus experiencias escriturales y narrativas, cobraron sentido para sí mismos, para quienes fueron retratados en las novelas y, finalmente, para quienes los leyeron.

Sobre los resultados específicos: Parto de lo particular para adentrarme en lo general, porque como propuse en los objetivos específicos, estos inician con la caracterización de los narradores como sujetos discursivos, trasladan esos rasgos a los objetos textuales y testimoniales de las memorias que los ocupan para, finalmente, entretejer cierto interés por las memorias develadas:

1. El Capítulo I ilustra un discurrir discursivo que reconoce las identidades, la vida cotidiana y las interrelaciones entre Irene, el filólogo anónimo, el periodista *freelance* y el copista del Archivo. Aislados, no aportarían el sustento que permite la interpretación del macro discurso de la violencia de Estado, este, a su vez, es categoría de conocimiento compartido por las memorias colectivas. En el acercamiento hecho por los cuatro narradores han restituido el macro discurso del terror, que los cobija a pesar de la pacificación centroamericana.

Al ser sujetos con ciertos privilegiados en cuanto a formación profesional y cierta estabilidad económica, el desplazamiento geográfico les resulta, no solo un escape ante el conflicto armado que vivió Guatemala, sino que también los provee de más recursos, contactos y visión de mundo para el regreso. Irse de las naciones, tanto Guatemala y El Salvador (para el caso del narrador de *Insensatez*), no fue solo elección, son la generación que no optó por sumirse en los dos bandos de sus naciones. No asumieron una postura respecto de la polarización que las sociedades centroamericanas experimentaron en las décadas de 1970 hasta la firma de los Acuerdos de Paz. El distanciamiento implicó, para estos casos particulares, una tercera opción: la de constituirse al regreso, en tiempos de aparente pacificación, en la sociedad civil que espera la obtención de respuestas desde las armas con las que cuentan. Irse y regresar se convirtieron en experimentaciones fronterizas, son transformaciones de las subjetividades que les permitieron una gama de concepciones del tiempo ido para justificar las búsquedas en el momento presente.

Cuando los narradores se acercaron al pasado lo hicieron con ópticas disímiles, es obvio, que sus circunstancias las determinaron. Incluso, el nivel de detalles que dejan colarse entre las líneas de lo expresado permitió extender una lectura de las situaciones sociales en las que se hallaban en el momento de la posguerra, es por ello que Irene relata

en forma circular aconteceres de la vida nacional y de la suya propia, que más adelante cierra o retrocede, en ocasiones, para hacerlo. En lo que concierne a los personajes protagonistas del resto del *corpus*, la posguerra genera trabajo, genera escrituras, es por eso, que más sólidamente reconocen lo que pueden o no hacer con ella. Para el filólogo, es elemental distinguir que corrige estilísticamente las memorias recopiladas en forma testimonial para esperar un estipendio, igual acontece con el periodista *freelance*, así como el copista que desea escribir una novela. Irene, no se propone escribir, pero, al cierre de la novela, ha alcanzado el impulso que su repaso anual de acontecimientos le ha generado.

Los capitales culturales, el aparente desinterés para asumir una ideología determinada frente a la polarización de la guerra, las relaciones intersubjetivas y las circunstancias espacio-temporales bosquejaron quiénes eran, qué pensaban, qué hacían los cuatro personajes al momento de la posguerra (recién iniciada) esto fue posible desde el marco metodológico pues los rasgos definidos permitieron más adelante saber con quiénes entrábamos al pasado rural de Barberena, a la oficina de la ODHA, al parqueo del Arzobispado y al AHPN.

2. Acceder a la memoria fue la reedificación de discursos derrumbados en aras del poder. Con la literatura, los narradores como usuarios del lenguaje, también han reedificado la patria con los escombros desde lo común. Asimismo, es un acto transitivo, es continuidad y oscilación; quien entra al pasado y lo relaciona con el presente, puede acceder a un proyecto mejor para el futuro, en eso coinciden los juicios de valor. No es casual que Irene ubicada en el contexto más fresco de la firma de los Acuerdos de Paz compagine la violencia en las cárceles guatemaltecas, así también coinciden el filólogo anónimo y el periodista *freelance* con el asesinato del Obispo Gerardi.

Si en las décadas de 1970 y 1980 la impronta narrativa mostraba el rasgo emergente del testimonio centroamericano como forma escritural inaugurativa, que con sus posibilidades, recursos, virtudes y defectos, mostraba el sendero a seguir; hoy, el *corpus* deja ver también las inconsistencias de quienes las narran. Son al igual que el testimonio, actos de subalternidad, pues en las obras reconocemos narradores que no son precisamente homólogos de quienes dictan los testimonios o cuidan los archivos. La educación y la formación como en los escribas del género testimonial los distancian, no solo en plano de acceso al reconocimiento editorial, también la vivencia subjetiva se traduce en un abismo.

Se repiten patrones de una otredad, pero el género literario, al igual que las circunstancias recientes, han obligado a que los discursos se diversifiquen. He ahí la suma del discurso de violencia acogido por las Comisiones de la Verdad, la ficción y la memoria individual.

Si en la década de 1980 en Centroamérica, la profundidad y la responsabilidad de hacer testimonio estuvo en una ciudadanía en pleno sitio de combate, en el siglo XXI, en casi idéntica relación con el testimonio, para los narradores, cuyo desplazamiento espacial y temporal los distinguió, fue otra la manera de empuñar las armas en el sentido metafórico, fue arremeter con la fuerza necesaria en las memorias. Ya aplacadas las bombas y las balas en el campo de batalla, el reposo abría otras vetas creativas. El *corpus*, por eso significativo, cedió el paso a la calma aparente de la batalla armada, pero no el del silencio de la represión, el genocidio y el trauma. Dicha narrativa de posguerra es heredera del testimonio por cuanto manifiesta un mismo hilo narrativo y unas características similares en la recopilación.

Es por lo anterior, que en la (re)composición de las memorias, los narradores han echado mano de estrategias de muy diversa índole. Ofrecieron una conglomeración cargada de recursos estilísticos que superpone discursos. La obra *Con Pasión Absoluta* en forma más oculta provee de textos históricos parafraseados, es reescritura de la historia que bien sabemos reconocida por una minoría privilegiada. Ya sea desde la intertextualidad, ya desde el parafraseo, es la subversión textual y estilística que procuró Irene como forma de retratar las condiciones socioeconómicas de las mujeres de su familia. En esa revisión del pasado, que puede ser considerado como punto muerto en el devenir que los tiempos modernos, el resto de los narradores han retrotraído la inactividad de los textos, las voces y las presencias físicas que los acompañan al momento presente, es la visibilización del pasado.

Heterogéneas memorias, así como disímiles empleos, algunos inconexos, otros incompletos, así fue como se trataron en el *corpus*. Por eso, no es casualidad hallar que Irene como obra monumental conglomerara la historia de la nación en conjunción con la de su familia. La novela de Castellanos Moya (2005) que abstrae del Informe *REMHI* experiencias de desarraigo, trauma y dolor físico, en boca del protagonista terminan por volverse opacas. Cuando consideró poetizarlas y por lo tanto, transformarlas en un producto estético-literario, no fue más allá del afán de hallar reconocimiento en ellas. La

distancia física y luego emocional marcan la transición por parte del narrador hacia el abandono precipitado, pero con el olvido por completo de estas.

Insensatez, similar en cierta línea ideológica a la de Zardetto (2005), plasma el pasado de los conquistadores españoles en la región, solo que en la inmediatez narrativa no cumple con cierto afán por desentrañar una cultura común pero ajena, por lo que sigue siendo otra. Con el cierre de los acontecimientos, se sella también el roce con las subjetividades del dolor colectivo del Informe *REMHI*, tan fielmente escritas por el protagonista. Termina imponiéndose, lo cual tampoco es erróneo, el sentido monetario de leer el pasado y el presente de los pueblos indígenas cediendo al dolor y al trauma, sumidos en la insensatez de un destino predeterminado, para dejar como proyecto inconcluso la escritura de una novela.

Coincidente con el protagonista anterior, el de la obra de Goldman (2009), deja atrás las memorias que poblaron unos años intensos de trabajo investigativo. Terminado el libro traslada el ¡Nunca más! colectivo de la nación guatemalteca a su vivencia por el dolor personal de la muerte de su esposa. Él al igual que el filólogo, se va de Guatemala por las razones laborales específicas que los trajeron a la nación, cierran el mundo escritural y el mundo de las memorias.

El silencio en *ConPasión Absoluta*, *Insensatez*, *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano* se diversifica: se rompe con el acto concreto de la escritura de las memorias, Irene lo espanta y se lleva consigo cuerpos de familiares, pesares y traumas, aunque su manejo del silencio le resultara en una experiencia de un año calendario. No acontece lo mismo para *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* e *Insensatez*, debido a que no son experiencias propias. El silencio y el trauma no son exclusivos, son las vivencias de otros individuos que en el temor de una violencia que no cesa, tal y como lo retrata la obra de Goldman (2009), o en la subjetividad indígena se asumen como formas de vida con las cuales se tiene que seguir aún después de firmado el Acuerdo de Paz, callar también es sobrevivir.

Excepcionalmente, *El material humano* no resuelve el silencio, no sana las heridas en el grupo familiar del narrador; este último, equilibra con el despliegue del mundo onírico lo que en el plano consciente no se le permite. Tampoco, por decisión e iniciativa propia resuelve tal situación, al contrario, no le interesa; el afán literario que impregna con

metáforas literarias (citas, intertextos y referencias de lecturas) condensa asimismo el producto que espera develar. Es entonces, que este protagonista con el uso de las fichas del Archivo, como lo hizo el de *Insensatez* con los testimonios, se cuida del roce con el pasado de violencia. Es una lucha particular contra el pasado que no le atrae.

En el recorrido histórico las respuestas son muchas y también diversas. Cada quien se ha ocupado de lo que más interesa por lo que copiadas e incompletas por las circunstancias, las fichas del AHPN que no aportan más que la introducción a los temas y a la línea de acción, que el narrador intuye para seguir, son lo más distante en la cronología que intentó abarcar el protagonista de *El material humano*. Con esta novela al igual que la de Zardetto (2005), se lanza el anzuelo lo más lejos posible en la búsqueda de memorias del pasado, dichas memorias datan a inicios del siglo pasado. Sin embargo, el panorama que más adelante ofrecen ambas no es para nada halagüeño y homologa al resto de las obras.

Con las décadas de 1970, 1980 y 1990, aunque en plazos diferentes de recordación convienen Irene y el copista, la puerta como elemento simbólico atrae los tiempos de antaño y lo hace en figuras familiares. Por lo anterior, no es casual que en el decenio de la firma de los Acuerdos de Paz, la protagonista de *Con Pasión Absoluta* ceda al umbral y al llamado de la abuela moribunda para iniciar un trastabillado recorrido. Sucede algo similar con el copista del Archivo, solo que en los inicios del presente siglo retrotrae también, desde puertas que se cierran o abren en sueños, la década de 1980 y, con ella, el rapto y la extorsión sufridos por su madre.

Hay un hilo continuo trasladado por las mujeres de la familia de Irene Ferarra, que ella misma termina por intuir también desde sus concepciones de mundo, relación de pareja y autoestima, que el resto del *corpus* no maneja desde las memorias ni desde otros ejes temáticos, dicho hilo aparece desde el acto de violación de la abuela Victoria: son memorias de violencia en el plano de la cultura patriarcal porque la memoria también se lleva en el cuerpo. El caso es que las mujeres de la familia subsanan los obstáculos del mundo moderno con el lastre patriarcal, lo hacen con el paso del tiempo, con la socialización de los acontecimientos a los que fueron sometidas en la desigualdad de las relaciones de pareja, en la crianza de los hijos y en las oportunidades laborales inequitativas. Tienen traumas en cuanto a la violencia de género que subsanan desde la sororidad y la resiliencia, pero no por eso son acalladas, al contrario, Irene las expone como

motivación para seguir hacia el futuro. La oralidad intergeneracional femenina es la catarsis que el protagonista de *El material humano* no experimenta. Otras formas de acercarse a las décadas nos las brinda el narrador en *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* y *El material humano*, pues el primero lo hace a modo de contexto general para el público lector. El segundo, por su lado, en las entrevistas con el hijo del Jefe del Archivo se posiciona frente a acontecimientos que no reconoce o que están alejados de su interés.

Lo rescatable en las cuatro obras con respecto de los ejercicios de la memoria que se han propuesto los narradores, es como señala Manz desentrañar “la elusiva y cambiante naturaleza de la memoria” (2010, p. 87) que los ha llevado a interrogarse por sus intereses y los de los otros. Desde el fluir libre de Irene hasta la vivencia de duelo, verdad y silencio impuesto en la obra de Goldman (2009), el resto de los textos gravitan por escenarios en cuyo mobiliario hay un claro sentido de objetividad que los narradores han decidido compartir. Por eso no es capricho considerar el carácter intencional que acompaña sus vueltas al pasado.

3. Para el último capítulo, las recapitulaciones coinciden en que los narradores, similares entre ellos, pero en superior condición con respecto de los ciudadanos testigos, dialogan con esa ciudadanía en el borde de experiencias subjetivas de abyección. El acto interpelativo les provee el material de la memoria: para el copista del Archivo el hijo de Benedicto Tun, para Irene su abuela y su madre, para el periodista Rubén Chanax, solo en el silencio de *Insensatez* resuenan las frases de los indígenas acosados por el régimen castrense, la guerrilla y sus semejantes de las Patrullas civiles. Sirva también para abrir un puente generacional, son la generación bisagra, entre los que vivieron los hechos relatados y los que terminan por exponerlos como enlace a su vez, con los sujetos que leemos sobre esos diálogos. Esta es otra diversificación de la memoria: leer en forma encadenada de siglos de dominación patriarcal, política, social y culturalmente, no hace sino darnos cuenta que continuamos en la misma marcha pero con otras palabras y experiencias de vida.

La precisión en cuanto al empleo de la memoria no es otro que el de servir a propósitos claros y definidos para uno de los narradores: Irene la asocia con recuperación y reelaboración del pasado como recursos para la escritura a la que se enfrentará irremediamente. Aunque divagó demasiado en dicha tarea, concuerda con la finalidad precisa del periodista *freelance* cuya motivación es el crimen del Obispo Gerardi. Es

interesante que las cuatro obras naveguen por el universo de la escritura, algunos sin proponérselo como *Insensatez* y *El material humano*.

Tanto la protagonista de *Con Pasión Absoluta* –en algunos casos particulares– como el copista en la novela de Rey Rosa revelan vacíos de la memoria que subsanan otras personas (C el exguerrillero y el hijo de Tun). En *El arte del asesinato político: ¿Quién mató al Obispo?* la intensionalidad discursiva está predefinida, es claro el propósito que el periodista pretende llenar y sabe con quién procurarse material de la memoria. Caso aparte es el filólogo, quien desde la mordacidad asocia como una suerte del destino, cargar con la insensatez como señal de la población indígena desde los tiempos remotos.

Una lectura étnica subyace en el *corpus*: todas tarde o temprano vuelven la mirada a esa colectividad que, por siglos, ha pervivido en los márgenes de un sistema que no los ha considerado en su dimensión humana. El corrector anónimo sabe que al apropiarse de las memorias colectivas, que bien sabemos, tienen un marcado sentido social, cultural y étnico, ilustra como tema lo indígena, esto le da pie para seguir interrelacionando su visión ladina a la par de aquellos que nacieron con la marca de la insensatez. El resto de los narradores han reinstalado en las narrativas de las memorias, otros ejercicios de recuperación.

A mi juicio, en relación con lo expuesto, en la crónica de Goldman (2009) se reconoce cierta emergencia en narrar las circunstancias que gravitan alrededor del crimen contra Gerardi, son frescas posibilidades de la memoria que el protagonista debe recabar antes que una situación de violencia acalle su investigación. En el mundo onírico, con la combinación de ficción y memoria, el copista de *El material humano* flota en diferentes ámbitos en plena lucha con tareas precisas de procurarse material del pasado, escucha testimonios mientras desoye claves del inconsciente.

Más que considerar batallas por la utilización de la memoria, en el *corpus* se ocupan los narradores por enfrentar(se) a sus propias luchas personales acerca del tiempo pretérito y de a qué material abrirle espacio, no hay considerables discrepancias en los ejes que motivaron las escogencias del pasado y de las épocas reconstruidas. Al contrario, hay presencia de ejes comunes, después de todo, tal y como lo arroja el Capítulo I, Irene, el copista, el filólogo y el periodista son generacionalmente homólogos. Aunque difieran en los contextos, hay nexos coyunturales que marcaron su transitar de vida como la Guerra Fría, las crisis económicas internacionales y locales y, los conflictos centroamericanos que

no solo tuvieron afectación en un determinado país, afectó la subjetividad centroamericana colectiva.

Sobre las aportaciones: Señalo como aportaciones al campo literario, los siguientes aspectos:

1. Este trabajo investigativo recupera un *corpus* de la historiografía literaria centroamericana de posguerra por cuanto hace uso de las memorias. El hilo para rastrearlas, brindado por el contexto más amplio, es decir el colectivo, permitió la lectura, sirvió de abrigo, excusa o pretexto. Con las memorias colectivas, los narradores impulsados por estas abrieron los pasajes de sus evocaciones personales. De lo anterior, el producto resultante fue una mezcla de épocas pasadas rememoradas desde el tiempo presente, más un encubrimiento que la ficción enriqueció.

La selección del *corpus* fue sustancial para remarcar y fijar el pasado colectivo a la historia nacional. Después de todo, los narradores habían vivido la experiencia de guerra desde muy distintas ópticas, pero eso no los libró de ser una generación postmemoria que refrescaba al calor de los Acuerdos de Paz, una episteme de la violencia en cuyo rostro se reconoce la impunidad por los crímenes y genocidios del pasado.

2. En suma, esa reescritura de memorias porque también lo es, termina por expresar en la continuidad el acercamiento al pasado, el presente narrativo y el futuro expandiéndose en panoramas sociales que todos los narradores expresan. Todos ejecutan tareas que no cierran en el plano concreto, en eso la caracterización de la narrativa de posguerra ha sabido extenderse como forma literaria que recupera y transcribe la violencia en todas sus expresiones. A la violencia también se le rinde memoria como recurso factible para ser reconstruido.

3. Por último, mi investigación también reconoció que no basta con hacer análisis literarios que consideran significativamente el texto, el mundo narrado y las interpretaciones de lectura que del producto estético-literario se puedan derivar. Es labor también de la persona lectora sumarse a la monumentalidad de hechos que aglutinan hoy por hoy muchas de las obras centroamericanas, la pasividad de dejarse llevar cual niño por el parque ha quedado atrás, en la pluralidad de elementos intertextuales y polifónicos como discursos dentro del discurso, se erige un conglomerado listo para ser recibido y atendido en su sentido de destinatario. Con la polifonía, la intertextualidad y la hibridación de

géneros literarios, el *corpus* entró en el cauce de la renovación retórica que el presente demandaba. La tarea no era solo mirar el pasado y las memorias que lo poblaban, había también que valorar la posición en la que los narradores lo miraban y, por lo tanto, cómo debía ser leído.

Referencias

- Adorno, T. (2005). Education After Auschwitz. *Cultural Studies*, 18(6), 1-12. Recuperado de <http://www.deschoolingclassroom.tkh-generator.net/2009/12/28/education-after-auschwitz-by-theodor-adorno-and-what-might-education-mean-after-abu-ghraib-by-henry-a-giroux/>
- Agamben, G. (2007). *Infancia e Historia* (4ta ed.). Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Ak'abal, H. (2010). *Donde los Árboles* (selección y prólogo de Chema Rubio). Madrid: Amargord Ediciones.
- Albizúrez Palma, F. (2013). Aproximación a la narrativa guatemalteca entre 1954 y 2000. Vista en sus relaciones con los procesos sociales. En V. Álvarez Aragón, C. Figueroa Ibarra, A. Taracena Arriola, S. Tischler Visquerra y E. Urrutia García (eds.), *Guatemala: Historia reciente 1954-1996. Cultura y arte en un país en conflicto* (tomo V, pp. 55-107). Guatemala: Fondo de Cultura Económica.
- Allier Montano, E. (2010). *Batallas por la memoria. Los usos políticos del pasado reciente en Uruguay*. Uruguay: Ediciones Trilce.
- Álvarez Aragón, V. (2013). Presentación Guatemala: Historia reciente. En V. Álvarez Aragón, C. Figueroa Ibarra, A. Taracena Arriola, S. Tischler Visquerra y E. Urrutia García (eds.), *Guatemala: Historia reciente 1954-1996. Cultura y arte en un país en conflicto* (Tomo V, pp. 11-20). Guatemala: Fondo de Cultura Económica.
- Archivo Histórico de la Policía Nacional (s.f.). Archivos del Departamento de Investigaciones Criminológicas Archivo Digital. Documento 484772. Recuperado de <https://ahpn.lib.utexas.edu/es/search/documento/484772?s=radiogramas&d=1970-1979#page/5/mode/1up>
- Archivo Histórico de la Policía Nacional. (2011). *Gabinete de Identificación de la Policía Nacional. 1975-1985*. (Volumen 5). Guatemala: autor.
- Arendt, H. (1981). *Los orígenes del totalitarismo. Parte III. Totalitarismo* (Traductor G. Solana). Madrid: Alianza Editorial.
- Arendt, H. (2006). *Eichmann en Jerusalem. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Madrid: Debolsillo.
- Arias, A. (2010). Post-identidades post-nacionales transformaciones en la constitución de las subjetividades globalizadas. *Centroamericana*, (18), 11-30. Recuperado de <http://www.centroamericana.it/wp-content/uploads/2015/03/ARIAS-A-00000271.pdf>

- Arias, A. (2012). Post-identidades post-nacionales: Duelo, trauma y melancolía en la constitución de las subjetividades centroamericanas de posguerra. En B. Cortez, A. Ortiz Wallner y V. Ríos (eds.), *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos* (pp. 121-139). Guatemala: F&G Editores.
- Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala. (2006). *Memoria e historia. Seminario Internacional en homenaje a Myrna Mack. Ponencias*. Guatemala: Editores Siglo Veintiuno.
- Avelar, I. (1999). Restitution and Mourning in Latin American Postdictatorship. *Boundary 2*, 26(3), 201-224.
- Avelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Avelar, I. (2001). La práctica de la tortura y la historia de la verdad. Nelly Richards y Alberto Moreiras (Eds.), *Pensar en/La postdictadura* (175-195). Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- Bada, R. (2010). Cómo nombrar lo innombrable. *Revista de libros*, (157), 49.
- Baeza Ventura, G. & Zimmerman, M. (coords.). (2009). *Estudios culturales centroamericanos en el nuevo milenio*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Bajtín, M. M. (1998). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- Balsells, É. A. (2001). *Olvido o memoria. El dilema de la sociedad guatemalteca*. Guatemala: F&G Editores.
- Bataillon, G. (2008). *Génesis de las guerras intestinas en América Central (1960-1983)*. (Trad. Jorge Alaniz Pinell). México: Fondo de Cultura Económica.
- Beristain, C. M. (1998). Guatemala, Nunca Más. *Migraciones Forzosas Revista*, (3), 23-26. Recuperado de <https://www.fmreview.org/es/node/3541>
- Bermúdez, H. A. (2006). Insensatez. *Guaragua*, 10(22), 186.
- Besse, N. (2009). Violencia y escritura en Insensatez de Horacio Castellanos Moya. *Espéculo. Revista de estudios literarios*, (41).
- Blair Trujillo, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y cultura*, (32), 9-33.

- Bourdieu, P. (1987). Los Tres Estados del Capital Cultural. *Sociológica*, 2(5), 11-17. <http://www.sociologiamexico.azc.uam.mx/index.php/Sociologica/article/view/1043/1015>
- Bourdieu, P. (2011). *Capital cultural, escuela y espacio social* (comp. y trad. Isabel Jiménez). México: Siglo XXI Editores.
- Brennan, T. (2010). La nostalgia nacional de la forma. En H. Bhabha (comp.), *Nación y narración. Entre la ilusión de una identidad y las diferencias culturales* (pp. 65-97). Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Brett, R. (2007). *Una guerra sin batallas: del odio, la violencia y el miedo en el Ixcán y el Ixil (1972-1983)*. Guatemala: F&G Editores.
- Buiza, N. (2013). Trauma and the Poetics of Affect in Horacio Castellanos Moya's *Insensatez*. *Revista de Estudios Hispánicos*, 47(1), 151-172.
- Bulmer-Thomas, V. (1993). La crisis de la economía de agroexportación (1930-1945). En V. H. Acuña (ed.), *Historia General de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras* (Tomo IV, pp. 326-425). Madrid: Ediciones Siruela.
- Caballero, F. (29 de julio de 2019). El reto más importante de la justicia guatemalteca es la lucha contra la impunidad. *Diario Digital El País*. Recuperado de https://elpais.com/internacional/2019/07/29/actualidad/1564407206_560029.html
- Calderón-Rojas, E. (2015). Con Pasión Absoluta: reconstrucción histórica de la Guatemala de los ochentas a través de la mirada femenina. *Temas De Nuestra América. Revista De Estudios Latinoamericanos*, 30(55), 19-24. Recuperado de <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/tdna/article/view/6405>
- Carrera, M. (2005). *En la mirilla del jaguar*. Ciudad de Guatemala: Fondo de Cultura Económica.
- Casaús, M. E. (2007). *Guatemala, linaje y racismo*. Guatemala: F&G Editores.
- Casaús, M. E. (2011). *Genocidio: ¿la máxima expresión del racismo en Guatemala?* Guatemala: F&G Editores.
- Castellanos Moya, H. (2005). *Insensatez*. Barcelona: Tusquets Editores.
- Cirlot, J. E. (1992). *Diccionario de símbolos* (9a ed.). Barcelona: Editorial Labor S.A.
- Coello Gutiérrez, E. (2009). El pícaro como protagonista de las novelas neopoliciales de Rafael Menjívar Ochoa y Horacio Castellanos Moya. *Centroamericana*, (17), 5-19.

- Comisión para el Esclarecimiento Histórico. (1999). *Guatemala Memoria del Silencio. Conclusiones y Recomendaciones* (tomo VI). Guatemala: Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS).
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico. (1999). *Guatemala Memoria del Silencio* (tomo VI Casos ilustrativos Anexo I). Guatemala: Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS).
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico. (1999). *Guatemala Memoria del Silencio* (tomo VIII Casos presentados. Anexo II). Guatemala: Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas (UNOPS).
- Comisión para el Esclarecimiento Histórico. (2009). *Conflicto armado interno y denegación de justicia. Guatemala memoria del silencio* (prólogo de Edelberto Torres-Rivas). Guatemala: F&G Editores.
- Cortez, B. (2010). *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G Editores.
- Cortez, B. (2012). Memorias del desencanto: El duelo postergado y la pérdida de una subjetividad heroica. En B. Cortez, A. Ortiz y V. Ríos (Eds.), *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos* (pp. 259-280). Guatemala: F&G Editores.
- Cortez, B.; Ortiz Wallner, A. & Ríos Quesada, V. (Edits). (2012). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas III. (Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos*. Guatemala: F&G Editores.
- Cuevas, A. L. (2011). *El eco del dolor de mucha gente* [video]. Guatemala: Armadillo Producciones.
- De Lión, L. (2003). *El tiempo principia en Xibalbá* (3a. ed.). Guatemala: Magnaterra Ediciones.
- Detry, M. (2019). *Estudio de los estereotipos en dos novelas de Horacio Castellanos Moya: El asco (1997) e Insensatez (2004)* (tesis de Maestría). Liège Université, Bélgica.
- Dobles Oropeza, I. (2009). *Memorias del dolor. Consideraciones acerca de las Comisiones de la Verdad en América Latina*. San José: Editorial Arlequín.
- Dunkerley, J. (2001). Guatemala desde 1930. En L. Bethell (ed.), *Historia de América Latina. América Central desde 1930* (pp. 54-86). Barcelona: Crítica.

- EFE. (15 de noviembre de 2010). Diputados salvadoreños asesinados en Guatemala iban con 5 millones de dólares. Recuperado de <https://www.chicagotribune.com/hoy/ct-hoy-268519-vv12-15595596nov15-story.html>
- Fairclough, N. & Wodak, R. (2000). Análisis crítico del discurso. En T. A. Van Dijk (ed.), *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria* (pp. 367-404). Barcelona. Gedisa.
- Fallas, T. (2011). La persistencia de la memoria guatemalteca en las novelas ‘*Insensatez*’ y ‘*El material humano*’. *Centroamericana*, (12) 69-84.
- Figueroa Ibarra, C. (2011). *El recurso del miedo. Estado y terror en Guatemala* (2a edición.) Guatemala: F&G Editores.
- FLACSO. (1999). La memoria histórica a prueba. Reflexiones sobre la muerte, la verdad y la reconciliación nacional. *Diálogo*. 1, año 3. 1-15.
- Freud, S. (1948). *Obras completas* (volumen II). Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.
- Fried, G. (2001). Memorias que insisten: la intersubjetividad de la memoria y los hijos de detenidos desaparecidos por la dictadura militar argentina (1976-1983). En B. Groppo y P. Flier (comps.), *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay* (pp. 127-149). La Plata: Ediciones Al margen.
- Genette, G. (1989a). *Figuras III*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Genette, G. (1989b). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado* (Traductor Fernández Prieto, C.). Madrid: Taurus.
- Goldman, F. & Robins, E. (2013). Rodrigo Rey Rosa. *BOMB*, (125), 70-76.
- Goldman, F. (2009). *El arte del asesinato político ¿Quién mató al obispo?* Barcelona: Anagrama.
- Grass, D. (2005). *Insensatez* by Horacio Castellanos Moya. *Réquiem*, 47(50), 166-167.
- Grinberg Pla, V. (2007, julio-diciembre). Memoria, trauma y escritura en la posguerra centroamericana: Una lectura de *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya. *ISTMO. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, (15). Recuperado de <http://istmo.denison.edu/n38/38archivo.html>

- Grinberg Pla, V. (2008, enero-junio). Recordar y escribir para vivir. La recuperación (inter)subjetiva del pasado en *El corazón del silencio* de Tatiana Lobo y *ConPasión Absoluta* de Carol Zardetto. *ISTMO. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, (16). Recuperado de <http://istmo.denison.edu/n38/38archivo.html>
- Grinberg Pla, V. y Roque-Baldovinos, R. (Edits). (2009). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas II. Tensiones de la Modernidad: Del Modernismo al Realismo*. Guatemala: F&G Editores.
- Guerra-Borges, A. (1993). El desarrollo económico. En H. Pérez (ed.), *Historia General de Centroamérica. De la posguerra a la crisis* (tomo V, pp. 13-83). Madrid: Ediciones Siruela.
- Haas, N. (2010). El papel del lenguaje y la escritura para las víctimas. El enfrentamiento con el pasado conflictivo en Guatemala. *Iberoamericana* (2001-), 10(37), 176-180. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/41677038>
- Halbwachs, M. (2004). *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos.
- Hemeroteca PL. (31 de octubre de 2016). Asesinan a Mario Méndez Montenegro, ex alcalde capitalino. *Prensa Libre*. Guatemala. Recuperado de <https://www.prensalibre.com/hemeroteca/la-muerte-de-mario-mendez/>
- Hernández-Palacios, E. (2013). Rodrigo Rey Rosa (2009), *El material humano*, Barcelona: Anagrama. *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, 11(1), 190-195. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S166580272013000100014&script=sci_arttext&tlng=pt
- Herrera Montero, L. (2010). *Cuerpos al límite: espacios y experiencias de marginalidad en la narrativa latinoamericana actual* (tesis doctoral). Universidad de Pittsburgh, Estados Unidos.
- Hirsch, M. (2008). The Generation of Postmemory. *Poetics Today*. 29(1), 103-128.
- Instituto Centroamericano de Prospectiva e Investigación. (2005). *La memoria, entre historia y política*. Estudios y Documentos 54. Guatemala: autor.
- Jara Quesada, I. (2008). Memoria y Olvido en la novela actual centroamericana, un estudio desde la novela *ConPasión Absoluta* de Carol Zardetto de la Vega. *Diálogos Revista Electrónica*, 9, 3320-3342.
- Jastrzębska, A. S. (2012a). Capacidad criminal, capacidad ficcional-tensiones entre la historia y ficción en la novela negra centroamericana. *Mitologías hoy*, 6, 18-30.

- Jastrzebska, A. S. (2012b). De historia a paranoia. Dos novelas negras centroamericanas. *Centroamericana*, (22.1/2), 337-350.
- Jelin, E. (1994). The politics of memory: the human rights movement and the construction of democracy in Argentina. *Latin American Perspectives*, 21(2), 38-58.
- Jelin, E. (2001). Exclusión, memorias y luchas políticas. En *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100912040237/7jelin.pdf>
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo Veintiuno Editores.
- Jelin, E. (2007). La conflictiva y nunca acabada mirada sobre el pasado. En M. Franco y F. Levín (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción* (pp. 307-340). Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Jelin, E. y Azcárate, P. (1991). Memoria y política: movimiento de Derechos Humanos y construcción democrática. *América Latina Hoy*, 1, 29-38.
- Jossa, E. (2013). Transparencia y opacidad. Escritura y memoria en *Insensatez* de H. Castellanos Moya y *El material humano* de R. Rey Rosa. *Centroamericana*, 23(2), 31-58.
- Kohut, K. (2004a, julio-diciembre). Historiografía y memoria. *ISTMO. Revista virtual de literarios y culturales centroamericanos*, (9). Recuperado de <http://istmo.denison.edu/n38/38archivo.html>
- Kohut, K. (2004b, julio-diciembre). Literatura y memoria. *ISTMO. Revista virtual de literarios y culturales centroamericanos*, (9). Recuperado de <http://istmo.denison.edu/n38/38archivo.html>
- Kokotovic, M. (2009). Testimonio 'Once Removed: Castellanos Moya's' *Insensatez*. *Revista de estudios hispánicos*, 43(3), 545-562.
- Kokotovic, M. (2016). Trapped in the Labyrinth: Postwar Guatemala and the Challenge of Literary Representation in Rodrigo Rey Rosa's *El material humano*. *Hispanófila*, 178(1), 81-96.
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LaCapra, D. (2016). *La historia y sus límites. Humano, animal, violencia*. Barcelona: Edicions Bellaterra.

- Lainfiesta, J. (6 de agosto de 2018). Caso Gerardi será conocido en Juzgado de Mayor Riesgo D. *La Prensa Libre*. Recuperado de <https://www.prensalibre.com/guatemala/justicia/caso-gerardi-sera-conocido-en-juzgado-de-mayor-riesgo-d/>
- Le Goff, J. (1991). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Lentin, R. (2006). Femina sacra: Gendered memory and political violence. *Women's Studies International Forum*, 29(5), 463–473.
- Leyva, H. M. & Ferman, C. (Eds.). (2018). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas IV. Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución*. Guatemala: F&G Editores.
- Leyva, H. M.; Mackenbach, W. & Ferman, C. (Eds.). (2018). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas IV. Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución*. Guatemala: F&G Editores.
- Liano, D. (2007). ¿Existe la literatura guatemalteca? *Centroamericana*, (13), 77-85. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5168245>
- López García, J.; Bastos, S. & Camus, M. (Eds.). (2009). *Guatemala: violencias desbordadas*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- López, J. (2012). *Gerardi: Muerte en el vecindario de Dios*. Guatemala: F&G Editores.
- Lorenzano, S. (2017). No aportar silencio al silencio. A modo de introducción. En S. Lorenzano y R. Buchenhorst (eds.), *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen* (pp. 9-14). Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Lorenzano, S. y Buchenhorst, R. (Eds.). (2007). *Políticas de la memoria. Tensiones en la palabra y la imagen*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Lotman, I. M. (2003). La semiótica de la cultura y el concepto de texto. *Lotman desde América*, 2. pp. 121-126.
- Mack, H. B. (2005). La reconciliación en Guatemala: un proceso ausente. En H. Pacheco, L. Acevedo y G. Galli (eds.), *Verdad, justicia y reparación. Desafío para la democracia y la convivencia social*. San José: Ediciones Sanabria.
- Mackenbach, W. (2004). Después de los pos-ismos: ¿desde qué categorías pensamos las literaturas centroamericanas contemporáneas? *ISTMO. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 8, 23. Recuperado de http://istmo.denison.edu/n08/articulos/pos_ismos.html

- Mackenbach, W. (2007). Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo XX. *ISTMO. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos*, 15. Recuperado de <http://istmo.denison.edu/n15/articulos/mackenbach.html>
- Mackenbach, W. (2012). Narrativas de la memoria en Centroamérica: entre política, historia y ficción. En B. Cortez, A. Ortiz y V. Ríos (eds.), *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos* (pp. 231-257). Guatemala: F&G Editores.
- Mackenbach, W. (Ed). (2008b). *Hacia una historia de las literaturas centroamericanas I. Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica*. Guatemala: F&G Editores.
- Mackenbach, W. & Wallner Ortiz, A. (2008a). (De)formaciones: violencia y narrativa en Centroamérica. *Iberoamericana* (2001-), 8(32), 81-97.
- Maldonado Paz de Lendl, M. P. (2010). *Sobre la memoria cultural e histórica en Guatemala. La obra de Carol Zardetto: Con pasión absoluta* (tesis de maestría). Universität Wien, Austria.
- Manz, B. (2010). *Paraíso en cenizas. Una odisea de valentía, terror y esperanza en Guatemala*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marchio, J. (2015). Memoria, duelo y olvido en ConPasión Absoluta de Carol Zardetto: una tensión entre ética y estética. En R. Spiller (ed.), *Guatemala: Nunca más. Desde el trauma de la guerra civil hacia la integración étnica, la democracia y la justicia social* (pp. 211-241). Guatemala: F&G Editores.
- Martinetto, V. & Rey Rosa, R. (2012). Breve entrevista a Rodrigo Rey Rosa. *INTI*, (75/76), 355-358. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/23729512>
- Menjívar Ochoa, M.; Argueta, R. A. & Solano, E. (2005). Los estudios sobre la memoria y los usos del pasado: perspectivas teóricas y metodológicas. En M. Menjívar Ochoa, R. A. Argueta y E. Solano (eds.), *Historia y memoria: perspectivas teóricas y metodológicas. Cuaderno de Ciencias Sociales 135*. San José: FLACSO-UCR. pp. 9-28.
- Moi, T. (1999). *Teoría literaria feminista*. Madrid: Cátedra.
- Moller, J. & Bazy, D. (2009). *Rescatando nuestra memoria. Represión, refugio y recuperación de las poblaciones desarraigadas por la violencia en Guatemala*. Guatemala: F&G Editores.
- Monterroso, A. (2012). Yo, el protagonista. La autoficción en una novela de Rodrigo Rey Rosa. *Centroamericana*, (12), 119-127.

- Nelson, D. M. (2009). Los efectos especiales de los mecanismos del horror. En J. López, S. Bastos y M. Camus (eds.), *Guatemala. Violencias desbordadas* (pp. 153-184). Córdoba: Universidad de Córdoba.
- Nixon, M. (2014). El dilema de la Malinche en Centroamérica contemporánea: Negociando fronteras cambiantes en Retrato de mujer en terraza y Compasión absoluta. *Cahiers d'études romanes. Revue du CAER*, (28), 195-206. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/etudesromanes/4467>
- Nora, P. (2008). *Pierre Nora en Les lieux de mémoire* (Pról. de José Rilla. Traducido del francés por Laura Masello). Montevideo: Ediciones Trilce.
- Ochs, E. (2008). *Narrativa*. En T. A. van Dijk (comp.), *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I: Una introducción multidisciplinaria* (pp. 271-303). Barcelona: Gedisa.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. (1998). *Guatemala: Nunca Más I Impactos de la violencia*. Guatemala: Autor.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. (1998). *Guatemala: Nunca Más II Los mecanismos del horror*. Guatemala: Autor.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. (1998). *Guatemala: Nunca Más III El entorno histórico*. Guatemala: Autor.
- Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala. (1998). *Guatemala: Nunca Más IV Víctimas del conflicto*. Guatemala: Autor.
- Olea, R. (2001). Cuerpo, memoria, escritura. En N. Richard y A. Moreiras (eds.), *Pensar en la postdictadura* (pp. 197-219). Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Oña-Álava, S. (Junio de 2015). Insensatez y El material humano: reescrituras del archivo. En *IX Congreso Internacional Orbis Tertius de Teoría y Crítica Literaria*. Congreso llevado a cabo en Buenos Aires, Argentina.
- Ortiz Wallner, A. (2002a, julio-diciembre). Constitución de nuevos espacios discursivos en tres novelas centroamericanas de posguerra. *ISTMO*. Recuperado de <http://collaborations.denison.edu/istmo/n04/proyectos/posguerra.html>
- Ortiz Wallner, A. (2002b, julio-diciembre). Transiciones democráticas/transiciones literarias. Sobre la novela centroamericana de posguerra. *ISTMO*. Recuperado de <http://collaborations.denison.edu/istmo/n04/articulos/transiciones.html>
- Ortiz Wallner, A. (2012a). *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Madrid: Iberoamericana.

- Ortiz Wallner, A. (2012b). Escrituras de sobrevivencia: narrativa y violencia en Centroamérica. En B. Cortez, A. Ortiz y V. Ríos (eds.), *(Per)Versiones de la modernidad. Literaturas, identidades y desplazamientos* (pp. 73-93). Guatemala: F&G Editores.
- Orwell, G. (2018). *1984*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Pacheco O., G.; Acevedo, L. & Galli, G. (2002). *Verdad, justicia y reparación: desafíos para la democracia y la convivencia social*. Instituto Interamericano de Derechos Humanos.
- Pérez, Y. (2019). *Más allá del duelo. Otras formas de imaginar, sentir y pensar la memoria en Centroamérica*. El Salvador: UCA Editores.
- Pezzè, A. (2016a). El desastre en la literatura centroamericana contemporánea. *Revista Crítica de Ciências Sociais*, (110), 3-18.
- Pezzè, A. (2016b). The Art of Political Murder de Francisco Goldman y el policial de no-ficción entre Estados Unidos y Guatemala. *Altre modernità*, (15), 120-134.
- Pezzè, A. (2018). *Delirios panópticos y resistencia. Literatura policial y testimonio en América Central*. Guatemala: Sophos.
- Popol Vuh*. (2002). Albertina Saravia (Introducción, versión en español y vocabulario). El Salvador: Editorial Piedra Santa.
- Posas, M. (1993). La plantación bananera en Centroamérica (1870-1929). En V. H. Acuña Ortega (Ed.). *Historia general de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras*. Tomo IV. Madrid: Ediciones Siruela. pp. 111-165.
- Quesada, I. J. (2008). Memoria y Olvido en la novela actual centroamericana, un estudio desde la novela *Con Pasión Absoluta* de Carol Zardetto de la Vega. *Diálogos Revista Electrónica*, 9, 3320-3342.
- Ramírez Anderson, A. (2007). *Las Colmenas* [documental]. Guatemala/Cuba: Del Pensativo.
- Real Academia Española. (2019). *Diccionario de la lengua española*. Recuperado de <https://dle.rae.es/>
- Rey Rosa, R. (2009). *El material humano*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Ricco, M. (26 de febrero de 1999). Una investigación sobre la guerra en Guatemala culpa al Ejército de genocidio planificado. *Diario Digital El País*. Recuperado de: https://elpais.com/diario/1999/02/26/internacional/919983605_850215.html

- Richard, N. (2001). Introducción. En N. Richard y A. Moreiras (eds.), *Pensar en/la postdictadura* (pp. 9-20). Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Richard, N. y Moreiras, A. (Eds.). (2001). *Pensar en/la postdictadura*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.
- Ricœur, P. (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Ricœur, P. (2007). Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado. *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Recuperado de <http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/ricœur.pdf>
- Rodríguez, I. (2014). Criminal States/Necrophiliac Governments: Bishop Gerardi's Enemy of the State and Targeted for Elimination. *Hispanic Issues Series*. 91–103.
- Rojas Aravena, F. (1990). Violencia política y orden internacional: el terrorismo en Centroamérica. *Estudios Internacionales*, 23(90). 166-186.
- Sáenz de Tejada, R. (2005). Democracias de posguerra en Centroamérica: reflexiones sobre Guatemala, El Salvador y Nicaragua. *Encuentros*, 2(3), 71-87.
- Samper K., M. (1993). Café, trabajo y sociedad en Centroamérica, (1870-1930): Una historia común y divergente. En V. H. Acuña Ortega (ed.), *Historia general de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras* (tomo IV, pp. 11-110). Madrid: Ediciones Siruela.
- Sanford, V. (2004). *Violencia y genocidio en Guatemala* (2da ed.). Guatemala: F&G Editores.
- Sanford, V. (2008). *Guatemala: Del genocidio al femicidio*. Guatemala: F&G Editores.
- Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. México: Siglo XXI Editores.
- Schlesinger, S. y Kinser, S. (1982). *Fruta amarga. La CIA en Guatemala*. México: Siglo XXI Editores.
- Schelonka, G. (2017). Los peligros de mirar. Detectives vigilados en 'Insensatez', 'El material humano' y 'Pasada de cuentas'. *Centroamericana*, 27(2), 45-68.
- Secretaría de la Paz. Presidencia de la República. (2011). *La autenticidad del Diario Militar, a la luz de los documentos históricos de la Policía Nacional*. 2a ed. Guatemala: Secretaría de la Paz (SEPAZ).

- Severyn, G. C. (2011). *Fictional truths & historical engagements. Two novels by Horacio Castellanos Moya and Santiago Roncagliolo* (tesis doctoral). Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, Estados Unidos.
- Shifter, M. (2009). Guatemala, violencia política e impunidad: Del obispo Gerardi al abogado Rosenberg. *Política Exterior*, 23(131), 167-170.
- Sieder, R. (2003). Renegociando «la ley y el orden»: reforma judicial y respuesta ciudadana en la Guatemala de posguerra. *América Latina Hoy*, (35), 61-86.
- Simon, J. M. (2012). *Guatemala: eterna primavera, eterna tiranía* (3era ed.). Guatemala: Print Studio.
- Spiller, R. (2015). Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí. La pesadilla de la historia en Guatemala. En R. Spiller, W. Mackenback, E. Rohn, T. Schereijäck y G. Strecker (eds.), *Guatemala: Nunca más. Desde el trauma de la guerra civil hacia la integración étnica, la democracia y la justicia* (pp. 167-209). Guatemala: F&G Editores.
- Spiller, R. (2017). Espectros en el archivo, aspectos mediáticos del trauma guatemalteco en El material humano de Rodrigo Rey Rosa y La isla. Archivo de una tragedia de Uli Stelzner. *Iberoamericana*, 17(65), 107-132.
- Stelzner, U. (2010). *La isla: archivos de una tragedia* [documental]. Guatemala: Iskacine.
- Taracena Arriola, A. (1993). Liberalismo y poder político en Centroamérica (1870-1929). En V. H. Acuña Ortega (ed.), *Historia general de Centroamérica. Las repúblicas agroexportadoras* (tomo IV, pp. 167-253). Madrid: Ediciones Siruela.
- The University of Texas at Austin. (2020). *Archivo Digital del Archivo Histórico de la Policía Nacional de Guatemala*. Guatemala. Recuperado de: <https://ahpn.lib.utexas.edu/es>
- Thiebaut, C. (2005). Mal, daño y justicia. *Azafea. Revista de Filosofía*, 7, 15-46. Recuperado de <http://revistas.usal.es/index.php/0213-3563/article/view/3786>
- Todorov, T. (2005). La vocación de la memoria. En *La memoria, entre historia y política. Estudios y Documentos 54* (pp. 27-32). Guatemala: ICAPI.
- Todorov, T. (2013). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Torres, A. (2019). Revelaciones de la violencia en la novela *Insensatez* de Horacio Castellanos Moya. *Cuadernos del Hipogrifo. Revista de Literatura Hispanoamericana y Comparada*, 10, 100-115.

- Torres-Rivas, E. (2008). *Centroamérica: entre revoluciones y democracia*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores, CLACSO.
- Torres-Rivas, E. (2011). *Revoluciones sin cambios revolucionarios*. Guatemala: F&G Editores.
- Urbina, N. (2017). El mensaje interrumpido en la obra de Rodrigo Rey Rosa. En M. E. Shea, I. Sarmiento y U. Quesada (eds.), *(Re) Imaginar Centroamérica en el siglo XXI. Literatura e itinerarios culturales* (pp. 289-304). San José: URUK Editores.
- van Dijk, T. A. (2000). *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*. México: Siglo XXI Editores.
- van Dijk, T. A. (2010). *Estructuras y funciones del discurso*. México: Siglo XXI Editores.
- van Dijk, T. A. (2016). *Discurso y conocimiento. Una aproximación sociocognitiva*. Barcelona: Gedisa.
- van Dijk, T. A. (Comp.). (2008). *El discurso como estructura y proceso. Estudios sobre el discurso I: Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona: Gedisa.
- Vázquez, F. (2001). *La memoria como acción social. Relaciones, significado e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Vila, M. P. (2014). Las ilusiones perdidas: narrar la violencia. Acercamientos a la obra de Horacio Castellanos Moya. *Revista Iberoamericana*, (247), 553-570.
- Voionmaa, D. N. (2011). Sujetos de la memoria. Sujetos a la memoria. *Taller de Letras*, (49), 171.
- Wagner, R. (2001). *Historia del café de Guatemala*. Guatemala: Villegas Asociados.
- Weitzdörfer, E. (2010). Verdad y ficción en 'El material humano' de Rodrigo Rey Rosa. *Confluencia*, 25(2), 220-221.
- White, H. (2002). *Historiografía y memoria colectiva* (2002) de Cristina Godoy. En *La memoria, entre historia y política. Estudios y Documentos 54* (pp. 94-97). Guatemala: Instituto Centroamericano de Prospectiva e Investigación.
- Zardetto, C. (2005). *ConPasión Absoluta*. Guatemala: F&G Editores.